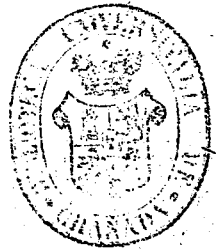


2-11-

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14

HISTORIAS
ESTRAORDINARIAS.



R. 1893

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE ANDALUCÍA.

EDGAR POE.

HISTORIAS
ESTRAORDINARIAS.

VERSION CASTELLANA,

CON UNA NOTICIA SOBRE EDGAR POE Y SUS OBRAS,

POR

MANUEL GARCÍA



SEVILLA.

EDUARDO PERIÉ, EDITOR.

PLAZA DE SANTO TOMÁS, 13.

1871.

SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churruca 1.

NOTICIA
SOBRE EDGAR POE Y SUS OBRAS.

«Desespera y muere.»

CHATTERTON (*Afr. de Vingt.*)

I.

Cruzado por el río más grande del mundo vive el pueblo, emblema de la grandeza moderna; grandeza materialista que se traduce en esos portentosos adelantos materiales que nada valen, y nada significan en el mundo moral.

Para ese pueblo no hay dificultades, ni obstáculos. Se tiene amor al hombre, porque detrás del hombre se vé una industria, un capital, una productiva empresa. La teología del sentimiento suprime el infierno por amor al género humano; se propone un sistema de seguros, una suscripción á cuarto por cabeza para

la supresion de la guerra; la industria es una manía nacional; en la omnipotencia del taller se cifra la fé; hé dicho la fé, no, Dios, el único Dios. Quemar negros encadenados, establecer la poligamia en los paraísos del Oeste, fijar en las paredes anuncios, sin duda para consagrar la libertad ilimitada, sobre la *curacion de las enfermedades de nueve meses*, tales son algunos de los rasgos característicos, algunas ilustraciones morales del noble país de Franklin, el inventor de la moral de mostrador, el héroe de un siglo entregado á la materia.

Es preciso convenir que los Estados-Unidos no es el país propio para formar poetas.

Fábricas por do quiera, que encubren con su humo de carbon de piedra el azul del cielo; traficantes por todas partes; por todas partes mercaderes; iglesias frias y desnudas: ni un monumento, ni un recuerdo, ni un mármol, ni un templo gótico, ni una ruina, que eleven el pensamiento al pasado y á Dios.

¿Cómo pueden nacer poetas en los desiertos?

En esa sociedad materialista hasta la degradacion, positivista hasta la infamia, no debían nacer más que mercaderes.

Parecen plantas exóticas, anacronismos indisculpables, esos *maravillosos hijos del génio*, colocados entre traficantes y agiotistas.

Si hoy no se oyen los nombres de los mártires, es porque el bullicio, la febril agitacion de la sociedad del tanto por ciento, no tiene

tiempo para ocuparse de los que bajan al sepulcro.

Chatterton! Malfilatre! Balzac! Hoffman! Edgar Poe! ¡Cuánto nombre ilustre y desventurado!

El uno, luchando contra la calumnia y la miseria; el otro contra la miseria y la opinion; este contra la fortuna; aquel contra el destino; Poe contra sí mismo, contra el destino y contra la fortuna.

Lucha gigante, en que el génio cae siempre vencido, arrollado por la fatalidad!

Un biógrafo nos dirá gravemente que Poe, si hubiera querido regularizar su ingenio y aplicar sus facultades creadoras más apropiadas al suelo americano, hubiera podido llegar á ser un autor de dinero, -*á money making author*. Otro biógrafo, un cínico ingenio repetiría que por bueno que sea el génio de Poe, le hubiera valido más no tener más que talento, porque el talento halla más salida en la plaza que el génio.

Otro, director de periódicos y revistas, amigo del poeta, confiesa que era difícil emplearlo y que se veía obligado á pagarle menos que á los otros porque escribía en un estilo muy por debajo del vulgar. *¡Quelle odeur de magasin!* como decía Joseph de Maistre.

Algunos se han atrevido á más, y uniendo en lazo monstruoso la más tosca inteligencia á la ferocidad de la hipocresía villana, le han

insultado y despues de su repentina desaparicion, han modelado rudamente un cadáver odioso, particularmente M. Rifus Griswold, que, para recordar aquí la espresion vengadora de M. George Graham, cometió entónces una inmortal infamia.

Poe, esperimentando tal vez el siniestro presentimiento de una muerte súbita, habia designado á los M. M. Griswold y Willis, para coleccionar sus obras, escribir su vida y restaurar su memoria. Este pedagogo-vampiro ha disfamado largamente á su amigo en un enorme artículo, cobarde y odioso, colocado á la cabeza de la edicion póstuma de sus obras. ¿No hay en América edictos que prohiben á los perros la entrada en los cementerios? En cuanto á M. Willis ha probado, al contrario, que la benevolencia y el decoro marchan siempre unidos con el verdadero ingenio, y que la caridad hácia nuestros compañeros, que es un deber moral, es tambien uno de los preceptos del gusto.

Hablad de Poe con un americano, y confesará tal vez su génic; tal vez se encontrará orgulloso de tenerlo por hermano; pero en tono sardónico os hablará de la vida desarreglada del poeta, de su alcoholizado aliento que hubiera podido encender un fósforo, de sus costumbres vagabundas; os dirá que era un planeta sin órbita, un sér errante y estrambótico, que andaba corriendo de Baltimore á New-York, de New-York á Philadelphia, de Philadelphia á

Boston, de Boston á Baltimore, y de Baltimore á Richmond.

Y si estremecido el corazon por estos preludios de una historia lastimera, dais á entender que el individuo no es tal vez el solo culpable, y que debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país en que hay millares de soberanos, soberanias mercantiles, formadas trabajosamente sin sentimientos delicados, como por lo regular sucede á los hijos del tráfico, en un país sin capital hablando propiamente, en un país sin aristocracia, entonces vereis que los ojos del americano despiden chispas y que su boca, inflamada por el patriotismo, lanza injurias sin cuento á la Europa, su vieja madre, y á la filosofia sana de los antiguos tiempos.

Edgar Poe no estaba al nivel de su patria, ni los Estados Unidos estaban al nivel de Poe.

Los Estados Unidos son un país gigantesco y niño celoso hasta la hipérbole del viejo continente. Orgulloso de su desenvolvimiento material, anormal y casi monstruoso, mira con desprecio todo lo venerando que no tiene, ni puede tener.

La actividad material, exagerada hasta las proporciones de un febril delirio, deja bien poco lugar en los espíritus para las cosas que no son de la tierra.

Poe, naturaleza elevada, y que creía que la desgracia de su país era no tener una aristocra-

cia de sangre, atendiendo, como él decía, que en un pueblo sin aristocracia, el culto de lo bello no puede menos de corromperse, aminorarse y desaparecer; que acusaba en sus conciudadanos, en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto característico de los *parvenus*, que consideraba al progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de los papa-moscas; Poe, pues, era una inteligencia singularmente solitaria.

Colocad en medio de una sociedad agiotista é indiferente al sentimiento de la belleza, á un hombre como Poe, á quien el amor de lo bello hacía sentir todas las dulzuras y todos los deseos de una pasión mórbida, de una exquisita delicadeza de gusto, de imaginación soñadora, con todos los delirios y todas las auroras de una cabeza meridional y acabareis por comprender que la vida para un hombre semejante venga á ser un infierno, y cuando el mal haya concluido, os admirareis que haya podido durar tan largo tiempo.

El poeta es un enfermo, un monomaniaco.

Su enfermedad, su monomanía, son el deseo y el amor de lo bello! Rara vez puede satisfacer su deseo; rara vez puede aliviar su enfermedad. Ver un cielo y hallar un infierno, soñar en laureles, y tener que trabajar para buscar pan, ennoblecer la humanidad y verse olvidado de ella, recorrer ante la vista del mundo todos los íris, todas las divinas ilusiones del génio y del amor, ser el águila caudal á quien el sol no ciega,

tener el pié en la tierra y la cabeza á los piés de Dios, y en el instante que ese vértigo cesa, que ese fuego inspirador se apaga, comprender el aislamiento, el frío, las necesidades materiales que la sociedad no quiere satisfacer por ver en el poeta, las más de las veces, un holgazán ó un loco!

El poeta llega á comprender á la sociedad y quiere luchar contra ella. Lucha inclemente, en que mil veces los que valen menos sacrifican en aras de su orgullo á los que valen más.

Publicidad! Publicidad! ¿qué eres sino un infame pilori, donde al pasar el profano, puede insultar al génio impunemente?

Al llanto de hoy, contesta la esperanza con el mañana vengador; pero ay! no hubieran vendido Chatterton, Cea, y mil otros, todas las glorias de la inmortalidad incierta por un presente digno y decoroso.

Hay un juego, comun en los niños, que todo el mundo conoce. Se forma un círculo de carbones encendidos, se coge un escorpion, y se pone en el centro. El animal permanece inmóvil hasta que el calor le quema; entónces se asusta y se agita; esto promueve la risa. Marcha derecho á la llama, intenta valerosamente abrirse un camino á través de las áscuas, pero el dolor es excesivo y se retira. Esto sigue promoviendo la risa. Dá vuelta lentamente al círculo y busca por todas partes un pasage imposible. Entónces

vuelve al centro y entra en su primera, pero más sombría inmovilidad.

Por fin, toma un partido extremo, vuelve contra sí mismo su dardo emponzoñado, y cae muerto en el instante. Entónces los niños rien más fuertemente que nunca. Esto, es sin duda, cruel y culpable; y sin embargo, los niños son buenos é inocentes.

Cuando un hombre muere de esta manera, no es él el suicida, no. Es la sociedad quien le arroja á la hoguera.

Edgar Poe, era un mártir, y si cercenó su vida con el abuso del alcohol, era para matar su inteligencia, su inteligencia humillada y deprimida, que á cada momento le gritaba como al autor de Childe-Harold, «*Desespera y muere.*»

II.

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore. Su abuelo materno habia servido, como quartermaster-general, en la guerra de la Independencia, y Lafayette le tenia en grande estima y amistad. Su bisabuelo se habia casado con una hija del almirante inglés Mac-Bride, que estaba aliado con las familias más nobles de Inglaterra.

David Poe, padre de Edgar é hijo del gene-

ral, se enamoró violentamente de una actriz inglesa, Elizabeth.

Arnal, célebre por su belleza, hulló con ella y se casó.

Para mezclar más íntimamente su destino con el de su amada se hizo cómico y apareció con su muger en diferentes teatros, en las principales ciudades de la Union. Los dos esposos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando en el abandono y en la miseria más completos á tres hijos pequeños, uno de ellos Edgar.

Edgar Poe habia nacido en Baltimore, en 1813.

Poe fué el verdadero hijo del amor y de la aventura.

Un rico negociante de la ciudad, Mr. Allan, se enamoró de este lindo desventurado, á quien la naturaleza habia dotado con todos sus encantos, y como no tenia hijos, le adoptó. Este se llamó desde entónces Edgar Allan Poe. Así, pues, fué educado en el lujo y en la esperanza legítima de poseer un dia una fortuna considerable. Sus parientes adoptivos le llevaron consigo en un viaje que hicieron á Inglaterra, Escocia é Irlanda, y habiendo de volver á su pais, le dejaron en casa del doctor Biauzby, que tenia un importante colegio en Stoke-Newington, cerca de Lóndres. El mismo Poe, en *William Wilson*, describe esta estraña casa, construida en el viejo estilo de la época de la reina Isabel, y las impresiones de su vida de escolar.

Volvió á Richmond en 1822, y continuó sus estudios en América, bajo la direccion de los mejores maestros de derecho. En la Universidad de Charlottewille, donde entró en 1825, se distinguió no solamente por una inteligencia casi maravillosa, sino tambien por una abundancia casi siniestra de pasiones, una precocidad verdaderamente americana, que, por último, fué la causa de su espulsion.

Es oportuno notar que Poe habia ya, en Charlottewille, manifestado una aptitud de las más notables por las ciencias físicas y matemáticas, de las cuales hizo uso frecuente en sus estraños cuentos.

Algunas malaventuradas déudas de juego trageron consigo una pequeña disension entre él y su padre adoptivo, y Edgar, hecho de los más curiosos y que prueba la dósis de espíritu caballeresco que ardia en su cerebro impresionable, concibió el proyecto de mezclarse en la guerra de los Helenos y marchar á combatir contra los turcos. Partió para la Grecia, como Lord Byron lo habia hecho en otro tiempo, y ¿qué vino á ser de él en Oriente? Nadie lo sabe. Le encontramos en San Petersburgo, sin pasaporte, comprometido en un negocio que le obliga á llamar al ministro americano, Henry Middleton, para librarse de la penalidad rusa y volver á su casa.

De regreso en América, en 1829, manifestó el deseo de entrar en la escuela militar de West-

Point; fué admitido, y allí, como en todas partes, dió muestras de una inteligencia maravillosamente dotada; pero indisciplinable, y al fin de algunos meses fué espulsado del colegio.

Al mismo tiempo sucedia en su familia adoptiva un acontecimiento, que debia tener para Poe las más graves consecuencias. Madama Allan, por la cual tuvo un cariño verdaderamente filial, murió y Mr. Allan se casó de nuevo con una muger muy jóven.

Una disension doméstica tuvo aquí lugar, una historia tenebrosa que no puedo referir por no estar completamente esplicada por ningun biógrafo. Querella que dió tristes y notables resultados. Poe fué definitivamente separado de Mr. Allan, y habiendo este tenido sucesion de su segundo matrimonio, quedaron frustradas las esperanzas de una herencia bastante cuantiosa.

Poco tiempo despues de haber abandonado á Richmond, Poe publicó un pequeño volúmen de poesías: aquellas poesias eran una aurora resplandeciente. Tenian un acento extra-terrestre, calma melancólica, deliciosa solemnidad, experiencia precoz, esa *experiencia innata* que caracteriza á los grandes poetas.

La miseria le hizo algun tiempo soldado, y es probable que en los ócios de la vida de guarnicion preparase los materiales de sus futuras composiciones, composiciones estrañas que parecen haber sido creadas para demostrar que

la originalidad es una de las partes integrantes de lo bello. Vuelto á la vida literaria, el solo elemento donde pueden respirar ciertos seres privilegiados, Poe moria en una extrema miseria, cuando un suceso dichoso le levantó de nuevo.

El propietario de una revista acababa de abrir un certámen, dando dos premios, uno para el mejor cuento y el otro para el mejor poema. Una letra, singularmente hermosa, atrajo la atencion de Mr. Kennedy, que presidía el comité y le inspiró el deseo de examinar por sí mismo los manuscritos.

Se encontró que Poe había ganado los dos premios, pero solo se le concedió uno. El presidente de la comision tuvo curiosidad de ver al incógnito.

El editor del diario le presentó á un jóven de una hermosura sorprendente. Tenía como Byron una cabeza de Apolo, con un vestido andrajoso, abotonado hasta la barba, y mostraba el aire y la distincion de uu gentil-hombre, tan orgulloso como hambriento.

Kennedy se portó bien con él. Le presentó á Mr. Thomás White, que habia fundado en Richmond el *Southern Literary Messenger*. Mr. White era un hombre audaz, pero sin ningun talento literario; le faltaba un ayudante, un colaborador, un sosten.

Poe se encontró á los veinte y dos años director de una revista, cuyo destino descansa-

ba sobre él. Él creó su prosperidad. *El Southern Literary Messenger* ha reconocido despues que á este escéntrico narrador, á este borracho incorregible, debia su clientela y su fructuosa notoriedad.

En este periódico fué donde apareció por la primera vez la *Sin igual aventura de un tal Hans Pfaall*, y muchos otros cuentos que nuestros lectores verán desfilan ante sus ojos.

Durante el transcurso de dos años, Edgar Poe con un ardor maravilloso, asombró al público con una série de composiciones de un género completamente nuevo y por artículos críticos, cuya vivacidad, precision, severidad razonada, eran muy dignos de llamar la atencion.

Es bueno que se sepa que todo este trabajo considerable se hacia por quinientos dollars.

Inmediatamente, dice Griswold, lo que quiere decir, se creía bastante rico el imbécil, se casó con una jóven, bella, encantadora, de una naturaleza amable y heróica, pero *que no tenía un cuarto*, añade el mismo Griswold con tono de desprecio. Su esposa era la señorita Virginia Clemen, su prima.

No obstante los servicios hechos á su periódico, M. White se disgustó de Poe al cabo de dos años, en los cuales habia alcanzado su publicación un éxito grande.

La razon de la separacion de Edgar se halla

evidentemente en los accesos de hipocondría y en las crisis de embriaguez del poeta, accidentes característicos que manchaban los horizontes de su vida.

Desde entónces veremos al desgraciado transportar sus ligeros penates por las principales ciudades de la Union. Veremos por anuncios, que hieren el alma, anuncios insertos en los periódicos que M. Poe y su muger se encuentran peligrosamente enfermos en Fordham y sumidos en la miseria más absoluta.

Poco tiempo despues de la muerte de su adorada Virginia, Poe sufrió los primeros ataques del *delirium tremens*.

Desde entónces Poe sostuvo una lucha inclemente, pero gigante, contra su fortuna y contra el destino. Vencido siempre, pero quedándole siempre el valor y la esperanza para comenzar de nuevo la lucha, Edgar quiso librarse de la miseria y empleó uno por uno todos los medios que le sugirió su ingenio.

Fundó una revista esperando tener el concurso de sus amigos de colegio y de sus colaboradores de West-Point. Hacia tiempo había publicado en Nueva-York *Eureka*, poema cosmogónico, que habia levantado las mayores discusiones.

Visitó, pues, las principales ciudades de Virginia en busca de medios y aliados, y Richmond volvió á ver al que había conocido tan pobre, tan desamparado.

Todos los que no habian visto á Poe desde el tiempo de su oscuridad corrieron en tropel á contemplar á su ilustre compatriota. Apareció, bello, elegante, correcto como el génio. Yo creo que desde hacia algun tiempo había llevado su condescendencia hasta hacerse admitir en una sociedad de la templanza. La buena acogida que se le hizo inundó de alegría su pobre corazon hasta el punto de pensar en establecerse definitivamente en Richmond y acabar su vida en los lugares que su infancia le había hecho tan queridos.

Sin embargo, tenía un negocio en New-York, y partió el 4 de Octubre quejándose de temblores y desfallecimiento. Sintiéndose siempre mal llegó á Baltimore la tarde del 6, hizo llevar su equipage al embarcadero de donde debía partir á Philadelphia y entró en una taberna para tomar allí un escitante. Allí, desgraciadamente, encontró antiguos conocimientos, y se marchó tarde á su casa.

A la mañana siguiente, á la pálida luz del indeciso amanecer, se encontró un cadáver sobre la via pública. ¿Era un cadáver? no, un cuerpo vivo todavía, pero á quien la muerte había sellado con todos sus horrores. Sobre este cuerpo, cuyo nombre se ignoraba, no se hallaron ni papeles, ni dinero y fué conducido á un hospital. Allí murió Poe, la tarde del domingo 7 de Octubre de 1849, á la edad de 37 años, anodado por el *delirium tremens*, este terrible

mal que había ya trastornado su cerebro una ó dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de génio que había escrito en *el Gato negro* estas palabras fatídicas:

«*El mal es comparable al alcohol!*»

Esta muerte es casi un suicidio, un suicidio preparado desde largo tiempo. Ay! el que habia superado, vencido en las alturas más árdidas de la estética, el que se habia hundido en los abismos menos explorados de la intelectualidad humana, el que á través de una vida semejante á una tempestad sin calma, habia encontrado medios nuevos, procedimientos desconocidos para asombrar la imaginacion, para seducir á los espíritus sedientos de lo bello, acababa de morir en un hospital, pobre, abrasado por el delirio, suicidado, valiéndose del arma más traidora y terrible ¡el alcohol!

¡Lástima que un hombre que debía despertar con su recuerdo la admiracion, solo al conocer su nombre, produzca en el alma un sentimiento de tristeza y compasion al ver esos lamentables errores del génio, que debía ser todo luz y armonía, y que muchas veces solo es degradacion y tinieblas!

Este ejemplo, unido á muchos otros desventurados, ha hecho nacer entre el vulgo el falso axioma de que el verdadero génio es desordenado. Indisculpable error. El génio, para ser tal génio, tiene que ser armonioso y claro como el sol.

Edgar Poe es el fundador sin duda de un género nuevo. Su fantasia es estraña; hay en ella algo de escalpelo, algo de matemático, por decirlo así.

No es un soñador como Hoffman.

Hoffman tenia una fantasia desarreglada, nebulosa, propiamente alemana.

Poe es el poeta de sentimiento: su *Annabel* es la inspiracion gigante desarrollándose ampliamente en *Eureka* y en *El Cuervo*, poema de notas misteriosas y sobrenaturales, y sobre todo en sus cuentos, el autor de una imaginacion fecundísima, que no dice una palabra que no sea una intencion, que no tienda, directa ó indirectamente, á perfeccionar un designio premeditado.

Es preciso haber contado la revuelta, la desarreglada, la fatal vida de Poe, para que sus cuentos sean comprendidos. La musa de lo Terrible ha inspirado muchos de ellos; no hay un escritor en los presentes tiempos que tenga tan grandes facultades para hacer la novela de las íntimas sensaciones del alma.

¡Edgar Poe ha muerto!

El pais de los mercaderes ha perdido á una de sus más resplandecientes auroras.

Esperemos que la posteridad haga justicia al grande hombre americano, y nosotros perdonémosle sus vicios y sus defectos, como perdonamos á Chaterton la última dosis de ópio, que le hizo dormir el sueño de la muerte.

M. CANO Y CUETO.

I.

EL GATO NEGRO.

Relativamente á la más estraña y sin embargo más familiar historia, que voy á estender por escrito, no aguardo ni solicito el crédito. Verdaderamente sería insensato esperarlo en un caso en que mis sentidos arrojan su propio testimonio. Sin embargo, yo no estoy loco, y ciertamente no sueño. Pero mañana muero, y hoy querría aliviar mi alma. Mi designio inmediato es presentar ante el mundo, clara, sucintamente, y sin comentarios, una série de simples acontecimientos domésticos. Por sus consecuencias, estos acontecimientos me han aterrorizado, me han torturado, me han anonadado. Con todo, yo no trataré más que de aclararlos. Para mí no han presentado quizás más que horror, á muchas personas parecerán menos terribles que estrambóticos. Quizás, mas tarde, se encontrará una inteligencia que reducirá mi fantasma á su estado natural; inteligencia, más calmada, más lógica, y sobre todo menos es-

citabile que la mia, que no encontrará en las circunstancias que relato con terror más que una sucesion de causas y de efectos muy naturales.

En mi infancia había sido conocido por la docilidad y humanidad de mi carácter. Mi ternura de corazón era tan estremada que había hecho de mí el juguete de mis camaradas.

Tenía frenesí, particularmente por los animales, y mis parientes me habían permitido poseer una gran variedad de favoritos. Pasaba con ellos casi todo el tiempo y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer ó acariciaba. Esta particularidad de mi carácter aumentó con los años y cuando llegué á ser un hombre, vino á constituir uno de los principales motivos de placer. Para los que han profesado afecto á un perro, fiel é inteligente, no tengo necesidad de explicar la naturaleza ó la intensidad de goces que puede esto proporcionar. Hay en el desinteresado amor de un animal, en su abnegacion, alguna cosa que vá directamente al corazón del que ha tenido frecuentemente la ocasion de experimentar la humilde amistad y la fidelidad de la envoltura del *hombre natural*. Me casé jóven, y fui dichoso con encontrar en mi muger una disposicion simpática á la mia. Observando mi afeccion por estos favoritos domésticos, no perdí ocasion alguna de proporcionarme los de la especie mas agradable. Teníamos pájaros, un pez

dorado, un perro bellissimo, conejos, un pequeño mono y un *gato*.

Este último animal era notablemente robusto y hermoso, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Refiriéndose á su inteligencia, mi muger, que en el fondo no era poco supersticiosa, hacía frecuentes alusiones á la antigua creencia popular, que miraba en todos los gatos negros brujas disfrazadas.

No significa esto que ella hablase siempre *seriamente* sobre este punto, y si yo lo menciono, es sencillamente porque me viene á la memoria en este momento.

Pluton, este era el nombre del gato, era mi favorito, mi camarada. Yo le daba de comer y él me seguía por la casa adonde quiera que fuese.

Esto me tenía tan sin cuidado, que llegué á permitirle me acompañara por las calles.

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales el total de mi carácter, por obra del demonio de la intemperancia, me avergüenzo de confesarlo, sufrió una alteracion radicalmente mala. Me hice de dia en dia más taciturno: más irritable, más indiferente á los sentimientos de los otros.

Me permití emplear un lenguaje brutal con mi muger.

Con el tiempo aún la injurié con violencias personales. Mis pobres favoritos naturalmente debieron sentir el cambio de mi carácter. No

solamente los abandoné, sino que los maltrataba.

En cuanto á Pluton, todavía tenía para él una consideracion suficiente que me impedía pegarle, mientras que no me daba escrúpulos de maltratar á los conejos, al mono y aun al perro, cuando por acaso ó por cariño se encontraban en mi camino. Mi mal me invadía cada vez más, porque el mal es comparable al alcohol, y con el tiempo Pluton mismo, que mientras tanto envejecía y que naturalmente se iba haciendo un poco desapacible, Pluton mismo empezó á conocer los efectos de mi carácter malvado.

Una noche, como yo entrase en casa muy ébrio, saliendo de una de mis habituales tabernas del barrio, imaginé que el gato evitaba mi vista. Lo agarré, mas él espantado de mi violencia, me hizo en una mano con sus dientes una herida muy leve. Mi alma original pareció que abandonaba mi cuerpo, y una rábia superdiabólica, saturada de gin, penetró en cada fibra de mi sér. Saqué del bolsillo del chaleco un cortapluma, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita.

Me avergüenzo, me abraso, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando mi razon volvió con la mañana, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, esperiménté una sensacion mitad horror, mitad remordimiento, por el crí-

men de que me había hecho culpable; pero era todo á lo más un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió las heridas.

Me sumí en los excesos y bien pronto ahogué en vino todo recuerdo de mi accion.

Entre tanto el gato sanó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horroroso, pero en adelante no pareció sufrir. Iba y venía por la casa, segun su costumbre; pero como llegara á verme, huía de mi aproximacion con horror estremo.

Me restaba lo bastante de mi antiguo corazon para sentirme afligido por esta antipatía evidente de parte de un sér que tanto me había amado otras veces. Pero este sentimiento dió bien pronto lugar á la irritacion. Y entónces apareció como para mi postrera é irrevocable caida, el espíritu de la *Perversidad*. De este espíritu la filosofia no dá cuenta alguna. Con todo, tan seguro como existe mi alma, yo creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazon humano; una de las indivisibles primeras facultades ó sentimientos que dán la direccion al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una accion sucia ó vil, por la sola razon que él sabía no la debía cometer? ¿No tenemos una perpétua inclinacion, no obstante la escelencia de nuestro juicio, á violar lo que es Ley, simplemente porque comprendemos que es Ley? Este espíritu de perversidad, repito, llegó á cau-

sar mi ruina completa. Es ese deseo ardiente, insondable del alma de atormentarse á sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, quien me impulsaba á continuar y últimamente á indisponer el suplicio que habia impuesto al inofensivo animal. Una mañana, á sangre fria, le puse un nudo corredizo al rededor del cuello y lo ahorqué de una rama de un árbol: lo ahorqué arrasados en lágrimas mis ojos, con el más amargo remordimiento en el corazon: lo ahorqué porque yo sabia que él me habia amado y porque sentía que no me hubiese dado ningun motivo de cólera: lo ahorqué porque sabia que haciéndolo así cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, al punto de colocarla, si tal cosa es posible, fuera de la misericordia infinita del Dios Misericordiosísimo y Terribilísimo.

En la noche que siguió al dia, en que fué concebida esta cruel accion, fui despertado á los gritos de ¡fuego! Las cortinas de mi lecho estaban convertidas en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. No sin gran dificultad escapamos del incendio mi muger, un criado y yo. La destruccion fué completa. Fué absorbida toda mi fortuna, y entónces me entregué á la desesperacion.

No pretendo establecer una relacion de la causa con el efecto, entre la atrocidad y el desastre: estoy muy por encima de esta debilidad. Mas doy cuenta de una cadena de hechos y no

quiero descuidar ni un solo eslabon. El dia que siguió al incendio visité las ruinas. Los muros habian caido á tierra, esceptuando uno solo, y esta sola escepcion se encontró ser un tabique interior poco sólido, situado casi en la mitad de la casa y contra el cual se apoyaba la cabeceira de mi lecho. La fábrica habia aquí resistido en gran parte á la accion del fuego, cosa que yo atribuí á que recientemente se habia renovado. En rededor de este muro, una multitud estaba apiñada y muchas personas parecían examinar una porcion particular con minuciosa y viva atencion. Las palabras ¡extraño! ¡singular! y otras espresiones semejantes escitaron mi curiosidad. Me aproximé y ví semejante á un bajo relieve, esculpido sobre blanca superficie, la figura de un *gato* gigantesco. La imágen estaba copiada con una exactitud verdaderamente maravillosa.

Habia una cuerda al rededor del cuello del animal.

En seguida de ver esta aparicion, porque yo no podía menos de considerar esto como una aparicion, mi asombro y mi temor fueron extraordinarios. Pero al fin, la reflexion vino en mi ayuda.

Recordé que el gato habia sido ahorcado en un jardin adyacente á la casa. A los gritos de alarma, el jardin habria sido inmediatamente invadido por la multitud y el animal debió haber sido descolgado del árbol por alguno y arrojado

en mi cuarto á través de una ventana abierta.

Esto, sin duda, había sido hecho con el fin de despertarme. La caída de los otros muros había comprimido á la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente estendido; la cal de este muro, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, habrían obrado la imágen, tal cual yo la veía. Aunque yo satisface así á mi razón prontamente, sino tan rápidamente á mi conciencia, relativamente al suceso sorprendente que acabo de contar, obró sobre mi imaginación una impresión profunda.

Durante muchos meses no pude desembarazarme de la sombra del gato y durante este período envolvió á mi alma un semi-sentimiento, que parecía ser, pero que no era, el remordimiento mismo. Llegué hasta llorar la pérdida del animal y buscar en rededor mio en los tugurios miserables, que en tanto frecuentaba habitualmente, otro favorito de la misma especie, y de una figura parecida, que le supliera.

Una noche, como estuviese sentado medio aturdido, en una tasca más que infame, fué repentinamente atraída mi atención hácia un objeto negro que reposaba en lo alto de uno de sus inmensos toneles de gin ó rom, que componían el principal mueblaje de la sala.

Hacia algunos momentos que miraba á lo alto de este tonel y lo que me sorprendía era no haber notado desde luego el objeto colocado encima.

Me aproximé, tocándole con la mano.

Era un gato negro; un enorme gato, al menos tan grande como Pluton, igual á él en todo, excepto en una cosa.

Pluton no tenía ni un pelo blanco en todo el cuerpo, al par que este tenía una salpicadura larga y blanca, mas de una forma indecisa, que le cubría casi toda la region del pecho.

Apenas le hube tocado cuando se levantó súbitamente, prorrumpió en ronca y continuada *carretilla*, (1) se frotó contra mi mano y pareció encantado de mi atención.

Era, pues, el verdadero animal que yo buscaba.

En seguida propuse al dueño de la tasca comprarlo, pero éste no se dió por entendido: no le conocía; no le había visto nunca, hasta aquel momento.

Continué mis caricias y cuando me preparaba á volver á mi casa, el animal se mostró dispuesto á acompañarme. Permitíle hacerlo, bajándome de cuando en cuando y acariciándole al ir andando.

Cuando llegó á mi casa, se encontró como en la suya, y llegó á ser en seguida gran amigo de mi muger.

Por mi parte, bien pronto sentí nacer la antipatía contra él. Era casualmente lo contrario que yo había esperado; pero

(1) Hacer la *carretilla*, *roucouer*.



porqué sucedió esto: su evidente ternura me disgustaba, fatigándome casi. Lentamente estos sentimientos de disgusto y fastidio llegaron hasta la amargura del ódio.

Evitaba su presencia y una especie de sensación de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegar al gato ó golpearle violentamente; llegué á tomarle un indecible horror, y á huir silenciosamente de su odiosa presencia, como de la peste.

Lo que aumentó, sin duda, mi ódio contra el animal fué el descubrimiento que hice en la mañana despues de haberlo traído á casa, que como Pluton, él tambien habia sido privado de uno de sus ojos.

Esta circunstancia no contribuyó más que á hacerle aun más querido á mi muger, que como ya he dicho, poseia en alto grado esta ternura de sentimiento que habia sido mi rasgo característico y el manantial frecuente de mis más sencillos y puros placeres.

Sin embargo, el cariño del gato para conmi g. parecia acrecentarse en razon directa de mi aversion contra él.

Seguia mis pasos con una tenacidad que seria difícil hacer comprender al lector. Cada vez que me sentaba, él se acurrucaba bajo mi silla ó saltaba sobre mis rodillas cubriéndome de sus caricias horrorosas.

Si me levantaba para andar, él se metia entre

mis piernas y casi me dejaba caer al suelo, ó bien introduciendo sus largas y agudas garras en mis vestidos, trepaba de esta manera hasta mi pecho.

En estos momentos, aunque yo deseaba matarle de un golpe, me detenia, en parte por el recuerdo de mi primer crimen, pero principalmente, debo confesarlo, por un verdadero terror que me causaba el animal.

Este terror no era positivamente el terror de un mal físico, y sin embargo, me seria muy difícil definirlo de otra manera. Estoy casi avergonzado de confesarlo. Si; aun en este lugar de criminales, casi me avergüenzo al confesar que el terror y el horror que me inspiraba el animal se habian aumentado por una de las más grandes quimeras que es posible concebir.

Mi muger habia llamado mi atención más de una vez sobre el carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituia la única diferencia visible entre el nuevo animal y el que yo habia matado. El lector recordará sin duda, que esta marca, aunque grande, estaba primitivamente indefinida en su forma, pero lentamente, por grados, por grados imperceptibles, y que mi razon se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios, habia tomado á la larga una rigurosa precision de contorno.

Era, pues, la imagen de un objeto que me hace estremecer al nombrarlo: era lo que sobre todo me hacia tener al mónstruo horror y re-

pugnancia, y que me habria impulsado á librarme de él *si me hubiera atrevido*: era pues, como digo, la imágen de una cosa horrrosa y siniestra, la imágen de la *horca*.—¡Oh! lúgubre y terrible máquina, máquina del horror y del crimen, de agonía y de muerte.

Y hé aquí que yo era un miserable, más allá de la miseria posible de la humanidad. Una bestia bruta, de la cual yo habia con desprecio destruido al hermano, *una bestia bruta* creando para mí,—para mí hombre formado á la imágen del Dios Altísimo,—un tan grande é intolerable infortunio. Ay! yo no conocia el descanso del reposo, ni de día ni de noche. Durante el día el animal no me dejaba ni un instante, y en la noche, á cada momento, cuando salía de mis sueños llenos de angustia indefinible, era para sentir el tibio aliento de la alimaña sobre mi rostro, y su inmenso peso, encarnacion de una pesadilla que yo era impotente para sacudir, posada eternamente sobre mi *corazon*.

Bajo la presion de tormentos semejantes, lo poco de bueno que restaba en mí, sucumbió. Pensamientos malvados vinieron á ser mis íntimos—los más sombríos y malvados de mis pensamientos. La tristeza de mi humor habitual acrecentó hasta odiar todas las cosas y toda la humanidad y sin embargo mi muger no se quejaba nunca, ay! era mi sufre-dolores ordinario, la más paciente víctima de mis repentinas, frecuentes é indomables erupciones de una furia

á la cual me abandonaba ciegamente.

Un dia me acompañó, para un quehacer doméstico, al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba á habitar. El gato me seguía por los rígidos escalones de la escalera y habiéndome tirado de cabeza, me exasperó hasta la demencia. Levantando el hacha y olvidando en mi furor el temor pueril que hasta entonces había retenido mi mano, dirijí al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado, como deseaba; pero el golpe fué detenido por la mano de mi muger. Esta intervencion me produjo una rábica más que diabólica: desembaracé mi brazo del obstáculo y le hundí mi hacha en el cráneo.

Cayó al instante muerta, sin exhalar un gemido.

Terminado este horrible asesinato, me puse inmediata y muy deliberadamente á tratar de esconder el cuerpo.

Comprendí que no podia hacerle desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el peligro de ser observado por los vecinos. Muchos proyectos se cruzaron en mi mente.

Pensé un momento en dividir el cadáver en pequeños pedazos y destruirlos por el fuego.

Resolví despues cavar una fosa en el suelo de la bóveda. Luego imaginé arrojarlo al pozo del patio: más tarde meterlo en un cajon, como mercancía, en las formas usadas y encarregar á un mandadero lo llevase fuera de la casa.

Finalmente, me detuve ante un espediente que consideré como el mejor de todos.

Determiné emparedarlo en el sótano, como se dice que los monges de la edad media emparedaban á sus víctimas.

El sótano parecia muy bien dispuesto para semejante designio. Los muros estaban contruidos descuidadamente y hacia poco habian sido cubiertos, en toda su estension, de una masa de mezcla, que la humedad habia impedido endurcer.

Ademas, en uno de los muros habia un bulto causado por una falsa chimenea, ó especie de hogar, que habia sido tapado y fabricado en el mismo género que el resto del sótano. No dudé que me seria fácil quitar los ladrillos de este sitio, introducir el cuerpo y emparedarlo del mismo modo, de manera que ningun ojo humano pudiera imaginar nada sospechoso.

Y no fuí engañado en mi cálculo. Con la ayuda de una palanca quité facilísimamente los ladrillos y habiendo aplicado cuidadosamente el cuerpo contra el muro interior lo sostuve en esta postura hasta que restableciese, sin gran trabajo, toda la fábrica en su primitivo estado.

Habiéndome procurado una argamasa de cal y arena con todas las precauciones imaginables, preparé una masa, una blanqueadura, que no podía distinguirse de la antigua y cubrí con ella escrupulosamente el nuevo tabique. El mu-

ro no presentaba la más ligera señal de renovacion.

Quité todos los escombros con el esmero más prolijo y espurgué el suelo, por decirlo así. Miré triunfalmente en rededor mio y me dije: Aquí á lo menos mi trabajo no ha sido perdido.

Mi primer pensamiento fué buscar al animal que habia sido causa de desgracia tan grande, porque yo al fin habia resuelto darle muerte.

Si hubiera podido encontrarle en aquel momento, su destino estaba cumplido, pero parecia que el artificioso animal se habia alarmado por la violencia de mi accion reciente y tenia cuidado de no presentarse en mi actual estado de humor.

Es imposible describir ó imaginar la profunda, la feliz sensacion de consuelo que la ausencia del detestable animal obraba en mi corazon. No se presentó en toda la noche, y así esta fué la primera buena noche, desde su entrada en la casa, en que yo dormí tranquila y profundamente: sí, *dormí* como un bienaventurado con el peso del crimen sobre el alma.

Pasaron el segundo y el tercer dia, y sin embargo no vino mi verdugo. Una vez más respiré como hombre libre. El mónstruo en su terror habia abandonado para siempre aquellos lugares. No le volvería á ver. Mi dicha era suprema. La criminalidad de mi tenebrosa accion no me inquietaba mucho.

Se habia abierto una especie de sumaria la cual se habia dado en seguida por satisfecha. Una indagacion se habia ordenado tambien, pero naturalmente nada podia descubrirse. Al cuarto dia despues del asesinato, una porcion de agentes de policia se presentaron inopinadamente en la casa y se procedió de nuevo á una esquisita investigacion de lugares. Confiando sin embargo en la impenetrabilidad del escondrijo, no esperimenté ninguna turbacion. Los oficiales me hicieron acompañarles en la pesquisa. No dejaron de ver ni un rincon, ni un ángulo. Por fin, por tercera ó cuarta vez bajaron al sótano. Mi corazon palpitaba pacíficamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia. Recorrí de punta á punta el sótano, crucé mis brazos sobre mi pecho y me paseé descuidadamente de un lado para otro.

La justicia estaba plenamente satisfecha, y se preparaba á marchar. La alegria de mi corazon era demasiado fuerte para ser reprimida. Me quemaba el deseo de decir una palabra, solo una palabra en señal de triunfo, y hacer duplicadamente palpable la conviccion acerca de mi inocencia.

—Caballeros, dije al fin, cuando la gente subia la escalera, estoy satisfecho por haber desvanecido vuestras sospechas. Os deseo á todos buena salud y un poco más de cortesania. Sea dicho de paso, caballeros, ved aquí una casa singularmente bien construida (en mi rabioso

deseo de decir alguna cosa con aire deliberado, entendía apenas lo que hablaba). Yo puedo asegurar que esta es una casa admirablemente construida. Estos muros... vais á marcharos caballeros? estos muros están fabricados sólidamente.

Y aquí, por una fanfarronada frenética, golpeé fuertemente con un baston que tenía en la mano justamente sobre la pared del tabique, detrás del cual estaba el cadáver de la esposa de mi corazon.

Ah! que al menos Dios me proteja y me libre de las garras del Archidemonio. Apenas el eco de mis golpes turbaron el silencio, cuando una voz me respondió del fondo de la tumba: un lamento primero, velado y entrecortado como el sollozo de un niño, luego, enseguida, inflamándose en un grito prolongado, sonoro y continuo, anormal y anti-humano, un aullido, un alarido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede salir del infierno, horrible armonía brotando á la vez de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios regocijándose en su condenacion.

Contaros mis pensamientos sería insensato. Me sentí desfallecer y caí tambaleando contra el muro opuesto.

Durante un momento los agentes colocados sobre los escalones quedaron inmóviles, estupefactos por el terror.

Un instante despues, una docena de brazos

robustos caian demoledores sobre la pared que vino á tierra de un golpe.

El cuerpo, ya muy destrozado y cubierto de sangre cuajada, estaba derecho ante los ojos de los espectadores.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y el ojo único despidiendo fuego, estaba colocada la abominable béstia cuya astucia me habia inducido al asesinato y cuya voz acusadora me habia entregado al verdugo.

Yo habia emparedado al mónstruo en la tumba mi infortunada víctima.

II.

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD.

Al examinar las facultades é inclinaciones, —móviles primordiales del alma humana,— los frenólogos han dejado de enumerar una tendencia que, aunque visiblemente existe como sentimiento primitivo, radical é indestructible, no ha sido tampoco enumerada por ninguno de los moralistas que han precedido á aquellos. Todos, en la infatuacion completa de la razon, nos hemos olvidado de ella. Hemos consentido que su existencia se ocultase á nuestros ojos solo por falta de creencia,—de fé,—otra fuese la fé fundada en la revelacion ó ya en la cábala. Su idea no nos ha ocurrido jamás por efecto simplemente de su carácter especial.

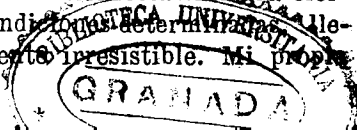
No hemos sentido la necesidad de comprobar esta inclinacion, —esta tendencia. No podíamos concebir que fuese necesaria. No podíamos adquirir fácilmente el conocimiento de este *primum mobile*, y aun cuando por fuerza hubiese penetrado en nosotros, no hubiéramos podido

comprender jamás qué papel representa dicha inclinacion en el órden de las cosas humanas así temporales como eternas. Es innegable que la frenología y gran parte de las ciencias metafísicas han sido concebidas *á priori*. El hombre de la metafísica, de la lógica, pretende, mas bien que el de la inteligencia y la observacion, comprender los designios de Dios,—dictarle planes. Despues de haber penetrado así á su placer las intenciones de Jehovah, con arreglo á dichas intenciones ha formado innumerables y caprichosos sistemas. En frenología, por ejemplo, hemos asentado, cosa por otro lado muy natural, que por designio de Dios debió comer el hombre. Despues hemos señalado en el hombre un órgano de *alimentabilidad*, y este órgano es el estímulo por el cual obliga Dios al hombre á que, de grado ó por fuerza, coma. Hemos decidido en segundo lugar que voluntad de Dios era que el hombre perpetuase su especie, y acto continuo hemos descubierto un órgano de *amatividad*. Del mismo modo hemos encontrado la *combatividad*, la *idealidad*, la *casualidad*, la *constructividad*—y en suma, todos los órganos que representan ya una inclinacion, ya un sentimiento moral ó ya una facultad de inteliencia pura. En esta recoleccion de principios de la accion humana los *Spurzheimistas* no han hecho más que seguir en sustancia, con razon ó sin ella, en todo ó en parte, los pasos de sus predecesores; deduciendo y asentando cada cosa con arreglo al supuesto des-

tino del hombre y tomando por fundamento las intenciones del Creador.

Más prudente y seguro hubiese sido fundar la clasificacion (ya que por absoluta necesidad tenemos que clasificar) sobre los actos habituales del hombre, como tambien sobre los que ejecuta ocasionalmente, siempre ocasionalmente, que no sobre la hipótesis de que la Divinidad le obliga á ejecutarlos. ¿Cómo, si no podemos comprender á Dios en sus obras visibles, podremos comprenderle en sus impenetrables pensamientos que dan vida á aquellas obras? ¿Cómo, si no podemos concebirle en sus creaciones, habremos de concebirle en sus incondicionales modos de ser y por su aspecto creador?

La induccion *á posteriori* hubiera llevado la frenología hasta el punto de admitir como principio primitivo é innato de la accion humana, un no sé qué de paradógico que nosotros, á falta de palabra más propia, llamaremos perversidad. Esto, en el sentido que aquí se toma, es realmente un móvil sin motivo, un motivo inmotivado. Por su influjo obramos sin objeto inteligible, y por si en estas palabras se encuentra contradiccion, podemos modificar la proposicion diciendo que, por su influjo, obramos sin más razon que *porque no deberíamos hacerlo*. No puede haber en teoría una razon más antirracional; pero de hecho no hay nada más incontestable. Para ciertos espíritus, en condiciones determinadas, llega á ser absolutamente irresistible. Mi propo-



existencia no es para mí más cierta que esta proposición: la certeza del pecado ó error que un acto lleva consigo es frecuentemente la única fuerza invencible que nos obliga á ejecutarlo. Y esta tendencia que nos obliga á hacer el mal por amor del mal, no admite análisis ni descomposición alguna. Es un movimiento radical, primitivo, elemental. Dirase, yo lo espero, que si persistimos en ciertos actos porque sabemos que no deberíamos persistir en ellos, nuestra conducta no es más que una modificación de aquella á que dá origen la combatividad frenológica; pero una simple ojeada bastará para descubrir la falsedad de semejante idea. La combatividad frenológica tiene por causa la necesidad de la defensa personal: ella es nuestra salvaguardia contra la injusticia; su principio tiende á favorecer nuestro bienestar; así es que al mismo tiempo que la combatividad se desarrolla, crece en nosotros el deseo del bienestar. Síguese de aquí que el deseo del bienestar debiera excitarse en todo principio, que no fuera otra cosa sino modificación de la combatividad; pero en el caso de este no sé qué, á que llamo *perversidad*, no solamente no se despierta el deseo del bienestar, sino que aparece un sentimiento completamente contradictorio.

La mejor respuesta al sofisma de que se trata, la encuentra cada cual examinando su propio corazón. Ninguno que lealmente consulte á su alma se atreverá á negar lo absolutamente

radical de la tendencia en cuestión. Tan fácil es de conocer y distinguir como imposible de comprender. No hay hombre, por ejemplo, que en ciertos momentos no haya sentido un vivo deseo de atormentar al que le escucha con circunloquios y rodeos. Bien sabe el que así habla que está disgustando; sin embargo de ordinario tiene la mejor intención de agradar, es breve y claro en sus razonamientos, y de sus labios sale un lenguaje tan lacónico como luminoso; solo, pues, con gran trabajo puede violentar de tal manera su palabra; por otra parte el sugeto de que se trata teme provocar el mal humor de aquel á quien se dirige. Esto no obstante hiere su imaginación el pensamiento de provocar aquel mal humor con ambages y digresiones, y este simple pensamiento basta. El movimiento se convierte en veleidad, la veleidad crece hasta trocarse en deseo, el deseo acaba por ser necesidad irresistible, y la necesidad se satisface, con gran pesar y mortificación del que habla y arrostrando todas las consecuencias.

Tenemos una obligación que cumplir y cuyo cumplimiento no admite demora. Sabemos que en el menor retardo va nuestra ruina. La crisis más importante de nuestra vida reclama nuestra inmediata acción y energía con alta é imperiosa voz. La impaciencia de poner manos á la obra nos abrasa y consume; el placer anticipado de un glorioso éxito inflama nuestra alma.

Es preciso, es necesario que la obligacion se cumpla hoy mismo,—y sin embargo la dejamos para mañana;—¿y por qué? No hay más explicacion sino por que conocemos que esto es *perverso*;—sirvámonos de la palabra sin comprender el principio. Llega mañana y crece nuestro afan de cumplir con el deber; pero al mismo tiempo que el afan se aumenta, nace un deseo ardiente, sin nombre, de dilatar el cumplimiento de la obligacion,—deseo verdaderamente terrible, porque su naturaleza es impenetrable. A medida que el tiempo huye es más y más fuerte el deseo. No nos queda más que una hora, esta hora es nuestra. Nos hace estremecer la violencia de la lucha que en nosotros pasa,— del combate entre lo positivo y lo indefinido, entre la sustancia y la sombra. Pero si la lucha llega hasta este extremo, es porque la sombra nos obliga á ello; nosotros nos resistimos en vano. El reloj suena, su sonido es el doble mortuario de nuestra felicidad; y para la sombra que nos ha aterrado tanto tiempo es el canto matutino, la diana del gallo victorioso de los fantasmas. La sombra huye,—desaparece,—somos libres. Nuestra antigua energía renace. Ahora trabajaríamos, pero ¡ay! *ya es tarde*.

Nos asomamos á un precipicio,—miramos el abismo,—sentimos malestar y vértigos. Nuestra primer intencion es de retroceder y alejarnos del peligro; pero sin saber por qué permanecemos inmóviles. Poco á poco el mal estar, el vér-

tigo y el horror se confunden en un solo sentimiento nebuloso, indefinible. Gradual, insensiblemente esta nube toma forma como el vapor de la botella de donde se levanta el génio de las Mil y una noches. Pero de *nuestra* nube se levanta, al borde del precipicio, cada vez más palpable una sombra mil veces más terrible que ningun génio ó demonio de la fábula; y sin embargo no es más que un pensamiento; pero un pensamiento horrible, que penetra hasta la médula de los huesos, infiltra hasta ella las delicias feroces de su horror,—es simplemente la idea ¿de qué sentiríamos durante el descenso si cayésemos de semejante altura? Y por cuanto esta caída y horroroso anonadamiento llevan consigo la más terrible y odiosa de cuantas imágenes odiosas y terribles de la muerte y del sufrimiento podemos figurarnos, por tanto la deseamos con mayor vehemencia. Y porque nuestra razon nos aleja violentamente del abismo, *por esto mismo* nos acercamos á él con más ahinco. No hay passion más diabólica en la naturaleza que la del hombre, que espeluznándose de horror á la boca de un precipicio, siente que por sus mientes cruza la idea de echarse en él. Dejar libre el pensamiento, intentarlo siquiera un solo instante, es perderse irremisiblemente; porque la reflexion nos manda abstenernos, y *por eso mismo*, repito, *no podemos hacerlo*. Si no hay un brazo amigo que nos detenga, ó somos incapaces de un esfuerzo repentino para huir lejos del abis-

mo, nos arrojamós á él, somos perdidos.

Si examinamos estos actos y otros análogos encontraremos siempre que su sola causa es el espíritu de *perversidad*, y que los perpetramos únicamente porque conocemos que no debiéramos perpetrarlos.

—Ni en unos ni en otros hay principio inteligible; de modo que, sin peligro de equivocarnos, podemos considerar esta perversidad como instigación directa del Archidemonio, á no ser evidente que algunas veces sirve para realizar el bien.

He sido tan prolijo en cuanto llevo dicho por satisfacer de algun modo vuestra curiosidad y vuestras dudas,— por esplicaros por que estoy aquí;—y porque sepais á qué debo las cadenas que arrastro y la celda de recluso en que habito. A no haber sido tan minucioso, o no me entenderiais, ó me tendríais como á otros muchos por loco; mas despues de haber oido las anteriores razones comprendereis fácilmente que soy una de las innumerables víctimas del demonio de la Perversidad.

No es posible ejecutar un acto con deliberación más perfecta. Durante semanas y meses enteros no hice más que meditar sobre la manera más segura de cometer un asesinato. Deseché mil proyectos porque la realización de todos ellos debia dejar algun cabo pendiente por donde el crimen se descubriese algun dia. Por fin, leyendo unas memorias francesas acerté á encon-

trar la historia de una enfermedad casi mortal que padeció Mm. Pilau por haber aspirado el tufo de una bugía casualmente envenenada. La idea hirió súbitamente mi imaginación: yo sabia que mi víctima acostumbraba á leer en la cama; sabia tambien que la estancia en que dormía era pequeña y mal ventilada. Mas ¿á qué fatigaros con inútiles pormenores? No os contaré de qué modo logré sustituir la bugía que estaba junto á la cama con otra emponzoñada: es el caso que una mañana se encontró al hombre muerto en su lecho, y que la autoridad, despues de reconocerle, juzgó que su muerte habia sido repentina.

Yo heredé el caudal de mi víctima y todo me salió perfectamente durante muchos años. Jamás pasó por mis mientes la idea de que el crimen pudiera descubrirse: yo mismo habia destruido los restos de la bugía fatal, y no habia dejado sombra ni indicio, capaz de escitar la menor sospecha. Con dificultad podrá imaginar nadie cuán grande era mi satisfacción al reflexionar sobre mi completa seguridad. Habíame acostumbrado á deleitarme con tan grato sentimiento, el cual me causaba un placer mayor y más verdadero, que cuantos beneficios meramente materiales habia reportado á consecuencia del crimen. Pero llegó una época desde la cual fué trasformándose aquel sentimiento de placer, por una degradación casi imperceptible, hasta convertirse en un tenaz pensamiento, que con tal frecuencia ocupaba mi imaginación que me cansaba, sin que apenas

puñera librarme de él un solo instante. No es cosa rara tener fatigados los oídos, ó más bien atormentada la memoria por una especie de tintin, ó ya por el estribillo de una canción vulgar ó ya en fin por un trozo insignificante de ópera; no siendo menor el tormento porque la canción ó el trozo de ópera sean buenos. Así me acontecía con aquel pensamiento; de modo que sin cesar me sorprendía á mí mismo pensando maquinalmente en mi seguridad y repitiendo por lo bajo estas palabras: *estoy salvo*.

Paseando un día por la calle, caí en que iba murmurando, no ya como de costumbre, sino en alta voz las consabidas palabras; mas por no sé qué mezcla de petulancia daba al concepto esta nueva forma: *estoy salvo, sí, estoy salvo*; —porque no soy tan tonto que vaya á delatarme á mí mismo.

No bien había pronunciado estas palabras cuando sentí que un frío glacial penetraba en mi corazón. Yo conocía por experiencia estos arrebatos de perversidad (cuya singular naturaleza he explicado con harto trabajo) y recordaba muy bien, que jamás había podido resistirme á sus victoriosos ataques. Entonces una sugestión fortuita, nacida de mí mismo, esto es, el pensar que yo podría ser bastante necio para descubrir mi delito, se me presentó delante como si fuera la sombra del asesinado, y me llamara á la muerte.

Hice al momento un esfuerzo para sacudir

aquella pesadilla de mi alma, y apresuré el paso,—mas de prisa,—cada vez más de prisa,—al cabo eché á correr: sentía un deseo delirante de gritar con toda mi fuerza. Cada agitación sucesiva de mi pensamiento me abrumaba con un nuevo terror; porque ¡ay! bien sabía yo, demasiado bien, que, en el estado en que me encontraba, pensar era perderme. Aceleré aun más el paso, y corrí como un loco por las calles, que estaban llenas de gente. Alarmose al fin el populacho y corrió detrás de mí. Yo entonces sentí la consumación de mi destino: si hubiera podido arrancarme la lengua lo hubiera hecho; pero una voz ruda resonó en mis oídos, y una mano más ruda todavía me cogió por la espalda. Volvíme y abrí la boca para aspirar; sentí en un instante todas las agonias de la sofocación; quedeme sordo y ciego y como ébrio; y entonces creí que algún demonio invisible me golpeaba la espalda con su ancha mano. El secreto, tanto tiempo aprisionado, se escapó de mi alma.

Dicen que hablé y me espresé bien clara y distintamente, pero con tal energía y precipitación, como si temiera ser interrumpido antes de acabar aquellas breves pero importantes frases que me entregaban al verdugo y al infierno.

Después de revelar lo necesario para que no quedase duda de mi crimen, caí aterrado y desvanecido. ¿Para qué decir más? ¡Hoy arrastro cadenas y me encuentro aquí! ¡Mañana estaré libre! ¿Más, dónde?

III.

EL HOMBRE DE LA MULTITUD.

«Esa desgracia de no poder estar solo»

(LA BRUYERE.)

Se ha dicho con justo motivo de cierto libro alemán—*Est læsst sich nicht lesen*,—«no se deja leer.» Esto significa que hay secretos que no permiten su revelación. Hay hombres que mueren en el silencio de la noche, estremeciéndose entre las manos de espectros que los torturan con solo mantener fija sobre ellos su implacable mirada; hombres que mueren con la desesperación en el alma y un hierro candente en la laringe, á causa del horror de los misterios que no consienten que se les descubra. Algunas veces la conciencia humana soporta un peso de tal enormidad que solo encuentra alivio en el descanso de la tumba. Así es como la esencia del crimen queda incógnita con harta frecuencia.

Hace poco tiempo que hacía el declive de

una tarde de otoño estaba yo sentado delante de la acristalada ventana de un café de Londres. Había estado enfermo algunos meses, y entrado en convalecencia, sentía con el recobro de la salud esa especie de bienestar, antítesis de las nieblas del hastío; experimentando esas felices disposiciones, en que el espíritu exaltado sobrepuja su potencia ordinaria tan prodigiosamente como la razón vigorosa y sencilla de Leibnitz se eleva sobre la vaga é indecisa retórica de Gorgias. Respirar libremente era para mí un goce indefinible, y de muchos asuntos verdaderamente penosos sacaba mi fantasía sobrecitada extraños manantiales de positivos placeres. Todos los objetos me inspiraban una especie de interés reflexivo, pero fecundo en atractivas curiosidades. Con un cigarro en la boca y un periódico en la mano, habíame entretenido largamente después de la comida; mirando luego los anuncios, observando después los grupos de la concurrencia que ocupaba el café, y fijándome en la gente que pasaba, y que parecían sombras á través de los cristales, empañados por el ambiente exterior.

La calle era una de las arterias principales de la inmensa ciudad, y de las más concurridas por consiguiente. A la caída de la tarde el concurso fué creciendo de un modo extraordinario, y cuando quedaron encendidos los reverberos del alumbrado público, dos corrientes de población se encontraron, confundiendo delante de mí

vista en un choque incesante. Jamás me habia encontrado en situacion análoga, ó por mejor decir, nunca habia tenido conciencia de aquella situacion, aunque hubiera pasado por ella mil veces, y este tumultuoso océano de humanas cabezas me proporcionaba una deliciosa emocion de gustosa novedad. Concluí por no prestar atencion alguna á lo que pasaba en el interior del hotel, absorviéndome en la contemplacion de la escena que ofrecia la espaciosa calle.

Mis observaciones tomaron desde luego un giro abstracto y generalizador; mirando á los transeuntes como masas, y no considerándolos más que en sus relaciones colectivas: Pronto, sin embargo, entré en pormenores, examinando con interés minucioso la innumerable variedad de figuras, trazas, aires, maneras, rasgos y accidentes.

El mayor número de los que pasaban tenian un exterior agradable y parecian preocupados por sérios asuntos; no pensando en otra cosa generalmente que en abrirse camino al través de la multitud. Fruncian las cejas y giraban los ojos con vivacidad, y cuando los transeuntes los impelian, tropezando con ellos, no daban señales de impaciencia, sino se solian abotonar para ofrecer menos volúmen al frecuente choque de importunos, distraidos ó rateros.

Otros, y la clase era bastante numerosa, denunciaban en sus movimientos cierta inquietud; expresando su fisonomía una singular agitacion;

hablando entre sí con gesticulaciones várias, y como si se creyeran aislados, por lo mismo que los rodeaba aquel hirviente remolino de la muchedumbre. Cuando se sentian detenidos en su rumbo, estas gentes cesaban en su monólogo; pero redoblaban sus gestos, aguardando, con sonrisa distraida y como forzada, el paso de las personas que les servian de obstáculo. Cuando los empujaban, saludaban maquinalmente á los que obstruian su paso; pareciendo disculpar sus distracciones en aquel *mare magnum*.

En estas dos vastas clases de hombres, fuera de lo que acabo de notar, no encontraba nada más de propio y característico. Sus vestidos entraban en esa clasificacion, exactamente definida por el adjetivo *decente*. Eran, sin duda alguna, caballeros, negociantes, mercaderes, provisionistas, traficantes, los *eupatridas* griegos, ó sea el comun del órden social; hombres acomodados ó acomodándose ó deseando acomodarse: activamente ocupados en sus personales asuntos, conducidos bajo su propia responsabilidad. Estos no provocaban mi atencion particularmente.

La raza de los comisionistas comerciales me presentó sus dos principales divisiones. Reconocí á los dependientes del comercio al por menor, de novedades y de artículos de moda efímera; jóvenes coquetos, pretenciosos en sus modales, presumidos en su porte; bota barnizada, riza cabellera y aire de satisfaccion de su emperejilado individuo. Apesar de ese prolijo

cuidado del aderezo y autorizacion de su engreída persona, que la gente maligna denota con el vulgar epíteto de *hortera*, toda la elegancia de esta parodia de la verdadera distincion llega cuando más al límite, en que un actor cómico puede afectar el augusto decoro del papel régio que en el teatro representa.

En cuanto á la clase de empleados en casas de giro y banca, era imposible confundirla. Se les reconocia en sus vestidos, de más solidez que lujo, en sus corbatas y chalecos blancos, en su calzado de duracion, protegido por botines de paño, y en la severidad clásica de su tipo. Casi todos se resentian de una calvicie prematura. completa en algunos, y la oreja derecha de estos laboriosos ciudadanos, acostumbrada al ordinario peso de la pluma, habia contraido una denunciadora desviacion de la cabeza. Observé que se quitaban y ponian el sombrero con ambas manos, y que aseguraban sus relojes con cadenas cortas de oro, de un modelo antiguo y nada complicado en su labor. Estos afectaban la respetabilidad, y no cabe afectacion más digna, á falta de la respetabilidad verdadera y justificada.

Conté buen número de esos individuos de brillante apariencia, reconociendo con gran facilidad que pertenecian á la familia de los rate-ros de alto bordo, de que están infestadas todas las ciudades de alguna consideracion. Estudié curiosamente esta especie de la familia rapante;

extrañando que pudieran pasar por sujetos honrados aun entre los sujetos honrados en realidad. La exageracion de sus apariencias, un excesivo aire de franqueza habitual, parecian deberlos descubrir á una inteligencia medianamente ejercitada en el conocimiento de las personas y de las cosas, como hoy se acostumbra á decir.

Los jugadores de profesion, y no habia pocos en aquella confusion de gente, se descubrian al primer golpe de vista, por más que usaran los más diversos exteriores, desde la facha de charlatan jugador de manos, con su chaleco de pana, su corbata llamativa, su gruesa cadena de cobre dorado y sus botones de filigrana, hasta el aspecto clerical, tan escrupulosamente ascético que se perdía en la oscuridad de las sombras. Todos, sin embargo, distinguiáanse por una tez ajada y amarillenta, por cierta opacidad vaporosa en su dilatada pupila, y la compresion y palidez de sus lábios. Una observacion más atenta brindaba á la curiosidad otros dos signos aun más determinantes: el tono bajo y reservado de su conversacion y la separacion extraordinaria de su dedo pulgar hasta formar ángulo recto con los otros dedos de la mano derecha. Frecuentemente, en compañía de tales bribones, he observado á ciertos hombres, que se diferenciaban de ellos por sus hábitos; pero me convencí pronto de que eran pájaros de la misma pluma. Se les puede considerar como gentes que

viven de una misma industria, formando, por decirlo así, dos falanges, la civil y la militar: la primera maniobra con largos cabellos y afable sonrisa; la segunda con aire despegado y desplantes jaquetones.

Bajando gradualmente en la escala de la clase media, encontré asuntos de meditacion más profunda y más sombría. Ví traficantes ju-
díos, con ojos de azor hambriento, contrastando con la abyecta humildad de sus pálidos semblantes: mendigos procaces y cínicos, atropellando á los pobres vergonzantes, que la desesperacion habia lanzado en las sombras nocturnas para implorar la caridad de sus convecinos; inválidos llenos de angustiosa fatiga, y semejantes á espectros, sobre quienes la muerte parecia extender una mano segura; tropezando ó arrastrándose entre el bullicio, con los ojos en acecho afanoso de un rostro benevolente, que les haga esperar un consuelo fortuito: modestas jóvenes volviendo de un trabajo asiduo y de escaso producto, dirigiéndose hácia su pobre hogar, bajo la obsesion insultante, cuando no impúdica, de los libertinos y de los antojadizos, cuyo directo contacto no podian evitar en aquella confusion.

Venían por su órden las mugeres pecadoras de todos tipos y de todas edades: la incontestable hermosura, en todo el realce de sus primicias ópimas; haciendo recordar aquella estátua de Luciano, cuyo exterior era de mármol de Páros,

estando llena de inmundicia en el interior: la leprosa, cubierta de harapos infectos, descarrada y repugnante: la veterana del vicio, rugosa, pintada, coloreada por el arrebol, cargada de dijes, y haciendo un alarde imposible de ardor juvenil: la niña de formas indecisas; pero ya avezada á la provocacion sensual por ensayos infames y lecciones depravadoras, acosada por el imperioso deseo de ascender en el escalafon de las sacerdotisas del inmundo Príapo.

Surcaban el mar de la muchedumbre los borrachos en sus especialidades más indescriptibles: estos destrozados, asquerosos, desarticulados casi; con la fisonomía enbrutecida y vidriosa la mirada: aquellos menos desarrapados, pero *sú-
cíos*; andando sin rumbo; rostros rojizos y granugientos; lábios gruesos y sensuales: otros vestidos con cierta elegancia, pero en el desórden que indica el furor de la bacanal: hombres que andaban con paso firme y elástico, pero cuyos semblantes teñía una mortal palidez, cuyos ojos parecian inyectados en funesta combinacion por la sangre y la bllis, y que en el vaiven de aquel oleage humano tenian que asirse con mano trémula á los objetos que encontraban á su alcance.

Por lo demás abundaban en aquel gentío los pasteleros y droguistas ambulantes; los espendedores de carbon y de leña; los tocadores de organillo y sus inseparables los que enseñan marmotas ó hacen trabajar á los monos; los vende-

dores de papeles públicos; los trovadores del vulgo y los saltimbanquis; artesanos y trabajadores, rendidos de fatiga despues de tantas horas de sugesion y de faenas; y todo esto, lleno de una actividad ruidosa y desordenada, que abrumaba el oido con sus discordancias, produciendo una sensacion dolorosa á la vista del observador reflexivo.

A proporcion que adelantaba la noche el interés de la escena tomaba incremento y me cautivaba con su estraño prestigio; porque no solo se alteraba el carácter general da la multitud, sino que los resplandores del alumbrado, débiles cuando luchaban con los reflejos últimos del dia, cobrando brio en la densidad de las sombras, arrojaban destellos vivos y brillantes sobre los objetos en su radio luminoso. En igual proporcion, los accidentes más notables de aquella multitud, perdiéndose con el retiro gradual de la parte sana de la poblacion, cedian su puesto en aquel torbellino espumante á los accidentes más groseros, que en un relieve fantástico, acumulaban en grupos vigorosos todas esas infamias que la noche evoca de sus tugurios y hace salir de sus antros. Todo allí era negro, aunque brillante, como ese lustroso ébano, á que ha comparado la crítica el peculiar estilo de Tertuliano.

Los escéntricos efectos de aquella luz rojiza y vacilante me indujeron á examinar los rostros de aquellos individuos, y aunque la rapidez vertiginosa con que aquel mundo de luz lucía delan-

te de la ventana me impidiera detenerme á mi sabor en aquel exámen, me pareció que, gracias á la singular disposicion moral en que me encontraba, podia leer en brevísimo intérvulo y de una ojeada ansiosa la historia de largos años en la mayor parte de las fisonomías.

Apoiada la frente en la ventana, y embebido enteramente en la contemplacion de la multitud, se presentó á mi vista de improviso una cara particular la de un hombre gastado y decrépito, desesenta y cinco á setenta años, fisonomía que desde luego absorvió en sí mi atencion completamente, merced á la absoluta idiosincracia de su espresion.

Hasta entonces jamás habia yo visto nada semejante á esta espresion, ni aun en grado remoto.

Recuerdo perfectamente que mi primer pensamiento viendo esta cara, fué que Retzch, al verla como yo, la hubiese preferido á todas las figuras, en las cuales ha intentado su génio diabólico encarnar el espíritu de las tinieblas. Como yo procurase, bajo la impresion de aquel espectáculo, establecer un análisis del sentimiento general que me había comunicado, sentí elevarse confusamente en mi alma las ideas de vasta inteligencia, circunspeccion, malicia, codicioso deseo, sangre fria, malignidad, sed sanguinaria, astucia diabólica, terrores y alborozos, pasiones ardientes y suprema desesperacion.

Me reconocí dominado, seducido, cautivo,

en fin, de aquel singular personaje.

—Qué particular historia (dije entre mí) es la trazada en ese lívido y cadavérico semblante! Y entonces me asaltó la tentación irresistible de no perder de vista á aquel hombre, con el vehemente afán de inquirir quién era y lo que hacía.

Me puse precipitadamente mi paletot de abrigo, me calé el sombrero hasta las cejas, y empuñando mi grueso baston, me lancé á la calle; engolfándome atrevidamente en el piélagos de la multitud en busca de mi hombre, y en la dirección que le había visto tomar, porque él había desaparecido. Con alguna dificultad conseguí encontrar sus huellas; le alcancé por fortuna, y me consagré á seguirle, si bien con ciertas precauciones, procurando que no se apercibiera de mi propósito.

Podía al fin estudiar á mi gusto su persona. Era de pequeña estatura, delgado y débil en apariencia. Sus vestidos estaban súcios y desgarrados; pero al pasar por el foco lumínico de los reverberos me apercibí que su camisa, manchada y rota, era fina y de hechura excelente; y si no me engañaron mis fascinados ojos, entre los pliegues de su capa, al embozarse una vez, entreví los resplandores sucesivos de un diamante en el índice y un puñal en la diestra. Estas observaciones exaltaron mi curiosidad y determiné seguir al desconocido por donde quiera que llevara sus inciertos y mal seguros pasos.

Estaba bien entrada la noche, y una niebla espesa y húmeda envolvía la capital en su denso manto, resolviéndose en una lluvia pesada y continua.

Este cambio de tiempo produjo un efecto raro en la multitud, que agitada por un movimiento oscilatorio, buscó abrigo en la infinidad de paraguas, levantados sobre las cabezas, como burbujas sobre la superficie de las aguas removidas. La ondulacion, los codeos y los murmullos, se hicieron más de notar en aquel precipitado tumulto de los transeuntes. Yo no me afecté por la lluvia, porque tenía aun en la sangre una efervescencia febril y la humedad me producía un voluptuoso fresco. Anudé un pañuelo en torno de mi boca para evitar el resfriado y continué mi camino detras del hombre que espíaba.

En el espacio de media hora, el viejo, que yo seguía con pertinacia, se franqueó el paso con alguna dificultad, hasta cruzar la grande arteria, y yo procuraba adherirme á su ruta, recelando perder su pista en aquel bullicio. Como no volvía la cabeza, cuidándose únicamente de adelantarse, no pudo apercibirse de mi táctica, y continué mis pesquisas con creciente ardor, retenido no obstante por la prudencia. Pronto se deslizó por una calle transversal, que aun llena de gente presurosa, no estaba tan incómoda para el tránsito como la principal que abandonaba, cansado de luchar contra multiplicados óbices. Aquí se verificó un cambio evidente en mi hombre;

tomando un paso más lento y casi podría decirse vacilante. Cruzó en distintas direcciones la travesía, formando caprichosos *zigs-zags* de una acera en otra, y entre los que iban y los que venían tuve que someterme á surcar las aguas de mi perseguido, temeroso de perder su estela siguiendo el camino más regular y directo. Era la tal calle estrecha y larga, y aquel paseo de cerca de una hora me fatigó bastante; viendo reducirse la multitud á la cantidad de gente que se nota por lo comun en Broadway, cerca del parque, al medio día; tan grande es la diferencia entre el gentío de Lóndres y el de la ciudad americana más populosa.

Al cabo de la dilatada calle travesera entramos en una plaza, brillantemente iluminada por el gas y rebosando exhuberante vida. El individuo recuperó el primer aire que tanto me había chocado al verle. Dejó caer la barba sobre el pecho y sus ojos chispearon rutilantes bajo sus contraídas cejas, al registrar los objetos en su contorno, pero no detrás de él, por fortuna mía. Apresuró el paso; pero no convulsivamente, sino con regularidad y en gradación calculada, y no fué poca mi sorpresa al ver que dando la vuelta á la plaza, volvía atrás, comenzando su estrambótico paseo como una tarea impuesta. Entonces me vi precisado á una porción de hábiles maniobras, para evitar que en uno de aquellos retrocesos súbitos descubriese mi curioso espionaje.

En este peregrino paseo empleamos una hora, mucho menos molestados por los transeúntes que lo fuéramos al entrar en la plaza; porque la lluvia crecía, arreciaba el viento, y el temporal retiraba la gente al amor de los hogares. Haciendo un gesto de impaciencia, el hombre errante pasó á una calle oscura y comparativamente desierta, y la recorrió en toda su longitud con una agilidad que jamás habría sospechado en un sér tan caduco; pero una agilidad que me cansó extraordinariamente, en mi empeño de seguirlo de cerca. En pocos minutos desembocamos en un vasto y concurridísimo bazar. El desconocido parecía estar al corriente de todas las localidades, y allí tomó su marcha primitiva, abriéndose paso sin especie alguna de prisa ni de atropello, y sin provocar la atención de los que vendían y compraban en el espacioso establecimiento.

Cerca de hora y media pasamos en aquel recinto; teniendo que redoblar mis precauciones á fin de que no advirtiese el viejo la insistencia valerosa de mi curiosidad que me confundía materialmente con la sombra de su endeble cuerpo. Yo llevaba chanclos de caoutchouc, que me permitían ir y volver sin producir ruido que denunciara mis pasos. Mi hombre entraba sucesivamente por todas las tiendas, sin pedir nada, y sin preguntar por nadie: fijando en las personas y en los efectos una mirada fija, incoherente y sin destello. Su conducta me extrañaba sobre-

manera, afirmándome en mi resolución de no separarme de él sin haber satisfecho plenamente la curiosidad que me hacía girar en su órbita como un satélite.

Un reloj de sonoro timbre dejó oír once vibraciones de una solemnidad pausada, y esta fué la señal para que el bazar quedase desocupado de allí á poco. Uno de los tenderos al cerrar un muestrario dió un empellon á mi hombre en el impulso vigoroso de su faena, y el viejo, estremeciéndose á este contacto, rudo y puramente involuntario, se precipitó á la acera opuesta, y como aguijoneado por el terror, se introdujo con velocidad increíble en una série de callejuelas tortuosas y solitarias, á cuyo fin llegamos de nuevo á la calle arterial, de que habíamos partido juntos, donde estaba el café en que habia yo pasado la tarde tan distraído.

La calle no presentaba ya el mismo aspecto, y aunque alumbrada por el gas, como llovía sin tregua, eran raros los transeuntes, y los pocos que la atravesaban lo hacían con marcada premura.

El incógnito palideció, aventurando sus pasos tristemente en aquella avenida, antes tan animada, y despues, exhalando un profundo suspiro, tomó la dirección hácia el Támesis, y siguió un laberinto de vías excusadas y oscuras, hasta llegar frente á uno de los principales teatros de la capital. Era el momento preciso de terminar el espectáculo, y el concurso desem-

bocaba en la calle por las várias puertas del coliseo. Entonces ví á mi hombre abrir la boca para respirar con fuerza, y sumirse en la bulla como en su elemento, calmándose por grados la angustia profunda de su fisonomía. La barba volvió á caer sobre el pecho, apareciendo tal como le habia visto la vez primera que en él fijé mis ojos. Noté que se dirigía hácia donde afluia con preferencia el público; pero, en suma, me era imposible comprender los móviles de su conducta singular.

Mientras adelantaba en su marcha, diseminábase el concurso, y al advertir esto, el desconocido parecia afectado por una emocion afanosa y pródiga en incertidumbres. Durante algun tiempo siguió de muy cerca un grupo de diez ó doce personas; pero poco á poco, y uno á uno, el número fué disminuyendo hasta reducirse á tres individuos, que se instalaron en reservada conversacion á la entrada de una callejuela estrecha, oscura y de difícil paso. Mi hombre hizo una pausa, y estuvo algunos instantes como sumido en vagas reflexiones, y luego, con una agitacion marcadísima, se introdujo rápidamente por un pasaje estrecho, que nos llevó al extremo de la ciudad, y á regiones bien diferentes de las que hasta entonces habíamos recorrido.

Estábamos en el barrio más infecto de Londres, y en donde todo lleva impreso el candente estigma de la pobreza más deplorable y del vicio sin arrepentimiento ni redencion posible. Al ac-

cidental fulgor de un empañado reverbero, distinguíanse las casas de madera, altas, antiguas, grieteadas, amenazando ruina, y en tan extravagantes direcciones que apenas se acertaba á andar por aquel confuso laberinto. El pavimento estaba lleno de simas, y las piedras rodaban fuera de sus huecos, sacadas de sus alveolos por el cesped negruzco, signo de las vías desiertas. El lodo fétido de la corriente impedía el libre curso de las aguas pluviales, que formaban lagunas en los hoyos del empedrado destruido. La suciedad del piso manchaba en salpicaduras hediondas las paredes y la atmósfera impregnábase de los miasmas deletéreos de la desolacion.

Adelantando en aquellos sombríos lugares, los ruidos de la vida humana se hicieron cada vez más perceptibles, y al fin numerosas bandas de hombres, los más infames entre el populacho de la capital, mostráronse á nuestra vista como naturales figuras de aquel cuadro siniestro. El incógnito sintió de nuevo reanimarse su decaído espíritu, como la luz de una lámpara que recibe el aceite que necesita para el alimento de su combustion. Estiró sus miembros y pareció aspirar al brio y al desenfado, característicos de la juventud.

De repente volvimos una esquina, y una luz de vivo resplandor, dejándonos casi deslumbrados por su contraste con la oscuridad de aquel recinto, nos permitió reconocer uno de esos templos suburbanos de la intemperancia, donde,

moderno Baal, se sacrifican los hombres depravados al demonio del gin.

Estaba amaneciendo; pero un tropel de beodos inmundos se agolpaban á la puerta de aquel lugar de perdicion.

Ahogando un grito de alegría frenética, el viejo se abrió paso lentamente por los grupos de bebedores y de repugnantes borrachos, y radiante la odiosa fisonomía ante aquel espectáculo desconsolador, fué y vino de arriba abajo y de abajo arriba por aquel trozo de calle como si no tuviera saciedad para él el panorama de la degradacion y del embrutecimiento. No hubiese dado tregua á este convulsivo paseo á través de aquellos miserables si el movimiento de cerrar las puertas de aquella caverna maldita no indicara la hora de poner fin al tráfico de la noche en semejantes establecimientos. Lo que observé en la fisonomía de aquel ente escepcional que espiaba, sin experimentar cansancio en tanta vuelta y revuelta, fué una cosa más intensa aun que la misma desesperacion. No titubeó, apesar de esto, en su carrera; antes bien, con loca energía, volvió atrás de improviso, dirigiéndose con decision firme al corazon de la populosa capital de la Gran Bretaña.

Corrió impávido y largo tiempo, y yo siempre en su pista, como atraído irresistiblemente por una fuerza mágica que centuplicaba las mias; determinado á todo trance á no perder uno de sus pasos, en esta indagacion que ab-

sorvia en su interés todas mis facultades, así morales como físicas.

El sol irradió en un cénit despejado, despues de una noche lluviosa, y llegado que hubimos á la arteria principal, en que estaba sito el café, de donde salí á la zaga del diabólico viejo, pude advertir que la calle presentaba un aspecto de actividad y continuo movimiento, análogo al que ofreció en las primeras horas de la noche precedente; siendo aquel, segun mis observaciones, el flujo matutino del reflujó nocturno, en el cuadro de mareas humanas del mar insondable y turbulento del vecindario de Lóndres.

Allí, en medio de una confusion creciente por momentos, persistí con empeño obstinado en la persecucion del incógnito; pero este personaje sombrío y fatal iba, venía, pasaba y repasaba por aquella extensa calle, pareciendo entregado como frágil arista á los remolinos de una tromba, girando sobre sí misma con aterradora rapidez. Ya se aproximaban las sombras de la noche, y sintiéndome quebrantado por aquel trá-fago, que resentía con intolerables dolores la médula de mis huesos, me detuve frente al hombre errante con aire de interpelacion insolente, mirándole ceñudo, y decidido á formular dos agresivas preguntas:

—¿Quién eres y qué haces?

Pero aquel sér infatigable y fantástico me evitó con un giro raudo, como el arranque del vuelo del halcon, y le ví alejarse entre la multi-

tud, como la gaviota cuando roza sus alas con las crestas del oleage, en que la blanca espuma esmalta con sus copos el azul del piélagó que sirve de espejo á Dios. Yo no pude, ni quise, continuar mis infructuosas pesquisas, y entré á descansar de mi loca excursion en el café, de que habia salido buscando la clave de un enigma social, sospechado por mi arrebatada fantasía en aquel tipo singular y repelente.

—Este viejo, dije para mí, es el génio del crimen tenebroso y profundo. Su afan consiste en no estar solo, y por eso es el hombre voluntariamente perdido en la multitud. En balde le hubiera seguido un día y otro para saber su secreto ó conocer sus actos. El arcano es el sello de su particular destino. El peor corazón del mundo es un libro mil veces más infame y odioso que ese *Hortulus animæ* de Grünninger, de quien ha dicho Alemania su célebre: *est læssi sich nicht lesen*. Quizás sea una de las mayores misericordias del Sér Supremo que esas almas condenadas sean como aquel libro inmundo, y así permite *que no se dejen leer*.

IV.

EL CORAZON REVELADOR.

¡Credme! Yo soy muy nervioso, espantosamente nervioso, siempre lo he sido. Mas ¿por qué os empeñais en que estoy loco? La enfermedad ha dado mayor perspicacia á mis sentidos: no los ha destruido ni embotado. Entre todos se distingue, sin embargo, el oído como superior en firmeza: yo he oído todas las cosas del cielo y de la tierra y no pocas del infierno. ¿Cómo, pues, he de estar loco? Atención! Y contemplad con cuánta calma y cordura puedo contaros toda mi historia.

No es posible explicar como me pasó por las mientes la idea por primera vez; pero ya que me pasó, no cesó de perseguirme noche y día. Verdaderamente no había en ella objeto ni pasión de mi parte. Yo quería al pobre viejo: él no me había hecho mal ninguno: jamás me había insultado: yo no codiciaba su oro... ¡Ah! ¡Sí, esto es! Uno de sus ojos parecía de buitre: era un ojo azul apagado y con una catarata. Cada

vez que aquel ojo se fijaba en mí la sangre se me helaba; así fué que lentamente y por grados, se me puso en la cabeza matar á aquel viejo, para de este modo librarme de aquel ojo para siempre.

Hé aquí, pues, la dificultad. Me creéis loco, pues bien; los locos no saben nada de nada: ¡pero si me hubiérais visto! ¡Si hubiérais visto con qué sagacidad me conduje! ¡Con qué precaución, con qué prevision y disimulo acometí mi empresa! Nunca estuve tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato. Y cada noche, hácia la media noche, recorría el pestillo de su puerta y abría, ¡oh! tan suavemente! Y cuando había entreabierto lo suficiente para que cupiese mi cabeza, introducía una linterna sorda, bien cerrada, sin dejar que asomase un solo rayo de luz; despues metía la cabeza ¡cómo os hubiérais reído de ver cuán diestramente metía la cabeza! Movíala lentamente, muy lentamente, para no turbar el sueño del viejo. Una hora empleaba, cuando menos, en introducir la cabeza por la abertura, hasta ver al viejo acostado en su cama. ¿Un loco habría sido, por ventura, tan prudente? Y cuando había metido toda la cabeza, abría ya la linterna con precaución, ¡oh! ¡Con qué precaución, con qué precaución, porque rechinaba el gozne! Abría lo preciso no más para que un rayo imperceptible de luz cayese sobre el ojo de buitre. Repetí la operación durante siete interminables

noches, á media noche exactamente; pero como siempre encontrase el ojo cerrado, no pude realizar mi propósito; porque no era el viejo mi eterna pesadilla, sino su maldito ojo. Cada mañana, apenas amanecía entraba yo resueltamente en su cuarto y le hablaba con desparpajo, llamándole cordialmente por su nombre, é informándome de cómo había pasado la noche. Muy listo había de ser el viejo para sospechar que cada noche, á media noche, le espía-ba yo durante su sueño.

La octava noche, redoblé las precauciones para abrir la puerta. El horario de un reloj se mueve con más velocidad que en aquel momento se movía mi mano. Hasta aquella noche no había yo meditado todo el alcance de mis facultades y de mi sagacidad. Apenas podía contener la sensación que me causaba el triunfo. ¡Pensar que yo estaba allí, abriendo poco á poco la puerta, y que él no soñaba siquiera ni mis intentos! Esta idea me arrancó una ligera sonrisa que él oyó sin duda; porque se revolvió súbitamente en la cama como si despertase. Creeréis quizá que me retiré, pues no. La habitación estaba tan negra como la pez, según que eran espesas las tinieblas, porque las ventanas estaban cuidadosamente cerradas por miedo á los ladrones. Así, pues, en la inteligencia de que él no podría ver la abertura de la puerta continué abriéndola más y más.

Ya había metido la cabeza, y principiaba á

abrir la linterna cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre de hoja de lata, y el viejo se incorporó en la cama gritando: ¿Quién anda ahí?

Quedéme absolutamente inmóvil y sin decir una palabra. Durante una hora entera no moví ni un músculo, y en todo este tiempo no oí que se volviera á acostar. Permanecía incorporado y alerta, lo mismo que yo había hecho noches enteras escuchando las arañas en la pared.

Mas hé aquí que oí un débil gemido y conocí que era producido por un terror mortal: no era un gemido de dolor ó de disgusto, ¡oh no! era el ruido sordo y ahogado de un alma sobrecogida de espanto. Yo conocía bien este ruido: bastantes noches, á media noche en punto, mientras que el mundo entero dormía, se había escapado de mi propio seno, aumentando con su terrible eco los terrores que me asaltaban. Digo, pues, que conocía bien aquel ruido. Yo sabía lo que el viejo estaba pasando, y tenía piedad de él, aunque mi corazón estaba alegre. Sabía que estaba despierto desde que, al oír el primer ruido, se había aumentado por momentos: había querido convencerse de que su terror no tenía causa; pero no había podido. Habíase dicho á sí mismo: ¡esto no es mas que el viento que suena en la chimenea, ó un raton que corre por el entarimado! Si, había querido recobrar el valor con semejantes hipótesis; pero en vano; *en vano*, porque la muerte que se acercaba

había pasado por delante de él, envolviendo con su sombra negra á su víctima. La influencia de aquella sombra fúnebre era la que le hacía adivinar, aunque nada habia visto ni oído, la presencia de mi cabeza en su habitacion.

Después de esperar largo tiempo, y con gran paciencia, sin oír que volviera á acostarse, me resolví á entreabrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco, que no podía ser menos. Abrí-la, pues, ¡tan suavemente! ¡tan suavemente! que fuera imposible imaginarlo, hasta que al fin un rayo de luz, pálido como un hilo de araña, penetró por la abertura y fué á dar en el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto del todo, y yo apenas le miré, me encendí en cólera. Le ví clara y distintamente todo entero, de un azul empañado, y cubierto de una tela horrible, que me heló hasta la médula de los huesos; pero no pude ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, porque había dirigido el rayo, como por instinto, precisamente al sitio maldito.

Ahora bien: ¿no os dije que lo que tomáis por locura no es más que un refinamiento de los sentidos? Pues bien, hé aquí que oí un ruido sordo, apagado y frecuente, semejante al que haría un reló envuelto en algodón y lo reconocí perfectamente: era el latido del corazón del viejo. Con él creció mi furor, como el coraje del soldado se exaspera con el redoble de los tambores.

Contúveme sin embargo, y permanecí inmóvil y respirando apenas. Empleé mi esfuerzo en sostener fija la linterna y el rayo de luz en derecha del ojo. Al mismo tiempo el latir infernal del corazón era cada vez más fuerte, y más precipitado, y sobre todo más alto. El terror del viejo debía ser extremo. Estos latidos, dije yo entre mí, son cada minuto más fuertes. ¿Me comprendéis bien? Ya os he dicho que soy nervioso: por lo tanto aquel ruido tan extraño, en medio de la noche y del medroso silencio que reinaba en aquella vieja casa, me causaba un temor irresistible. Aun pude, sin embargo, contenerme durante algunos minutos; pero los latidos iban siendo aun más fuertes. Yo creía que el corazón iba á reventar; y hé aquí que una nueva angustia se apoderó de mí: aquel ruido podía ser oído por algun vecino. La hora del viejo había sonado. Dí un alarido, abrí brusca-mente la linterna y me precipité en la habitacion. El viejo no dió un grito; ni un solo grito. En un momento le arrojé sobre el entarimado y cargué sobre él todo el peso aplastador de la cama. Entonces sonreí de satisfacción al ver tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos latió todavía el corazón con un sonido ahogado; pero esto ya no me atormentó como antes, porque el ruido no podía ser escuchado á través del muro. Al fin, el ruido cesó: el viejo había ya muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo: estaba rígido é inerte. Púsele la

mano sobre el corazón y la mantuve así durante muchos minutos: ninguna pulsación: estaba rígido é inerte. El ojo maldito no podía atormentarme más.

Si persistís en creerme loco, vuestra creencia se desvanecerá, cuando os diga los ingeniosos medios que empleé para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo trabajaba velozmente; pero en silencio. Primeramente corté la cabeza, después los brazos y por último las piernas. Luego arranqué tres tablas del entarimado, y coloqué debajo aquellos restos; volviendo á colocar las tablas tan hábil y diestramente, que ningún ojo humano—¡ni aun el suyo!—hubiera podido descubrir algún indicio sospechoso. No había nada que dudar: ni una mancha, ni un rastro de sangre: yo había tenido gran precaución y había puesto una cubeta para que recibiera toda la sangre. ¡Ah! ah!

Cuando hube concluido estos trabajos eran las cuatro; pero estaba tan oscuro como á media noche. Daba el reloj la hora, cuando llamaron á la puerta de la calle. Bajé á abrir con el corazón sereno, porque ¿qué tenía yo que temer? Entraron tres hombres que se me dieron á conocer como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche, y sospechando alguna desgracia, había dado aviso á la oficina de policía, en vista de lo cual habían sido enviados aquellos señores para reconocer el sitio de donde había salido el grito.

Yo me sonreí; porque ¿qué tenía que temer? Saludé á los agentes y les dije que el grito lo había dado yo en sueños. El viejo añadió, está de viaje.

Llevé á mis visitantes por toda la casa y les invité á que registrasen bien. Por último los conduje á su habitación, y les enseñé sus tesoros en perfecto orden y seguridad.

En el entusiasmo de mi confianza, llevé sillas á la habitación y supliqué á los agentes que descansaran, mientras que yo, con la loca audacia de un completo triunfo, coloqué mi silla sobre el sitio mismo en que estaba escondido el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos: mi tranquilidad había disipado toda sospecha. Yo me encontraba completamente sereno. Sentáronse, pues, y hablaron familiarmente, alternando yo con igual familiaridad. Pero al cabo de un corto rato, conocí que me ponía pálido, y principié á desear que se fueran. Sentía mal en la cabeza y me parecía que me zumbaban los oídos; pero los agentes permanecían sentados y hablando. El zumbido principió á ser más perceptible, y poco después más perceptible y claro aun; yo animé entonces la conversacion y hablé cuanto pude para desembarazarme de aquella sensacion tan tenaz; mas el ruido continuó hasta ser tan claro y determinado, que conocí que no estaba en mis oídos.

Sin duda debí ponerme entonces muy pálido; pero seguí hablando con más rapidez, alzando la

voz. El ruido seguía, sin embargo, en aumento, ¿y qué podía yo hacer? Era un ruido sordo, apagado, frecuente, semejante al que haría un reló envuelto en algodón. Yo respiraba trabajosamente; los agentes no oían nada todavía. Aceleré aun más la conversacion y hablé con mayor vehemencia; pero el ruido crecía sin cesar. Levantéme y disputé sobre futilidades en alta voz y con una gesticulacion violenta; pero el ruido crecía, crecía cada vez más. ¿Por qué no *querían* irse? Yo medí el entarimado, á grandes y ruidosos pasos, como exasperado por las observaciones que los agentes me hacían; pero el ruido crecía, crecía por grados. ¡Oh Dios! ¿qué podía yo hacer? Rabié, pateé y juré, arrastré mi silla y la hice resonar sobre el entarimado; pero el ruido lo dominaba todo y crecía indefinidamente. ¡Más fuerte, más fuerte! Siempre más fuerte!! Y los hombres continuaban hablando, y bromeando y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios todopoderoso! no! no! ellos oían! ¡Sabían, se burlaban de mi espanto! yo lo creí entónces y todavía lo creo. Cualquiera cosa hubiera sido más tolerable que esta burla. Yo no podía soportar por más tiempo aquellas hipócritas *sonrisas*, y entretanto el ruido, ¿lo oís? escuchad, más alto! más alto! siempre más alto! *Siempre más alto!*

—¡Miserables! grité, ¡No disimuleis más tiempo! yo lo confieso! Arrancad esas tablas! Ahí está! Ahí está! Ese es el latido de su horrible corazón.

V.

EL ESCARABAJO DE ORO.

Hace algunos años me uní intimamente con un tal William Legrand. Era hijo de una antigua familia protestante, y habia sido rico en tiempos lejanos; pero una série de desgracias le habia reducido á la miseria. Para evitar la humillacion de sus desastres, abandonó á Nueva-Orleans, la ciudad de sus abuelos, y se estableció en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en la Carolina del Sur.

Esta isla es de las más singulares. Su suelo no está compuesto más que de arena y tiene cerca de tres millas de ancho; de largo no tiene más que un cuarto de milla.

Está separada del continente por un arroyo apenas visible, que filtra á través de una masa de cañas y de fango, lugar de cita habitual para las gallinetas.

La vegetacion, como se puede suponer, es pobre, ó, por decirlo así, enana. No se encuentran árboles más que de una determinada dimension.

Hacia la estremidad occidental, en el sitio donde se eleva el fuerte Moultrie y algunas miserables barracas de madera, habitadas por los que huyen de los temporales y las fiebres de Charleston, se encuentra la palmera enana setígera; pero toda la isla, á escepcion de este punto occidental y de un espacio triste y blanquecino que rodea la mar, está cubierto de espesas malezas de mirto oloroso, tan estimado por los horticultores ingleses.

El arbusto se eleva frecuentemente á una altura de quince ó veinte piés, y forma un soto casi impenetrable, impregnando la atmósfera con sus perfumes. En lo más profundo de este soto, no lejos de la estremidad oriental de la isla, es decir de la más apartada, Legrand se habia fabricado una pequeña choza que habitaba cuando por vez primera, y por acaso, le conocí. Este conocimiento degeneró bien pronto en amistad, porque ciertamente habia en el querido solitario circunstancias para escitar el interés y la estimacion

Conocí que habia recibido una sólida educacion, felizmente secundada por facultades espirituales poco comunes, pero estaba infestado de misantropía y sujeto á desgraciadas alternativas de melancolía y de entusiasmo.

Sus principales distracciones consistían en cazar y pescar, ó recorrer la playa á través de los olorosos mirtos en busca de conchas y ejemplares entomológicos. Su coleccion la hubie-

ra envidiado un Sir Ammerdan.

En sus escursiones era acompañado ordinariamente por un viejo negro, que habiasido comprado antes de las desgracias de la familia, pero á quien nose habia podido decidir, ni por amenazas ni por promesas, á abandonar á su jóven *amo VVill* y creia estar en su derecho siguiéndolo á todas partes.

Es probable que los parientes de Legrand, juzgando que este tenia la cabeza un poco descompuesta, confirmáran á Júpiter en su obstinacion, con el fin de poner una especie de guardian y de centinela cerca del fugitivo.

Bajo la latitud de la isla de Sullivan los inviernos rara vez son rigurosos y es un acontecimiento, cuando al declinar el año, la chimenea se hace indispensable. Sin embargo, hácia la mitad de Octubre de 18... hubo un dia de frio notable. Precisamente, antes de anochecer, me abrí un camino á través del soto en direccion de la choza de mi amigo, á quien no habia visto hacia algunas semanas: yo vivia entonces en Charleston, á una distancia de nueve millas de la isla y las condiciones para ir y venir no eran ni mucho ménos tan buenas como las de hoy. Al llegar á la choza, llamé segun mi costumbre y no obteniendo respuesta, busqué la llave donde sabia que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego ardía en el hogar. Era una sorpresa y seguramente una de las más agradables. Me desembarazé de mi paletot, arrimé

un sillón cerca de las encendidas leñas y aguardé pacientemente la llegada de mis huéspedes.

Poco después de caída la noche, llegaron haciéndome un recibimiento cordial.

Júpiter riendo á carcajadas, no se daba punto de reposo preparando algunas gallinetas para la comida. Legrand estaba en una de sus crisis de entusiasmo, porque ¿qué otro nombre dar á aquello?

Habia encontrado un vivalbo desconocido, formando un género nuevo; y mejor aun que esto habia cazado y atrapado, con la asistencia de Júpiter, un escarabajo que creia de una nueva especie y sobre el cual deseaba saber mi opinion al dia siguiente.

—Y por qué no esta noche? le pregunté, frotándome las manos delante de las llamas y enviando al diablo mentalmente toda la raza de los escarabajos.

—Ah! si yo hubiera sabido que estabais aquí! dijo Legrand; pero hace mucho tiempo que no os he visto. ¿Y cómo podia yo adivinar que me visitaseis precisamente esta noche? Viniendo á mi morada, me encontré al teniente G... del fuerte, y muy aturdidamente le he prestado el escarabajo; de suerte que os será imposible verle hasta mañana. Quedaos aquí esta noche y yo enviaré á Júpiter á buscarle al salir el sol. ¡Es la cosa más linda de la creacion!

—¡Qué, el alba!

—Eh! no! qué diablo! el escarabajo! Es de un

brillante color de oro, grueso como una gran nuez, con dos manchas de un negro azabache á una estremidad del dorso y una tercera, un poco más dilatada, al otro. Las antenas....

—No hay nada de antenas sobre él, amo Will. Yo os lo apuesto, interrumpió Júpiter; el escarabajo, es un escarabajo de oro, de un lado á otro, por dentro y por fuera, esceptuando las alas; yo no he visto en mi vida un escarabajo ni la mitad de pesado que ese.

—Está bien; supongamos que teneis razon Júpiter, replicó Legrand más vivamente, á lo que me pareció no soportando la interrupcion, ¿es esta una razon para dejar quemar las gallinetas? El color del insecto, y se volvió hácia mí, bastaría en verdad á hacer plausible la idea de Júpiter. Jamás habeis visto un resplandor metálico más brillante que el de estos élytros; pero no podreis juzgar de ello hasta mañana. Entretanto yo ensayaré daros una idea de su forma.

Y hablando así, se sentó al lado de una pequeña mesa sobre la cual habia una pluma y tintero, pero no papel. Le buscó en una gabeta, pero no lo halló.

—No importa, dijo al fin, esto es suficiente.

Y sacó del bolsillo de su chaleco una cosa que me produjo el efecto de un pedazo de vitela muy súcia, é hizo encima una especie de cróquis con la pluma.

Durante este tiempo yo habia guardado mi sitio junto al fuego porque seguia teniendo mucho

frio. Cuando hubo acabado su dibujo, me lo dió sin levantarse. Al par que yo lo recibí de su mano, se oyó un fuerte gruñido, seguido de un continuo rascar en la puerta. Júpiter abrió, y un enorme terranova, que pertenecía á Legrand, se precipitó en la habitacion, saltó sobre mis espaldas y me colmó de caricias, porque yo me habia ocupado mucho de él en mis visitas precedentes. Cuando terminó sus saltos, miré el papel, y á decir verdad me sorprendió bastante el dibujo de mi amigo.

—Sí, dije, despues de haberle contemplado algunos minutos, este es un extraño escarabajo, lo confieso; es nuevo para mí, no he visto nunca nada semejante, á menos que esto no sea un cráneo ó una calavera, á lo que se parece más que á ninguna otra cosa que se me haya dado á examinar.

—¡Una calavera! repitió Legrand. Ah! sí, hay algo de eso en el papel, ya comprendo. Las dos manchas negras superiores hacen de ojos y la más larga que está más baja figura la boca ¿no es eso? Además, la forma general es oval.

—Puede ser, dije, pero me temo, Legrand, que no seais muy artista. Yo espero á ver al animal, para formar una idea de su fisonomía.

—Muy bien; yo no sé como ha sucedido esto, dijo un poco picado en su amor propio: yo dibujo bastante bien, ó al menos debería hacerlo, porque he tenido buenos maestros, y me lisonjeo de no ser del todo un bruto.

—Pues entonces, querido camarada, exclamé, os burlais; esto es un cráneo bastante pasable: yo aun puedo afirmar que es un cráneo perfecto, segun todas las ideas recibidas relativamente á esta parte de la osteología, y nuestro escarabajo sería el mas singular de todos los escarabajos del mundo, si se pareciese á esto. Podriamos establecer alguna pequeña supersticion que pasme. Yo presumo que denominareis á vuestro insecto *seurabaeus caput hominis*, ó algun término parecido. Hay en los libros de historia natural muchas denominaciones de este género. Pero ¿en donde están las antenas de que vos me habláis?

—Las antenas! dijo Legrand que se acaloraba inesplicablemente, debeis ver las antenas, yo estoy seguro. Las he dibujado tan distintas como son en el original y yo presumo que esto es bien suficiente.

—Enhorabuena, dije, supongamos que las hayais dibujado, más es cierto siempre que yo no las veo.

Y le entregué el papel, sin añadir ninguna observacion, no queriendo irritarle, pero extrañando mucho el sesgo que habia tomado el asunto. Su mal humor me llamaba la atencion, y en cuanto al croquis del insecto, no tenia positivamente antenas visibles y el conjunto parecia, sin equivocarme, á la imágen ordinaria de una calavera.

Tomó su papel con aire áspero, y en el mo-

mento de estrujarle, sin duda para arrojarle al fuego, su vista cayó por acaso sobre el dibujo y toda su atencion pareció encadenada allí. En un instante su rostro se puso de un color rojo intenso; despues pálido sucesivamente. Durante algunos minutos, sin moverse de su sitio, continuó examinando el dibujo minuciosamente. A la larga se levantó, tomó una bujía de sobre la mesa y fué á sentarse sobre un cofre, al otro extremo de la sala.

Allí volvió de nuevo á examinar curiosamente el papel, volviéndole en todos sentidos.

Entretanto nada dijo y su conducta me causaba un gran asombro, pero no juzgué oportuno exasperar con ningun comentario su mal humor creciente. En fin, sacó del bolsillo de su traje una cartera y guardó el papel cuidadosamente y lo depositó todo en un pupitre que cerró con llave.

Volvió á hablar del asunto con palabras más serenas, pero su entusiasmo habia desaparecido totalmente. Tenia el aire más bien concentrado que mohino. A medida que la noche avanzaba, él se absorvia más y más en su meditacion, y ninguna de mis agudezas pudo distraerle. Primitivamente, habia tenido la intencion de pasar la noche en la cabaña, como habia hecho más de una vez; mas viendo el humor de mi huésped, juzgué más conveniente despedirme. No hizo ningun esfuerzo para retenerme; pero cuando partí, me apretó la mano con una cordialidad aun más viva que de costumbre.

Cerca de un mes después de esta aventura, y durante este intervalo no habiendo oido hablar de Legrand, recibí en Charleston una visita de su servidor Júpiter. No habia visto nunca al bueno y viejo negro tan completamente abatido, y temí que le hubiese sucedido á mi amigo alguna gran desgracia.

—Y bien, Júpiter, dije, ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo está tu amo?

—Pardiez! á decir verdad, amo no está tan bien como debiera.

—No está bien! Ciertamente que me ha dolido saber esto. Pero de qué se queja..?

—Ah! ved ahí la cuestion! nunca se queja de nada, pero sin embargo él está bien malo.

—Bien malo, Júpiter! Y porqué no dijistes esto en seguida. ¿Está en cama?

—No; no; no está en cama! No se encuentra bien en parte alguna: ved aquí donde el zapato me aprieta: yo tengo el ánimo muy inquieto acerca del pobre amo Will.

—Júpiter, yo querria comprender bien alguna cosa de todo lo que tú me cuentas. Tú dices que tu amo está malo. ¿No te ha dicho de qué padece?

—Oh! Señor, es bien inútil romperse los cascos; amo Will dice que no tiene nada, absolutamente nada. Pero entonces, ¿por qué pues, vá de ceca en meca, pensativo, los ojos puestos en tierra, la cabeza baja, las espaldas encorvadas y pálido como un gamo? Y por qué, pues, está siempre, siempre haciendo números?

—¿Qué hace, Júpiter?

—Hace cifras con signos sobre una pizarra: los signos más estraños que he visto. Yo comienzo á tener miedo, igualmente. Es preciso que tenga siempre el ojo abierto sobre él, nada más que sobre él. El otro dia se me levantó antes de amanecer y tomó las de villadiego por todo el santo dia.

Yo habia cortado un buen garrote, espresamente para administrarle una correccion de todos los diablos cuando volviese; pero soy tan bestia que no tuve valor para ello; tenia un aire tan desventurado, tan triste.

—Ah! ciertamente! Y bien, despues de todo, yo creo que tú has obrado mejor con ser indulgente con el pobre muchacho. No es preciso darle de latigazos, Júpiter. Quizá no esté en estado de soportarlos. Pero ¿no te puedes formar una idea de lo que ha ocasionado esta enfermedad, ó más bien, cambio de conducta? ¿Le ha sucedido alguna sensible aventura desde que os he visto?

—No; amo, no ha pasado nada sensible *desde* entonces; pero *antes* de esto, sí: yo tengo miedo: sucedió el mismo dia que vos estuvisteis allá.

—Cómo! qué quieres decir?

—Eh! señor! quiero referirme al escarabajo; hé aqui todo...

—¿A quién?

—Al escarabajo: yo estoy seguro que amo Will ha sido mordido en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—¿Y qué razon tienes, Júpiter, para hacer suposicion semejante?

—Tiene bastantes garras para esto, amo, y una boca tambien. Yo no he visto nunca un escarabajo tan endiablado: coje y muerde todo lo que se aproxima. Amo Will le habia cogido desde luego, pero bien pronto le soltó, yo os lo aseguro: entonces sin duda es cuando le mordió. La traza de este escarabajo y su boca no me gustan nada ciertamente. Tampoco yo lo quise cojer con mis dedos, pero tomé un pedazo de papel y cojí al escarabajo en el papel, en el papel lo envolví, con un pedazo de papel en la boca, y vé aquí como yo lo tomé.

—¿Y tú piensas, pues, que tu señor ha sido realmente mordido por este escarabajo y que esta mordedura le ha puesto malo?

—Yo no pienso nada de bueno, lo sé. ¿Porqué pues, sueña siempre con oro, sino es porque ha sido mordido por ese escarabajo de oro? Ya he oido yo hablar de estos escarabajos de oro.

—Pero como sabes tú que sueña con oro?

—¿Como lo sé? porque habla de eso hasta dormido; ved ahí porque lo sé.

—En cuanto al hecho, Júpiter, quizá tengas razon; pero ¿á qué dichosa circunstancia debo el honor de tu visita hoy?

—¿Qué quereis decir, amo?

—¿Me traes un recado de M. Legrand?

—No señor, os traigo una carta; héla aquí. Y Júpiter me entregó un papel en que leí:

«Querido:

¿Porqué no os he visto despues de tan largo tiempo?

Yo espero que no habreis sido tan niño como para formalizaros por una pequeña viveza de génio de mi parte; pero no, esto es demasiado improbable.

Desde que no os he visto, tengo un gran motivo de inquietud. Tengo alguna cosa que deciros; pero apenas sé yo como decíroslo. ¿Sé yo mismo si os la diré?

Yo no he estado bien del todo desde hace algunos dias y el pobre viejo Júpiter me fastidia insoportablemente con todas sus buenas intenciones y atenciones.

¿Lo creereis? El otro dia tenia preparado un grueso baston para castigarme por haberme escapado y haber pasado el dia, solo, en mitad de las colinas, sobre el continente.

Yo creo, en verdad, que mi mala traza ha sido la que me ha salvado solamente de la paliza.

No he añadido nada á mi coleccion desde que nos hemos visto.

Venid con Júpiter, si no os lo impiden muchos inconvenientes.

Venid, venid: deseo veros esta tarde para un asunto grave.

Os aseguro que es de la *más alta* importancia.

Vuestro afectísimo,
WILLIAM LEGRAND.»

Habia en el estilo de esta carta alguna cosa que me causó una gran inquietud. Este estilo diferia absolutamente del habitual de Legrand. ¿En qué diablos soñaba? ¿Qué nueva locura habia tomado posesion de su escesivamente escitable cerebro? ¿Qué negocio de *tan alta importancia* podía él tener que cumplir? La relacion de Júpiter no presagiaba nada bueno; temía que la presion continua del infortunio no hubiera, á la larga, trastornado irremisiblemente la razon de mi amigo. Sin vacilar un instante, me preparé á acompañar al negro.

Llegando al muelle, noté una guadaña y tres azadas, todas igualmente nuevas, que yacian en el fondo del esquite en que íbamos á embarcarnos.

—¿Qué significa todo esto, Júpiter? pregunté.

—Esto, son una guadaña y azadas, señor.

—Ya lo veo, pero ¿qué hace ahí todo eso?

—Amo Will me ha mandado comprar para él en la ciudad esta guadaña y estas azadas; las he pagado bien caras; esto nos cuesta un dinero de todos los diablos.

—Pero, en nombre de todo lo que hay aquí de misterioso, ¿qué es lo que tu amo Will vá á hacer con la guadaña y las azadas?

—Me preguntais más de lo que sé; el mismo amo no sabe más; el diablo me lleve si yo no estoy convencido de ello. Pero todo esto lo trae el escarabajo.

Viendo que no podía sacar ningun rayo de luz

de Júpiter, cuyo entendimiento parecía aturdido por el escarabajo, zarpé en el barco y tendí al viento la vela.

Una fuerte y fresca brisa nos llevó bien pronto á la pequeña ensenada al norte del fuerte Moultrie y despues de un paseo de cerca de dos millas, llegamos á la choza. Eran poco más ó menos las tres de la tarde. Legrand nos aguardaba con viva impaciencia. Me estrechó la mano con un frio nervioso que me alarmó y reforzó mis nacientes sospechas.

El color de su rostro era de una palidez de espectro, y sus ojos naturalmente muy hundidos, brillaban con un resplandor sobrenatural.

Despues de algunas preguntas relativas á su salud, le interrogué, no hallando nada mejor que decirle, si el teniente G... le habia al fin vuelto su escarabajo.

—Oh! si, replicó él, ruborizándose mucho, lo recobré á la siguiente mañana. Por nada del mundo me desprendería yo de este escarabajo. ¿Sabeis que Júpiter, con todo, tenía razon en lo tocante á él?

—¿En qué? pregunté, con un triste presentimiento en el corazon.

—Suponiendo que es un escarabajo de verdadero oro.

Y dijo estas palabras con una seriedad tan profunda, que me hizo un daño indecible.

—Este escarabajo está destinado á hacer mi fortuna, continuó con una sonrisa de triunfo, á

reintegrarme de mis bienes de familia. ¿Es, pues, pasmoso que yo lo estime en tan alto precio? Pues que la Fortuna ha tenido á bien concedérmelo, yo no tengo más que usar de él convenientemente y yo llegaré hasta el oro de que él es un indicio. Júpiter, tráemelo.

—¿Qué, el escarabajo, señor? Quisiera no tener nada que ver con el escarabajo; vos sabeis bien cogerle.

Entonces Legrand se levantó con aire grave é imponente y fué á buscarme el insecto bajo una campana de cristal donde estaba colocado. Era un escarabajo soberbio, desconocido en esta época entre los naturalistas, y que debia tener gran precio bajo el punto de vista científico. Tenía en una de las estremidades del dorso dos manchas negras y redondas, y en la otra una mancha de forma dilatada. Los élytros eran excesivamente duros y relucientes y realmente tenían el aspecto de oro bruñido. El insecto era notablemente pesado, y considerado bien, no podia reirme de la opinion de Júpiter; pero que Legrand conviniese con él en este asunto, hé aquí lo que me era imposible comprender y aun cuando se hubiere tratado de mi vida no hubiera encontrado la clave del enigma.

—Os he enviado á buscar, dijo con un tono magnífico, cuando hube concluido de examinar el insecto, os he enviado á buscar á fin de pedir os consejo y ayuda para cumplir los designios del destino y del escarabajo.

—Mi querido Legrand, exclamé interrumpiéndole, no estais bueno seguramente, y hareis muy bien en tomar algunas precauciones. Id á acostaros y os acompañaré algunos dias hasta que os hayais restablecido. Teneis fiebre y...

—Tomadme el pulso, dijo.

Lo hice y á decir verdad, no encontré el más leve síntoma de calentura.

—Mas podriais muy bien estar enfermo sin tener fiebre, repliqué. Permitidme, por esta vez solamente, hacer con vos las veces de médico. Antes de todo, id á acostaros, en seguida...

—Os engañais, interrumpió; estoy mejor de lo que puede esperarse en el estado de escitacion en que me encuentro. Si realmente quereis verme bueno de un golpe, calmareis esta escitacion.

—¿Y qué es preciso para ello?

—Una cosa muy sencilla. Júpiter y yo partimos para una expedicion en las colinas, sobre el continente, y tenemos necesidad de la ayuda de una persona de quien nos podamos fiar absolutamente. Vos sois esta única persona. Que nuestra empresa se frustre ó se logre, la escitacion que encontrais en mí ahora, será igualmente apagada.

—Tengo el vivo deseo de servirlos en todo, repliqué, pero me direis si vuestro infernal escarabajo tiene alguna relacion con vuestra expedicion á las colinas.

—Sí, ciertamente.

—Entonces, Legrand, me es imposible coo-

perar á una empresa tan completamente absurda.

—Lo siento mucho, mucho, porque nos será preciso intentar el negocio nosotros solos.

—Vosotros solos! Ah! el desventurado está loco de remate.

—Mas veamos; ¿cuánto tiempo durará vuestra ausencia?

—Probablemente toda la noche. Vamos á partir inmediatamente y en todo caso, estaremos de vuelta antes del amanecer.

—¿Y me prometéis, por vuestro honor, que pasado este capricho y el negocio del escarabajo ¡buen Dios! evacuado á vuestra satisfaccion, volvereis á vuestra casa y seguireis exactamente mis prescripciones, como si fuesen las de vuestro médico?

—Sí, os lo prometo; y ahora partamos, porque no tenemos tiempo que perder.

Acompañé á mi amigo de mala gana. A las cuatro nos pusimos en camino, Legrand, Júpiter, el perro y yo. Júpiter tomando la guadaña y las azadas, insistió en encargarse de ellas, más bien, á lo que me pareció, por temor de dejar uno de estos instrumentos en las manos de su amo que por esceso de celo y complacencia. Tenia un humor de perros y las palabras *condenado escarabajo*, fueron las únicas que se le escaparon en toda la duracion del viaje. Yo, por mi parte, iba cargado con dos linternas sordas. En cuanto á Legrand, se habia contentado con el

escarabajo que llevaba atado al fin de un trozo de bramante y que hacia girar alrededor de sí marchando con aire de mágico. Cuando observé este síntoma seguro de demencia en mi pobre amigo, apenas pude contener las lágrimas. Pensé muchas veces que valía más halagar su jactancia, al menos por el momento, hasta que pudiese tomar algunas medidas enérgicas con esperanza de éxito. Sin embargo, trataba, aunque inutilmente, de sondear su pensamiento, en lo relativo al fin de la expedición. Había conseguido persuadirme á acompañarle y parecia poco dispuesto á entrar en conversacion sobre un asunto de tan poca importancia. A todas mis cuestiones no se dignaba responder más que por un

—Ya veremos.

Atravesamos en un esquiife el ancon por la punta de la isla, y trepando por los montuosos terrenos de la orilla opuesta, nos dirigimos hácia el nordeste, á través de un país horriblemente salvaje y desolado, donde era imposible descubrir la huella de un pié humano.

Legrand seguia el camino con decision, deteniéndose solo de tiempo en tiempo, para consultar ciertas señales, que parecia haber dejado él mismo en una ocasion precedente.

Anduvimos así cerca de dos horas, y estaba el sol en el momento de ocultarse, cuando entramos en una region infinitamente más siniestra que todo lo que habiamos visto hasta entonces. Era una especie de meseta, cerca de la

cima de una montaña horriblemente escarpada, cubierta de bosque de la base á la cima, y sembrada de enormes pedruscos que aparecian desparramados en confusion sobre el suelo y de los cuales muchos serian infaliblemente precipitados en los valles inferiores sin el socorro de los árboles, contra los cuales se apoyaban. Profundas torrenteras irradiaban en diversas direcciones, dando á la escena un carácter de solemidad más lúgubre.

La plataforma natural, sobre la cual estábamos encaramados, estaba tan espantosamente llena de zarza, que vimos que sin la guadaña, nos hubiera sido imposible abrirnos un camino. Júpiter, obedeciendo las órdenes de su amo, comenzó á despejarnos un camino hasta el pié de un hilipífero gigantesco que se elevaba en compañía de ocho ó diez encinas, sobre la plataforma, descollando sobre todas, así como sobre todos los árboles que yo habia visto hasta entonces, por la belleza de su forma y de su follaje, por el inmenso desenvolvimiento de sus ramas y por la magestad general de su aspecto. Cuando hubimos llegado á este árbol, Legrand se dirigió á Júpiter y le preguntó si se creia capaz de trepar por él.

El pobre viejo pareció ligeramente aturdido por esta cuestion, y permaneció algunos instantes sin responder una palabra. Sin embargo, se aproximó al enorme tronco, dió lentamente una vuelta alrededor de él y le examinó con una

atencion minuciosa. Cuando hubo acabado su exámen, dijo sencillamente:

—Sí, amo; Júpiter no ha visto nunca un árbol donde no se pueda subir.

—Entonces, sube, vamos, vamos, y sin rodeos, porque bien pronto estará demasiado oscuro para ver lo que tenemos que hacer.

—¿Hasta dónde es preciso subir, amo? preguntó Júpiter.

—Ahora sube sobre el tronco, y despues te diré qué direccion debes seguir. ¡Ah! un instante: lleva este escarabajo contigo.

—¡El escarabajo, amo Will, el escarabajo de oro! gritó el negro retrocediendo de terror: ¿por qué es preciso que yo lleve este escarabajo conmigo sobre el árbol? Que me condene si hago yo eso.

—Júpiter, ¿teneis miedo? Vos, un negro enorme, un robusto y fuerte negro, de tocar á un insectillo muerto é inofensivo? Y bien, podeis llevarle con este bramante; pero si no le llevais de una manera ó de otra, me veré puesto en la cruel necesidad de hendiros la cabeza con esta azada.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que os pasa, amo? dijo Jupiter, á quien la vergüenza, hacía evidentemente más tratable, ¿es necesario que siempre busqueis camorra á vuestro viejo negro? Era una broma, hé aquí todo. Yo, tener miedo al escarabajo! yo hago poco caso del escarabajo.

Y tomando con precaucion el final de la cuerda, manteniendo al insecto tan distante de su cuerpo como lo permitían las circunstancias, se puso en disposicion de trepar por el árbol.

En un principio el tulipífero, ó *Lirio deudron Tulipiferum*, el más magnífico de los forestales americanos, tenía un tronco singularmente liso que frecuentemente se eleva á una gran altura sin brotar ramas laterales, pero cuando llega á su madurez, la corteza se pone rugosa y desigual, y pequeños brotes de ramage se manifiestan sobre el tronco en gran número. Así la subida, en el caso presente era más difícil en apariencia que en realidad. Abrazando con comodidad el enorme cilindro con sus brazos y piernas, agarrando con las manos algunos brotes, apoyando los desnudos piés en otros, Júpiter, despues de haberse visto amenazado de caer una ó dos veces, subió al fin hasta la primera gran cruz del árbol, y pareció mirar desde allí como virtualmente cumplido su cometido. En efecto, el peligro principal de la empresa había desaparecido, bien que el valiente negro se encontraba á sesenta ó setenta piés del suelo.

—¿De qué lado es preciso que vaya ahora, amo Will? preguntó.

—Sigue siempre la rama más gruesa, la de este lado, dijo Legrand.

El negro obedeció pronta y aparentemente sin mucho trabajo; subió; subió siempre, de

suerte que al fin su cuerpo servil y rehecho desapareció en la espesura del follage; estaba invisible del todo. Entonces se hizo oír su voz lejána y gritó:

—¿Hasta dónde es preciso subir todavía?

—¿A qué altura estás? preguntó Legrand.

—Tan alto, tan alto, replicó el negro, que puedo ver el cielo á través del fin del árbol.

—No te ocupes del cielo y ten atención á lo que voy á decirte. Mira el tronco, y cuenta las ramas que están debajo de tí, de este lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco he pasado; cinco gruesas ramas. De este lado, amo.

—Entonces sube una rama más.

Al cabo de algunos minutos, su voz se hizo oír de nuevo. Anunciaba que había alcanzado la séptima rama.

—Ahora, Júpiter, gritó Legrand, presa de una manifiesta agitacion, es preciso que encuentres el medio de avanzar sobre esa rama tan léjos como puedas. Si ves alguna cosa singular me lo dirás.

Desde entonces, algunas dudas que había tratado de conservar relativamente á la demencia de mi pobre amigo, desaparecieron completamente. No podía menos de considerarlo como presa de enagenacion mental, y comenzaba á inquietarme sériamente de los medios de volverlo á su casa.

Mientras que yo meditaba en lo que mejor

debía hacer, la voz de Júpiter se hizo oír de nuevo.

—Tengo mucho miedo de aventurarme un poco lejos sobre esta rama. Es una rama seca en casi toda su estension.

—¿Dices que es una rama seca, Júpiter? gritó Legrand con una voz vibrante de emocion.

—Sí, amo, seca como un viejo clavo, es negocio hecho, esta muerta, sin vida.

—En nombre del cielo, ¿qué hacer? preguntó Legrand que parecía presa de un verdadero desaliento.

—¿Qué hacer? dije yo, alegre de encontrar la ocasion para hablar una palabra razonable, volver á casa é irnos á acostar. Vamos, venid! Sed amable, camarada. Se hace tarde y luego acordaos de vuestra promesa.

—Júpiter, gritó sin escucharme una palabra, ¿me oyes?

—Sí, amo Will, os oigo perfectamente.

—Hiere con tu cuchillo la madera y dime si la encuentras muy podrida.

—Podrida, amo, bastante podrida, replicó enseguida el negro, pero no tan podrida como podía estarlo. Yo podría aventurarme un poco más sobre su rama, pero yo solo.

—Tú solo, ¿qué es lo que quieres decir?

—Quiero hablar del escarabajo. Es muy pesado este escarabajo. Si en seguida lo dejase, la rama soportaría, sin romperse, el peso de un negro.

—¡Pillo infernal! gritó Legrand, que tenía el aire muy templado, ¡qué tonterías me cuentas ahí! Si dejas caer el insecto, te tuerzo el cuello. Ten cuidado con ello, Júpiter, tú me entiendes, no es esto?.

—Sí, amo, no vale la pena de tratar así á un pobre negro.

—Y bien, escúchame ahora. Si tú te arriesgas sobre la rama tan lejos como puedas hacerlo sin peligro, sin soltar el escarabajo, yo te regalaré un dollar de plata tan pronto como hayas bajado.

—Ya voy, amo Will, heme aquí, replicó prontamente el negro. Ya estoy casi al fin.

—Al fin, gritó Legrand muy suavizado. ¿Quiéres decirme qué hay al fin de esa rama?

—Ya estoy prontamente al fin, amo, oh! oh! oh! Señor Dios! misericordia! qué hay aquí sobre el árbol!

—Y bien, gritó Legrand, en el colmo de la alegría, ¿qué es lo que hay ahí?

—¡Eh! ¡no es nada ménos que un cráneo! Alguno ha dejado su cabeza sobre el árbol y los cuervos se han comido toda la carne.

—¿Un cráneo, dices? Muy bien. ¿Cómo está sujeto á la rama? qué es lo que lo retiene?

—¡Oh! se tiene bien; pero es preciso verlo. Ah! es una friolera, por mi honor, hay un grande clavo en el cráneo que lo sujeta al árbol.

—Bien, ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy á decirte, ¿me entiendes?

—Sí, amo.

—Ten atencion: encuentra el ojo izquierdo del cráneo.

—¡Oh! oh, ¡esto sí que es divertido! No tiene ojo izquierdo.

—Maldito estúpido! ¿Sabes distinguir tu mano derecha de tu mano izquierda?

—Sí lo sé; lo sé todo eso; mi mano izquierda es esta con la cual corté la madera.

—Sin duda, eres zurdo, y tu ojo izquierdo está del mismo lado que tu mano izquierda. Ahora supongo, que puedas encontrar el ojo izquierdo del cráneo, ó el sitio donde estaba el ojo. Lo has hallado?

—El ojo izquierdo del cráneo es tambien el del mismo lado de la mano izquierda del cráneo? Pero el cráneo no tenía manos. Esto no importa nada, ya he hallado el ojo izquierdo: hé aquí el ojo izquierdo. ¿Qué es preciso hacer ahora?

—Vé largando el escarabajo á través, tan léjos como dé de sí el bramante; pero guárdate de soltar la punta de la cuerda.

—Ya está hecho, amo Will: es cosa fácil hacer pasar al escarabajo por el agujero; mirad; vedle bajar.

Durante este diálogo, el cuerpo de Júpiter había quedado invisible, pero el insecto que dejaba caer aparecía á la punta de la cuerda, y brillaba como una bola de oro bruñido á los últimos rayos del sol poniente, de los cuales algu-

nos iluminaban todavía débilmente la eminencia en donde estábamos colocados. Al bajar el escarabajo sobresalía de las ramas, y si Júpiter le hubiese dejado caer habría caído á nuestros pies. Legrand tomó inmediatamente la guadaña y desenmarañó un espacio circular de tres ó cuatro yardas de diámetro, justamente debajo del insecto y habiendo concluido esta maniobra, ordenó á Júpiter dejar la cuerda y bajar del árbol.

Con un cuidado escrupuloso, mi amigo enteró en la tierra una estaca en el sitio donde había caído el escarabajo y sacó de su bolsillo una cinta de medir. La ató por una punta en el pedazo de tronco más cercano á la estaca, la estendió hasta ella y continuó desarrollándola así en la direccion dada por estos dos puntos, la estaca y el tronco, en la distancia de cincuenta pies. Durante este intervalo Júpiter segaba las malezas, con la guadaña. En el punto así encontrado, clavó una segunda estaca que tomó como punto céntrico, y alrededor del cual describió groseramente un círculo de cerca de cuatro pies de diámetro. Tomó entonces una azada y dió otra á Júpiter y otra á mí, suplicándonos cavar cuanto más deprisa nos fuera posible.

Hablando francamente, no había tenido nunca afición á semejante entretenimiento, y en el presente caso lo hubiere dejado con muchísimo gusto: porque la noche avanzaba y me sentía regularmente fatigado por el ejercicio que ya ha-

bía hecho, mas no encontraba ningun medio de sustraerme á ello y temí turbar con una negativa la prodigiosa serenidad de mi pobre amigo. Si hubiera podido contar con el auxilio de Júpiter, no hubiera dudado en llevar por fuerza á su casa á nuestro loco; pero conocía muy bien el caso de una lucha personal con su dueño, en cualquier circunstancia. No dudé que Legrand tuviese el cerebro inficionado de una de las innumerables supersticiones del Sud, relativas á los tesoros enterrados, y que esta imaginacion no hubiera sido confirmada por el hallazgo del escarabajo ó quizás aun por la obstinacion de Júpiter en sostener que era un escarabajo de oro verdadero. Una cabeza predisuelta á la locura podia muy bien dejarse llevar de semejante sugestion, sobre todo, cuando ella estaba en perfecto acuerdo con sus ideas favoritas, preconcebidas. Despues recordé el discurso del pobre muchacho relativamente al escarabajo, *indicio de su fortuna*. Sobre todo, estaba cruelmente atormentado y confuso, pero en fin resuelto á oponer contra el destino buen corazon y cavar de buena voluntad para convencer á mi visionario lo más pronto posible, por una demostracion ocular, de la vanidad de sus ensueños.

Encendimos las linternas, y emprendimos nuestro trabajo, con una igualdad y un celo dignos de una causa más racional, y como la luz caía sobre nuestras personas y útiles, no pude

menos de pensar que componíamos un grupo asaz pintoresco, y que si algun intruso hubiera aparecido por acaso en medio de nosotros, le hubiéramos aparecido como haciendo una obra bien estraña y sospechosa.

Cavamos durante casi dos horas. Hablábamos poco. Nuestro principal estorbo lo causaban los ladridos del perro que tomaba un interés escésivo en nuestros trabajos.

A la larga, se puso tan turbulento que temimos que pusiese en alarma á algunos vagabundos de las cercanias.

Esto principalmente causaba el gran temor de Legrand; porque en cuanto á mí, me hubiera regocijado de toda interrupcion que me hubiese permitido conducir mi vagabundo á su casa. Al fin, el estrépito fué apagado, gracias á Júpiter que, lanzándose fuera del hoyo con aire furioso, le puso un bozal con uno de sus tirantas, y despues volvió á su tarea con una pequeña sonrisa de triunfo, muy grave en sus lábios.

Pasadas dos horas, habíamos abierto una profundidad de cinco piés, y ningun indicio de tesoro se encontraba. Hicimos un descanso general, y comencé á esperar que la broma tocaba á su fin. Sin embargo, Legrand, aunque evidentemente muy desconcertado, enjugó el sudor de su frente con aire pensativo y volvió á tomar su azada. Nuestro hoyo ocupaba ya toda la estension de un círculo de cuatro piés de diámetro.

Rompimos ligeramente este límite y cavamos dos piés todavía. Nada apareció. Mi buscador de oro, del cual yo me había compadecido seriamente, saltó en fin, fuera del hoyo con el más horrible desaliento pintado en el rostro, y se decidió, lentamente y como á su pesar, á tomar su trage que se había quitado antes de empezar la obra. Por mi parte, me guardé mucho de hacer ninguna advertencia. Júpiter á una señal de su amo comenzó á recoger los instrumentos. Hecho esto y quitándose al perro el bozal, tomamos nuestro camino en un silencio profundo.

Habíamos quizás dado una docena de pasos cuando Legrand, arrojando un terrible voto, saltó sobre Júpiter y le echó mano al cuello. El negro estupefacto abrió los ojos y la boca en toda su estension, soltó la azada y cayó de rodillas.

—¡Malvado! gritó Legrand, haciendo silvar las sílabas entre sus dientes ¡Negro infernal! miserable negro! habla, te digo, respóndeme al instante y sobre todo no prevariques. ¿Cuál es, cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Ah misericordia! Amo Will, ¿no es este por ventura mi ojo izquierdo? rugió Júpiter asustado, poniendo su mano sobre el órgano *derecho* de la vision y manteniéndola allí con la persistencia de la desesperacion, como si hubiese temido que su señor quisiese arrancárselo.

—Yo dudaba, yo lo sabía! hurra! vociferó Legrand, soltando al negro y ejecutando una série de piruetas y cabriolas, con grande asombro de

su siervo, que levantándose, dirigia sus miradas de su dueño á mí, y de mí á su dueño, sin murmurar una frase.

—Vamos, es preciso volver, dijo este, la partida no está perdida.

Y tomó el camino hácia el tulipífero.

—Júpiter, dijo, cuando hubimos llegado al pié del árbol, ven aquí. ¿El cráneo está clavado en la rama, con la cara vuelta al exterior ó puesta contra la rama?

—La cara está vuelta al exterior, amo, de suerte que los cuervos han podido comerse los ojos sin trabajo alguno.

—Bien. Entonces ¿es por este ojo ó por este por el que has hecho colar al escarabajo?

Y Legrand tocaba alternativamente los dos ojos de Júpiter.

—Por este ojo amo, por el izquierdo, precisamente como me habíais dicho.

Y todavía indicaba el pobre negro su ojo derecho.

—Vamos, vamos, es preciso comenzar.

Entonces mi amigo con la locura en la cual veía, ó creía ver ciertos indicios de un método, llevó la estaca que marcaba el sitio donde habia caído el escarabajo, á tres pulgadas hasta el oeste de su primera posición.

Alzando de nuevo su vista al punto más cercano al tronco hasta la estaca, como lo habia hecho antes, y continuando estendiéndola en línea recta á una distancia de cincuenta piés,

señaló un nuevo punto, alejado muchas yardas del sitio donde habíamos cavado anteriormente.

Al rededor de este nuevo centro se trazó un círculo, un poco más grande que el primero, y nos pusimos en seguida á cavar.

Yo estaba extraordinariamente fatigado; pero sin darme cuenta de lo que ocasionaba un cambio en mi pensamiento, ya no sentia tan grande aversión por el trabajo que se me habia impuesto.

Tal vez habia en toda la estravagante conducta de Legrand cierto aire deliberado, cierta cosa patética que me impresionaban. Cavé ardentemente, y de tiempo en tiempo me sorprendia buscando, por decir así, con los ojos, con una sensacion que semejava á la esperanza, ese tesoro imaginario, cuya vision habia enloquecido á mi infortunado camarada. En uno de estos momentos, en que estos desvarios estaban más singularmente enseñoreados de mí, y como ya hubiésemos trabajado cerca de hora y media, fuimos interrumpidos de nuevo por los violentos aullidos del perro. Su inquietud en el primer caso no era cordialmente más que el resultado de un capricho, ó de una alegría loca; pero esta vez tomaba un tono más violento y más caracterizado. Como Júpiter se esforzara de nuevo por ponerle un bozal, hizo una resistencia furiosa, y saltando en el agujero, se puso á escarvar la tierra frenéticamente con sus manos. En algunos segundos, habia descubierto

una porcion de huesos humanos, formando dos esqueletos completos, revueltos con muchos botones de metal, una cosa que nos pareció ser lata vieja podrida y desmenuzada. Uno ó dos azadonazos hicieron saltar la hoja de una gran nabaja. Cavamos más y tres ó cuatro monedas de oro aparecieron desparramadas.

A su vista, Júpiter pudo apenas contener su alegría; pero el rostro de su amo retrató una espantosa contrariedad.

Suplicónos sin embargo que redobláramos nuestros esfuerzos, y apenas habia acabado de hablar cuando tropezé y caí de boca: la punta de mi bota se habia enganchado en un gran anillo de hierro que yacia medio sepulto bajo un monton de tierra fresca.

Volvimos al trabajo con mucho ardor: jamás he pasado diez minutos en una exaltacion tan viva.

Durante este intervulo, desenterramos completamente un cofre de madera de forma oblonga, que á juzgar por su perfecta conservacion y su asombrosa dureza, habia sido evidentemente sometido á algun procedimiento de mineralizacion, tal vez al bicloruro de mercurio.

Este cofre tenia tres piés y medio de longitud, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba sólidamente amparado por dos hojas de hierro forjado, remachadas y formando todo alrededor una especie de enrejado.

De cada lado del cofre, cerca de la tapa, ha-

bia tres anillos de hierro, seis en total, por medio de los cuales seis personas podian trasportarlo. Todos nuestros esfuerzos reunidos no lograron más que moverlo ligeramente de su lecho.

Conocimos en seguida la imposibilidad de cargar con un peso tan enorme. Por ventura, la tapa no estaba sujeta más que por dos cerrojos que hicimos correr, pálidos y temblando de ansiedad. En el instante, un tesoro de un valor incalculable se estendió deslumbrador ante nuestros ojos. Los rayos de las linternas caian en la fosa, y hacian saltar de un monton confuso de oro y alhajas relámpagos y esplendores, que nos salpicaban positivamente los ojos.

No trataré de describir las sensaciones con que yo contemplaba este tesoro. El estupor, como se puede suponer, lo dominaba todo. Legrand parecia desfallecido por su misma escitacion, y no pronunció más que algunas palabras. En cuanto á Júpiter, su rostro se puso tan mortalmente pálido como es posible á un rostro negro. Parecia pasmado: como herido de un rayo. Bien pronto cayó de hinojos en la fosa y bañando sus desnudos brazos hasta el codo en el oro, les dejó así largo tiempo, como si gozase de las voluptuosidades de un baño.

En fin, gritó con un profundo suspiro, como hablando consigo mismo.

—Y todo esto viene del escarabajo de oro? El precioso escarabajo de oro! el pobre escarabajito

de oro á quien injuriaba, á quien calumniaba! ¿No tienes vergüenza de tí mismo, negro tunante? Eh! ¿qué respondes?

Fué preciso que yo despertase, por decirlo así, al señor y al criado y que les hiciese comprender la urgencia que había en trasportar el tesoro.

Se hacía tarde y era necesario emplear alguna actividad si queríamos que todo estuviese con seguridad en nuestras moradas antes del día.

No sabíamos qué partido tomar, y perdíamos mucho tiempo en deliberaciones: tan desordenadas teníamos las ideas. Finalmente, aligeramos el cofre sacando las dos terceras partes de su contenido, y pudimos al fin, no sin poco trabajo todavía, arrancarlo de su agujero.

Los objetos que habíamos sacado fueron depositados bajo las zarzas y confiados á la guardia del perro á quien Júpiter encargó estrictamente no ladrar bajo ningun pretexto, y ni aun abrir la boca hasta nuestro regreso. Entonces nos pusimos precipitadamente en marcha con el cofre, llegamos á la choza sin accidente alguno, pero despues de haber pasado una espantosa fatiga, y á la una de la noche, rendidos como estábamos, no podíamos inmediatamente dar mano á la obra; esto hubiera sido traspasar las fuerzas naturales. Descansamos hasta las dos, despues cenamos y nos pusimos en camino para las montañas, provistos de tres grandes sacos que por

dicha encontramos en la cabaña. Llegamos un poco antes de las cuatro á la fosa, partimos tan igualmente como se pudo el resto del botin, y sin el trabajo de rellenar el agujero, nos pusimos en marcha hácia nuestra casa, donde depositamos por segunda vez nuestros preciosos fardos, al tiempo que las primeras bandas de la aurora aparecian al este, por encima de las copas de los árboles.

Estábamos completamente destrozados; pero la profunda exaltacion actual, nos impidió el descanso. Despues de un sueño inquieto de tres ó cuatro horas, nos levantamos, como si lo hubiéramos convenido para proceder al exámen de nuestro tesoro.

El cofre habia sido rellenado, hasta los bordes, y pasamos todo el día y la mayor parte de la noche siguiente en inventariar su contenido. Nose habia llevado ningun orden ni arreglo de colocacion: todo habia sido amontonado confusamente. Cuando hubimos hecho cuidadosamente una clasificacion general, nos encontramos en posesion de una fortuna que superaba á todo lo que nos habíamos figurado.

Habia en especies más de 450,000 dollars, estimando el valor de las piezas tan rigurosamente como era posible segun las tablas de la época. En todo esto ni una partícula de plata, todo era de oro de antigua fecha y de una variedad grande, moneda francesa, española, alguna guinea inglesa y algunas piezas de las que no habíamos

visto nunca ningun modelo. Habia muchas monedas, muy grandes y pesadas, pero tan gastadas que nos fué imposible descifrar las inscripciones.

Ninguna moneda americana.

En cuanto al avaluo de las joyas, fué negocio un poco más difícil. Encontramos diamantes, algunos de los cuales eran muy hermosos y de un tamaño singular: en total, ciento diez; ni uno habia pequeño: diez y ocho rubíes de un brillo notable; trescientas diez esmeraldas, todas bellísimas: veintiun zafiros y un ópalo. Todas estas piedras habian sido desmontadas y arrojadas en confusion en el cofre.

En cuanto á las monturas, de las cuales hicimos una distinta categoria del otro oro, parecian haber sido machacadas á martillo, como para hacer imposible todo reconocimiento.

Ademas de todo esto, habia una enorme cantidad de adornos de oro macizo; cerca de doscientas sortijas ó pendientes gruesos; magníficas cadenas en número de treinta, sino me engaña mi memoria; ochenta y tres crucifijos muy grandes y pesados: cinco incensarios de oro de gran valor; una gigantesca ponchera, adornada de hojas de parra y de bacantes prolijamente cinceladas; dos empuñaduras de espada maravillosamente trabajadas y una porcion de artículos más pequeños y de los que he perdido el recuerdo.

El peso de todos estos valores ascendia á más de 350 libras, y en esta evaluacion he omitido ciento noventa y siete relojes de oro soberbios,

de los cuales tres valian 500 dollars, tirando corto. Muchos eran muy viejos, y sin ningun valor como piezas de relojeria, habiendo perdido la maquinaria más ó menos por la accion corrosiva de la tierra; pero todos estaban magníficamente adornados de pedreria, siendo las cajas de gran precio. Evaluamos esta noche el contenido total del cofre, en millon y medio de dollars: y cuando mas tarde dispusimos de las joyas y pedreria, despues de haber guardado algunas para nuestro uso particular, encontramos que nos habiamos quedado cortos en la evaluacion del tesoro.

Cuando al fin hubimos terminado el inventario, y nuestra terrible exaltacion disminuyó en gran parte, Legrand, que veia que me mataba la impaciencia de poseer la solucion de este enigma prodigioso, entró en los más completos pormenores de todas las circunstancias que se referian á aquel asunto.

—Os acordareis, dijo, de la tarde en que os enseñé el grosero dibujo que habia hecho del escarabajo.

Recordareis tambien que me estrañó no poco vuestra insistencia en sostener que mi dibujo semejaba una calavera.

La primera vez que soltásteis esta asercion, creí que os burlábais: enseguida me vinieron á la memoria las manchas particulares sobre el dorso del insecto, y reconocí que vuestra observacion tenia en suma algun fundamento.

Con todo eso vuestra ironia respecto á mis

facultades gráficas me irritaba; porque se me mira como á artista bastante regular, así que, cuando me pedisteis el pedazo de pergamino, estaba á pique de estrujarlo con ira y arrojarlo al fuego.

—Quereis hablar del pedazo de *papel*, dije.

—No; tenia toda la apariencia de papel, y yo mismo habia desde luego supuesto que eso fuese; pero cuando quise dibujar encima, descubrí enseguida que era un pedazo de pergamino muy delgado. Recordareis que estaba muy sucio. En el momento en que iba á quemarlo, mis ojos se fijaron en el dibujo que habíais mirado y no podreis concebir cuál fuese mi asombro, cuando ví la imagen positiva de uña calavera en el sitio mismo en que yo habia creído dibujar un escarabajo. Durante un momento, me sentí demasiado aturdido para pensar con rectitud.

Sabia que mi croquis difería de este nuevo dibujo por todos sus detalles, bien que hubiese cierta analogía en el contorno general. Tomé entonces una bujía, y sentándome al otro extremo de la sala, procedí á un análisis mas atento, del pergamino. Dándole vueltas, vi mi propio trazado sobre el reverso, justamente como lo habia hecho.

Mi primera impresion fué completamente de sorpresa; habia una analogía realmente notable en el contorno, y era una coincidencia singular este hecho de la imágen de un cráneo, desconocida para mí, ocupando el otro lado del pergamino,

inmediatamente debajo de mi dibujo del escarabajo y un cráneo que semejava tan exactamente á mi dibujo, no solamente por el contorno sino tambien por la dimension.

Aseguro que la singularidad de esta coincidencia me asombró positivamente por un instante. Este es el efecto ordinario de esta clase de coincidencias. El espíritu se esfuerza en establecer un órden, una relacion de causa con efecto, y encontrándose impotente para resolverlo, sufre una especie de parálisis momentánea. Pero cuando salí de este estupor, sentí lucir en mí por grados una conviccion que me asombró aun más todavia que esta coincidencia. Comencé á recordar distinta, positivamente, que no habia ningun dibujo sobre el pergamino cuando hice mi croquis del escarabajo. Adquirí la perfecta certidumbre; porque me acuerdo de haberlo vuelto y revuelto buscando el sitio más conveniente. Si la calavera hubiera estado visible, yo infaliblemente la hubiese notado. Allí habia realmente un misterio que yo me sentia incapaz de aclarar; pero desde este mismo momento, me pareció ver prematuramente despuntar una débil claridad en las regiones más profundas y secretas de mi entendimiento; una especie de gusano de luz intelectual; una concepcion embrionaria de la verdad, de la que nuestra aventura nocturna nos ha dado una tan espléndida demostracion.

Me levanté decididamente, y limpiando cuidadosamente el pergamino, rechacé toda reflexion

120

EDGAR POE.

ulterior hasta el momento en que pudiese estar solo.

Cuando hubísteis marchado, y cuando Júpiter estuvo bien dormido, me entregué á una investigacion del asunto, un poco mas metódicamente. Y enseguida me esforcé en comprender cómo este pergamino habia caído en mis manos. El sitio en que descubrimos el escarabajo estaba sobre la costa del continente, cerca de una milla al este de la isla, pero á un breve espacio bajo el nivel de la alta marea. Cuando lo cogí, me mordió cruelmente y lo solté. Júpiter, con su prudencia acostumbrada, antes de coger al insecto que habia volado á su lado, buscó al derredor de sí una hoja ó alguna cosa análoga con que pudiese cogerle. En este momento sus ojos y los míos se fijaron en el pedazo de pergamino que yo tomé entonces por un papel. Estaba medio enterrado en la arena, con una punta al aire. Cerca del sitio donde lo encontramos, observé los restos del casco de una gran embarcacion, tanto al menos como pude juzgar. Estos despojos de naufragio estaban allí probablemente desde hacía algun tiempo, porque apenas podía encontrarse la figura de un armazon de buque.

Júpiter cogió el pergamino, envolvió en él al insecto y me lo dió.

Poco tiempo despues tomamos el camino de la choza, y nos encontramos al teniente G..... Le enseñé el insecto, y me suplicó le permitiese llevarlo al fuerte.

Consentí en ello, y él lo metió en el bolsillo de su chaleco sin el pergamino que le servia de cubierta, y que yo tenia en la mano mientras él examinaba el escarabajo.

Tal vez temió que yo cambiase de opinion, y juzgó prudente asegurar su presa. Sabeis perfectamente que tiene delirio por la historia natural y por todo lo que con ella se relaciona. Es evidente, que entonces, sin pensar en ello, guardé el pergamino en mi bolsillo.

Recordareis que cuando me senté junto á la mesa para hacer un croquis del escarabajo, no encontré papel en el sitio en que ordinariamente lo guardo. Busqué en mis bolsillos, esperando encontrar alguna antigua carta, cuando mis dedos tropezaron en el pergamino. Os detallo minuciosamente toda la serie de circunstancias que lo han traído á mis manos; porque todas estas circunstancias me han asombrado singularmente.

Sin duda, me considerariais como un soñador, pero yo habia establecido ya una especie de convencion. Habia unido dos eslabones de una gran cadena. Un barco perdido en la costa, y no lejos de este barco un pergamino, *no un papel*, llevando la figura de un cráneo.

Vais á preguntarme naturalmente donde está esta relacion? Os responderé que el cráneo ó la calavera es el emblema bien conocido de los piratas. Siempre, en todas sus empresas han hizado el pabellon de la calavera, el pabellon de la muerte.

Os he dicho que este era trozo de un pergamino y no de papel.

El pergamino es una cosa durable, casi impecederera.

Rara vez se confían á un pergamino documentos de pequeña importancia, puesto que responde mucho menos bien que el papel á las necesidades de la escritura y del dibujo. Esta reflexion me indujo á pensar que debia haber en la calavera alguna relacion; algun sentido singular. No me engañé al observar la forma del pergamino. No obstante que una de sus puntas hubiese sido destruida por algun accidente, se veia bien que la forma primitiva era oblonga. Era pues una de estas tiras que se escogen para escribir, para consignar un documento importante, una nota que se quiere conservar largo tiempo y cuidadosamente.

—Pero, interrumpí, ¿no decís que el cráneo no estaba sobre el pergamino cuando en él dibujásteis el escarabajo?

¿Cómo pues podeis establecer una relacion entre el barco y el cráneo, puesto que este último, segun vuestra propia confesion, ha debido ser dibujado, Dios sabe cómo ó por quién, posteriormente á vuestro dibujo del escarabajo?

—¡Ah! por ahí encima es por donde rueda todo el misterio: bien que yo he tenido comparativamente poco cuidado en resolver este punto del enigma.

Mi senda era segura y no podia conducirme

más que á un solo resultado. Yo razonaba así, por ejemplo: cuando dibujé mi escarabajo, no habia ni sombra de cráneo alguno sobre el pergamino y cuando hube concluido mi dibujo y os lo dí, no os quité el ojo hasta que me lo hubísteis vuelto. Por consecuencia no érais vos quien habíais dibujado el cráneo, y no habia aquí ninguna otra persona para hacerlo. No habia sido creado por la accion humana, y no obstante, lo veia, estaba allí, á mis ojos!

Llegando á este punto de mis reflexiones, me apliqué á recordar y recordé en efecto, y con una perfecta exactitud, todos los incidentes acaecidos en el intervalo en cuestion.

La temperatura era fria: ¡oh feliz, y rara casualidad! y un gran fuego ardia en la chimenea. Estaba suficientemente acalorado por el ejercicio, y me senté cerca de la mesa.

Vos, entretanto, habíais puesto vuestra silla muy cerca de la chimenea. Justamente en el momento en que os puse el pergamino en la mano, y al irlo vos á examinar, Wolf, mi terra-nova, entró y saltó sobre vuestras espaldas. Le acariciásteis con la mano izquierda, y tratábais de echarlo á un lado, dejando caer descuidadamente vuestra mano derecha, la que tenia el pergamino, entre vuestras rodillas y muy cerca del fuego. Creí un momento que la llama iba á alcanzarle, é iba á recomendaros el cuidado, más antes que hubiese hablado, lo retirásteis, y os habíais puesto á examinarle.

Cuando hube considerado bien estas circunstancias, no dudé un instante que el calor hubiese sido el agente que habia hecho aparecer sobre el pergamino el cráneo, cuya imágen veía.

Bien sabéis que hay, y ha habido en todos tiempos, preparaciones químicas, por medio de las cuales se puede escribir sobre papel ó sobre vitela caractéres que no se hacen visibles más que cuando estan sometidos á la accion del fuego.

Se emplea algunas veces el safre, macerado en agua régia y diluido en cuatro veces su peso de agua; resulta una tinta verde. El régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitro, dá un color rojo. Estos colores desaparecen más ó menos pronto segun que la sustancia sobre la cual se ha escrito se enfria, pero reaparecen á voluntad por una nueva aplicacion de calórico.

Examiné entonces la calavera con gran cuidado.

Los contornos exteriores, es decir, los más cercanos al borde de la vitela, estaban mucho más distintos que los otros.

Evidentemente la accion del calórico habia sido imperfecta ó desigual.

Encendí inmediatamente fuego, y sometí cada parte del pergamino á un calor sofocante.

Por de pronto, esto no dió otro resultado que reforzar las líneas un poco pálidas del cráneo; pero, continuando la experiencia, vi aparecer, en

un extremo de la banda, en la punta diagonalmente opuesta á en la que habia sido trazada la calavera, una figura que desde luego supuse ser la de una cabra. Pero un exámen más atento me convenció que se habia querido representar un cabrito.

—Ah! ah! dije, no tengo ciertamente el derecho de burlarme de vos: un millon y medio de dollars es cosa bastante seria para tomarlo á burlas; pero vos no vais á añadir un tercer eslabon á vuestra cadena: no encontrareis ninguna relacion especial entre vuestros piratas y una cabra; los piratas, bien lo sabéis, no tienen nada que hacer con las cabras. Esto queda para los cabreros.

—Mas acabo de deciros que la figura no era la de una cabra.

—Bien! Vaya que sea un cabrito: casi es la misma cosa.

—Casi, pero no del todo, dijo Legrand. Habreis quizás oido hablar de un tal capitán Kidd. Enseguida miré á la figura de este animal como una especie de firma logográfica ó hieroglífica (Kidd, cabrito).

Digo firma porque el lugar que ocupaba sobre el pergamino sugeria naturalmente esta idea. En cuanto á la calavera, colocada en la punta diagonalmente opuesta, tenía las trazas de ser un sello, ó estampilla.

Pero quedé cruelmente desconcertado por la falta del resto, del cuerpo del fondo de mi

documento soñado, del testo de mi contesto.

—Presumo que esperaríais encontrar una carta entre el timbre y la firma.

—Algo como eso. El hecho es que yo me sentía como irresistiblemente penetrado del pensamiento de una inmensa fortuna, inminente. ¿Por qué? No sabría decirlo.

Después de todo, quizás esto era más bien un deseo que una creencia positiva ¿pero creereis que el dicho absurdo de Júpiter, que el escarabajo era de oro macizo, ha influido notablemente en mi imaginación? Y después esta serie de accidentes y coincidencias era verdaderamente tan extraordinaria! ¿Habeis notado todo lo que hay de casual en todo esto? Ha sido preciso que todos estos acontecimientos sucediesen el solo día de todo el año en que ha hecho, ó ha podido hacer bastante frío para necesitar del alivio del fuego: y sin este fuego, y sin la intervención del perro en el momento preciso en que apareció, no hubiera nunca visto la calavera, y no habría nunca poseído este tesoro.

—Hablad, hablad, estoy en áscuas.

—Y bien! conoceréis sin duda la multitud de historias que se cuentan, mil rumores vagos relativos á tesoros enterrados en una parte de la costa del Atlántico por Kidd y sus compañeros.

En total, si estas voces corrian desde tan largo tiempo y con tanta persistencia, esto no podía depender según mi raciocinio más que de un hecho;

esto es, que el tesoro enterrado, enterrado estaba aun.

Si Kidd había enterrado su botín en un tiempo dado y sacándolo después, estos rumores no habían sin duda llegado hasta nosotros en su forma actual é invariable.

Notad que los historiadores en cuestión tratan siempre de buscadores, y nunca de gentes que hallan tesoros. Si el pirata había recobrado su dinero, el asunto hubiera quedado allí.

Parecíame que por alguna casualidad, como por ejemplo, la pérdida de la nota que indicaba el sitio preciso, había debido privarle de los medios de recobrarle. Suponia que este accidente había llegado al conocimiento de sus compañeros, que de otra manera, nunca hubieran sabido que un tesoro había sido enterrado, y que, por sus pesquisas, infructuosas, sin guía y sin notas positivas, habían dado motivo á este rumor universal y á estas leyendas hoy tan comunes.

¿Habeis alguna vez oído hablar de un tesoro importante que haya sido enterrado en la costa?

—Nunca.

—Pero es notorio que Kidd había acumulado riquezas inmensas. Consideraba pues como cosa segura que la tierra las guardaba aun y no os asombrareis mucho cuando os diga que me alentaba una esperanza, una esperanza que casi llegaba á la certidumbre, de que el pergamino, tan singularmente encontrado, contendría la indica-

cion perdida, del sitio en que se habia hecho el depósito.

—¿Más qué procedimiento habeis usado?

—Puse nuevamente el pergamino á la accion del fuego, despues de haber aumentado el calorico, pero nada apareció sin embargo. Pensé que la capa de grasa podia influir en esta falta de éxito y limpié cuidadosamente el pergamino, vertiendo por encima agua caliente, despues lo coloqué en una cacerola de oja de lata, el cráneo hacía abajo, y puse la cacerola sobre una estufilla con carbones encendidos.

Al cabo de algunos minutos, estando la cacerola perfectamente calentada, retiré la banda de vitela, y ví, con una inesplicable alegría, que estaba marcada en muchos sitios de signos que semejaban cifras puestas en líneas. Volvi á ponerlo en la cacerola y allí la tuve un minuto todavia, y cuando la retiré, estaba tal como vais á verla.

Y aquí, Legrand, habiendo calentado de nuevo el pargamino, le sometió á mi exámen. Los siguientes caracteres aparecieron en color rojo, groseramente trazados sobre la calavera y el cabrito.

53 ††† 305)) 6*; 4326) 4 †.); 806*; 48 † 8960))
 85; | † (:; †* 8† | 83 (88) 5*†; 46 (:88*96* 2; 8) *†
 (:485); 5*† 2 : † (:4956* 2 (5*-4) 898*; 4069285)

;) 6†8) 4 †††; 1(†9; 48 081; 8: 8 † 1; 48†85; 4)
 485†528806*81 († 9; 48; (88; 4 († ? 34; 48) 4 †;
 161; : 188; † ? ; .

—Pero, exclamé, volviéndole la tira de vitela: yo nada veo ahí claramente. Si todos los tesoros de Golconda llegasen á ser para mí el precio de la solucion de un enigma, estoy completamente seguro de no poder ganarlos.

—Y sin embargo, dijo Legrand, la solucion no es ciertamente tan difícil como uno se imaginaria al primer golpe de vista. Estos caracteres, como se puede adivinar facilmente, forman una cifra, es decir, que presentan un sentido; pero segun lo que sabemos de Kidd, no debia suponerle capaz de fabricar un modelo de criptografia profunda. Juzgué pues de antemano que este era de una especie sencilla, tal, sin embargo, que á la inteligencia grosera del marino debió parecer absolutamente insoluble sin la clave.

—¿Y la habeis resuelto, realmente?

—Con gran comodidad; he resuelto otras, diez mil veces más complicadas. Las circunstancias y cierta inclinacion me han hecho tomar interés por esta clase de enigmas, y es dudoso realmente que el ingenio humano pudiese crear un enigma de este género del cual el humano ingenio no llegase á una conclusion clara por una aplicacion suficiente.

Así pues, una vez que hube logrado establecer una série de caracteres legibles, no me digné apenas pensar en la dificultad de desenvolver la significacion.

En el caso actual, y en total, en todos los casos de escritura secreta, la primera cuestion que hay que resolver, es la *lengua* de la cifra; porque los principios de solucion, particularmente cuando se trata de las cifras más sencillas, dependen de la índole de cada idioma y pueden ser modificadas. En general no hay otro medio que ensayar sucesivamente, dirigiéndose, segun las probabilidades, á todas las lenguas que os son conocidas, hasta que hayais encontrado la que hace al caso.

Pero en la cifra que nos ocupa, toda dificultad en este punto estaba resuelta por la firma. El geroglífico sobre la palabra *Kidd* no es posible más que en la lengua inglesa. Sin esta circunstancia, hubiera comenzado mis ensayos por el español y el francés, como siendo las lenguas en las cuales un pirata de los mares españoles habia debido más lógicamente encerrar un secreto de esta naturaleza. Pero en el caso actual, presumí que el criptógrama era inglés.

Veis que no hay espacios entre las palabras. Si hubiese habido espacios, el trabajo hubiera sido notablemente más fácil. En este caso hubiera comenzado por hacer un cotejo y un análisis de las palabras más cortas, y si hubiera hallado, como esto es siempre probable, una palabra de

una sola letra, a ó I (un yo) por ejemplo, hubiera considerado la solucion como asegurada. Pero puesto que no habia espacios, mi primer deber era notar las letras predominantes, así como las que se encontraban más rara vez.

Las conté todas y formé la tabla siguiente:

El carácter	8	se encuentra	33 veces.
»	;	»	26 »
»	4	»	19 »
»	† y)	»	16 »
»	*	»	13 »
»	5	»	12 »
»	6	»	11 »
»	† y l	»	8 »
El carácter	8	se encuentra	6 veces.
»	9 y 2	»	5 »
»	: y 3	»	4 »
»	5	»	3 »
»	i	»	2 »
»	— y .	»	7 »

Así pues, la letra que se encuentra más frecuentemente en inglés es la *e*. Las otras letras se suceden en este orden:

a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z.

La *E* predomina tan singularmente que es muy raro encontrar una frase, algo larga, donde no sea el carácter principal.

Tenemos, pues, en el comienzo, una base de operaciones que produce algo más que una conjetura. El uso general que se puede hacer de

esta tabla es evidente; pero para esta cifra particular no nos serviremos de ella más que muy parcamente. Puesto que nuestro carácter dominante es 8, comenzaremos por tomarle para la *e* de nuestro alfabeto natural. Para verificar esta suposición, veamos si el 8 se encuentra con frecuencia doble, porque la *e* se dobla muy frecuentemente en inglés, como por ejemplo en las palabras: *meet, fleet, speed, seen, been, agree*, etc. Así pues, en el presente caso, vemos que no se dobla menos de cinco veces, aunque el criptograma sea muy corto.

Así pues, 8 representa *e*. Al presente de todas las palabras de la lengua, *the* es la más usada; por consecuencia, nos es preciso ver si no encontramos repetida muchas veces la misma combinación de tres caracteres, siendo este 8 la última de las tres. Si encontramos repeticiones de este género, representarán probabilísimamente la palabra *the*. Verificado esto, no hallamos menos de 7; y los caracteres son ;48. Podemos, pues, suponer que ; representa *t*, que 4 representa *h*, y que 8 representa *e*, encontrándose así el valor de esta última confirmado de nuevo. Hay pues, dado un gran paso.

No hemos determinado más que una sola palabra, pero esta palabra sola nos permite establecer un dato mucho más importante, es decir, los principios y determinaciones de las otras palabras. Vemos, por ejemplo, el penúltimo caso donde se presenta la combinación ;48, casi al fin

de la cifra. Sabemos que el ; que viene inmediatamente despues es el principio de una palabra, y, de los seis caracteres que siguen á este *the*, no conocemos menos de cinco.

Reemplacemos pues, estos caracteres por las letras que representan, dejando un espacio para lo desconocido:

t eeth.

Debemos desde luego desechar el *th* como incapaz de formar parte de la palabra que comienza por la primera *t*, puesto que vemos, ensayando sucesivamente todas las letras del alfabeto para llenar el vacío, que es imposible formar una palabra de la cual este *th* pueda constituir parte. Reduciendo, pues, estos caracteres á

t ee,

y tomando de nuevo todo el alfabeto, si es necesario, formamos la palabra *tree* (árbol) como la sola version posible. Ganamos así una nueva letra, *r*, representada por (, mas dos palabras unidas,

the tree (el árbol.)

Un poco más lejos, hallamos la combinación ;48, y nos servimos de terminación á lo que precede inmediatamente. Esto nos dá la coordinación siguiente:

the tree ; 4 ($\frac{+}{+}$ & 34 the,

ó, sustituyendo las letras naturales á los caracteres que conocemos,

the tree thr $\frac{+}{+}$ & 3 h the

Ahora, si á los caracteres desconocidos sustituiamos por espacios ó puntos, tendremos

the tree thr... th the,

y la palabra *through* (por, á través) se despega por decirlo así, de sí misma. Más este descubrimiento nos dá tres letras más, *o*, *u* y *g* representadas por

†
† ? y 3.

Ahora, busquemos atentamente en el criptógramo combinaciones con los caracteres conocidos, y encontraremos, no lejos del comienzo la coordinacion siguiente:

83 (88, ó *egree*,

que es evidentemente la terminacion de la palabra *degree* (grado) y que nos produce aun la letra *d* representada por †. Cuatro letras mas lejos que esta palabra *degree*, encontramos la combinacion

; 46 (;88,

de que traducimos los caracteres conocidos y representamos el desconocido por un punto; es nos dá;

th . rtee.

coordinacion que nos sugiere inmediatamente la palabra *thirteen* (trece), y nos resultan dos letras nuevas *i* y *n*, representadas por

6 y *.

Trasladémosno al comienzo del criptógramo, y hallamos la combinacion

53 ††
††.

Traduciendo como anteriormente hemos hecho, obtenemos

. *good*

lo que nos demuestra que la primera letra es una *a*, y que las dos primeras palabras son *a good* (un bueno, una buena.)

Sería tiempo ahora, para evitar toda confusion, de disponer todos nuestros descubrimientos en forma de tabla.

Esto nos dá una idea de la clave.

5	representa	<i>a</i>
†	»	<i>d</i>
8	»	<i>e</i>
3	»	<i>g</i>
4	»	<i>h</i>
6	»	<i>i</i>
*	»	<i>n</i>
†	»	<i>o</i>
(»	<i>r</i>
;	»	<i>t</i>

Así, no poseemos menos de diez letras, las más importantes, y es inútil que prosigamos la solucion á través de todos estos detalles. Os he dicho bastante para convenceros que cifras de esta naturaleza son fáciles de resolver, y para daros una idea del análisis razonado que se emplea en desenvolverlas.

Pero tened por cierto que la muestra que tenemos á nuestros ojos, pertenece á la categoría más sencilla de la criptografía. No me falta más

que daros la traducción completa del documento como si hubiéramos descifrado sucesivamente todos los caracteres.

Vedla aquí:

A good glas, in the bishop's hostel in the devil's seat forty one degrees and thirteen minutes northeast and by north masis branch seventh hinc east side Shoot from the left eye of the death'-s-head a bee hicc from the tree through the shot fifty feet out.

(Un buen vidrio en la hostería del Obispo en la silla del Diablo cuarenta y un grado y trece minutos nordeste cuarto de norte principal tronco séptima rama lado este soltad del ojo izquierdo de la calavera una línea de abeja del árbol á través la bala cincuenta piés al ancho.

—Pero, exclamé, el enigma me parece de una especie tan desagradable como antes. ¿Como puede formarse un sentido de toda esta jerga de *silla del Diablo, calavera y hostería del Obispo?*

—Convengo, replicó Legrand, que el negocio tiene el cariz bastante sério, al simple golpe de vista. Mi primer cuidado fue mayor de encontrar en la frase las divisiones naturales que estaban en la imaginación del que las escribió.

—De la puntuación, quereis hablar.

—Algo parecido á eso.

—Pero ¿cómo diablos os habeis compuesto?

—Reflexioné que el escritor se habia propuesto juntar sus palabras sin división alguna, esperando hacer así más difícil la solución. Así,

pues, un hombre que no sea escesivamente sutil estará siempre dispuesto en semejante tentativa, á traspasar la barrera. Cuando en el curso de su composición, llega á una interrupción de sentido que pediría naturalmente una pausa ó un punto, está fatalmente obligado á estrechar los caracteres más que de costumbre. Examinad este manuscrito, y descubriréis fácilmente cinco pasajes de este género donde hay por decir así balumba de caracteres.

Y guiándome por este indicio, establecí la división siguiente:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat—forty-one dergees and thinteen minutes—northeas and by north-main branch seventh limb east sidejhoot from the eye of the diath's-head—a bee-line from the free through the shet jifoy feet out.

(Un buen vidrio en la hostería del Obispo en la silla del Diablo—cuarenta y un grado y trece minutos nord-es'e cuarto de norte—principal tronco séptimo rama lado este—soltad del ojo izquierdo de la calavera una línea de abeja del árbol á traves de la bola cincuenta piés al ancho.)

—No obstante vuestra división, digo, me quedo siempre á oscuras.

—Yo mismo me quedé en tinieblas durante muchos días, replicó Legrand. Durante este tiempo, hice grandes pesquisas en la vecindad de la isla de Sullivan sobre un edificio que debia lla-

marse Hotel del Obispo; porque no me inquietaba apenas la antigua ortografía de la palabra *hostel*.

No habiendo encontrado indicio alguno sobre este asunto, estaba dispuesto á estender la esfera de mis búsquedas, y proceder de una manera más sistemática. Cuando una mañana, se me ocurrió repentinamente que este *Bisgop's hotel* podria tener relacion con una antigua familia del nombre de Bessop, que de tiempo inmemorial estaba en posesion de una antigua morada cerca de cuatro millas al norte de la isla. Fui pues á la plantacion, é interrogué largamente á los negros antiguos de aquel sitio. En fin, una de las mujeres más ancianas, me dijo que ella habia oido hablar de un sitio como Bessop's castle (castillo de Bessop) y que creia poderme conducir allí, pero que no era ni un castillo, ni una posada, sino una gran roca.

Le ofrecí pagarla bien su trabajo, y despues de alguna incertidumbre, consintió en acompañarme hasta el paraje designado. Lo descubrimos sin mucha dificultad, despedí á la mujer, y comencé á examinar aquel lugar. El castillo consistía en un conjunto de picos y rocas de las cuales una era tan notable por su altura como por su aislamiento y su configuracion casi artificial. Trepé á la punta, y ya allí me sentí muy embarazado de lo que debía hacer en adelante.

Mientras pensaba en esto, mis ojos se fijaron en un estrecho suelo en el lado oriental de la roca,

cerca de una yarda bajo la punta donde estaba colocado.

Este suelo se estendía diez y ocho pulgadas poco más ó menos, no teniendo apenas más que un pié de ancho: un nicho escavado justamente encima, le daba un grosero parecido con las sillias de cóncavo respaldar, de las cuales se servian nuestros abuelos. No dudé que esta fuese *la silla del diablo*, de la que se hacia mencion en el manuscrito y me pareció que poseia desde entonces todo el secreto del enigma.

El *buen vidrio*, lo sabía, no podía significar otra cosa que un anteojo de larga vista, porque nuestros marineros emplean rara vez la palabra *glas* en otro sentido. Comprendí en seguida que en esta cuestion era preciso servirse de un anteojo, colocándose en un punto de vista definido, *no admitiendo variacion alguna*. Así pues, las frases *cuarenta y un grados y trece minutos*, y *nordeste cuarto de norte*, no dudé un instante en creerlo, deberian dar la direccion para apuntar el anteojo. Fuertemente conmovido por todos estos descubrimientos, me precipité en mi casa, me hice de un anteojo y volví á la roca.

Me dejé resbalar sobre la cornisa y me apercibí que no se podia estar sentado mas que en una determinada posicion. Esto confirmó mi conjetura. Naturalmente los cuarenta y un grados y trece minutos, no podian tener relacion más que á la elevacion de por encima del horizonte sensible, puesto que la direccion horizon-

tal estaba claramente indicada por las palabras, nord-este cuarto de norte. Establecí esta direccion por medio de una brújula de bolsillo; despues apuntando, tan justamente como era posible por aproximacion, mi anteojo á un ángulo de cuarenta y un grados de elevacion, le moví con precaucion de alto á bajo y de bajo á alto, hasta que mi atencion fué detenida por una especie de agujero ó buharda en el follaje de un gran árbol que dominaba á todos sus vecinos en la estension visible.

En el centro de este agujero, apercibí un punto blanco, pero no pude desde luego distinguir lo que era.

Despues de haber ajustado el foco de mi anteojo, miré de nuevo, y me convencí, por fin, que era un cráneo humano.

Despues de este descubrimiento que me llenó de confianza, consideré el enigma como resuelto; porque la frase, *principal tronco, sétima rama, lado este*, no podia tener relacion más que con la posicion del cráneo sobre el árbol, y este *sollad del ojo izquierdo de la calavera*, no admitía tampoco más que una interpretacion, puesto que se trataba de la rebusca de un tesoro enterrado. Comprendí que era preciso dejar caer una bala del ojo izquierdo del cráneo, y que una línea de abeja, ó en otros términos, una línea recta, partiendo del punto más aproximado al tronco, y estendiéndose, á través de la bala, es decir, á través del punto donde cayese la bala, indicaría

el lugar preciso, y bajo este sitio juzgaba que era por lo menos posible, que un rico depósito aun estuviese oculto.

—Todo esto, dije, es escesivamente claro, y á la vez ingenioso, sencillo y explícito. ¿Y cuando hubísteis dejado *La Hosteria del Obispo*, qué hicísteis?

—Habiendo cuidadosamente estudiado mi árbol, su forma, y su posicion, volví á mi casa. Apenas hube abandonado *la silla del diablo*, el agujero circular desapareció, y por cualquier lado que me volviese, me fué desde entonces imposible apercibirlo. Lo que me parecia la obra maestra del ingenio en todo este negocio es este hecho, porque he repetido la esperiencia y me he convencido que esto era un hecho; que la abertura circular, en cuestion, no es visible más que desde un solo punto, y este único punto de vista es la estrecha cornisa sobre el flanco de la roca.

En esta espedicion á la *Hosteria del Obispo* habia sido acompañado de Júpiter, que sin duda observaba desde hacia algunas semanas mi aire preocupado, y tomaba un particular cuidado en no dejarme solo. Pero al dia siguiente me levanté muy temprano, logré escaparme, y corrí por las montañas en busca de mi árbol. Mucho trabajo me costó encontrarlo. Cuando llegué á mi casa á la noche, mi doméstico se disponía á darme una paliza. En lo concerniente al resto de la aventura, presumo que estais tan bien enterado como yo.

—Supongo, dije, que en nuestras primeras escavaciones habíais errado el sitio por culpa de la tontería de Júpiter, que dejó caer el escarabajo por el ojo derecho del cráneo en lugar de dejarle pasar por el izquierdo.

—Precisamente; esta equivocacion daba lugar á una diferencia de cerca de dos pulgadas y media relativamente á la *bala*, es decir á la posición de la estaca cercana al árbol; si el tesoro hubiese estado bajo el sitio marcado por la *bala*, este error no hubiera tenido importancia; pero la *bala* y el punto más aproximado al árbol eran dos puntos que no servían más que para establecer una línea de dirección; naturalmente, el error, muy pequeño al principio, aumentaba en proporción de la longitud de la línea, y cuando hubimos llegado á una distancia de cincuenta piés, nos habia completamente perdido.

—Pero vuestro énfasis, vuestras actitudes solemnes, balanceando al escarabajo, ¡qué extravagancias! Yo ós creía positivamente loco. ¿Y porqué habeis querido absolutamente dejar caer del cráneo vuestro insecto, en lugar de una *bala*?

—¡A fé mia! pero os seré franco, os confesaré que me sentía un poco vejado por vuestras sospechas relativas al estado de mi espíritu, y resolví castigaros tranquilamente, á mi manera, por un pequeño trozo de mistificación. Ved ahí porque balanceaba el escarabajo, y ved ahí porque quise hacerle caer de lo alto del árbol.

Una observacion que hicisteis sobre su peso singular me sugirió esta última idea.

—Sí, comprendo, y ahora no hay más que un punto que me hace pensar. ¿Qué dirémos de los esqueletos hallados en el agujero?

—¡Ah! es una pregunta á la cual no sabria responder mejor que vos. No veo más que una manera plausible de explicarla, y mi hipótesis, implica atrocidad tal, que es horrible creerla. Es claro que Kidd, si es Kidd quien enterró el tesoro, de lo que para mí no tengo duda, es claro que Kidd debió hacerse ayudar en su trabajo. Pero acabado este, pudo juzgar conveniente hacer desaparecer á todos los que sabian su secreto. Dos azadonazos han bastado quizás, mientras que sus ayudantes estaban ocupados en la fosa y tal vez necesitó una docena.

¿Quién podrá decirlo?

VI.

EL BARRIL DE AMONTILLADO.

Soporté cuanto pude las injusticias de Fortunato; pero cuando estas llegaron hasta el insulto, juré vengarme. Vosotros, que conoceis mi alma, debeis suponer que de mi boca no salió la más ligera amenaza. A la larga habia de vengarme; era cosa definitivamente resuelta; la más completa resolucion alejaba de mí toda idea de peligro. Debía no solo castigar, sino castigar impunemente. Una injuria no se venga cuando el castigo alcanza al desfacedor, ni se venga cuando el vengador no tiene necesidad de hacerse conocer del que ha cometido la injuria.

Debo hacer constar que jamás dí á Fortunato motivo alguno para que dudase de mi buena fé, ni por mis acciones, ni por mis palabras. Continué, segun costumbre, sonriéndole siempre, y él no comprendía, que mi sonrisa era la fórmula del pensamiento que yo de su inmolacion abrigaba.

Fortunato tenía un flaco por donde podía atacársele, aun cuando por todo lo demás era hom-

bre respetable y aun temible. Se vanagloriaba de ser gran conecedor de vinos. Pocos italianos tienen el don de ser conecedores; su entusiasmo es casi siempre prestado, acomodado al tiempo y á la oportunidad: es un charlatanismo para explotar á los ingleses y austriacos millonarios. Igualmente en pinturas y piedras preciosas, Fortunato, como sus compatriotas, era un charlatan; pero en materia de vinos añejos era sincero. Sobre este punto en nada me diferenciaba de él: yo me creía inteligente, y compraba partidas considerables siempre que podia.

Una noche, entre dos luces, á mitad del carnaval, encontré á mi amigo. Me saludó con íntima cordialidad, porque había bebido muchísimo. Mi hombre estaba de máscara. Vestía un traje ajustado de dos colores, y en la cabeza llevaba un gorro cónico, con campanillas y cascabelles. Tan feliz me juzgué al verle, que jamás creí que acababa de estrecharle la mano.

Dijele:—Mi querido Fortunato, os encuentro en buena ocasion. ¡Qué magnífica facha tenéis con semejante traje! Es el caso que acabo de recibir un barril de vino amontillado, ó por lo menos por tal me lo han dado, y tengo mis dudas.....

—¿Cómo? dijo, ¿de amontillado? ¿Una pipa? ¡Imposible! ¡y á mitad de carnaval!

—Tengo mis dudas, repliqué, y he sido tan tonto que lo he pagado sin consultaros antes. No

pude encontraros, y temí perder una ganga.

—¡Amontillado!

—Digo que dudo.

—¡Amontillado!

—Y puesto que estais invitado á algo, voy á buscar á Luchesi. Si alguno hay que sea conoedor, es él. Él me dirá.....

—Luchesi es incapaz de distinguir el amontillado del Jerez.

—Y sin embargo hay imbéciles que comparan sus conocimientos con los vuestros.

—Vamos allá.

—¿Dónde?

—A vuestras bodegas.

—Amigo mio, no: yo no quiero abusar de vuestra bondad. Sé que estais invitado. Luchesi.....

—Nada tengo que hacer. Marchemos.

—No, amigo mio, no. No es la cosa nuestros quehaceres, sino el frio cruel que noto estais sufriendo. Las bodegas son muy húmedas, como que están cubiertas de nitro.

—No importa; vamos. El frio nada supone. ¡Amontillado! Os han engañado. Y en cuanto á Luchesi, repito que es incapaz de distinguir el Jerez del amontillado.

Así charlando, Fortunato se cogió de mi brazo. Me puse una careta de seda negra; y embozándome en mi capa, me dejé llevar hasta mi pakcio.

No habia en él ni un solo criado: estaban to-

dos haciendo los honores al carnaval. Les habia dicho que no volvería hasta bien entrado el dia, y mandado que no dejasen sola la casa. Yo bien sabia que esta sola orden bastaba para que todos, sin escepcion alguna, se largasen en cuanto yo volviese la espalda.

Tomé dos luces, di una á Fortunato, y nos dirigimos atravesando muchas piezas y salones hasta el vestíbulo que á las cuevas conducía. Bajé delante de él la escalera, larga y tortuosa, volviendo várias veces la cabeza para advertirle que cuidase de no tropezar. Llegamos al fin, y juntos nos hallamos sobre el húmedo suelo de las catacumbas de Montresors.

El paso de mi amigo era vacilante, y las campanillas y cascabeles de su gorro sonaban á cada uno de sus pasos.

—¿Y la pipa de amontillado? dijo.

—Está más lejos, le dije; mirad los blancos bordados que centellean sobre las paredes de estas cuevas.

Volvióse hácia mí y miróme con ojos vidriosos, goteando lágrimas de embriaguez.

—¿El nitro? preguntó por fin.

—El nitro, dije. ¿Desde cuándo teneis esos?

—Euh, euh, euh, euh, euh.

Mi pobre amigo no pudo contestarme, hasta despues de algunos minutos.

—No es nada—dijo.

—Venid—dije secamente—vamos fuera de

aquí; vuestra salud es preciosa. Sois rico, respetado, admirado, querido; como yo en otro tiempo: sois un hombre que dejaría un vacío inocupable. Por mí nada importa. Vámonos; podríais caer enfermo. Además Luchessi...

—Basta,—dijo,—la tos no vale nada.—No me matará: yo no he de morir de un constipado.

—Es verdad,—es verdad,—contesté;—y os aseguro que no intento alarmaros inútilmente;—pero debéis tomar algunas precauciones, un trago de Medoc os defenderá de la humedad.

Cogí una botella, de entre otras muchas que en larga fila allí cerca estaban enterradas, y la rompí el cuello.

—Bebed,—dije,—y le dí el vino.

Acercó á los labios la botella, y me miró con el rabo del ojo. Hizo una pausa, me saludó familiarmente, (sonaron las campanillas del gorro), y dijo:

—¡A la salud de los difuntos que á nuestro alrededor reposan!

—Yo á la vuestra.

Se agarró de mi brazo y seguimos adelante.

—Qué grandes son estas cuevas! dijo.

—Los Montresors,—contesté,—eran familia muy numerosa.

—No recuerdo vuestras armas.

—Un pié de oro sobre campo azul, reventando una serpiente que se le enrosca mordiendo el talon.

—¿Y la divisa?

—*Nemo me impune lacessit.*

—¡Muy bien!

Centelleaban sus ojos por el vino, y los cascabeles y campanillas del gorro sonaban y sonaban. El Medoc habia exaltado mis ideas. Habíamos llegado al medio de unas murallas de huesos mezclados con barricas, en lo más profundo de las catacumbas. Paréme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger del brazo á mi Fortunato por más arriba del codo.

—El nitro,—dije,—ya veis que aumenta. Cuelga como el musgo á lo largo de las bóvedas. Estamos bajo el lecho del río. Las gotas de agua se filtran á traves de los huecos. Venid, vámonos, antes de que sea demasiado tarde. Vuestra tos...

—No es nada, continuemos.—Venga otro trago de Medoc.

Rompí una botella de vino de greve, y se la ofrecí. La bebió de un trago. Brillaron sus ojos, se rió, y arrojó al aire la botella haciendo un gesto que no pude comprender. Mirele con sorpresa, repitió el gesto, un gesto grotesco.

—¿No comprendéis?—me dijo.

—No,—contesté.

—Entonces no sois de la lógia.

—¿Qué?

—No sois franc-mason.

—¡Sí, sí!—dije—¡Sí, sí!

—¿Vos? ¡Imposible! ¿Vos mason?

—Sí, mason,—le respondí.

—¿Un signo?—me dijo.

—Vedle,—repliqué y saqué un palaustre de debajo de los pliegues de mi capa.

—Quereis reiros,—gritó;—y tambaleándose, vamos al amontillado, me dijo.

—Sea,— contesté guardando mi herramienta y dándole el brazo. Se apoyó pesadamente en él, y continuamos en busca de nuestro amontillado. Pasamos bajo una galería de arcos muy chatos; bajamos, dimos algunos pasos, y descendiendo más aun, llegamos á una profunda cripta, donde la impureza del aire era tal, que en ella, más que brillaban se enrojecían nuestras luces.

En el fondo se descubría otra cripta más pequeña aun. Estaban revestidos los muros de restos humanos, apilados en la cueva á la manera que están en las grandes catacumbas de París. Del otro lado se habían derribado los huesos y apiñados en el suelo formaban una muralla de alguna altura. En el muro, escueto por la separacion de los huesos, notamos otro nicho profundo como de unos cuatro piés, de tres de largo y de siete ú ocho de alto. No parecía hecho para un objeto dado, pues se formaba simplemente por el hueco que dejaban dos enormes pilares que sostenían las bóvedas de las catacumbas, y por uno de los muros de granito macizo, que limitaban su cabida.

En vano Fortunato, adelantando su mortuoria antorcha, luchaba por medir la profundidad

del nicho. La luz se debilitaba y no nos permitía ver el fin.

—Avanzad, le dije, ahí es donde está el amontillado. Tocante á Luchesi...

—¡Es un ignorante! interrumpió mi amigo andando de costado delante de mí, mientras yo le seguía paso á paso.

En un momento llegó al fin del nicho y tropezando con la roca se paró, estúpidamente absorto. Un instante despues ya le había yo encadenado al granito. Sobre la pared había dos grapas, á dos piés de distancia la una de la otra, en sentido horizontal. De una de ellas colgaba una cadena de la otra un candado. Habiéndole colocado la cadena al rededor de la cintura, sujetarle era cosa de algunos segundos. Estaba muy asustado para oponer la menor resistencia. Cerré el candado, saqué la llave y retrocedí algunos pasos saliéndome del nicho.

—Pasad la mano por la pared, dije; vos no podeis oler el nitro. Está sumamente húmedo. Permitidme una vez *suplicaros* que os ¡vayais. ¿No? Entonces es preciso que os abandone: volveré inmediatamente para proporcionaros cuantos cuidados pueda.

—¡El amontillado! gritaba mi amigo, que aun no había vuelto de su espanto.

—Es cierto, contesté: el amontillado.

Al decir estas palabras empujé la pila de huesos de que ya hice mencion, los arrojé á un

lado y descubrí gran cantidad de piedras y de mortero. Con estos materiales y con mi palaustre comencé á cerrar y murar la entrada del nicho; á hacer un tabique.

Casi no había colocado la primera hilada de piedras, cuando noté que la embriaguez de Fortunato se había disipado muchísimo. El primer indicio de ello fué un grito sordo, un gemido que salió del fondo del nicho. *¡Aquel era el grito de un hombre borracho!*

Después nada se oyó. Coloqué la segunda hilada, la tercera, la cuarta... y oí el ruido que producían violentas vibraciones de la cadena. Este ruido duró algunos minutos, durante los cuales suspendí mi trabajo y apoyándome sobre los huesos me estuve gozando en él. Cuando cesó, cojí de nuevo mi palaustre y sin interrupción acabé la quinta, sexta y séptima hilada. La pared llegaba ya á la altura de mis hombros. Me paré de nuevo y levantando las luces por encima de la pared, dirigí sus rayos al personaje allí incluido.

Grandes, agudos y dolorosos gritos lanzó el encadenado, y casi me tumbaron de espaldas. Durante un momento hasta temblé, me arrepentí. Saqué la espada y con ella comencé á abrir el nicho; pero un instante de reflexión bastó para tranquilizarme. Me apoyé sobre el muro, respondí á los quejidos de mi hombre, los hice eco, los acompañé, los ahogué con mi voz.

Eran las doce de la noche y mi trabajo se

acababa. Terminé la octava, novena y décima hilada. Concluí gran parte de la onzena y última: una sola piedra faltaba para acabar del todo mi tarea, y estaba ya ajustándola cuando sentí escaparse del fondo del nicho una risotada ahogada que me herizó el cabello. A las carcajadas siguió una voz lastimera, que reconocí difícilmente ser la del noble Fortunato. La voz decía:

—Há! há! há! hé! hé! Chistosa broma, en verdad, excelente farsa! Cuánto hemos de reirla en casa, hé! hé! ¡Nuestro buen vino! hé!, hé! hé!.

—¡El amontillado!, dije.

—Hé! hé! Sí, el amontillado. ¿Pero no se hace tarde ya? ¿No nos esperan en mi palacio la señora Fortunato y los otros?. Vámonos.

—Si dije, vámonos.

—¡Por el amor de Dios, Montresors!

—Sí, contesté, por el amor de Dios.

Y nada replicó: escuché y nada oí. Me impacienté. Le llamé á gritos, ¡Fortunato! y nada. Llamé de nuevo ¡Fortunato! y nada. Metí una antorcha por el único agujero que el nicho tenía, y la dejé caer al fondo: oí ruido de cascabeles y campanillas. Me sentí malo, sin duda alguna por la humedad de las catacumbas. Era preciso concluir: hice un esfuerzo; tapé el agujero y le cubrí de cal.

Requiescat in pace...

VII.

ENTERRADO VIVO.

Hay hechos, cuyo relato despierta vivísimo interés, y que son demasiado horribles para servir de asunto en la novela. Ningun novelista podría echar mano de ellos, sin grave peligro de disgustar y hasta de hacer daño al lector. Para que puedan aceptarse asuntos semejantes, es indispensable que se presenten con el severo traje de la verdad histórica. Estremece la lectura de los pormenores del paso del Beresina, del terremoto de Lisboa, de la epidemia de Londres, del degüello del día de San Bartolomé, ó de la asfixia de los ingleses prisioneros en el *Blackhole* de Calcuta; pero son los hechos, la realidad y en una palabra, la historia, lo que nos conmueve. Si relatos tales fuesen únicamente parto de la imaginación, no engendrarians más sentimiento que el del horror.

He citado unas cuantas de las más terribles y célebres calamidades que la historia consigna; pero lo que más hiere nuestra imaginación, es

la magnitud y naturaleza de esas calamidades. Contemplo inútil advertir que mi trabajo pudiera reducirlo únicamente á escoger entre el inmenso catálogo de las miserias humanas, casos aislados de un dolor cualquiera, más material y más individual, que el que surge de la generalidad de esos desastres gigantescos.

Efectivamente, el verdadero dolor, el límite del sufrimiento, no es general, sino particular; y debemos dar gracias á Dios, que en su bondad no permitió que semejante exceso de agonía lo sufriese el hombre-masa ó colectivo, sino el hombre-unidad ó individual.

Ser enterrado vivo... es indudablemente el sufrimiento más horrible de los que hablaba antes, y es bien seguro, que habrá pocas personas, entre las que se llaman discretas, que nieguen la frecuencia con que se repiten casos nuevos de sufrimiento semejante, pues los límites entre la vida y la muerte permanecen siempre indeterminados, vagos y tenebrosos. ¿Quién puede marcar el punto en que termina la una y comienza la otra? Sabido es que ciertas enfermedades producen una cesacion completa, en apariencia, de las funciones vitales: la cual no es más que una suspension momentánea de la animación exterior; una especie de pausa en el movimiento de ese incomprensible mecanismo. Algunos instantes bastan para que un principio invisible y desconocido imprima otra vez movimiento á esos maravillosos resortes, y á esos

engranajes invisibles. No se ha roto todavía el arco, y aun puede vibrar la cuerda.

Es forzoso conceder á priori, que los numerosos ejemplos que todos los dias se presentan de interrupcion en la vitalidad, justifican la sospecha de que los entierros prematuros deben abundar. Pero además de tan lógica consideracion, ahí están para acabar de demostrarla, los médicos y la experiencia. Podria en caso necesario referir un centenar de casos plenamente justificados; citaré entre otros uno que acaba de producir en Baltimore profunda sensacion, y cuyos pormenores son bastante curiosos. La esposa de uno de los ciudadanos más apreciados de dicha poblacion (abogado de gran talento y miembro del Congreso), fué atacada de una enfermedad súbita é inesplicable, en la cual se estrellaron todos los esfuerzos de los facultativos. Al cabo de mil sufrimientos, murió ó cayó por lo menos en un estado tan parecido á la muerte, que nadie sospechó, ni pudo sospechar, la quedase el mas leve soplo de vida. Dilatadas sus enflaquecidas facciones por una larga enfermedad, presentaban la inmovilidad de la muerte; los ojos vidriosos, los lábios con palidez marmórea, y los miembros helados. No se percibía pulsacion alguna, y espuesto por espacio de tres dias el cuerpo, llegó á adquirir la rigidez de una estatua. Aceleróse el funeral al cabo, en vista de ciertas señales de descomposicion; se depositó el cadáver en un panteon subterráneo de la familia, que

quedó cerrado por algunos años, hasta que el marido quiso hacer se construyese un sarcófago; ¡qué horrible revelacion le aguardaba! Penetra delante de todos en el asilo de la muerte, y no bien abre las hojas de la pesada puerta, cuando un objeto envuelto en un blanco lienzo, cae en sus brazos con un ruido lúgubre. Era el esqueleto de su mujer, encerrado en los pedazos de la mortaja.

Examinado todo luego con minuciosidad, no quedó duda de que la desgraciada debió volver en sí, uno ó dos dias despues de su entierro, y con los esfuerzos hechos al tornar á la vida, cayóse el féretro desde una especie de nicho ó cornisa en que estaba colocado, y se rompió contra el pavimento; de suerte que la infeliz, hubo de verse libre así, de la caja en que la encerraron.

En los primeros peldaños de la estrecha escalera por donde se bajaba al tenebroso recinto, yacía un trozo grande de la caja, del cual debió servirse probablemente la mujer del abogado, con la loca esperanza de batir en brecha aquella firmísima puerta, ó con el más acertado fin de llamar la atencion. Allí debió desmayarse, á no dudarlo, de cansancio y morir á poco de terror y de hambre. Enganchado el lienzo de la mortaja á un saliente cualquiera del herraje, pudriose de pié y quedó de aquella manera, colgada á la puerta de su tumba.

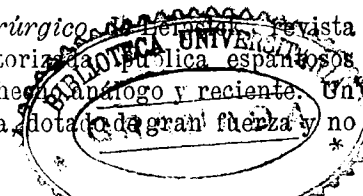
Otro caso de inhumacion prematura, ocurrido en 1810, demuestra que muchas veces la fábula,

no llega en rarezas hasta donde alcanza la verdad misma. La heroína de esta historia, Victorina Lafourcade, muchacha de buena familia, rica y de notable hermosura, tenía, como es natural, muchos pretendientes, de los cuales uno era un pobre periodista ó literato, llamado Julian Bossuet, cuyo talento y bello carácter produjeron no poca impresion en la jóven, que á poco hubo de enamorarse. Sin embargo, el orgullo venció al amor, y Victorina se casó con un tal M. Renelle, especulador-diplomático, muy ensalzado en la Bolsa, quien no tardó en olvidarse de la mujer, á la cual hasta se dijo maltrataba. Despues de algunos años de matrimonio nada feliz, una enfermedad, ayudada por muchos disgustos, produjo la muerte de Victorina, ó al menos un estado tan parecido á la muerte misma, que todos hubieron de engañarse, y se la enterró, no en una bóveda, sino en el cementerio de la aldea en que habia nacido. Desesperado Julian, sale de París, y á pesar de la distancia, se pone en camino, con el romántico fin de apoderarse de las sedosas trenzas, de aquella á quien tanto amó. Viaja sin detenerse un solo momento, y llega á la tumba de Victorina; á la media noche desentierra el féretro, lo abre, y cuando ya se disponia á cortar la deseada cabellera, estremece al ver que Mme. Renelle abre dulcemente los ojos. La habian enterrado viva, y su amante llegó en el momento en que salía de su profundo letargo. Medio loco de gozo, la coje Julian

en brazos, y la lleva á la habitacion que tenia en la aldea; la aplica cuantos medios le sugieren sus conocimientos, bastante grandes en medicina, logrando al cabo volverla á la vida y darse á conocer por su salvador.

Permanece á su lado, teniéndola oculta á los ojos de todo el mundo, y consigue poco á poco restablecer nuevamente su salud. Como el corazon de la pobre mujer no era de mármol, y como tambien tenía hartos motivos de arrepentimiento, por haberse dejado arrastrar de la vanidad y del orgullo, cedió al fin á su primer amor. En lugar de volver á casa de su marido, ocultó su resurreccion, y se marchó á América con su amante. Pasados veinte años, creyó la dichosa pareja poder volver á Francia, pensando que los estragos del tiempo, no permitirian á los amigos de Madame Renelle reconocer sus facciones. Se engañaron, sin embargo, porque así que el banquero la encontró, hubo de reconocerla y mandarla se viniese con él: negóse ella rotundamente y el asunto vino á los tribunales. Los jueces sentenciaron á favor de la muger, apoyándose en que una separacion de veinte años, acompañada de circunstancias escepcionales, habia legal y moralmente destruido los derechos del marido.

El *Diario Quirúrgico*, de la revista científica muy autorizada y pormenores de un hecho tan raro y reciente. Un oficial de artillería, dotado de gran fuerza y no



menos robustez, se cayó del caballo é hizo una gran herida en la cabeza, perdiendo en el acto los sentidos. La fractura del cráneo era simple, y permitía esperar la curacion. Se le hizo la operacion del trépano sin dificultades, pero sin embargo, cayó gradualmente en un atolondramiento é insensibilidad más y más grandes, hasta que finalmente se le supuso muerto.

Enterrósele con precipitacion, por el mucho calor que hacía, verificándose los funerales un jueves. El domingo siguiente se llenó de paseantes segun costumbre el cementerio. Al medio dia notábase cierta emocion entre las gentes, porque un paisano aseguró habia sentido cierto movimiento ligero como si quisiera levantarse la tierra que tenía debajo, mientras estuvo sentado sobre la tumba del oficial. Al principio apenas se le hizo caso, pero persistió de modo tal en su aserto, y manifestaba tanto terror, que acabó por convencer al auditorio. Tragéronse inmediatamente azadones, y en muy pocos minutos, la fosa que tenía menos profundidad de la que debía, quedó espedita y dejó ver la cabeza del oficial, muerto en la apariencia, que se hallaba sentado en el féretro roto por sus esfuerzos.

Llevado inmediatamente al hospital más cercano, aseguraron los médicos que respiraba aun, manifestando todos los síntomas de una asfixia reciente. Al cabo de algunas horas volvió en sí, reconoció y dió gracias á varias de las personas que rodeaban su lecho, refiriendo con frases en-

trecortadas la agonía y angustias por las cuales acababa de pasar. No perdió el conocimiento de cuanto á su alrededor sucedió, sino una hora antes de ser sepultado, que cayó en un estado de absoluta insensibilidad. Rellenada precipitadamente la tumba con tierra muy porosa no quedó cerrado del todo el paso al aire. El ruido de los honores fúnebres que se le hicieron, por razon de su grado, es decir, el fuego del peloton que disparó encima de la sepultura, le despertó únicamente. En vano trató de que le oyesen, porque el lúgubre silencio que á poco reinó, le puso en el caso de apreciar la horrible situacion en que se hallaba.

Gracias al cuidado que con el enfermo se empleó, se consideraba como muy probable el completo restablecimiento, cuando murió víctima del charlatanismo de los esperimentos médicos. Púsosele en relacion con una batería galvánica y falleció presa de uno de esos paroxismos estáticos que las más veces provocan.

La cita que acabo de hacer de la batería galvánica, me recuerda otro ejemplo, en el cual un medio idéntico, dió por resultado volver á la vida á un abogado joven de Lóndres, que había permanecido dos dias enterrado. Este suceso pasó en 1831, y llamó la atencion bastante para que aun se acuerden muchos de mis lectores.

M. Edward Stapleton, murió al parecer de un ataque de fiebre tifoidea, complicada con varios síntomas extraordinarios que llamaron mucho la

atencion de los médicos y escitaron su curiosidad. Rogaron por esto á los parientes del supuesto muerto, les permitieran hacer la autopsia del cadáver, pero se les negó la autorizacion. Como suele suceder en tales casos, los médicos resolvieron exhumar el cadáver secretamente y diseccionarlo luego á sus anchas. Tomaron sus medidas al efecto, y gracias á la cooperacion de los muchísimos resucitadores que tanto abundaban en Lóndres en aquella época, la misma noche que siguió al dia del entierro, se sacó el cadáver de una fosa de ocho piés de profundidad, y fué llevado á una sala de diseccion, inmediata á la casa de un profesor.

Acababa de practicársele una incision bastante estensa en el abdomen, cuando la carencia de todo rastro de descomposicion, sugirió la idea de hacer algunos ensayos de galvanismo. Hicieronse vários esperimentos sin resultado que pudiera decirse notable; observándose únicamente, que los movimientos convulsivos impresos al cadáver, producian una imitacion mucho más exacta de los de la vida que los que se observan ordinariamente.

Hacíase tarde, y próximo el amanecer, se trató al fin de proceder á la diseccion. Mientras tanto un estudiante, ansioso de hacer cierta experiencia, sobre una teoría especial suya, quiso verificar el último ensayo, poniendo en comunicacion la batería con uno de los músculos pectorales. Practicó una incision profunda con un

golpe de escalpelo, y luego introdujo en ella el conductor metálico. A su contacto el cadáver se levantó con precipitacion, pero no de un modo convulsivo; se puso de pié, llegó hasta el centro de la sala, arrojó alrededor de sí una mirada inquietada y luego habló. Lo que dijo no fué inteligible, distinguiéndose bien las sílabas, pero no el sentido. Despues de hablar se desplomó sobre el pavimento.

Quedáronse los circunstantes inmóviles algunos momentos, de espanto y de terror; pero inmediatamente lo urgente del caso les volvió la serenidad. No cabe duda de que M. Stapleton está vivo y acaba de caer en un síncope, bastando algunas gotas de éter para volverlo en sí. Mientras hubo el más pequeño peligro de una recaída, se guardó un profundo secreto sobre su resurreccion, pero es difícil imaginar la sorpresa y la alegría de sus amigos, cuando ya pudo comunicárseles la ventura nueva.

Lo más interesante de este suceso, es lo dicho por el mismo M. Stapleton, que asegura no haber tenido un solo instante de insensibilidad y que sabía, de un modo vago y confuso, todo cuanto sucedía, desde el momento en que los médicos le dieron por muerto, hasta caer desmayado sobre el pavimento de la sala de diseccion. »¡*Estoy vivo!*» fueron las palabras incomprensibles que pronunció al reconocer el lugar donde se encontraba.

Fácil sería por demás citar una infinidad de

casos semejantes; pero me abstendré de hacerlo porque creo no sean necesarios tantos ejemplos. Cuando se piensa en lo difícil que es descubrir semejantes hechos, y de los muchos que, sin embargo, se descubren, no es dable dejar de convenir, en que *muy frecuentemente* habrán de suceder, por más que casi siempre lo ignoremos. En efecto, siempre que por cualquier motivo se remueven en un espacio, por corto que sea, los cadáveres de un cementerio, es muy raro no encontrar algunos en posturas que inspiran horribles sospechas.

¡Horribles sospechas! Pero menos horribles que la realidad. No hay suplicio alguno que pueda producir tal paraxismo y tan espantosa combinación de sufrimientos físicos y morales. El peso intolerable sobre los pulmones, los vapores sofocantes de la tierra húmeda, la presión de la mortaja, la convicción de lo inútil de las propias fuerzas, la lobreguez de una noche absoluta, la presencia cierta é invisible del gusano destructor, cuya llegada presentimos; unido todo á la imagen del aire y de la vegetación que hallaríamos algunos piés más arriba, unido también al recuerdo de los amigos que acudirían presurosos á libertarnos, si pudieran sospechar nuestra situación, y esto con la horrible certidumbre de que para ellos permanecerá eternamente ignorada, de que os tendrán todos por muerto, y de que realmente lo estais para todos, menos para vos mismo; digo, pues, que esto origina en ese co-

razón que palpita debajo de tierra, un horror indecible ante el cual la imaginación más aguerrida retrocede espantada. No existe agonía semejante *sobre* la tierra y es imposible forjar un suplicio, más repugnante ni más feroz, para el mismo infierno. Esta es la causa de que todos los relatos sobre semejante asunto produzcan tan honda impresión, y que no obstante, y en razón de la misma intensidad de la emoción experimentada, se apoye principalmente nuestra fé en la veracidad del relatante. Lo que por mi parte quiero contar, no puede ser más cierto, porque se trata de mi propia historia, y es resultado de mi experiencia personal.

Hace muchos años padecía yo ataques de esa enfermedad singular, que los médicos llaman catalepsia, á falta de otro nombre más característico. Sin embargo de que las causas inmediatas y originarias, así como el diagnóstico de dicha enfermedad sean aun un misterio, los síntomas son bastante conocidos y varían únicamente en la intensidad.

A veces el sueño letárgico solo dura veinte y cuatro horas: el enfermo permanece inmóvil é insensible en la apariencia, pero se anuncian débilmente los latidos del corazón, mientras un resto del calor y una coloración, aunque ligera en las mejillas, indican que la vida ha huido completamente del cuerpo. Acercando un espejo á los labios puede apreciarse la existencia de una respiración torpe, desigual y vacilante. En

otros, por el contrario, dura ese sueño de plomo semanas enteras, y el más detenido estudio y las más rigurosas pruebas, no bastan á descubrir diferencias aparentes entre el estado del enfermo y el de un cadáver. Frecuentemente aquellos que padecen esta rara enfermedad, no pueden liberarse de una larga agonía, sino gracias á sus amigos, que sabedores de que se hallan sujetos á tales accesos, se obstinan hasta los últimos momentos en dudar de su muerte, y no ceden sino á la vista de la descomposicion. Felizmente la enfermedad sigue una marcha progresiva; sus primeros síntomas son fáciles de reconocer; los accesos van creciendo en duracion y en intensidad, debiéndose á esta progresion que sean menós las probabilidades de entierros prematuros. El infeliz, cuyo primer acceso tuviera la gravedad de las crisis subsecuentes, sería á no dudarlo encerrado vivo en el féretro.

La enfermedad, de que adolecía yo, no se diferenciaba en circunstancia alguna importante de las señaladas en las obras de medicina. A veces, sin causa aparente, caía insensiblemente en síncope; me acostaban; quedaba tendido en la cama sin poder levantar un dedo, y hasta privado de la facultad de pensar, pero con un sentimiento vago é indefinible de la existencia y presencia de cuantos sucesivamente se acercaban á mi cabecera, hasta que una nueva crisis de la enfermedad me arrancaba de aquel letargo. En otras ocasiones me sentía atacado súbitamen-

te, presa de un vértigo, abrumado de abatimiento, y transido de frio quedaba en pocos instantes completamente atolondrado é inerte. Cuando esto sucedía, permanecía inmóvil y mu-do como la muerte misma semanas enteras, y es imposible concebir anonadamiento más absoluto, porque ni el mundo existía para mí, ni yo para el mundo. Al salir de estos ataques, mi despertar era tan lento cuanto repentino el acceso, tal cual aparecen los primeros albores del día al vagamundo sin hogar y sin amigos, que pasa las noches desoladas del invierno, errante por las desiertas calles; del mismo modo ó más bien con igual sensacion de laxitud y abatimiento, sentía yo renacer en mi sér la luz del alma.

Fuera de aquellas crisis letárgicas, mi salud se podia en general considerar como satisfactoria, y no observé se deteriorara por tan estrafños fenómenos, cuya influencia se mostraba hasta en mis sueños ordinarios. Cuando había dormido unas cuantas horas, solo por grados podia recobrar la posesion completa de los sentidos, y más de diez minutos despues de despertar, estaba como un hombre alelado, faltándome las facultades mentales y especialmente la memoria.

Ningun dolor físico me producía semejante estado, pero el sufrimiento moral era grandísimo. Convertíase la imaginacion en un osario y no veía más que catafalcos, gusanos, esquele-

tos, médicos, tumbas, epitafios y mortajas. Sumido en ensueños de muerte, no podía separar de mi cabeza la idea fija de un entierro prematuro á que me suponía predestinado. El pensamiento del horroroso peligro á que me hallaba espuesto me acosaba incesantemente; era de día mi tormento y de noche se convertía en suplicio. Así que las tinieblas envolvían la tierra, estremecíame con indecible espanto y temblaba como los penachos fúnebres que el viento agita en los cuatro ángulos de un carro mortuorio. Más tarde, cuando rendida la naturaleza no podía luchar contra el cansancio de una vigilia prolongada, solo despues de un violento combate cedía al sueño, porque me estremecía al pensar que pudiera despertarme dentro del féretro; así que cuando al fin llegaba á dormirme, era únicamente para caer sin transición en una region de fantasmagorías sepulcrales.

Estos ensueños aterradores, que así turbaban mi reposo durante la noche, estendieron tambien su sombría influencia hasta sobre mis horas de vigilia. Distendidos los nervios completamente, fuí presa de perpétuos terrores: ni me atrevía á montar á caballo, ni pasear á pié, ni á entregarme á ningun ejercicio que me alejase demasiado de casa, y finalmente, titubeaba antes de aventurarme á estar separado de aquellos que conocían mi enfermedad, receloso de que gentes extrañas, viéndome en una de mis crisis habituales, me creyeran muerto. Dudaba

de la fidelidad y de las promesas de mis mejores amigos, persuadido de que ante un paroxismo de mayor duracion que los ordinarios, acabarian por dejarse convencer de que mi muerte definitiva era indudable. Hasta llegué á suponer, que con el fastidio continuo que les causaba, se alegrarian de encontrar en un letargo duradero, pretesto para librarse de mí. En vano trataban de tranquilizarme con reiteradas protestas y promesas, pues no paré hasta exigirles me jurasen de un modo solemne, que por nada en el mundo dejarían fuese enterrado, antes de que la descomposicion llegara á un grado que quitase toda duda respecto á la certidumbre de mi muerte.

Ni aun este juramento bastó para tranquilizarme, para disipar mi terror perpétuo; así es que tomé multitud de precauciones originalísimas. Entre otras, reconstruí el panteon de mi familia, de modo que la puerta pudiera abrirse por sí misma á favor de muchos resortes colocados en el interior, de tal manera, que la presión más leve en uno, bastase para abrirla. Dejé libre entrada al aire y á la luz, hice colocar agua y provisiones en diversos nichos abiertos cerca de la caja, que tambien almohadillé perfectamente, y á la cual puse una tapa construída con las mismas condiciones que la puerta, es decir, con resortes que obedecían á la presión más ligera. Además, una cuerda atada á mi muñeca, comunicaría con una campana colocada en el sonoro centro de la bóveda del panteon.

¡Cuán inútiles son las precauciones mejor calculadas, y la vigilancia más previsora para contrarrestar la voluntad del destino! ¡Nada es bastante para evitar las agonías de una inhumación prematura, al desgraciado que se halle condenado por los hados á experimentarlas!

Un día, como otras muchas veces me había ya sucedido, sentíame renacer (por decirlo así), gradualmente, á una vaga percepción de la vida; y con lentitud, muy lentamente, miraba dibujarse la aurora apagada y tibia del día físico. Inquieta pesadez, apática indiferencia, sensación de molestia indeterminada, carencia absoluta de cuidados, de esperanzas, ni de esfuerzos; más tarde, y pasado un intervalo largo, ruidos en los tímpanos; y tras un espacio de tiempo más grande aun, picazon y hormigueo en las estremidades; luego un período al parecer eterno de quietud profunda, en que despertando el pensamiento trabaja con ahinco para ordenar las ideas; después una recaída en el anonadamiento, y por fin la vuelta á la vida que se manifiesta con una conmoción apenas perceptible en los párpados. Al propio tiempo, rápida como un choque eléctrico, una sensación de intenso terror agolpa la sangre toda al corazón. La imaginación intenta entonces su esfuerzo primero, pide auxilio á la memoria, y solo lo obtiene de un modo incompleto y muy parcial. Sin embargo, mi memoria se ha despertado lo bastante para que se me alcance un tanto de la verdad de mi posición.

Conozco que no despierto de mi sueño ordinario y recuerdo que padezco crisis catalépticas. Finalmente, como con la irrupción súbita de un océano, hiélaseme el alma al pensar en el horroroso peligro que corro.

Durante algunos minutos permanezco inmóvil como una estatua, no atreviéndome á tentar el menor esfuerzo que pueda patentizarme la verdad... Y sin embargo, siento en el corazón una voz que me dice: *¡Has sufrido tu suerte!* La desesperación (tal cual no existen palabras que la pinten), me obliga al fin tras un número infinito de resoluciones, á levantar los entorpecidos párpados. Abro los ojos: la oscuridad me rodea; oscuridad absoluta, y siento que aquellas tinieblas son las de una noche sin fin. Quiero gritar; remuevo convulsivamente los labios y la lengua desecados, pero en vano. No puedo arrancar sonido alguno del pecho, que se me figura tenerlo bajo la presión de una montaña. Cada vez que con el mayor esfuerzo lo levanto al aspirar, padezco una agonía indescriptible.

La inutilidad de mis tentativas para gritar indica que me han atado la mandíbula inferior, como suele hacerse con los muertos. Reparo al mismo tiempo que me hallo tendido sobre una materia dura que por todos lados me oprime el cuerpo. Hasta aquel instante no me había atrevido á hacer el menor movimiento; pero al fin tiendo violentamente los brazos que tenía cruzados sobre el pecho, y tropiezo con una ta-

bla colocada horizontalmente por encima de mí, y á unas seis pulgadas del rostro. Ya no es posible que dude; me hallo encerrado en un féretro.

Hasta en semejante momento de suprema miseria, no me abandona el ángel de la esperanza: pienso en todas las precauciones que tengo tomadas; me retuerzo; hago esfuerzos sobrehumanos para levantar la tapa, que no cede; busco en las muñecas el cordón de la campana, y no lo tengo. Entonces me abandona también la esperanza; no puedo menos de reparar en la falta de almohadillado que tan cuidadosamente dispuse yo; luego siento de repente un olor muy marcado de tierra mojada. La deducción no puede ser más que una; no me hallo en el panteón; en alguna salida de las mias me ha acometido el desmayo entre gentes extrañas; cuándo y cómo, no me es posible recordarlo aun; me han enterado como á un perro, metido y clavado en un féretro cualquiera, y arrojado en el fondo de una fosa sin nombre.

Cuando penetré en el alma tan horrible certidumbre, traté de hacerme oír otra vez, y conseguí arrojar un grito prolongado, salvaje y continuo, que más bien era el último aullido de la agonía, y que resonó en el silencio de aquella noche subterránea....

—¡Hola, he, hola! respondió una bronca voz.

—¿Qué demonios sucede? preguntó otra voz.

—¡Bajadme de aquí! añadió un tercero.

—¿Acabareis de aullar de ese modo? dijo un nuevo interlocutor.

Y agarrándome los autores del cuarteto, me zarandearon sin ceremonia algunos minutos; no mostrando tener manos de manteca, ni mucho menos aquellas gentes, de cuya rudeza no se me ocurrió quejarme. No me despertaron, porque cuando grité me hallaba yo bien despierto; pero me ayudaron á recobrar el uso de la memoria, y recordé dónde me encontraba.

El suceso tenía lugar en Richmond, estados de Virginia; yo había salido á cazar con un amigo, y nos alejamos por la márgen del río James, hasta que entrada la noche, una tempestad nos sorprendió. Un lanchon cargado de tierra que estaba anclado inmediato á la orilla, fué el único abrigo que se halló á nuestra disposición. Haciendo de necesidad virtud, nos conformamos á pasar la noche á bordo; yo me acosté en uno de los dos camarotes del barco, que con decir que no tendría más de sesenta toneladas de cabida, se puede suponer lo que sería el tal camarote; es decir, que sin exageración, se parecía mucho á una caja de difunto. Con dificultad pude estenderme y dormir profundamente; así que mi fantasma (pues no era ni sueño ni pesadilla), fué consecuencia natural de las circunstancias en que me encontré, del carácter ordinario de mis pensamientos, de la dificultad que tenía para coordinar mis ideas, y sobre todo para recobrar la memoria despues de un sueño largo.

Dos hombres de los que me agarraron, formaban parte de la tripulacion, y los otros dos habian venido para ayudarles á descargar el barco. De la carga misma procedía el olor terroso que sentí, y la venda que me rodeaba la cabeza era simplemente un pañuelo que me puse por carecer del gorro de noche que solía ponerme en la cama.

Sea como se quiera, experimenté tormentos completamente iguales á los que me hubiera producido un entierro verdadero. Fueron horribles, atroces, imposibles de describir. Pero como no hay mal que por bien no venga, el mismo exceso de impresion me produjo una revolucion saludable. Mi alma adquirió tono y se vigorizó; me acostumbré á salir; me entregué á ejercicios violentos; respiré el aire libre; quemé mis libros de medicina; el tratado de Buchan; dejé de leer las sepulcrales *Noches de Young*, á quien debería llamarse el poeta zampa-muertos, y evité con la mayor energía y voluntad toda clase de cuentos como este, que me produjeran pesadillas. Desde entonces no volví á tener aquellos terrores fúnebres, y desaparecieron mis ataques de catalepsia, que sin duda debian ser la consecuencia y no la causa de aquellos sustos.

Hay ocasiones en que, hasta examinándolo con el frio escalpelo de la razon, puede parecer un infierno el mundo de nuestra triste humanidad; porque la imaginacion del hombre no es un mago que pueda impunemente explorar todas las

cavernas. La tenebrosa legion de horrores que he descrito no es fantástica, pero es muy peligroso evocarla; porque asemejándose mucho á la de los demonios que acompañaron á Afrasiab cuando bajó al Oxus, devoran al que los despierta.

VIII.

UNA BESTIA EN CUATRO.

Antiocho Epifanes es generalmente considerado como El Gog del profeta Ezequiel; pero este honor corresponde de derecho á Cambises, hijo de Ciro, y ademas de que el carácter del monarca sirio no ha menester de modo alguno adornos suplementarios. Su advenimiento al trono, ó mejor dicho la usurpacion de la soberanía, ciento setenta y un años antes de la venida de Cristo, la tentativa que hizo para saquear el templo de Diana en Epheso, su implacable saña á los judios, la violacion del Santo de los Santos y su miserable muerte en Tala, despues de once años de tan tumultuoso reinado, circunstancias son de relieve tanto, que preocuparian á los historiadores de su tiempo, mucho más aun que las impias, libertinas, absurdas y fantásticas hazañas, que es forzoso relatar para detallar el cuadro de su vida privada, y dar á conocer su reputacion.

.

Supongamos, lector gracioso, que estamos en el año del mundo tres mil ochocientos treinta, y que solo por algunos minutos trasportados nos vemos al mas fantástico de los habitáculos humanos, en la notabilísima ciudad de Antioquia. Verdad es, que entre las de Siria y las de otras partes, hubo hasta diez y seis ciudades de este nombre, sin contar en ellas aquella de que exclusivamente nos vamos á ocupar. La *nuestra*, pues, es la llamada Antioquia Epidaphné, por hallarse en ella un templo consagrado á esta divinidad. Fué fundada (aunque esto es cuestionable,) por Seleuco Nicator, primer rey del país despues de Alejandro el Grande, en memoria de su padre Antiocho, llegando inmediatamente á ser la capital de la monarquia Siria. En los dichosos tiempos del imperio romano, era la residencia ordinaria del Prefecto de las provincias orientales; y muchos emperadores de la ciudad eterna (entre los cuales debe hacerse especial mencion de Verus ó Valenti,) pasaron en ella gran parte de su vida. Pero se me figura que hemos llegado á la ciudad. Subamos á esta plataforma y echemos una ojeada á ella y sus alrededores.

—¿Cuál es ese rápido y ancho rio que se abre paso saltando de cascada en cascada por medio de tantas montañas y de tantísimos edificios?

—Es El Oreste, cuyas únicas aguas, á escepcion de las del Mediterráneo, vemos estenderse como vasto espejo unas doce millas al Sur. Todo

el mundo ha visto el Mediterráneo; pero muy pocos han gozado del golpe de vista de Antioquia; muy pocos, quiero decir, han gozado, como usted y como yo, del beneficio reportado por la moderna educación. Así, pues, dejad en paz la mar. y poned toda vuestra atención en esta masa decasas que á nuestros piés se estiende. No olvide usted que estamos en el año tres mil ochocientos treinta del mundo. Si fuera despues, por ejemplo, el año mil ochocientos cuarenta y cinco de N. S. J. C., privados nos veríamos de tan extraordinario espectáculo. En el siglo diez y nueve Antioquia está, quiero decir, estará en el más lamentable estado de ruina. De aquí á allá, Antioquia se habrá completamente destruido por tres temblores de tierra sucesivos. A decir verdad, lo poquísimos que quedará de su primer estado, hallárase en tal desolacion y ruina, que el patriarca habrá juzgado conveniente trasladar á Damasco su residencia. Está bien. Veo que seguís mis consejos y que aprovecháis el tiempo inspeccionando los sitios para *saciar la vista en los recuerdos y famosos objetos, que constituyen la gran gloria de esa ciudad.*

—Pido á usted mil perdones, amigo mio; me olvidaba que Shakespeare no florecerá sino mil setecientos cincuenta años despues. Y dígame usted; ¿el aspecto de Epidaphné no justifica la calificación de *fantástica* que la he dado?

—Se halla bien fortificada; y en cuanto á esto, tanto debe al arte como á la naturaleza.

—Justamente.

—¡Qué infinidad de palacios suntuosísimos!

—En efecto.

—¡Y esos numerosos, y magníficos templos pueden compararse con los más célebres de la antigüedad!

—Debo concedérselo. Sin embargo, veo un sin fin de chozas hechas de tierra, y de abominables barracas; y preciso es que hagamos constar la maravillosa abundancia de inmundicias, que por todos los arroyos corre; y gracias á la inmensa humareda del incienso idólatra, que sino mal podríamos aguantar el intolerable hedor que de ellos se desprende. ¿Habeis visto jamás calles tan insoportablemente estrechas y casas tan prodijosamente altas? ¿Qué oscuridad proyectan sus sombras en el suelo! Es una dicha que tantas lámparas, suspendidas en esas interminables columnatas, alumbren todo el día; pues sinó tendríamos aquí las tinieblas del Egipto en los tiempos de su desolacion.

—¡Verdaderamente es este un sitio extraño! ¿Qué significa aquel singular edificio de allá abajo? ¡Miradle! ¡domina á los demás y se estiende á lo léjos al Este del que parece ser el palacio del rey!

—Es el nuevo templo del Sol, adorado en Siria, bajo el nombre de Elah Gabala. Andando el tiempo, un famosísimo emperador romano instituirá su culto en Roma, y por ende se llamará Heliógabalo. Aseguro á usted, que mucho ha de

agradarle ver esta divinidad. No necesita usted mirar al cielo; su magestad el Sol no está allí, al menos el Sol adorado por los sirios. Esta deidad se encuentra en el interior del edificio, situado allá abajo. Es adorada bajo la forma de un gran pilar, cuya punta termina en un cono ó *pirámide*, por lo que está significada la *pira*, el Fuego.

—¡Oiga usted! ¡Mire usted! Quiénes serán esos seres ridículos, medio desnudos, con la cara pintada, que con tantos gestos y gritos á la turba se dirigen?

—Algunos, aunque pocos, son saltimbanquis: otros pertenecen particularmente á la raza de los filósofos, y la mayor parte, que casi siempre dirijen á palos al populacho, son los altos dignatarios de palacio, que ejecutan, como es su obligacion, alguna escelente rareza, de invencion del Rey.

—¡Pero hélos de nuevo! ¡Cielos! La ciudad es un hormiguero de bestias feroces! ¡Qué espectáculo tan terrible! ¡Qué singularidad tan peligrosa!

—Terrible, si quereis; pero peligrosa ni pizca. Cada animal, observadlo, marcha tranquilamente, trás su dueño. A algunos los llevan atados con una cuerda al cuello, pero solo porque pertenecen á las especies más tímidas ó más pequeñas. El leon, el tigre, el leopardo marchan con entera libertad. Se les ha educado sin la mas mínima dificultad para su profesion; y siguen á

sus respectivos dueños como pudiera hacerlo un lacayo. Cierto es que se dan casos en los que la naturaleza reconquista su usurpado imperio; pero un heraldo devorado, un buey sagrado estrangulado, circunstancias son, demasiado vulgares para hacer sensacion en Epidaphné.

—¡Pero qué extraordinario ruido es ese? Esto es lo que se llama *mucho ruido*, aun para Antioquía. Algo notabilísimo debe suceder.

—Sí, indudablemente. El rey ha ordenado algun nuevo espectáculo, alguna fiesta de gladiadores en el hipódromo, quizá una degollacion de prisioneros Scytas, ó el incendio de su mejor palacio, ó mas bien, creo que haya dispuesto magnífica hoguera para achicharrar algunos judios. La zambra va en aumento; hasta el cielo llegan las risotadas y los gritos, los instrumentos de viento y el desaforado clamoreo de mil endiabladas gargantas atruenan el espacio; bajemos por amor á la alegria, veamos que diablos pasa. Por aquí, ¡cuidado! Hénos en la calle principal, la calle de Timarchus.

Las oleadas de un inmenso populacho llegan hasta aquí: nos será imposible avanzar más; ved como inundan la calle de Heraclides, que parte directamente de palacio: probablemente el Rey vendrá entre esa multitud. ¡Sí! oigo los gritos de los heraldos que proclaman su venida con la pomposísima fraseología oriental. Podremos verle perfectamente cuando pase delante del templo de Ashimah. Guarezcémonos en el vestíbulo del

Santuario: debe llegar muy pronto. Mientras tanto veamos esta figura. ¿Qué es esto? ¡Ah! Es el Dios Ashimah en persona. Reparad que ni escor-dero, ni macho cabrío, ni sátiro, ni tiene pizca de semejanza con el Pan de los Arcadios. Y sin embargo, todos estos caracteres han sido, ¡per-don! *serán* atribuidos por los eruditos de los si-glos futuros al Ashimah de los Arcadios. Calaos vuestros anteojos y ved qué es esto.

—Así Dios me salve como esto es un mono.

—Verdaderamente que sí, un mono babino: pero de ningun modo una deidad. Su nombre es una derivacion del griego *Simio*, ¡qué horrible-mente tontos son los anticuarios! Pero ved allá abajo correr aquel pilluelo andrajoso. ¿Donde vá? ¿Qué grita? ¿Qué dice? Dice ¡que el rey viene en triunfo; que viste el trage de las grandes cere-monias; que acaba ahora mismo de matar con su propia mano mil prisioneros israelitas *pen-cadenados*! ¡Atencion! Hé aquí un tropel de gen-te uniformemente empergilada. Han compuesto un himno en latin á la valentía del Rey, y vien-en cantándole:

Mille, mille, mille

Mille, mille mille

Decollavimus unus homo!

Mille, mille, mille, mille decollavimus!

Mille, mille, mille!

Vivat qui mille, mille occidit!

Tantum vinus habet nemo

Quantum sanguinis effudit!

Lo que puede traducirse así:

Mil, mil, mil,

Mil, mil, mil.

Un hombre solo ha degollado á mil!

Mil, mil, mil, mil,

Cantemos siempre mil!

Hurrah!—Cantemos, cantemos sin cesar:

Viva nuestro rey que supo degollar

Con tanto desparpajo de hombres un millar.

Hurrah, hurrah, hurrah,

Hurra, hurra, ha...

Con todas vuestras fáuces

Gritad, gritad, gritad:

Más sangre ha derramado el Rey nuestro señor

Que vino dá la Siria,

Viva el que á mil mató!

—¿Ois esos trompetazos?

—Sí, el rey llega. Ved al pueblo jadeando de admiracion y levantando los ojos al cielo con el más fervoroso de los cariños! ¡Ya llega! ya llegó! aquí está.

¿Quién? ¿dónde? ¿El Rey? no le veo, juro á usted que no le veo.

—Estareis ciego.

—Lo estaré, pues solo veo inmenso tropel de idiotas y de locos que se precipitan para prosternarse delante de un gigantesco cameleopardo y que se esfuerzan por dar un beso al animal en una de las patas. Ved, la bestia acaba ahora mismo de espachurrar á uno del populacho, y ahora á otro y á otro, ¡y á otro! A la verdad que me admi-

ra ese animal por el excelente uso que de sus patas hace.

—¡Populacho!... si esos son los nobles y los libres ciudadanos de Epidaphne. ¿*La bestia* habeis dicho? ¡Tened cuidado que no os oiga alguno! ¿No veis que el animal tiene cara humana? Amigo mio, ese cameleopardo no es otro que Antioqus Epiphanes. Antioqus el ilustre rey de Siria, el más poderoso de todos los autócratas de Oriente! Vedad es que algunas veces le decoran con el nombre de Antioqus Epimanes, *Antioqus el Loco*; pero eso es hijo de que no todo el mundo es capaz de apreciar sus méritos. Lo cierto es que ahora, está encerrado en la piel de una bestia, y que hace cuanto sabe para representar el papel de cameleopardo; pero tan solo con el intento de sostener mejor su dignidad de rey. Además, el monarca tiene gigantesca estatura, y ni el traje le está mal, ni le viene muy grande. Y seguramente debemos suponer que, solo á causa de alguna solemne ceremonia, se habrá vestido así. Así... ved un verdadero acontecimiento, ¡la matanza de un millar de judios! ¡Con qué prodigiosa dignidad se pasea el monarca sobre las cuatro patas! Como veis, le tienen cojida por la punta y levantada la cola sus dos principales concubinas, Elina y Argelais. Su facha entera seria algun tanto agradable si no fuese por la protuberancia de los ojos, que le salen de la cabeza, y por el extraño color de la cara, que es ya cosa indefinible á causa de la inmensa cantidad de vino que

ya se ha sorbido. Sigámosles al Hipódromo, que es á donde se dirige, y escuchemos el canto de triunfo que empieza él mismo á entonar.

¿Quién sino Epiphanes puede ser rey?

¿Decidme, lo sabeis?

¿Quién sino Epiphanes puede ser rey?

¡Muy bien, muy bien, muy bien!

No hay más rey que Epiphanes

Ni le puede haber,

Derribad cuantos templos tengamos,

¡El sol apagad!

—¡Bien, muy bien, admirablemente bien cantado! El populacho le saluda con los nombres de *Príncipe de los poetas*, *Gloria del Oriente*, *Delicias del Universo*, y en fin *el más sublime de los Cameleopardos*. Le hacen repetir la gran obra maestra; y escuchad, otra vez la empieza. Cuando llegue al Hipódromo, le entregarán la corona poética, como predestinado vencedor en los próximos juegos olímpicos.

—Pero ¡Gran Júpiter! ¿qué le sucede á la muchedumbre que tras de nosotros se agrupa?

—¿Detrás de nosotros habeis dicho? ¡Ah! ya sé, ya comprendo. Amigo mio, felizmente habeis hablado á tiempo; pongámonos á salvo lo más pronto posible. ¡Aquí! cobijémonos bajo el arco de este acueducto y os explicaré el origen de tanta agitacion.

Esto, como yo me figuraba, va á acabar mal. El singularísimo aspecto de este cameleopardo,

con su cabeza de hombre, creo que ha ofendido las ideas de lógica y de armonía aceptadas por los animales salvajes domesticados en la villa. Esto ha producido un pronunciamiento, y como en semejantes casos sucede, inútiles serán cuantos esfuerzos humanos se practiquen para contener el movimiento. Ya han devorado muchos judíos; pero los patriotas de cuatro patas parece que están unánimemente de acuerdo para comerse al cameleopardo. *El Príncipe de los Poetas* está de pié, sostenido sobre las patas de atrás, por que la cosa va de veras y se trata de su vida. Le han abandonado sus cortesanos y sus concubinas han hecho lo mismo. ¡*Delicias del Universo!* ¡mal parado te encuentras! ¡*Gloria del Oriente!* ¡estás en peligro de que te casquen! ¡No mires, pues, tan lastimosamente tu cola! ¡Indudablemente ha de barrer el fango; y para esto no habrá remedio! ¡No vuelvas atrás tus ojos; no te ocupes de su inevitable deshonor; pero sé valiente, aprieta los talones y lárgate al Hipódromo! Acuérdate de que eres *Antiochus Epiphanes*, *Antiochus el Ilustre*, y por ende *el Príncipe de los Poetas*, la *Gloria del Oriente*, las *Delicias del Universo*, el más sublime de los *Cameleopardos!* ¡Justo cielo! ¡qué poderosa velocidad despliegas en tu marcha! Tienes las más poderosas piernas, las mejores. ¡*Príncipe!* ¡Bravo! ¡*Epiphanes!* ¡Bien vas *Camelopardo!* ¡Glorioso Antiocho! ¡Corre! ¡Brinca! ¡Vuela! Como una piedra disparada por una catapulta se aproxima al Hipódromo. ¡Brin-

ca! ¡Grita! ya llegó! Eres feliz; porque, ¡oh *Gloria del Oriente!* si tardas medio segundo más en traspasar las puertas del anfiteatro no hubiera habido en todo Epidaphné un miserable osillo que no hubiera roído tu esqueleto. Vámonos; partamos; porque nuestras modernas orejas son demasiado delicadas para soportar la inmensa zambra que va á comenzar en honor de la libertad del rey! Oid, ya empezó. Ved, toda la ciudad está vuelta.

—¡Ahí teneis la más pomposa ciudad del Oriente! ¡Qué hormigueo de pueblo! ¡qué confusion de categorías y de edades! ¡qué multiplicidad de sectas y de naciones! ¡qué variedad de trajes! ¡qué babel de lenguas! ¡qué gritos de bestias! ¡qué batahola de instrumentos! ¡qué monton de filósofos!

—Venid, salvémonos.

—Un momento no más: decidme, ¿qué significa ese tumulto que veo en el Hipódromo?

—¿Eso? ¡Ah! nada. Los nobles y ciudadanos libres de Epidaphné se hallan, segun ellos mismos declaran, muy satisfechos de la lealtad, bravura, sabiduría y divinidad de su rey; y además, como han sido testigos de su reciente y sobre humana agilidad, juzgan que ellos no hacen más que lo que deben, depositando sobre la frente de su rey una nueva corona, premio de la carrera á pié, corona que será menester que alcance en las fiestas de la próxima olimpiada, y que naturalmente ahcra le entregan á buena cuenta.

IX.

WILLIAM WILSON.

¿Qué dirá? ¿Qué dirá esta conciencia horrible.
Este espectro que marcha en mi camino?

CHAMBERLAYNE.—(*Pharronida.*)

Séame permitido, por el momento, denominarme William Wilson. La página virgen, expuesta ante mí, no debe ser manchada por mi verdadero nombre. Este nombre continuamente no ha sido más que un objeto de vergüenza y de horror, una abominación para mi familia. ¿Es que los vientos indignados no han esparcido hasta las más lejanas regiones del globo su infamia incomparable? ¡Oh, de todos los proscriptos, tú el proscripto más abandonado! ¿no has muerto nunca á este mundo? ¿á esos honores, á esas flores, á esas doradas aspiraciones? y una espesa nube, lúgubre, ilimitada, ¿no ha estado suspendida eternamente entre tus esperanzas y el cielo?

No querría, aun cuando pudiese, encerrar

hoy en estas páginas el recuerdo de mis primeros años de inefable miseria y de irremisible crimen. Este período reciente de mi vida ha llegado repentinamente á una altura de infamia de la cual quiero simplemente determinar el origen. Este es por el momento mi solo fin. Los hombres, en general, suelen ser viles por grados. Pero yo, toda virtud se desprendió de mí en un minuto, de un solo golpe, como una capa.

De una perversidad relativamente ordinaria, he pasado, por un paso de gigante á las enormidades más que heliogabálicas. Permitidme contar de corrido qué lance, qué único accidente ha acarreado esta maldición. La Muerte se aproxima, y la sombra que la precede ha arrojado una influencia calmante sobre mi corazón. Suspiro, pasando á través del sombrío valle de la simpatía, iba á decir la compasión, de mis semejantes. Querría persuadirles que he sido en algun modo el esclavo de circunstancias que desafían toda la crítica humana. Desearía que descubriesen para mí en los detalles que voy á darles, algun pequeño oasis de *fatalidad* en un Saharah de error. Yo querría que me otorgasen, lo que no pueden rehusar de otorgar, que, aunque este mundo haya conocido grandes tentaciones, nunca el hombre ha sido hasta aquí tentado de esta manera, y ciertamente, nunca ha sucumbido de este modo. ¿Es, pues, por esto, por lo que no ha conocido nunca sufrimientos iguales? En verdad no he vivido yo en un sueño? ¿Es que yo

no muero víctima del horror y del misterio de las más estrañas de todas las visiones sublunares?

Soy el descendiente de una raza que se ha distinguido en todo tiempo por un temperamento imaginativo y fácilmente escitable; y mi primera infancia probó que había heredado plenamente el carácter de familia. Cuando avancé en edad, este carácter se dibujó más fuertemente y llegó á ser por mil razones una causa de séria inquietud para mis amigos y de indudable detrimento para mí mismo. Me hice voluntarioso, aficionado á los caprichos más salvajes; fui la presa de las más indomables pasiones.

Mis parientes que eran de espíritu apocado, y que se veían atormentados por los defectos constitucionales de mi naturaleza, no podían hacer gran cosa para detener las malas tendencias que me distinguían. Hicieron, por su parte, algunas tentativas, débiles, mal dirigidas, que se frustraron por completo, y que se torcieron para mí en triunfo completo. Desde aquel instante, mi capricho fué ley doméstica, y á una edad en que pocos niños han dejado los andadores, quedé abandonado á mi libre albedrío, y llegué á ser el dueño de todas mis acciones, excepto de nombre.

Mis primeras impresiones de la vida de escolar están ligadas á una grande y estravagante casa del tiempo de Isabel, en una sombría aldea de Inglaterra, adornada por numerosos árboles

nudosos y gigantescos, y en la que todas las casas eran de una remotísima antigüedad. En verdad, era un lugar que semejaba un sueño, y nada mejor para encantar el alma que esta venerable ciudad antigua. En este mismo momento siento en mi mente el susurro refrigerante de sus avenidas profundamente sombrías; respiro la emanación de sus mil sotos, y me estremezo aun, con indefinible voluptuosidad, á la profunda y sorda nota de la campana, desgarrando á cada hora, con rugido súbito y moroso, la quietud de la obscura atmósfera en la cual se escedía adurmiendo al campanario gótico erizado de picos.

Tal vez encuentre tanto placer, como me es dado experimentar en este momento, distrayendo mi pensamiento con estos recuerdos minuciosos de la escuela y sus ilusiones. Hundido en la desgracia como estoy, desgracia, ay de mí! que es demasiado, ved! se me perdonará el buscar un alivio, bien corto y ligero, en estos pueriles y divagadores detalles.

Además, aunque absolutamente vulgares y risibles por sí mismos, toman en mi imaginación una importancia circunstancial, á causa de su íntima conexión con los lugares y la época en que distinguí los primeros preludios ambiguos del destino, que desde entonces me han envuelto tan profundamente en su sombra. Dejádme, pues, recordar.

Ya he dicho, que el edificio era antiguo é

irregular. La propiedad era grande, y un alto y sólido muro de ladrillos, coronado de una capa de mezcla y vidrio rotos, formaba el circuito. Esta muralla digna de una prision formaba el límite de nuestro dominio; nuestras miradas no lo traspasaban más que tres veces por semana; una vez cada sábado, á las doce, cuando acompañados por dos inspectores, se nos permitía dar cortos paseos en comunidad por la campiña vecina, y dos veces el domingo, cuando íbamos, con la regularidad de las tropas en la parada, á asistir á los oficios religiosos de la tarde y de la mañana en la única iglesia de la villa. El rector de nuestro colegio era pastor de esta iglesia. ¡Con qué profundo sentimiento de admiracion y de perplejidad me habia acostumbrado á contemplarle, desde nuestro banco escondido en la tribuna, cuando subía al púlpito con paso lento y solemne. Esta persona venerable, de rostro tan modesto y tan benigno, de vestidura tan lustrosa y tan clericalmente ondeante, de peluca tan escrupulosamente empolvada, tan erguido, tan arrogante, podia ser el mismo hombre, que hacía un instante, con rostro ágrío, y con vestidos manchados de tabaco, hacía cumplir, férula en mano, las draconianas leyes de la escuela. ¡Oh! gigantesca paradoja, cuya monstruosidad, escluye toda solucion.

En un ángulo del macizo muro, reclinaba una puerta aun más macisa, cerrada sólidamente, plagada de cerrojos y abrazada por un ma-

torral de viejas herraduras dentadas. ¡Qué profundas sensaciones de tristeza inspiraba! Nunca se abría más que para las tres salidas y entradas periódicas de que he hablado; y entonces, en cada castañeteo de sus robustos goznes, encontrábamos una plenitud de misterio; todo un mundo de observaciones solemnes ó de meditaciones más solemnes todavía.

El vasto recinto era de forma irregular y dividido en muchas partes, de las cuales tres ó cuatro de las mayores constituian el pátio de recreacion. Estaba llano y cubierto de menuda y áspera arena. Recuerdo bien que no habia en ella ni bancos, ni árboles, ni cosa que se le pareciese. Estaba situado naturalmente tras del edificio. Ante la fachada se extendía un jardín-cito, plantado de bojés y otros arbustos; pero no penetrábamos en este sagrado óasis más que en rarísimas ocasiones, tales como la primera entrada en el colegio ó la partida última, ó tal vez cuando un amigo, un pariente, habiéndonos hecho llamar, tomábamos alegremente el camino de la casa paterna, en las vacaciones de Navidad ó de San Juan.

Pero la casa, ¡qué curiosa muestra de edificio antiguo! ¡qué verdadero palacio encantado para mí! Era difícil en cualquier momento dado, decir con certeza, si se encontraba uno en el primero ó en el segundo piso. De una á otra habitacion, se estaba siempre seguro de encontrar tres ó cuatro escalones que subir ó que bajar.

Luego las subdivisiones laterales eran innumerables, inconcebibles, volviendo y revolviendo tan bien sobre sí mismas, que nuestras más exactas ideas relativas al conjunto del edificio, no eran muy distintas de las que á través de las cuales considerábamos el infinito. En los cinco años de residencia, no he sido nunca capaz de determinar con precision en qué lugar lejano estaba situado el pequeño dormitorio que me habia sido señalado en compañía de otros diez y ocho ó veinte escolares.

La sala de estudio era la más grande de toda la casa, y aun del mundo entero, al menos yo no podía menos de conceptuarla así. Era muy larga, muy estrecha y lúgubrementemente baja, con ventanas en ojiva y un cielo raso de madera. En un ángulo separado, de donde emanaba el terror, habia un cuadrado recinto de ocho ó diez piés, representando el *sanctum* de nuestro rector, el venerable Bramby, durante las horas de estudio. Era de sólida construccion, con una maciza puerta; antes que abrirla en ausencia del *dómine*, hubiéramos preferido morir *con agonía fuerte y cruel*. En los otros dos ángulos habia otras dos celdas análogas, objetos de una veneracion mucho menor, es cierto, pero siempre inspirando un terror bastante considerable; una la cátedra del maestro de humanidades, y la otra, la del maestro de inglés y matemáticas. Desparramados en medio de la sala innumerables bancos y pupitres, espantosamente carga-

dos de libros manchados por los dedos, cruzándose en una irregularidad ilimitada, negros, viejos, destruidos por el tiempo, y tambien cicatrizados de letras iniciales, de nombres enteros, de grotescas figuras y obras numerosas del cortaplumas, que habian perdido ámpliamente lo escaso de originalidad de formas, que les habia sido dada en dias muy lejanos. A una estremidad de la sala habia una enorme tinaja llena de agua, y á la otra un reloj de dimensiones prodijiosas.

Encerrado en los macizos muros de esta venerable escuela, pasé sin fastidio y sin tristeza los años del tercer lustro de mi vida. La fecunda imaginacion de la infancia no exige un mundo exterior de incidentes para ocuparse ó divertirse, y la monotonía, lúgubre en apariencia, de la escuela abundaba en escitaciones más intensas que todas aquellas que mi juventud más madura ha pedido al deleite ó mi virilidad al crimen. Con todo eso, debo creer que mi primer desenvolvimiento intelectual fué, en gran parte, poco ordinario y aun desarreglado. En general, los acontecimientos de la edad infantil no dejan sobre el hombre, llegado á la edad madura, una impresion bien definida. Todo es pardusca sombra, débil é irregular recuerdo, registro confuso de pequeños placeres y de dolores fantasmagóricos. Para mí no es así. Preciso es que haya sentido en mi infancia, con la energía de un hombre formado, todo esto que

encuentro hoy aferrado en mi memoria en letras tan vivas, tan profundas, tan duraderas como las inscripciones de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo, en realidad, bajo el punto de vista ordinario, había allí pocas cosas, para escitar el recuerdo. El madrugar, el acostarse, las lecciones que aprender, las recitaciones, las semi-huelgas periódicas, y los paseos, el pátio de recreacion con sus disputas, sus juegos, sus intrigas, todo esto por una mágia física, desconocida, contenía en sí un desbordamiento de sensaciones, un mundo rico de incidentes, un universo de emociones variadas, y de escitaciones las más apasionadas y embriagadoras. *¡Oh! qué buen siglo es este siglo de hierro!*

En realidad, mi ardiente naturaleza, entusiasta, imperiosa, bien pronto hizo de mí un carácter señalado entre mis camaradas, y poco á poco, naturalmente, me dió un ascendiente sobre todos los que no eran mayores que yo, sobre todos, esceptuando solo uno. Era este un colegial, que sin ningun parentesco conmigo, llevaba el mismo nombre de bautismo y el mismo apellido de familia; circunstancia poco notable en sí, porque el mio, no obstante la nobleza de mi origen, era uno de estos apellidos vulgares que parecen ser de tiempo inmemorial, por derecho de prescripcion, la propiedad comun del vulgo. En esta relacion, me he dado el nombre de William Wilson, nombre ficticio que no está

muy distante del verdadero. Mi homónimo solo, entre los que, segun el dialecto escolar, componian nuestra *clase*, se atrevía á rivalizar conmigo en los estudios del colegio, en los juegos y en las disputas de la recreacion, rehusar una ciega creencia á mis asertos y una completa sumision á mi voluntad, en una palabra, contrariar mi dictadura en todos los casos posibles. Si alguna vez ha habido un despotismo supremo y sin reserva, este es el despotismo de un niño de talento sobre las almas menos enérgicas de sus camaradas.

La rebelion de Wilson era para mí la fuente del más grande disgusto; tanto más cuanto en despecho de la fanfarronada, con que me habia hecho un deber de tratarle públicamente, á él y sus pretensiones, sentía en el fondo que le temía, y no podía abstenerme de considerar la igualdad que tan fácilmente mantenía frente á mí, como probando una superioridad verdadera puesto que hacía por mi parte esfuerzos supremos para no ser dominado. Sin embargo, esta superioridad, ó más bien esta igualdad, no estaba reconocida realmente más que por mí solo; mis camaradas por una inesplicable ceguedad, no parecian ni aun adivinarla. Y ciertamente, su rivalidad, su resistencia, y particularmente su impertinente é indigesta intervencion en todos mis designios, no veian más allá que una intencion privada.

Él parecía igualmente desapercibido de la

ambicion que me arrastraba á dominar y de la apasionada energía que me suministraba los medios. Se le hubiera podido creer, en esta rivalidad, dirigida únicamente por un deseo fantástico de contrarestarle, de asombrarme, de mortificarme; bien que hubiese casos en que yo no podía menos de notar con una confusa sensación de aturdimiento, de humillacion y de cólera, que mezclaba á sus ultrages, á sus impertinencias y á sus contradicciones, ciertas muestras de afecto las más intempestivas, y seguramente las más enfadosas del mundo. No podía darme cuenta de tan estraña conducta, que suponiéndola el resultado de una perfecta suficiencia, permitíase el tono vulgar del patrocinio y de la proteccion.

Quizás fuera este último rasgo de la conducta de Wilson, quien uniendo á nuestro homonismo y al hecho puramente accidental de nuestra entrada simultánea en el colegio, estendió entre nuestros condiscípulos de las clases superiores la opinion de que éramos hermanos. Habitualmente no se informan con mucha exactitud de los negocios de los más jóvenes.

Ya he dicho ó he debido decir, que Wilson no estaba ni aun en el grado más lejano emparentado con mi familia. Pero seguramente, si hubiéramos sido hermanos, habríamos sido gemelos; porque despues de haber abandonado la casa del doctor Bramby, he sabido por acaso, que mi homónimo había nacido el 19 de Enero de 1813, y

esta es una coincidencia bastante notable, porqué ese dia es precisamente el de mi nacimiento.

Estraño puede parecer que en despecho de la continúa ansiedad que me causaba la rivalidad de Wilson y su insoportable espíritu de contradiccion, no fuese arrastrado á odiarle mortalmente. Teníamos, seguramente, casi todos los dias una disputa, en la cual, concediéndome públicamente la palma de la victoria, se esforzaba en algun modo en hacerme sentir que era él quien la habia merecido; sin embargo, un sentimiento de orgullo de mi parte, y de la suya una verdadera dignidad, siempre nos mantenía en los términos de estricta conveniencia, al par que él tenía puntos bastante numerosos de conformidad en nuestros caracteres para despertar en mí un sentimiento que nuestra respectiva situacion tal vez impedía que llegase á madurar en amistad.

En verdad, me es difícil definir ó aun describir mis verdaderos sentimientos acerca de él; formaban una amalgama abigarrada y heterogénea, una petulante animosidad que no habia llegado aun al ódio, estimacion mucho más que respeto, gran temor y una inmensa inquietud. Es supérfluo añadir para el moralista, que Wilson y yo éramos los más inseparables camaradas.

Fué sin duda la anomalía y la ambigüedad de nuestras relaciones quien vació todos mis

ataques contra él, y francos ó disimulados, eran numerosos, en el molde de la ironía y de la caricatura (la bufonería no causa excelentes heridas) antes que en una hostilidad más seria y más determinada. Pero mis esfuerzos sobre este punto no obtenían regularmente un triunfo completo, aun cuando mis planes estaban lo más ingeniosamente imaginados; porque mi homónimo tenía en su carácter mucho de esta austeridad llena de reserva y de calma, que al gozar de la mordedura de sus propias burlas, no muestra jamás el talon de Aquiles y se libra absolutamente del ridículo. No podía hallar en él más que un solo punto vulnerable, y este era en un detalle físico, que proviniendo tal vez de una flaqueza constitucional, hubiera sido despreciado por todo antagonista menos encarnizado á sus fines que yo lo estaba; mi rival tenía una debilidad en el aparato vocal que le impedía siempre elevar la voz *más allá de un cuchicheo muy bajo*. No me descuidaba en sacar de esta imperfección todo el pobre partido que estaba en mi mano.

Las represalias de Wilson eran de más de un género, y tenía particularmente una especie de malicia que me inquietaba desmedidamente. Como tuvo al principio la sagacidad de descubrir que una cosa bastante pequeña podía vejarme, esta es una cuestión que no he podido nunca resolver; mas una vez que la hubo descubierto practico obstinadamente esta tortura.

Yo siempre estaba lleno de aversión con mi desgraciado nombre de familia, tan sin elegancia, y contra mi pronombre, tan trivial sino del todo plebeyo. Estas sílabas eran un veneno para mis oídos; y cuando, el mismo día de mi entrada, un segundo Willian Wilson se presentó en el colegio, quiero denominarle de esta manera, me disgustaba doblemente del nombre porque un extraño lo llevaba, un extraño que sería causa que lo oyese pronunciar con doblada frecuencia, que constantemente estaría en presencia mía, y cuyos asuntos, en el curso ordinario de las cosas del colegio, estarían frecuente é inevitablemente, por razón de esta coincidencia detestable, confundidos con los míos.

El sentimiento de irritación nacida de este accidente vino á ser más vivo á cada circunstancia que tendía á poner de manifiesto toda la semejanza moral ó física entre mi rival y yo. No había descubierto aun esta notabilísima paridad en nuestra edad; pero veía que éramos de la misma estatura, y notaba que aun había una singular semejanza en nuestra fisonomía general y en nuestras acciones.

Me desesperaba igualmente la voz que corría sobre nuestro parentesco y que generalmente hablaba eco en las clases superiores. En una palabra, nada podía irritarme más seriamente (aunque ocultaba con el mayor cuidado toda muestra de esta irritación) que una alusión cualquiera á nuestra semejanza, relativa al espíritu,

á el individuo, ó al nacimiento; pero realmente no tenía razon alguna para creer que esta semejanza (á escepcion de la idea del parentesco y de todo lo de Wilson mismo) hubiese sido nunca un motivo de comentario aun notado por nuestros compañeros de clase. Que él lo observase bajo toda sus fases, y con tanto cuidado como yo mismo, era seguro; pero que él hubiera podido descubrir en semejantes circunstancias una mina tan rica de contrariedades, no puedo atribuirlo, como yá he dicho, más que á su penetracion extraordinaria.

Se me presentaba con una perfecta imitacion de mí mismo, en gustos y palabras, y representaba admirablemente su papel.

Mi vestido era cosa fácil de copiar; mis movimientos y mi continente en general, sin dificultad se los habia apropiado. En despecho de su falta constitucional, mi misma voz no se le habia escapado. Naturalmente no la ensayaba en los tonos elevados, pero la clave era idéntica, *y su voz, siempre que hablaba bajo, venia á ser el eco perfecto de la mia.* A qué punto este curioso retrato (porque no puedo propiamente llamarlo caricatura) me atormentaba, no trataré de decirlo. No tenía más que un consuelo, y era, que la imitacion, á lo que me parecía, no era notada más que por mí solo, y que simplemente tenía que soportar con paciencia las sonrisas misteriosas y estrañamente sarcásticas de mi homónimo. Satisfecho de haber producido so-

bre mi corazon el apetecido efecto, parecía regocijarse secretamente de la punzada que me habia dado, y mostrarse singularmente desdeñoso á los públicos aplausos que el éxito de su ingenio le hubieran conquistado fácilmente. ¿Cómo nuestros camaradas no adivinaban su designio, no lo veian puesto en obra, y no participaban de su burlona alegría? Esto fué durante muchos meses de inquietud un enigma indecifrabable para mí.

Quizás la gradual lentitud de su imitacion la hiciese menos visible, ó más bien debia yo mi tranquilidad á la apariencia de *maestría* que tomaba tan perfectamente el copista, que desdeñaba el *estilo*, todo lo que los espíritus obtusos pueden comprender fácilmente en la pintura, no limitándose más que al perfecto espíritu del original para mi mayor admiracion y mi mayor disgusto personal.

He hablado muchas veces del aire irritante de proteccion que habia tomado conmigo y de su frecuente y oficiosa intervencion en mi voluntad. Esta intervencion tomaba habitualmente el carácter enfadoso de un consejo, consejo que no era dado abiertamente, sino sugerido, insinuado. Lo recibia con una repugnancia que crecia á medida que crecia en edad. Sin embargo, en esta época ya lejana, quiero hacer la estricta justicia de reconocer que no recuerdo un solo caso en que las sugeriones de mi rival hubiesen participado de este carácter de horror ó de

locura, tan natural en su edad, generalmente desnuda de madurez y de esperiencia; que su sentido moral, sino yá su talento y su prudencia eran mucho más buenos que los míos; y que yo seria un hombre mejor y por consiguiente más dichoso, si hubiera desechado menos repentinamente los consejos incluidos en estos *cuchicheos* significativos que no me inspiraban entonces más que un ódio tan cordial y tan amargo desprecio.

Así yo llegué á ser con el tiempo excesivamente rebelde á su odiosa vigilancia y detestaba cada dia más abiertamente lo que miraba como una intolerable arrogancia. He dicho que en los primeros años de nuestras relaciones mis sentimientos para con él hubieran fácilmente degenerado en amistad; pero durante los últimos meses de mi estancia en el colegio, aunque la importunidad de sus maneras habituales sin duda fué disminuida en mucha parte, sin sentimientos, en una proporcion casi semejante, me habian inclinado hácia un ódio positivo. Lo conoció en cierta circunstancia, y desde entonces evitó mi presencia ó afectó evitarla.

Esto sucedió casi en la misma época, si bien recuerdo, en que en un altercado violento que con él tuve, en que hubo perdido su habitual reserva, y hablaba y accionaba con una impetuosidad casi estraña á su naturaleza, descubrí ó imaginé descubrir en su acento, en su aire, en su fisonomía en general, algo que me hizo es-

tremecer al principio, y que despues me interesó profundamente, haciendo nacer en mi alma oscuras visiones de mi primera infancia, estraños recuerdos, confundidos, prensados, de un tiempo en que mi memoria aun no recordaba nada. No sabré definir mejor la sensacion que me oprimia, que diciendo que me era difícil desembarazarme de la idea que ya habia conocido estar colocada ante mí, en una época muy antigua, en un pasado estraordinariamente remoto. Esta ilusion, sin embargo, se desvaneció con tanta rapidez como me habia asaltado, y yo no me ocupó de ella más que para señalar el dia de la última plática que tuve con mi singular homónimo.

La antigua y gran casa, en sus innumerables subdivisiones, comprendia muchas grandes habitaciones que comunicaban entre sí y servian de dormitorio al mayor número de colegiales. Habia naturalmente (como no podia menos de suceder en un edificio tan malamente trazado) una porcion de vueltas y revueltas, puntas y desperdicios de la construccion, que el ingenio economista del doctor Bransby, habia transformado igualmente en dormitorios; pero como estos no eran más que pequeños gabinetes, no podian servir más que á un solo individuo. Una de estas pequeñas piezas estaba ocupada por Wilson.

Una noche, hácia el fin de mi quinto año de colegio, é inmediatamente despues del altercado

de que ya he hecho mencion, aprovechándome de que todo el mundo estaba entregado al sueño, me levanté de mi lecho, y con una lámpara en la mano, me deslicé á través de un laberinto de estrechos pasillos desde mi dormitorio al de mi rival. Habia maquinado largamente á su costa una de estas ruines burlas, una de estas malicias en las que él habia sido completamente fracasado hasta entonces. Tenia el pensamiento de poner mi plan en ejecucion y resolví hacerle sentir toda la fuerza del encono de que estaba lleno mi pecho. Al llegar á su gabinete, entré en él sin hacer ruido, dejando mi lámpara á la puerta con un tragaluz encima. Avancé un poco, y escuché el ruido de su tranquila respiracion. Ciertamente estaba completamente dormido, volví á la puerta, tomé mi lámpara y me aproximé nuevamente al lecho. Estaban cerradas las cortinas, las abrí dulce y lentamente para poner en ejecucion mi plan, pero una luz viva cayó de lleno sobre el dormido y al mismo tiempo mis ojos se clavaron en su fisonomía. Miré; y un estupor, una sensacion de hielo, penetraron instantáneamente todo mi sér. Mi corazon palpitó, mis piernas vacilaron, toda mi alma fué presa de un intolerable é inesplicable horror. Respiré convulsivamente, y acerqué más la lámpara á su rostro. Eran aquellas, eran aquellas ciertamente las facciones de Willian Wilson. Veia claramente que eran sus facciones, más temblaba, como presa de un acceso de fiebre,

imaginándome que las suyas no fuesen. ¿Qué habia, pues, en ellas que pudieran confundirme hasta este punto? Lo contemplaba, y mi cerebro se retorcia bajo el peso de mil pensamientos incoherentes. No se me aparecia *asi*, no ciertamente, no se me aparecia de *tal* modo en las activas horas en que estaba despierto. El mismo nombre, las mismas facciones, entrados en el mismo dia en el colegio! Y luego, esta indigesta é inesplicable imitacion de mis movimientos, de mi voz, de mis vestidos y de mis maneras! Estaba, en verdad, en los límites de la posibilidad humana que *lo que yo veia entonces* fuese el simple resultado de esta costumbre de imitacion característica? Herizado de espanto, presa de terror, apagué la lámpara, salí silenciosamente de la habitacion, y abandoné felizmente el recinto del colegio para nunca más volver á él.

Despues del trascurso de algunos meses, que pasé en casa de mis parientes, en la dulce holganza, fuí puesto en el colegio de Ton. Este corto intervalo habia sido suficiente para disminuir en mí el recuerdo de los sucesos de la escuela del doctor Bramby, ó al menos para obrar un notable cambio en la naturaleza de sentimientos que estos recuerdos me inspiraban. La realidad, el lado trágico, no existia. Encontraba entonces algunos motivos para dudar del testimonio de mis sentidos, y recordaba rara vez los sucesos sin admirar hasta donde puede con-

ducir la credulidad humana, y sin sonreirme de la prodigiosa fuerza de mi imaginacion que habia heredado de mi familia. Ademas, la vida que llevaba en Ton no contribuia poco á aumentar esta especie de escepticismo.

El torbellino de locura, en que me hundí inmediatamente y sin reflexion alguna, lo destruyó todo, escepto la espuma de mis horas pasadas, que absorvió de un solo golpe toda impresion sólida y seria, y no dejó absolutamente en mi recuerdo más que los aturdimientos de mi existencia precedente.

No tengo ahora intencion de trazar aquí la historia de mis miserables desórdenes, desórdenes que desafiaban toda ley y eludian toda vigilancia. Tres años de locura, gastados sin provecho, no habian podido darme más que costumbres de vicio inveterado, y habian acrecentado de una manera casi anormal mi desenvolvimiento físico. Un dia, despues de una semana entera de disipacion embrutecedora, invité á una orgia secreta en mi habitacion. Nos reunimos á una hora avanzada de la noche, porque nuestra crápula debía prolongarse religiosamente hasta el dia. El vino corria libremente, y otras seducciones que más peligrosas quizás no habian sido olvidadas, si bien que como el alba empalidecia el cielo en el oriente nuestro delirio y nuestras estravagancias habian llegado á su apojeo. Furiosamente inflamado por los naipes y por la embriaguez me obstinaba en

llevar una conversacion estrañamente indecente, cuando mi atencion fué repentinamente distraida por una puerta que se entreabrió rápidamente y por la voz precipitada de un criado. Me dijo que una persona que manifestaba muchos deseos, deseaba hablarme en el vestíbulo.

Singularmente escitado por el vino, esta inesperada interrupcion me causó más placer que sorpresa.

Me levanté tambaleándome, y en algunos pasos estuve en el vestíbulo de la casa. En esta sala baja y estrecha no habia lámpara alguna y no recibia otra luz que la del alba, sucesivamente débil, que entraba á traves de la cimbrada ventana. Al poner el pié en el dintel, distinguí la persona de un jóven, de mi estatura poco más ó menos, vestido con una bata de casimir, cortada á última moda, como la que yo llevaba en aquel momento. Débil claridad me permitió ver todo esto; pero las facciones de su cara no pude distinguir las.

Apenas hube entrado se precipitó hácia mí, y cogiéndome por el brazo con un gesto imperativo de impaciencia, me cuchicheó al oido estas palabras: William Wilson!

En un momento se desvanecieron los vapores del vino.

Habia en el acento del estrangero, en el temblor nervioso de su dedo que tenia levantado entre mis ojos y la luz, alguna cosa que me llenó de un completo asombro; mas no era esto pre-

cisamente lo que tan violentamente me habia sobrecogido. Era la gravedad, la solemnidad de la amonestacion, contenida en esa palabra singular, baja, silbadora; y por encima de todo, el carácter, el tono, la clave de esas sílabas, simples, familiares, y tan misteriosamente *cuchicheadas*, que vinieron, con mil recuerdos acumulados de pasados dias, á derrocar sobre mi alma, como una descarga de pila voltáica.

Aunque este nuevo hecho habia al punto producido un efecto muy grande sobre mi imaginacion desarreglada, sin embargo, este efecto, tan vivo, llegó á desvanecerse prontamente. En verdad, durante muchas semanas ora me entregaba á la más atenta investigacion, ora quedaba envuelto en una nube de meditacion mórbida. No trataba de disimular la identidad del singular individuo que se mezclaba tan enfadosamente en mis asuntos y me cansaba con sus oficiosos consejos.

Mas ¿quién podria ser este, sino Wilson? ¿De dónde venia? ¿Cuál era su fin? A ninguno de estos puntos pude contestar satisfactoriamente; yo pensaba solamente tocante á él, que algun accidente repentino en su familia, le habia hecho dejar el colegio del doctor Bramby, al siguiente día del que yo me habia escapado. Pero al cabo de algun tiempo, cesé de pensar en esto, y mi atencion fué absorvida completamente por un viage proyectado á Oxford. Allí, permitiéndome la vanidad pródiga de mis parientes te-

ner un costoso tren y entregarme á mis caprichos, al lujo ya tan deseado por mi corazon, llegué prontamente á rivalizar en prodigalidades con los más soberbios herederos de los más ricos condados de la Gran-Bretaña.

Fomentado el vicio por semejantes medios, mi naturaleza estalló con doble ardor, y en la loca embriaguez de mis crápulas, pisoteé las vulgares trabas de la decencia. Mas sería absurdo detenerme en los detalles de mis estravagancias. Bastará decir que sobrepujé á Herodes en disipaciones, y que dando nombre á multitud de locuras desconocidas, añadí un copioso apéndice al largo catálogo de vicios que reinaban por entónces en la universidad más disoluta de Europa.

Parecerá difícil creer que estuviese tan olvidado de mi rango de caballero, que buscase familiarizarme con los artificios más villanos del jugador de oficio, y que llegara á ser un adepto de esta ciencia miserable, y que la practicase habitualmente como medio de acrecentar mi fortuna, enorme ya, á expensas de aquellos de mis camaradas cuyo carácter era más débil.

Y sin embargo tal sucedia. Y la enormidad misma de este atentado contra todos los sentimientos de dignidad y de honor era evidentemente la principal, si no la sola razon, de mi impunidad. Porque ¿quién de mis más depravados camaradas, no hubiera despreciado el más claro testimonio de sus sentidos, antes que sos-

pechar una conducta semejante en el alegre, en el franco, en el generoso Wilson, el más noble y liberal compañero de Oxford, de aquel de cuyas locuras decian sus parásitos, no eran más que estravios de una juventud y una imaginación sin freno, cuyos errores no eran más que inimitables caprichos, los más negros vicios. una indiferente y soberbia estravagancia?

Ya había pasado dos años en esta alegre vida, cuando llegó á la universidad un jóven de reciente nobleza, llamado Glendinning, rico, decia la voz pública, como Herodes Aticus, y á quien su riqueza no le había costado trabajo alguno. Descubrí juntamente que era de débil inteligencia, y naturalmente lo marqué como una excelente víctima de mis talentos. Le instaba frecuentemente á jugar, y me aplicaba, con la habitual astucia del jugador, á dejarle ganar sumas considerables para enredarlo más eficazmente en mis redes. En fin, estando mi plan bien madurado, me avisté con él, con la intencion bien combinada de dar término á aquella empresa, en casa de uno de nuestros camaradas, M. Preston, igualmente amigo de los dos, pero á quien debo hacerle esta justicia, no tenia la menor sospecha de mi designio. Para dar á todo esto un escelente color, había tenido el cuidado de convidar á ocho ó diez personas, y había procurado particularmente que el juego pareciese un suceso accidental, y no diese lugar más que á la proposición del fraude que tenia en mien-

tes. Para abreviar un asunto tan despreciable, no descuidé ninguna de esas villanas sutilezas, tan generalmente practicadas en ocasiones semejantes, y que asombra que haya siempre gentes tan nécias que de ellas sean víctimas.

Habíamos prolongado nuestra velada bastante entrada la noche, cuando obré en fin de modo que logré quedarme con Glendinning, por mi único adversario. El juego, era mi favorito, el ecarté.

Las otras personas de la sociedad, interesadas por las grandiosas proporciones de nuestro juego, habían dejado sus cartas y hacian círculo á nuestro alrededor. Nuestro *parvenu*, á quien había hábilmente hostigado al principio de nuestra *soiree* á beber en grande, barajaba, daba y jugaba de una manera extraordinariamente nerviosa, en la cual, pensé, que tomaba parte su embriaguez, pero que no me esplicaba enteramente.

En muy poco tiempo, había llegado á ser mi deudor de una fuerte suma, cuando, habiendo bebido una gran copa de Oporto, sucedió, justamente lo que yo había previsto con frialdad: propuso doblar nuestra apuesta, ya altamente estravagante.

Con una feliz afectacion de resistencia, y solamente despues que mi repulsa reiterada le hubo conducido á pronunciar ágrrias palabras que dieron á mi consentimiento la apariencia de un pique, últimamente yo me avine. El resultado

fué el que debía ser; la presa estaba completamente enredada en mis redes; en menos de una hora habia cuadruplicado su deuda. Desde hacia algun tiempo su fisonomía habia perdido la rosada tinta que le prestaba el vino; pero entónces, vi con asombro que se habia trocado en una palidez verdaderamente temible. Digo con asombro, porque habia tomado acerca de Glendinning prolijos informes, en los que habia representado como inmensamente rico, y las cantidades que habia perdido hasta entonces, aunque fuertes realmente, no podian, yo lo suponía al menos, atormentarle seriamente, y todavia menos afectarle de un modo tan violento.

La idea que se presentó más naturalmente á mi imaginacion, fué que estaba aturdido por el vino que acababa de beber, y con el fin de salvar mi honor á los ojos de mis camaradas, más bien que por un motivo desinteresado, iba á insistir perentoriamente en interrumpir el juego, cuando algunas palabras pronunciadas á mi lado entre los circunstantes y una exclamacion de Glendinning que manifestaba la más completa desesperacion, me hicieron comprender que habia obrado su ruina completa, en términos que habian hecho de él un objeto de compasion para todos; y le hubieran protegido aun contra los malos oficios de un demonio.

Qué conducta hubiese yo adoptado en tal circunstancia, me será difícil decirlo. La deplorable situacion de mi fraude habia arrojado so-

bre todos un velo de mortificacion y tristeza; reinó un silencio profundo durante algunos minutos, durante el cual sentí á pesar mio, hervir mis mejillas bajo el peso de las miradas ardientes en desprecio y en reprobacion de los menos endurecidos de alma de la sociedad. Aun confesaré que mi corazon se encontró momentáneamente descargado de un intolerable peso de angustia. Las pesadas hojas de la puerta de la sala se abrieron de par en par, de un solo golpe, con una impetuosidad tan violenta y tan vigorosa que todas las bugías se apagaron como por encantamiento. Más la luz moribunda me permitió ver que un extranjero habia entrado, un hombre casi de mi estatura, y completamente envuelto en una capa. En aquel momento las tinieblas eran completas y podiamos solamente sentir que estaba en medio de nosotros. Antes que alguno de nosotros hubiese vuelto del excesivo asombro en que nos habia conducido esta violencia, oimos la voz del intruso:

—Caballeros, dijo con una voz muy baja, pero distinta, con un acento inolvidable que penetró hasta la médula de mis huesos, caballeros, no trato de justificar mi conducta, porque obrando así, no he hecho más que cumplir un deber. No conoceis sin duda el verdadero carácter de la persona que ha ganado esta noche una suma enorme al ecarté á lord Glendinning. Voy á proponeros un medio espedito y decisivo para procuraros conocimientos utilísimos. Examinad,

os suplico, á vuestro gusto, el forro de la vuelta de su manga izquierda y algunos pequeños paquetes que se le encontrarán en los bolsillos bastante grandes de su bata bordada.

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo que se hubiera oído caer un alfiler sobre la alfombra. Cuando hubo acabado, desapareció de improviso, tan bruscamente, como había entrado.

Puedo describir, ¿describiré mis sensaciones? Es preciso decir que esperiménté todos los horrores del condenado. Tenia ciertamente poco espacio para reflexionar. Multitud de manos me asieron rudamente, y se procuró inmediatamente luz. Siguió á esto un reconocimiento. En el forro de mi manga se encontraron todas las figuras esenciales del ecarté y en los bolsillos de mi bata un cierto número de barajas exactamente parecidas á las que nos servian en nuestras reuniones, con la diferencia que las mias eran de estas que se llaman, propiamente, recortadas, estando los triunfos ligeramente convexos sobre los lados pequeños, y las cartas bajas imperceptiblemente convexas sobre las grandes. Gracias á esta disposicion, el que corta, como de costumbre, á lo largo de la baraja, corta invariablemente de modo que dá un triunfo á su adversario; mientras que el griego, cortando por lo ancho, no dará nunca á su víctima nada que pueda apuntar á su favor.

Una tempestad de indignacion me hubiera

afectado menos que el silencio despreciador y la calma sarcástica con que fué acogido este descubrimiento.

—Señor Wilson, dijo nuestro huesped, bajándose para recoger bajo sus piés una capa magnífica forrada de una tela preciosa; señor Wilson, esto es vuestro. (El tiempo estaba frio y al abandonar mi habitacion habia echado por encima de mi traje de mañana un capote que me quité al llegar al teatro del juego.) Presumo, añadió mirando los pliegues del vestido con amarga sonrisa, que es bien inútil buscar aquí nuevas pruebas de vuestra habilidad. Verdaderamente tenemos bastantes. Espero que comprendereis la necesidad de alejarse de Oxford ó en todo caso salir al instante de mi casa.

Deshonrado, humillado así hasta el cieno, es probable que hubiera castigado este language insultante por una inmediata violencia personal, si toda mi atencion no hubiese estado concentrada en este momento en un suceso de la más sorprendente naturaleza.

El capote que yo habia llevado tenia un forro precioso, de una rareza y de un precio estravagante, es inútil decirlo. El corte era un corte de fantasía, de mi invencion; porque en estas materias frívolas era dificultoso, y llevaba los caprichos del dandysmo hasta el absurdo.

Así pues, cuando Mr. Preston me dió lo que habia tirado en el suelo, cerca de la puerta de la sala, con un asombro cercano del terror aper-

cibí que ya tenía el mio sobre el brazo, donde sin duda lo habia colocado sin pensar, y el que me presentaba era la exacta falsificacion en todos sus más minuciosos detalles. El sér singular que me habia tan desastrosamente desenmascarado estaba, bien me acuerdo, embozado en una capa, y ninguno de los presentes individuos, escepto yo, la habian traido consigo. Conservé alguna presencia de ánimo, tomé la que me ofrecia Preston, la coloqué, sin que se hiciese cuenta en ello, sobre la mia, salí de la habitacion con un reto y una amenaza en la mirada, y en la mañana misma, antes de rayar el dia, huí precipitadamente de Oxford hácia el continente, con una verdadera agonía de horror y de vergüenza.

Huí en vano. Mi destino maldito me persiguió triunfante, probándome que su poder misterioso no habia hecho hasta entonces más que comenzar.

Apenas hube puesto el pié en París, cuando tuve una prueba nueva del detestable interés que Wilson tomaba en mis asuntos. Los años corrieron y yo no tuve punto de reposo. ¡Miserable! En Roma ¡con qué importano rendimiento, con qué ternura de espectro se interpuso entre mi ambicion y yo! Y en Viena! y en Berlin! y en Moscow! Dónde no encontraba alguna razon amarga para maldecirle desde el fondo de mi corazon! Poseido de pánico, tomé en fin, la huida ante su impenetrable tiranía como ante una peste, y hasta el fin del mundo, huí, *huí en vano.*

Y siempre, siempre interrogando secretamente á mi alma, repetia mil veces mis preguntas. ¿Quién es? de dónde viene? y ¿cuál es su designio? Más no hallaba respuesta. Y analizaba entonces con minucioso cuidado las formas, el método, y los rasgos de su insolente vigilancia. Pero aun en esto no encontraba gran cosa que pudiese servir de base á una conjetura. Era una cosa verdaderamente notable que en los numerosos casos en que habia atravesado recientemente mi camino, no hubiese hecho nunca por descartar planes ó descomponer operaciones, que si hubieran tenido buen éxito, no hubieran terminado más que en un amargo percance.

Pobre justificacion, en verdad, para una autoridad tan imperiosamente usurpada. Pobre indemnidad para estos derechos naturales, arbitrio para estos derechos tan enfadosos y tan insolentemente negados.

Me encontraba tambien obligado á notar que mi verdugo ejercitándose escrupulosamente y con una maravillosa destreza en el capricho de llevar un traje idéntico al mio, se habia siempre comedido de modo que no pudiese ver las facciones de su semblante. Como quiera que fuese este condenado Wilson, rodeado de misterio semejante, era el cúmulo del disimulo y de la necedad. Podia suponer un instante que en el dador del consejo en Eton, en el destructor de mi honra en Oxford, en el que habia contrareestado mi ambicion en Roma, mi venganza en París, mi

pasion en Nápoles, en Egipto quien ponía en tortura mi concupiscencia, que en este sér, mi gran enemigo, mi génio malo, no reconociese yo al William Wilson de mis años de colegio, el homónimo, el camarada, el rival, el rival execrado y temido de la casa Bransty. ¡Imposible! Pero dejadme llegar á la temible escena final del drama.

Hasta entonces me habia sometido cobardemente á su imperiosa dominacion. El sentimiento de profundo respeto, con que me habia acostumbrado á considerar el carácter elevado, la prudencia majestuosa, la omnipresencia y la omnipotencia aparentes de Wilson, unido á no sé qué sensacion de terror que me inspiraban otros determinados rasgos de su naturaleza y determinados privilegios, habian hecho nacer en mí la idea de mi completa flaqueza y de mi impotencia, y me habian aconsejado una sumision sin reserva, aunque llena de amargura y repugnancia á su arbitraria dictadura. Más desde estos últimos tiempos, me habia entregado completamente al vino, y su influencia exasperante sobre mi temperamento hereditario me hizo odiar más y más toda vigilancia. Comencé á murmurar, á vacilar, á resistir. ¿Fué simplemente mi imaginacion quien me indujo á creer que la obstinacion de mi verdugo disminuiriá en razon de mi propia firmeza? Es posible, más en todo caso, comencé á sentir la inspiracion de una ardiente esperanza, y acabé por alimentar

en el secreto de mis pensamientos la sombría y desesperada resolucion de librarme de esta esclavitud.

Era en Roma durante el carnaval de 18... Yo estaba en un baile de máscaras en el palacio del duque del Broglio de Nápoles. Habia abusado del vino aun más que de costumbre y la atmósfera sofocante de los salones atestados de gente me irritaba de un modo insoportable. La dificultad de abrirme un camino, á través de la barahunda, no contribuyó poco á exasperar mi humor; porque yo buscaba con ansiedad (no diré para que motivo indigno) á la jóven, á la alegre, á la bella esposa del viejo y estravagante del Broglio. Con una confianza bastante imprudente, me habia confiado el secreto del trage que debia llevar; y como acababa de apercibirlo á lo lejos, tenia ansias de llegar á ella. En este momento sentí una mano que se posó dulcemente sobre mi espalda, y luego este inolvidable, este profundo, este maldito *cuchicheo*, en mis oídos! Presa de rabia frenética, me volví bruscamente hácia el que así me habia perturbado, y lo cogí violentamente por el cuello.

Llevaba, como lo esperaba, un trage absolutamente igual al mio; una capa española de terciopelo azul y alrededor del talle un cinturón carmesí de donde pendía una larga espada. Una careta de seda negra cubria enteramente su rostro.

—¡Miserable! grité con voz enronquecida por

la rabia, y cada sílaba que se me escapaba era como un tizon para el fuego de mi cólera. ¡Miserable impostor! ¡malvado! ¡maldito! no me seguirás más la pista; no me impacientarás hasta la muerte. Sígueme ó te atravieso con mi espada en el acto.

Y me abrí camino por la sala de baile hácia una pequeña antesala inmediata, arrastrándole tras de mí.

Fué á caer contra el muro; cerré la puerta blasfemando y le mandé sacar la espada.

Vaciló un segundo: luego con un ligero suspiro, sacó silenciosamente la espada y se puso en guardia.

El combate ciertamente no fué largo. Estaba exasperado por las más ardientes escitaciones de todo género, y sentía en un solo brazo la energía y el poder de una multitud. En algunos segundos le acosé por la fuerza del puño contra la pared y allí, teniéndolo á mi discrecion le hundí, multitud de veces, la punta de mi espada en el pecho con la ferocidad de un bruto.

En este momento alguien tocó á la cerradura de la puerta. Traté de prevenir una invasion inoportuna y volví inmediatamente hácia mi adversario moribundo. Pero qué lengua humana puede poner de relieve el asombro, el horror que se apoderó de mí al espectáculo que entonces vieron mis ojos. El corto instante durante el cual yo me habia vuelto de espaldas, habia bastado para producir, en apariencia, un cambio

material en las disposiciones del otro extremo de la sala.

Un gran espejo, en mi turbacion aquello me se apareció entonces así, se levantaba allá donde no habia visto señal momentos antes; y como yo marchase presa del terror hácia este espejo, mi propia imágen, pero con un semblante pálido y manchado de sangre, avanzó á mi encuentro con paso débil y vacilante.

Era mi adversario, era Wilson que estaba delante de mí en su agonía. Su careta y su capa yacian en el pavimento, allí donde él las habia arrojado.

Ni un hilo en su trage, ni una línea en toda su figura que no fuese *mío*, que no fuese *mía*; aquello era lo absoluto en la identidad.

Aquel era Wilson, pero Wilson no cuchicheando más sus palabras! Tan bien que yo hubiera podido creer que era yo mismo quien hablaba cuando él me dijo:

— *Tú has vencido y yo sucumbo. Pero desde ahora en adelante estás muerto tambien; muerto al Mundo, al Cielo y á la Esperanza. ¡En mí existías tú, y vé en mi muerte, vé por esta imágen, que es la tuya, cómo te has radicalmente asesinado á tí mismo!*

X.

DEBATE CON UNA MOMIA.

No poco cansados hallábanse mis nervios, con el Symposium de la noche de ayer. Terrible jaqueca me abrumaba y me caía de sueño. En vez de pasar la noche fuera de casa, como intentado tenía, ocurrióseme que el partido más prudente que debería seguir era cenar una friolerilla y acostarme.

Finalizado mi frugal banquete y despues de haberme calado el gorro de dormir, con la deliciosa esperanza de gozar hasta las doce de la mañana, cuando menos, acurruqué la cabeza sobre la almohada y á favor de la santa tranquilidad de mi conciencia, caí instantáneamente en el más profundo sueño.

Pero ¿cuándo ha visto el hombre realizadas sus esperanzas? Quizá no habria acabado de dar el tercer ronquido, cuando un furioso repiquete estremeció la puerta de la calle y las impacientes aldabadas me hicieron despertar sobresaltado. Un minuto despues, estando aun

frotándome los ojos, metíame mi muger por los mismos una carta de mi antiguo amigo el Doctor Ponnonner que decia así: «Venid á buscarme á despecho de todo, mi querido amigo, en el momento mismo en que esta recibais. Venid á participar de nuestra alegría. Al fin, gracias á mi terca diplomacia, he arrancado á los directores del Museo de la ciudad el permiso de examinar mi momia: ya sabeis de cual os hablo. Tengo permiso de desenvolverla y si lo creo necesario hasta de abrirla. Algunos amigos presenciaron la operacion. Sois uno de ellos, por de contado. La momia está en mi casa, y comenzaremos á desfajarla á las once de la noche.»

Antes de llegar al «Ponnonner» quise vencerme de que estaba todo lo despierto que un hombre puede desear. Salté de la cama, loco de alegría y atropellando cuanto hube á las manos, vestime con una presteza verdaderamente milagrosa y contoda la celeridad de que soy capaz, me dirigí á casa del Doctor.

Allí encontré reunida una sociedad animadísima. Me habian esperado con la mayor impaciencia: la momia estaba tendida sobre la mesa del comedor, y en el momento que entré, comenzó el exámen.

Era esta momia una de las dos que trajo, no ha mucho, el capitán Arturo Sobretahs, primo de Ponnonner. Háblala sacado de una tumba cerca de Eleuthias en las montañas de la Libia á gran distancia de Thébas, sobre el Nilo. En

este sitio las tumbas, aunque no tan suntuosas como los sepúlcros de Thébas, son de mucho más mérito é interés porque ofrecen mayor número de *ilustraciones* sobre la vida privada de los Egipcios. El salon de donde habíamos sacado nuestro ejemplar pasaba por el más rico en cosas de esta naturaleza; las paredes estaban completamente cubiertas de pinturas al fresco y bajo-relieves; estátuas y vasos y un mosaico de muy esquisito dibujo, atestiguaban sobradamente la soberbia fortuna de los muertos.

Este tesoro se depositó en el Museo, en el mismo estado exactamente en que el capitán Sobretash la encontró: es decir, que la caja estaba intacta. Por espacio de ocho años permaneció espuesta á la pública curiosidad, en cuanto á su exterior únicamente. Teníamos la momia á nuestra completa disposicion; solo á los que saben cuán raro es que lleguen á nuestras playas estas antigüedades sin ser destrozadas, les es dado juzgar las grandes razones que teníamos para felicitarnos mutuamente por nuestra buena dicha.

Acerquéme á la mesa y la ví dentro de una gran caja ó cajon, de unos siete piés de largo, casi tres de ancho y dos y medio de profundidad. Era oblonga pero no en forma de atahud. Inmediatamente supimos que la madera era Acacia *Sicomorus Platinus*, pero raspándola, reconocimos que era de carton, ó más propiamente dicho, de una pasta dura hecha de papyrus. Estaba pro-

fusamente ornada de pinturas, que representaban escenas fúnebres y diversos asuntos lúgubres, entre los que serpenteaba un semillero de caracteres geroglíficos, colocados en todas direcciones y que evidentemente, significaban el nombre del difunto. Por fortuna era de la partida Mr. Gliddon y con la mayor facilidad nos tradujo aquellos signos simplemente *phonetillos* y que componian la palabra «Allamistákeo.»

No nos costó poco trabajo abrir la caja sin estropearla, y al lograrlo, hallamos dentro otra en forma de atahud, bastante más pequeña que la caja exterior, pero muy parecida en todo lo demás. El intérvalo, entre las dos comprendido, estaba lleno de resina y esta hasta cierto punto habia destruido los colores de la segunda caja.

Despues de abierta, cosa que fácilmente hicimos, hallamos otra tercera, de la misma forma de atahud, parecidísima de un todo á la segunda, fuera de la materia que era cedro y que exhalaba el olor sumamente aromático que á esta madera caracteriza. Entre la segunda y la tercera caja no habia intérvalo alguno, pues encajaban exactamente la una en la otra.

Deshecha la tercera caja, descubrimos el cuerpo y le sacamos. Encontrarle esperábamos, como de costumbre, envuelto en infinidad de cintas ó fajas de lienzo; pero en vez de estas nos hallamos con una especie de estuche, hecho de papyrus y revestido de una capa de yeso, groseramente pin-

tada y dorada. Representaban estas pinturas diversos asuntos de los diferentes deberes que suponían tener que llenar el alma á su presentación á las divinidades, y además muchas figuras humanas parecidas entre sí, retratos sin duda alguna de personajes embalsamados. De piés á cabeza se extendía una inscripcion vertical en *geroglíficos fonéticos*, espresando el nombre y títulos del difunto y sus déudos.

Alrededor del cuello, que fácilmente desfajamos, veíase un collar de cuentas cilíndricas de vidrio, de diversos colores, colocadas de manera que figuraban retratos de divinidades; entre ellas la del Escarabajo con el globo alado. Rodeábala el talle otro collar ó cinturón de la misma índole que aquel.

Separado el papyrus, hallamos las carnes en perfecto estado de conservacion y sin olor alguno.

Era de color rojo y la piel consistente, lisa y brillante. El cabello y los dientes parecían hallarse en buen estado. Los ojos, al parecer, los habían reemplazado por otros de vidrio muy hermosos, y maravillosamente imitados, salva la pronunciada é imponente fijeza. Las uñas y los dedos estaban brillantemente dorados.

Del rojo color de la epidermis infería Mr. Gliddon que únicamente el asfalto había sido la sustancia empleada para el embalsamamiento; pero habiendo rascado un poco la superficie de la piel, con un instrumento de acero y echado al fue-

go el polvo así obtenido, notamos olor de alcanfor y gomas aromáticas.

Con escrupuloso cuidado registramos todo el cuerpo, en busca de señales que forzosamente debían haber dejado las incisiones, practicadas para extraer las entrañas; pero grande fué nuestra sorpresa cuando ni rastros de ellas encontramos. Ninguno de nosotros sabíamos entonces que no es raro dar con momias enteras y sin incisiones. Sabíamos sí, que ordinariamente se extraía la masa encefálica por los narigales, y los intestinos por un costado; que el cuerpo luego se afeitaba, lavaba y salaba; que se le dejaba así por espacio de algunas semanas y que entonces era cuando verdaderamente comenzaba la operación del embalsamamiento.

Como no encontrábamos señal alguna de las tales incisiones, el doctor Ponnonner preparaba ya sus instrumentos de disección; pero le hice notar que eran ya más de las dos de la noche. Tuvo eco mi advertencia; determinamos suspender nuestras investigaciones hasta la noche siguiente é íbamos á separarnos cuando uno de los compañeros nos apuntó la idea de que hiciésemos algunos experimentos con la pila de Volta.

Aplicar la electricidad á una momia, lo menos de tres ó cuatro mil años, era una idea sino muy sensata á lo menos sobradamente original; y como tal la cogimos al vuelo. Para efectuar proyecto tan soberbio, en el que entraba por lo menos una décima parte de formalidad y nueve

décimas de broma, montamos una batería eléctrica en el gabinete del doctor, y allí nos trasladamos con nuestro Egipcio.

Muchos trabajos pasamos para descubrir alguna parte del músculo temporal, que nos pareció el de menos rigidez marimórea entre todos los del cuerpo; pero como natural y racionalmente esperamos, ningun indicio de susceptibilidad voltáica esperimentó la víctima cuando la pusimos en contacto con el hilo eléctrico.

Este primer ensayo nos pareció decisivo y todos, riéndonos á carcajadas de nuestro absurdo, nos dábamos ya recíprocamente las buenas noches, cuando por casualidad fijé la vista en los ojos de la momia, y en ella se me quedó clavada de espanto. La primera mirada me bastó para cerciorarme de que los ojos que nosotros creíamos de vidrio y que como tal se caracterizaron por su singular fijeza, se hallaban en aquel momento tan encubiertos por los párpados que solamente quedaba visible un poco de la túnica *albugínea*.

Lancé un grito, y llamé la atención sobre este hecho, que bien pronto fué para todos evidéntísimo.

No diré si este fenómeno me alarmó, porque tal palabra en este caso no sería precisamente la verdadera, la adecuada; pero tal vez me encontraría algun tanto nervioso.

En cuanto á mis compañeros, ningun esfuerzo hicieron por ocultar su marcadísimo terror.

El doctor Ponnonner daba lástima. Mr. Gliddon, no sé por qué secreto procedimiento, habíase hecho invisible. Creo que Mr. Silk Buckingham no tendrá la audacia de negar que á gatas se escondió debajo de la mesa.

Pasado el primer momento de terror, ya algun tanto tranquilizados, resolvimos por de contado, intentar otro experimento. Dirigimos nuestras operaciones al dedo gordo del pié derecho. Para ello practicamos una incision en la region del hueso *se samoideum pollicis pedis*, llegando así al nacimiento del músculo *abductor*. Vuelta á cargar la batería, aplicamos el hilo conductor al músculo escueto, cuando en un movimiento, más vivo que la misma vida, retira la momia la rodilla derecha como para aproximarla todo lo posible al vientre, y estirándola despues con una fuerza inconcebible, asentó al pobre doctor Ponnonner tan tremenda coz, que tuvo por resultado disparar á este caballero, como el proyectil de una catapulta, arrojádoie á la calle por el hueco de una ventana.

Todos nos precipitamos en tropel á recoger los restos del mal aventurado sábio, pero tuvimos la dicha de hallárnosle en la escalera, subiéndola con incomprendible ligereza, abrasado por el más vivo fuego filosófico y más que nunca convencido de la absoluta necesidad de seguir adelante nuestros experimentos con pertinacia y esquisito celo.

Así, pues, y siguiendo su consejo, hicimos una

profunda incision en la punta de la nariz de nuestra momia, y el Doctor, apoyando allí ambas manos con suma fuerza verificó violentamente el contacto del hilo eléctrico.

Moral, física, metafísica y literalmente el efecto fué *eléctrico*. En primer lugar el cadáver abrió los ojos y comenzó á guiñarlos con inmensa rapidez, como Mr. Baznes en la pantomima, estornudó, se sentó, amenazó con el puño al doctor Ponnonner, y por último, volviéndose hácia Mr. Gliddon y Buckingham les dirigió, en elegipcio mas clásico, el siguiente discurso.

—«Debo decir á ustedes, señores, que me ha estrañado cuanto mortificado su conducta para conmigo. Tocante al doctor Ponnonner, no esperaba menos de él: es un pobre tontuelo-gordinfon, incapaz de otra cosa. Le compadezco y le perdono. Pero usted, Mr. Gliddon, y usted, Mr. Silk, que ha viajado y vivido en Egipto hasta el punto de creérselos hijos de nuestra tierra; ustedes, digo, que han vivido tanto entre nosotros, que poseen el Egipcio, segun creo, hasta escribirle correctamente como la lengua materna: ustedes á quienes me habia acostumbrado á mirar como los más firmes y verdaderos amigos de las momias: yo, señores, esperaba de ustedes más cortés comportamiento. ¿Qué no debo pensar de la impasible neutralidad observada por ustedes al verme tan maltratado? ¿Qué no debo yo suponer cuando permiten ustedes á *Pedro* y á *Pablo* despojarme de mis vestiduras, de mis atahudes,

bajo este clima de hielo? ¿Cómo, en fin, debo juzgar del hecho de haber ayudado y aun incitado á este miserable títere, este doctor Ponnonner, para que me tirase de las narices?»

Cualquiera creeria, sin duda alguna, que al oír semejante discurso y en tales circunstancias, habríamos escapado á correr ó sido acometidos del más violento ataque de nervios, ó nos hubiéramos desmayado por unanimidad. Cualquiera de estas tres cosas hubiera sido probable y natural. Cualquiera de estas tres líneas de conducta hubiera sido muy lógica. Y bajo mi palabra aseguro que no comprendo cómo fué no seguir ninguna. Pero quizá la razon verdadera debe buscarse en el espíritu de este siglo, que procede exactamente por la ley de las contradicciones, considerada hoy como solucion de todas las antinomias y fusion de todo lo contradictorio. Y sobre todo quizá á causa del tono y maneras sumamente naturales y familiares con que la momia se nos dirigió, se alejaría de nosotros toda idea de terror. Sea lo que sea, el hecho positivo es que ninguno de nosotros dió la menor señal de espanto, ni se le ocurrió que allí pasaba algo de particular.

Por mi parte puedo decir que me hallaba convencidísimo de que todo aquello era muy natural, y que con mucha tranquilidad de espíritu me coloqué al lado y fuera de distancia de puñetazo del Egipcio. El doctor Ponnonner se metió las manos en los bolsillos del pantalon, miró á la

momia con semblante fosco, y se puso escesivamente colorado. Mr. Gliddon se atusó las patillas y arregló el cuello de la camisa. Mr. Buckingham bajó la cabeza y se metió el dedo pulgar de la mano derecha en la orilla izquierda de la boca.

Miróle el Egipcio con torvo ceño por espacio de algunos minutos, y con burlona risa le dijo:

—¿Por qué no habla usted, señor Buckingham? ¿Ha oído usted lo que le he preguntado: sí, ó no? ¿Hace usted el favor de quitarse ese dedo de la boca?

Mr. Buckingham se sobresaltó, quitó el dedo pulgar de la mano derecha de la orilla izquierda de la boca, y en justa compensación de su obediencia se metió el dedo pulgar de la mano izquierdo en la orilla derecha de la susodicha abertura. La momia, no consiguiendo nada de Mr. Buckingham, dirigióse con cierta sorna á Mr. Gliddon, y le suplicó que le explicase en conjunto cuáles eran nuestras intenciones.

Satisfizo por fin Mr. Gliddon los deseos del Egipcio en *phonético*, y á no ser porque en las imprentas norte-americanas no se encuentran caracteres geroglíficos, sería para mí del mayor placer transcribir íntegro y en lengua original su excelente discurso.

Aprovecharé esta ocasión para hacer notar que toda la conversacion subsiguiente tuvo lugar en Egipcio primitivo, sirviendo de intérpre-

tes para mí y los demás compañeros que no habíamos viajado, MM. Gliddon y Buckingham. Hablaban estos señores la lengua pátria de la momia con una gracia y una fluidez inimitables: pero no pude menos de notar que los dos viajeros, sin duda á causa de la introducción de imágenes enteramente modernas y naturalmente nuevas para el extranjero, se veían de cuando en cuando forzados á emplear formas sensibles para hacer comprender á huéspedes de tan antiguo tiempo ciertas ideas particulares.

Sucedió esto por ejemplo cuando Mr. Gliddon no pudo hacer comprender al Egipcio la palabra *la política*: felizmente ocurriósele la idea de dibujar en la pared con un carbon un hombre pequeño, de nariz granugienta, puesto en jarras, subido en un pedestal, la pierna izquierda bastante retirada hácia atrás, el brazo derecho estendido hácia adelante, el puño cerrado, la vista dirigida al cielo y la boca abierta formando un ángulo de noventa grados.

Del mismo modo Mr. Buckingham jamás hubiera logrado traducir la idea absolutamente moderna *la peluca*, si á una seña del doctor no se hubiese puesto pálido y consentido en quitarse la suya.

Como era muy natural, nada tenía de extraño que Mr. Gliddon apoyase su discurso principalmente, en los inmensos beneficios que la ciencia podría prometerse del desenfajamiento y destripamiento de las momias; medio ingenioso de

justificarnos de cuantos disgustos le hubiéramos podido causar á ella en particular, momia llamada Allamistákeo: concluyó, pues, insinuando, por que no fué mas que una insinuacion, que supuestamente hallarse todas estas cuestiones incidentales suficientemente aclaradas, podia procederse al exámen proyectado. Al oír esto el doctor Ponnonner aprestó sus instrumentos.

Relativamente á las últimas especies, vertidas por el orador, parecía que Allamistákeo tenia ciertos escrúpulos de conciencia, de cuya naturaleza no estoy suficientemente enterado; pero muéstrase de tal manera satisfecho de nuestras justificaciones y excusas, que bajándose de la mesa, diónos á todos el más amistoso y cordial apretón de manos.

Finalizada esta ceremonia fué nuestro primer cuidado reparar el daño, causado por el escalpelo en la persona de nuestro nuevo amigo. Se le cosió la herida de la sien; se le vendó el pié y le pegamos una pulgada cuadrada de tafetan inglés en la punta de la nariz.

Entonces notamos que al conde—tal era al parecer el título de Allamistákeo—le daban algunos ligeros escalofrios á causa del clima, sin duda alguna. El doctor fué inmediatamente á su guarda-ropa, y bien pronto se nos apareció con un frac negro, un pantalon de tartan azul celeste con medias, una camisa de color de rosa de algodón estampado, un chaleco de brocado, un gabán ó saco blanco, un baston de pico de cuervo,

un sombrero sin alas, unas botas de cuero de nueva invencion, unos guantes de cabritilla de color de paja, un lente, un par de patillas y una corbata de moaré. La diferencia de talle entre el doctor y la momia—su proporcion era como de dos á uno—dió lugar á que no pudiéramos ajustarla la ropa tal y cual era nuestro deseo; pero cuando todo se arregló, no podia negarse que estaba bien vestida. Mr. Gliddon dió entonces el brazo al conde y le llevó á una cómoda butaca, enfrente de la chimenea, mientras el doctor pedía á un criado vino y cigarros.

Bien pronto se animó la conversacion. Inmensa era la curiosidad que teníamos por saber la causa estraña por la cual Allamistákeo estaba vivo.

—Yo hubiera apostado—dijo Mr. Gliddon—á que hacía muchísimo tiempo que estaba usted muerto.

—¡Cómo!—replicó el conde espantadísimo—¡Si apenas tengo setecientos años! Mi padre vivió mil, y absolutamente pensaba en chochear cuando murió.

Siguió á esto inmensa série de preguntas por medio de las cuales sacamos en consecuencia que la antigüedad de la momia habia sido torpemente calculada. Cinco mil quinientos años y algunos más hacia que la momia se depositó en las catacumbas de Eleuchias.

—Pero mi reparo—volvió á decir Mr. Buckingham—no es sobre la edad de usted en la época

de su embalsamamiento; pero sí respecto á la inmensidad de tiempo que acabo de escuchar de su propia boca, que ha permanecido usted confitado en el asfalto.

—¿En qué? dijo el conde.

—En el asfalto,—persistió Mr. Buckingham.

—¡Ah! sí; conservo una idea vaga de lo que me quiere usted decir;—en efecto, esto podría valernos de algo—pero en mis tiempos solamente empleábamos el bicloruro de mercurio.

—Pero lo que nos es imposible comprender—dijo el doctor Ponnonner—es, cómo habiendo usted muerto y sido embalsamado en Egipto hace cinco mil años, se encuentra usted ahora enteramente vivo y en el mejor estado de salud.

—Si en aquella época, como usted dice—contestó el conde—me hubiese yo muerto, es más que probable que muerto seguiría; pero veo que ustedes están hoy en la infancia del galvanismo, y que no pueden ustedes obtener por este agente, lo que en nuestro antiguo tiempo era cosa vulgar entre nosotros. Es el hecho que fuí atacado de catalepsia, y que mis mejores amigos creyeron que estaba muerto ó que debía estarlo; y esta fué la causa de que me embalsamaran inmediatamente.—¿Creo que ustedes conocerán el principio capital del embalsamamiento?

—Absolutamente.

—¡Ah! ya caigo; ¡deplorable condicion de la ignorancia! Por de pronto me es imposible entrar en detalles; pero debo explicar á ustedes que

en Egipto embalsamar, propiamente hablando, es suspender por tiempo indefinido todas las funciones animales sometidas al procedimiento. Uso la palabra *animal* en su más lato sentido, como implicando el sér moral y vital igualmente que el físico. Repito que el primer principio del embalsamamiento consiste, entre nosotros, en parar inmediatamente y tener en suspenso perpétuamente todas las funciones animales al procedimiento sometidas. En fin, para abreviar, cualquiera que sea el estado en que se encuentre el individuo en la época del embalsamamiento, tal será en el que continuará. Ahora bien, como yo tengo el honor de ser de la sangre de Escarabajo, fuí embalsamado vivo, tal como ustedes me están viendo.

—¡La sangre de Escarabajo!—gritó el doctor Ponnonner.

—Sí. El Escarabajo era el emblema, las armas de una familia patricia muy distinguida y poco numerosa. Ser de la sangre de Escarabajo es simplemente ser de la familia cuyo emblema es el Escarabajo. Hablo en sentido figurado.

—¿Pero qué tiene que ver eso con la actual existencia de usted?

—A eso voy; en Egipto era costumbre general, antes de embalsamar un cadáver, extraerle los intestinos y el cerebelo; únicamente la raza de los Escarabajos era ía sola no sujeta á esta costumbre. Si yo no hubiese sido Escarabajo hubiera perdido mis tripas y mis sesos, y vivir sin

estas dos vísceras, la verdad, no debe ser cómodo.

—Lo creo así—dijo Mr. Buckingham—y presumo que cuantas momias *enteras* llegan á nuestras manos, son de la raza de los Escarabajos.

—Sin duda alguna.

—Yo creía—dijo Mr. Gliddon con mucha timidez—que el Escarabajo era uno de los Dioses Egipcios.

—¿Uno de *qué* Egipcios? gritó la momia dando un brinco.

—Uno de los Dioses—replicó el viajero.

—Señor Gliddon, me espanta oír hablar á usted de ese modo, dijo el conde volviéndose á sentar. Ninguna nacion sobre la redondez de la tierra ha reconocido jamás sino *un* Dios. El Escarabajo, el Ibis, etc., eran para nosotros (lo que otras criaturas han sido para otras naciones) los símbolos, los intermediarios por los cuales rendíamos culto al Creador, inmensamente augusto para dirigirse á él directamente.

Al llegar aquí hubo una pausa, que terminó el doctor Ponnonner.

—¿No es improbable, juzgando por las esplicaciones de usted—dijo—que puedan existir en las catacumbas, cercanas al Nilo, más momias de la raza de Escarabajo, con las mismas condiciones de vitalidad?

—Eso puede dar motivo á una pregunta—contestó el conde.—Todos los Escarabajos que

por cualquier accidente hayan sido embalsamados vivos, vivos estarán. Aun algunos de los que hayan sido de este modo embalsamados *adrede*, y olvidados por sus ejecutores testamentarios, estarán en sus tumbas.

—¿Tendría usted la amabilidad de explicarme—le dije—qué es lo que usted entiende por *embalsamados de este modo, adrede?*

—Con muchísimo gusto—dijo ella.—La duracion ordinaria de la vida del hombre, en mi tiempo, era ochocientos años próximamente. Pocos hombres morian (no siendo por accidentes muy extraordinarios) antes de cumplir seiscientos años; muy pocos vivian más de diez siglos; pero ocho siglos se consideraban como el término natural. Desde el descubrimiento del principio del embalsamamiento, tal cual le he explicado, ocurrióseles á nuestros filósofos que se podría satisfacer una laudable curiosidad y al mismo tiempo servir considerablemente á los intereses de la ciencia, dividiendo la duracion media de la vida y viviendo la vida natural por intervalos.

Relativamente á la historia, la esperiencia ha demostrado que aun hay por hacer algo indispensable. Por ejemplo, un historiador, á la edad de quinientos años, escribe un libro con el mayor esmero: en seguida se hace embalsamar con el mayor cuidado; deja á sus testamentarios el encargo *pro tempore* de resucitarle despues de cierto tiempo, supongamos, qui-

nientos ó seiscientos años. Vuelve á la vida con la esperiencia de su época, encuentra su grande obra, invariablemente convertida, en una especie de acta de noticias acumuladas al acaso, es decir, en una especie de palenque literario, abierto á las conjeturas contradictorias, á los enigmas y á las sarracinas personales de todos los bandos de exasperados comentadores. Estas conjeturas, estos enigmas, que llevan el nombre de anotaciones ó correcciones, han embrollado, torturado y revuelto el testo, de tal modo que el autor tiene que huronear cada una de las hojas con una linterna para poder hallar su propio libro. Pero ya encontrado, el pobre libro jamás vale los sinsabores que el autor ha padecido para recuperarle. Despues de haberle vuelto á escribir de cabo á rabo, aun falta al historiador una necesidad que satisfacer, un deber imperioso que cumplir: este es corregir, con arreglo á su ciencia y esperiencia propia, las tradiciones actuales y las de la época en que vivió. Así, pues, este procedimiento de recomposicion y rectificacion; personalmente ejecutado, proseguido de un tiempo á otro por diferentes sábios, evitaría que nuestra historia degenerase en una pura fábula.

—Usted perdone—dijo entonces el doctor Ponnener, posando dulcemente una mano sobre un brazo del Egipcio—dispéñseme usted, caballero, ¿puedo permitirme interrumpir á usted por un momento?

—Perfectamente, caballero, contestó el conde separándose un poco.

—Deseo simplemente hacer á usted una pregunta. Habla usted de correcciones personales del autor, relativamente á las tradiciones que conciernen á su época. ¿Quiere usted decirme en qué proporcion se encuentra generalmente mezclada la verdad con estos embolismos?

—Generalmente sucede que estos embolismos, sirviéndome de vuestra escelente definicion, se hallan exactamente mezclados por mitad, con los hechos relatados en la historia misma no escrita; es decir, que jamás se halla una *j* de verdad ni en lo uno ni en lo otro.

—Pero—como es bien notorio—replicó el Doctor—que han transcurrido lo menos cinco mil años desde vuestro enterramiento, tengo por cierto que vuestros anales de esa época, ya que no vuestras tradiciones, se hallarán bien terminantes sobre un punto de interés general, sobre la creacion, la cual tuvo lugar como usted sabe muy bien, diez siglos antes, poco más ó menos.

—¡Caballero!—sclamó Allamistákeo.

El doctor volvió á espetar su relacion, y despues de la más prolija adición ó esplicacion adicional, consiguió por fin hacerse entender del extranjero; y este le contestó con la mayor perplejidad.

—Las ideas que usted me manifiesta son, se lo digo á usted con franqueza, enteramente nuevas para mí. En mi tiempo no hubiera ocurrido

al más ignorante la idea tan peregrina de que el universo (ó este mundo, como usted quiera) haya tenido un principio. Recuerdo que una vez un hombre muy sábio me habló de una tradicion sumamente vaga sobre el oríjen de la raza humana; y para ello usó como usted de la palabra *Adam, ó tierra roja*. Empleó además, un sentido genérico, relativamente á la generacion por el barro—juntamente como un millar de animales,—á la germinacion espontánea de cinco grandes hordas de hombres simultáneamente situadas en cinco distintas partes del globo, casi iguales entre sí.

Al llegar aquí la reunion se encojió de hombres, y algunas personas diéronse unas palmas en la frente con aire muy significativo. Mr. Silk Buckingham paseando la mirada desde el occipucio al sincipucio de Allamistákeo, tomó la palabra y dijo así:

—La longevidad humana en vuestros tiempos, unida á la general costumbre que usted mismo acaba de esplicarnos, consistiendo en vivir la vida á trozos, hubiera en verdad debido contribuir poderosamente al desarrollo general y á la acumulacion de conocimientos. Por ende presumo yo, que el notable atraso de los antiguos Egipcios en todas las ciencias, comparativamente con los modernos y más principalmente con los Yankees, debe atribuirse únicamente al poquísimos espesor del cráneo de los Egipcios.

—Vuelvo á confesar,—replicó el conde, con la

mayor urbanidad—que me cuesta trabajo comprender lo que ustedes me quieren decir; dígame usted, y usted dispense, ¿de qué parte de la ciencia me habla usted?

Todos en coro citamos las afirmaciones de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Despues de oirnos, nos refirió el conde algunas anécdotas, probándonos con la mayor claridad que los prototipos de Gall y de Spurzheim, florecieron y se desacreditaron en Egipto; pero en época tan remota que casi hubiese de ella perdido toda memoria; y que los procedimientos de Mesmer eran miserables, comparados con los verdaderos milagros hechos por los sábios de Thébas, que creaban piojos y otra infinidad de seres semejantes.

Pregunté entonces al conde si sus compatriotas habian sido capaces de calcular los eclipses. Se sonrió con desdeñoso ademan y me afirmó que sí.

Turbeme algun tanto, pero comencé á dirigirla más preguntas sobre conocimientos astronómicos; pero uno de mis compañeros que no habia desplegado sus lábios, me dijo al oido que si yo necesitaba detalles sobre el particular, mejor me sería consultar á un señor Ptoloméo, y tambien á otro tal llamado Plutarco, en el artículo *facie lunce*.

Luego interrogué á la momia sobre los cristales lenticulares y en general sobre la fabrica-

cion del cristal; pero aun no habia acabado mi pregunta, cuando mi silencioso compañero, dándome con suavidad un codazo, me rogaba por el amor de Dios, que ojease á Diodoro de Sicilia. En cuanto al conde, me preguntó sencillamente en tono de súplica si nosotros los modernos poseíamos microscopios por medio de los cuales pudiésemos grabar las onices, con la perfeccion de los Egipcios. Mientras yo buscaba la respuesta, el pequeñuelo doctor Ponnonner se aventuró á entrar en la senda más extraordinaria.—¡Ved nuestra arquitectura! gritó á despecho de la indignacion de los dos viajeros que le pellizcaban sin compasion, pero sin lograr que se callase.

—Id á ver—volvió á gritar entusiasmado,—la fuente del juego de bolos en Nueva-York! ¡ó si no la juzgais digna de contemplacion, mirad por un instante el capitolio de Washington, D. C.!

Y el bueno del mediquillo siguió, hasta detallar minuciosamente las proporciones de los edificios en cuestion. Esplicó que solo el pórtico tenía nada menos que veinte y cuatro columnas de cinco piés de diámetro, colocadas á diez piés de distancia una de otra.

El conde nos dijo, que sentía no poder acordarse en aquel momento, de la exacta dimension de cualquiera de las principales construcciones de la ciudad de Aznac, cuya fundacion se pierde en la noche de los tiempos, y cuyas ruinas aun existian en la época de su entierro, en una hermosa llanura de arena al oeste de Thébas. Tam-

poco recordaba á propósito de pórticos, uno que él tenía allí, en un palacio secundario, en una especie de arrabal llamado Carnac, formado de ciento cuarenta y cuatro columnas de treinta y siete piés de circunferencia cada una, y distante una de otra veinte y cinco piés. Íbase desde el Nilo á este pórtico por un paseo de dos millas de largo, cercado de esfinges, estátuas y obeliscos de veinte, sesenta y aun cien piés de elevacion. El palacio mismo segun pudo acordarse, tenía en una sola direccion dos millas de largo y cómodamente tendría siete millas de superficie. Las paredes interiores y exteriores se hallaban ricamente adornadas de pinturas geroglíficas. No pretendía *afirmar*, sin embargo, que hubiera podido construirse entre los muros de un palacio cincuenta ó sesenta capitolios como el del Doctor; pero que no le habian demostrado de qué manera sería posible amontonar allí con gran trabajo doscientos ó trescientos. Y en resúmen el palacio de Carnac no era más que una insignificante casita. En consecuencia el conde no podia negarse á reconocer la magnificencia, el estilo ingenioso, la superioridad de la fuente del juego de bolos, tal y como el Doctor la habia descrito. Nada igual, preciso es confesarlo, se ha visto nunca fuera ni dentro de Egipto.

Pregunté al conde qué pensaba de nuestros caminos de hierro.

—Nada de particular, dijo.—Son algo débiles bastante mal concebidos y toscamente ensam-

blados. No pueden compararse con los grandes arrecifes con ranuras de hierro horizontales y rectas, sobre las que trasportaban los Egipcios templos enteros; y macizos obeliscos de ciento cincuenta piés de alto.

Le hablé entonces de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas. Convino en que solía hacerse alguna cosilla en el particular, y me preguntó, que como nos hubiéramos compuesto nosotros, para colocar las impostas de los dinteles del chico palacio de Carnac.

Cref muy del caso hacer como que no entendía su pregunta, y contestela preguntando si tenía idea de los pozos artesianos; pero él arqueó las cejas, mientras Mr. Gliddon me guiñaba el ojo, y decía en voz baja, que los ingenieros encargados de taladrar el terreno del gran Oasis en busca del agua acababan de descubrir uno.

Entonces cité nuestros aceros; pero el extranjero levantó las narices y preguntóme si nuestros aceros habrían podido nunca tallar las marcadas y vigorosas esculturas que decoraban los obeliscos, ejecutadas con herramientas de cobre.

Esto ya nos desconcertó de tal manera, que creimos oportuno hacer una escursion á la metafísica. Mandamos por un ejemplar de una obra llamada *El Dia*, y de él leimos uno ó dos capítulos de una materia no muy clara en verdad; pero que las gentes de Boston definen: *el gran movimiento ó el progreso*.

A esto nos dijo sencillamente que en su tiempo los grandes movimientos eran cosas terriblemente comunes, y que en cuanto al progreso, en su época fué una verdadera calamidad, pero jamás progreso.

Entonces hablamos de la inmensa belleza é importancia de la democracia, y mucho trabajamos para que el conde comprendiese la naturaleza positiva de las grandes ventajas, de que gozábamos los que vivíamos en un país donde el sufragio era *ad libitum*, y donde no habia rey.

Escuchábamos con sumo interés, y hablando en plata, parecíanos que se divertía de veras. Cuando acabamos, nos dijo que algo parecido habia ocurrido entre ellos, muchísimo tiempo hacía. Trece provincias Egipcias resolvieron repentinamente ser libres, dando así magnífico y saludable ejemplo al resto de la humanidad. Reuniéronse sus sábios y tramaron la más ingeniosa constitucion que imaginarse puede. Durante algun tiempo, todo iba bien; pero habia ciertas costumbres que eran prodigiosas. La cosa, sin embargo, acabó así: las trece provincias Egipcias y algunas otras más, hasta quince ó veinte, se consolidaron y formaron el más odioso é insoportable despotismo de cuantos se haya hablado en la redondez de la tierra.

Pregunté cual era el nombre del tirano usurpador.

Por lo que se acordó el conde, el tirano se llamaba «La Canalla.»

No sabiendo qué contestarle, según costumbre, comencé á compadecerme en alta voz de la ignorancia de los Egipcios relativamente al vapor.

El conde por toda respuesta me miró con asombro; y el silencioso caballero, dándome un terrible codazo, me dijo que ya una vez me habia suficientemente comprometido, y me preguntó si de veras era tan inocente que ignoraba que la máquina de vapor moderna se originó de la invencion de Hero, de paso para Salomon de Caus.

Encontrámonos en gran peligro; íbamos á ser vencidos; pero nuestra buena estrella quiso que el doctor Ponnonner, rehaciéndose, viniese á socorrernos y preguntase si la nacion Egipcia pretendía formalmente rivalizar con las modernas en los artículos de tocador, tan importantes como complicados.

Al oír esta palabra lanzó el conde una mirada á las medias de su pantalon, y despues tomando por la punta una de las faldetas del frac, la estuvo examinando atentamente por algunos segundos. Al fin la dejó colgar, y abriendo la boca de oreja á oreja, no sé si lo que dijo fué, ó no, una súplica.

Desde este momento recobramos nuestras perdidas fuerzas, y el doctor, aproximándose á la momia con aire de magestuosa dignidad, la suplicó con el mayor candor, que dijese, bajo su palabra de caballero, si los Egipcios conocieron en alguna época la fabricacion, bien de las pas-

tillas de Ponnonner, ó bien de las píldoras de Morison.

Con ansiedad aguardábamos la respuesta, pero fué inútil. La respuesta no llegaba. El Egipcio se ruborizaba y bajaba la cabeza. No hay ejemplo de mayor triunfo; jamás derrota alguna se soportó de peor gana. Mi delicadeza no me permitía prolongar por más tiempo el espectáculo de la humillacion de la pobre momia. Cogí el sombrero, saludé con cierto embarazo, y me marché.

Al entrar en casa ví que eran las cuatro dadas y me acosté. Me he levantado despues de las siete, y escribo estas líneas para instruccion de mi familia y de la humanidad. A la primera, ya nunca la verá. Mi mujer es una fúria del averno. Es la verdad que esta en general, y el siglo XIX en particular, me dan náuseas. Estoy convencido de que todo marcha al revés. Además deseo saber quién será elegido Presidente el año 2045. Por todo lo dicho, despues de afeitarme y tomar café, me voy á casa de Ponnonner á que me embalsame por un par de siglos.

XI.

EL RETRATO OVAL.

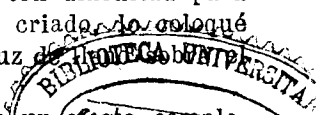
El castillo, en el cual mi criado había pensado entrarme á la fuerza, más bien que dejarme, deplorablemente herido como estaba, pasar una noche al aire libre, era uno de estos edificios, mezcla de grandeza y de melancolía que desde remotos tiempos han levantado sus soberbias frentes en mitad de los Apeninos tan grandes en la realidad como en la imaginacion de Mistress Radcliffe. Según toda apariencia había sido y muy recientemente, abandonado.

Nos instalamos en uno de los salones más pequeños y menos suntuosamente amueblados. Estaba situado en una torre separada del edificio. Su decorado era rico, pero antiguo y destrozado. Los muros estaban cubiertos de tapicerías y adornados de numerosos trofeos heráldicos de toda forma, así como de un número verdaderamente prodigioso de pinturas modernas, ricas de estilo, encerradas en sendos marcos de oro, de un gusto arabesco.

Me escitaron un profundo interés, y quizás mi delirio, que comenzaba, fuese la causa de ello; me escitaron un profundo interés estas pinturas que estaban colgadas no solamente sobre las principales paredes, sino tambien en una porcion de escondrijos que la arquitectura caprichosa del castillo hacia inevitables; si bien ordené á Pedro cerrar los pesados postigos del salon, pues ya era hora avanzada; encender un gran candelabro de muchos mecheros, colocado al lado de mi cabecera y abrir completamente las cortinas de negro terciopelo, guarnecidas de faralaes que rodeaban el lecho. Deseaba que esto se hiciese así, para que pudiese al menos, si no reconciliaba el sueño, distraerme alternativamente con la contemplacion de estas pinturas, y por la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada y que contenía su crítica y su análisis.

Lef largo tiempo, largo tiempo; contemplé religiosa, devotamente; las horas huyeron, rápidas y gloriosas, y la profunda media noche llegó. La posición del candelabro me incomodaba, y estendiendo la mano con dificultad para no turbar á mi adormecido criado, lo coloqué de modo que arrojase la luz de ~~un~~ libro.

Pero esta accion produjo un efecto completamente inesperado. La luz de las numerosas bujías (que tenia muchas) cayeron entonces sobre un nicho del salon que una de las columnas



del lecho habia hasta entonces cubierto con una sombra profunda. Ví envuelta en viva luz una pintura que no habia notado desde luego.

Era el retrato de una jóven, ya formada, casi muger. Miré la pintura rápidamente y cerré los ojos. Porque no lo comprendí bien desde luego: pero mientras que mis ojos permanecieron cerrados analicé rápidamente la razon que me los hacia cerrar así. Era un movimiento involuntario para ganar tiempo y para pensar, para augurarme que mi vista no me habia engañado, para calmar y preparar mi espíritu á una contemplacion más fria y más segura. Al cabo de algunos instantes miré de nuevo la pintura fíjamente.

No podia dudar, aun cuando dudar hubiese querido; que no me hubiera allí fijado desde luego; porque el primer destello de la luz sobre este lienzo habia disipado el estupor delirante de que mis sentidos estaban poseídos, y me habia hecho volver repentinamente á la vida real.

El retrato, como ya he dicho, era el de una jóven. Era simplemente un retrato de medio cuerpo, todo en este estilo, que se llama en lenguaje técnico, estilo de *viñeta*; mucho de la manera de pintar de Sully en sus cabezas de predileccion. Los brazos, el seno, y en las puntas de sus cabellos radiantes, se perdian infanablemente en la sombra vaga, pero profunda que servia de fondo al conjunto. El marco era oval, magníficamente dorado y labrado en el

gusto morisco. Más bien puede ser que no fuese ni la ejecucion de la obra, ni la inmortal belleza de la fisonomía, quien me impresionó tan repentina y fuertemente. Todavía menos podia yo creer que mi imaginacion al salir de un semi-sueño, hubiese tomado la cabeza por la de una persona viva.

Ví enseguida que los detalles del dibujo, el estilo de viñeta y el aspecto del marco, me habian preservado de toda ilusion aun momentánea. Haciendo estas reflexiones, y muy vivamente, quedé medio acostado, medio sentado, casi una hora entera, los ojos fijos en este retrato. Habia adivinado que el *encanto* de la pintura era una espresion vital absolutamente adecuada á la misma vida, que al principio me habia hecho estremecer, y últimamente me habia confundido, subyugado, espantado. Con un terror profundo y respetuoso coloqué el candelabro en su primera posicion. Habiendo así quitado de mi vista la causa de mi profunda agitacion, busqué ansiosamente el volúmen que contenia el análisis de los cuadros y su historia.

Buscando directamente el número que marcaba el retrato oval, leí la vaga y singular relacion siguiente:

«Era una jóven de belleza nada comun, y que no era menos amable que llena de gracia, y maldita fué la hora en que ella vió, amó y se desposó con el pintor.

Él, apasionado, estudioso, austero y habiendo

hallado una esposa en su arte; ella, jóven, de rarísima belleza, y no menos amable que llena de gracia, nada más que luz y sonrisas, y la alegría de un cervatillo; y queriéndolo todo; no odiando más que el arte que era su rival; no temiendo más que á la paleta y los pinceles, y demás instrumentos importunos que la privaban del rostro de su adorado. Fué una cosa temible para esta dama oír al pintor hablar del deseo de copiar aún á su jóven esposa. Más era humilde y obediente, y sentóse con dulzura durante largas semanas en la sombría y alta habitacion de la torre, donde la luz filtraba sobre el pálido lienzo solamente por el cielo raso.

Más el pintor cifraba su gloria en su obra, que avanzaba de hora en hora, de dia en dia.

Y era un hombre apasionado, estraño, pensativo y que se perdía en ensueños; tanto que no *quería* ver que la luz que casi tan lúgubramente en esta torre aislada secaba la salud y los encantos de su muger que se consumía visiblemente para todos, excepto para él.

No obstante, ella sonreía más y más, porque veía que el pintor (que tenia un gran renombre) recibía un vivo y abrasador placer en su tarea, y trabajaba de noche y dia para copiar á la que tanto amaba, pero que se ponía de dia en dia más consumida y débil. Y en verdad, aquellos que contemplaban el retrato, hablaban en voz baja de su parecido, como de un poder maravi-

lloso y como una prueba no menos grande del génio del pintor que del profundo amor por aquella que él pintaba tan maravillosamente. Pero á la larga, como el trabajo tocase á su fin, nadie fué admitido en la torre; porque el pintor habia llegado á enloquecer por el ardor con que tomaba su trabajo, y levantaba los ojos rara vez del lienzo, ni aun para mirar el rostro de su muger. Y no *quería* ver que los colores que estendia sobre el lienzo, eran *sacados* de las mejillas de aquella que estaba sentada á su lado. Y cuando muchas semanas hubieron pasado, y no quedaba que hacer más que una cosa muy pequeña, nada más que dar un toque sobre la boca y una veladura sobre los ojos, el alma de la dama palpité aun, como la llama en el mechero de una lámpara. Y entonces el toque fué dado, y la veladura tambien; y durante un momento el pintor quedó en éxtasis ante el trabajo que habia hecho; más un minuto despues, como lo contemplase todavía, tembló, palideció quedó herido de terror, y gritando con voz terrible:

En verdad que era la *vida* misma! volvióse bruscamente para mirar á su amada; y... estaba muerta!>

XII.

NOTABILIDADES.

Soy, digo, he sido todo un hombre célebre; aunque no soy el autor de *Junius*, ni el *hombre* de la máscara de hierro. Me llamo, segun creo, Roberto Jones, y nací no sé en qué parte de la ciudad de Fum-Fudge.

La primera accion de mi vida fué agarrarme las narices con ambas manos. Mi buena madre, al verlo me llamó ingenio; mi pobre padre lloró de alegría y me premió regalándome un tratado de *nasologia*. Ya era yo un sábio en esta ciencia antes de vestir calzones.

Este hecho decidió mi marcha en el camino de la ciencia; por él comprendí que todo hombre, con tal que tenga unas narices suficientemente suficientes, puede sin más que dejarse arrastrar por su propio instinto, llegar á la alta dignidad de *notabilidad*. No me fijé exclusivamente en las puras teorías de mi ciencia, sino que, todas las mañanas de todos los días de Dios, me tiraba dos veces de la punta de mi trompa, finalizan-

do esta maniobra, como consecuencia indispensable para el buen resultado de mi propósito, con media docena de *copitas* que á continuacion me bebía.

Un dia, cuando fui mayor de edad, me preguntó mi padre si quería seguirle á su gabinete. Seguíle, y sentándonos frente á frente me preguntó:

—Hijo mio, en qué te ocupas, ¿cuál es tu porvenir? ¿Cuál tu mision?

—Padre, le respondí, el estudio de la *nasologia*.

—¿Y qué es eso de nasologia, Roberto?

—Señor, la ciencia que trata de las narices.

—¿Y puedes decirme, hijo, cual es la significacion de la palabra narices?

—Padre, las narices, contesté, bajando algo la voz, las han definido muy diferentemente millares de sábios; (al decir esto saqué el reló, miré la hora y dije): aun no son las doce del dia, hasta las doce de la noche tendremos tiempo de pasar revista á todas estas definiciones. Comienzo, pues. La nariz segun Bartholius es esta protuberancia, esta giba, esta escrescencia, esta.....

—Todo eso está muy bien, Roberto, interrumpió mi padre, me confieso anonadado por la inmensidad de tus conocimientos, te lo juro, (dijo cerrando los ojos y poniéndose la mano derecha sobre el corazon) ¡Acércate! y me cojió

del brazo: tu educacion está terminada, creo que es ya tiempo de que hagas tu entrada en el mundo, y para marchar en él, lo mejor que debes hacer es seguir simplemente tus narices. Así, pues, y por lo tanto, lárgate y que Dios te asista, gritóme; añadiendo á sus palabras sendos puntapiés, que yo iba recibiendo hasta que llegué á la puerta de la calle.

Bueno, más aun, útil creí el aviso paternal y resolví seguir á mis narices. Con mayor fuerza de la acostumbrada me dí de ella tres tirones mayúsculos y de ellas brotó un ensayo sobre la *nasología*.

Todo Fum Fudge se quedó vizco con mi opúsculo.

- ¡Admirable ingenio! Dijo el Quarterly.
- ¡Preciosa Fisiología! Dijo el Westminster.
- ¡No está mal pillo! Dijo el Foreign.
- ¡Buen escritor! Dijo el Edimburgo.
- ¡Profundo pensador! Dijo el Dublin.
- ¡Grande hombre! Dijo Bentley.
- ¡Alma divina! Dijo Fraser.
- ¡Uno de los nuestros! Dijo Blackwood.
- ¿Quién será? Dijo la señora Media-Azul.
- ¿Qué será? Dijo la señorita Media-Azul.

No paré mientes en cuanto dijeron de mí estas genticillas, y desdeñándolas me fui al estudio de un artista.

Estaba este retratando á la Duquesa de Diosme-Bendiga; el Marqués de Tal-y-tal tenia el perrito de aguas de la Duquesa; el Conde de Es-

tas-y-otras-cosas jugueteaba con el pomo de sales de aquella señora, y su Alteza Real de Noli-me-Tangere se columpiaba en su butaca.

- ¡Oh! Bellísimas! Suspiró Su Gracia.
- ¡Oh! ¡Socorro! Tartamudeó el marqués.
- ¡Oh! Inaguantables! Murmuró el conde.
- ¡Oh! Abominables! Gruñó su Alteza Real.
- ¿Cuánto quereis? Me preguntó el artista.
- ¿Por las narices? gritó Su Gracia.
- Mil libras, contesté, sentándome.
- ¿Mil libras? Me dijo el artista medita-

bundo.

- Mil libras, respondí.
- Muy buenas son, me dijo entusiasmado.
- Pues valen mil libras, añadí.

—¿Las garantizais? preguntó volviéndome las narices hácia la luz para apreciar las medias tintas.

—Las garantizo, dije, sonándolas con estrépito.

—¿Son originales, verdaderas? interrogó palpándolas con algun temor.

—¡Vaya! dije, cogiéndolas y volviéndolas bruscamente.

—¿No son copia? me preguntó examinándolas con un microscopio.

—Absolutamente, le respondí hinchándolas.

—¡Admirable! gritó entusiasmado por la maniobra.

—Mil libras, díjeme.

—¿Mil libras? díjome.

—Precisamente, dije.

—¿Mil libras? dijo.

—Justas y cabales, contesté.

--Las tendreis respondió; ¡vaya un cacho enorme!!

Me entregó un billete y sacó una copia de mis narices. Alquilé un cuarto en Jermyn-Street, y dediqué á Su Magestad la noventa y nueve edicion de mi *Nasologia*, con el retrato de mi trompa.

El Príncipe de Gales, ese tunantuelo libertino, me convidó á comer.

Éramos todos notabilidades y gentes del mejor tono.

Allí estaba un neoplatoniano que citó á Porphiro, Jamblique, Platino, Proclus, Hierocles, Máximo de Tur y Syrianus. Un profesor de perfectibilidad humana, que citó á Turgot, Price, Priestley, Condorcet, de Stael y *Ambilius Student in YH Health*.

Sir Positivo Paradoja, me dijo que todos los locos eran filósofos, y que todos los filósofos eran locos.

Sir Teólogo Teología me charló sobre Eusebio y Arrio; sobre la heregía y el concilio de Nicea, sobre el Puseismo; y el Consustancialismo; sobre Homocousios y Homoiiosios.

Sir Guisado que habló de la lengua á la *escarlata* de las coles á la salsa *velouteé*, de la vaca á la *sainte Menchould*, del escabeche á la *San Florentino* y los sorbetes de naranja en *mosáico*.

Bibulus ó Bumper, que dijo cuatro palabras sobre el *Markbrunen*, el *Champagne mousseux*, el *Chaulbertin*, el *Vicheboirg* y el *San Jorge*; sobre el *Haut-brian*, el *Ecoville* y el *Medoc*; sobre el *Grave*, el *Sautern*, el *Laffitte* y el *Saint-Peray* y meneando la cabeza con ademan despreciativo, añadió que se preciaba de saber distinguir con los ojos cerrados el amontillado del Jerez.

Allí el signor Tintontintino de Florencia, hablaba de Cimabue, de Arpino, Caspacio y Agostino; de las tinieblas de Caravaggio; de la suavidad de Albano, del colorido de Ticiano, de las *comadres* de Rubens y de las picardigtuelas de Juan Steen.

Allí el rector de la universidad de Jum-Tudge emitió su opinion de que la luna se llamaba Bendis en Thracia, Bubastes en Egipto, Diana en Roma, y Artemisa en Grecia.

Allí habia un gran turco de Stambul, que no podia menos de creer que los ángeles son caballos, gallos, y toros: que en el sétimo cielo existia uno que tenia setenta mil cabezas, y que la tierra estaba sostenida por una vaca azul celeste, con incalculable número de cuernos verdes.

Allí Delfn Poligloto nos dijo lo que habian llegado á ser las ochenta y tres tragedias de Eschylo, las cincuenta y cuatro oraciones de Isafas, los trescientos noventa y un discursos de Lysias, los ciento ochenta tratados de Theophrasto, el octavo libro de las secciones cóni-

cas de Apollonio, los himnos y ditirambos de Píndaro y las cuarenta y cinco tragedias de Homero el Joven.

Allí Fernando Fitz-Tossillus Feldspar hizo una reseña de los fuegos subterráneos y de las capas terciarias, aeriformes, fluidiformes y solidiformes; de las *esquitas* y *chorlos*; de la mica-esquita y la pudinga; el cianito y el lipidolito; la amatista y la tremolita; el antimonio y la calcedonia; el manganeso y todo lo que quiso hablar.

Allí estaba YO; que hablé de mí, de mí, de mí y de mí; de Nasología, de mi folleto y de mí. Enseñé mis narices, y hablé de mí.

—¡Hombre feliz! maravillosa criatura! dijo el Príncipe.

—¡Soberbio! dijeron todos los convidados: y la mañana siguiente, su Gracia de Dios-me-Bendiga me visitó.

—¿Vendreis á Almack, preciosa criatura? me dijo ella, haciéndome una caricia en la barba.

—Os lo prometo bajo palabra de honor, la contesté.

—¿Con todas vuestras narices sin escepcion? me preguntó.

—Por mi vida que sí, respondí.

—Hé aquí una esquila de convite, bellissimo ángel. ¿Diré que vendreis?

—Querida Duquesa, con todo mi corazon.

—¡Quién os habla de vuestro corazon! con

vuestras narices, con todas vuestras narices ¿no es verdad?

—Ni una hebra menos, amor mio, la dije. Me las retorcí una ó dos veces y me fui á Almack.

Los salones estaban atestados de gente.

—¡Ya llega! dijo uno en la escalera.

—¡Ya llega! dijo otro desde un poco más arriba.

—¡Ya llega! dijo otro desde más arriba aun.

—¡Llega! gritó la duquesa. Ya llegó nuestro ángel. Y asiéndome con las dos manos, me dió tres besos en las narices.

Inmediatamente la asamblea dió señaladas muestras de desaprobacion.

—¡*Diavolo!* gritó el conde Capricornutti.

—¡*Dios le guarde!* murmuró en español Don Navaja.

—¡*Mille tonnerres!* juró el príncipe de Grenoville.

—¡*Mil tiaplos!* gruñó el elector de Bluddennuff.

Esto no puede quedar así, pensé. Me cargué, me encaré, con Bluddennuff y le dije:

—Caballero, sois un monigote.

—Caballero, replicó despues de una pausa, *relámpagos y truenos.*

No hubo necesidad de más; cambiamos nuestras targetas y á la mañana siguiente en Chalk-Farm le aplasté las narices, y por lo tanto pude presentar las mias á mis amigos.

—¡Bestia! Me llamó el primero.

- ¡Tonto! El segundo.
- ¡Avestruz! El tercero.
- ¡Burro! El cuarto.
- ¡Simple! El quinto.
- ¡Badulaque! El sexto.
- ¡Largo de aquí! Me dijo el sétimo.

Esto me apesadumbró sobre manera, y fuí á ver á mi padre.—Padre mio, le pregunté, ¿cuál es la mision de mi vida?—Hijo mio, me contestó, el estudio de la *nasologia*; pero al desnarigar al Elector has traspasado los límites de tus propósitos. Tienes unas narices preciosísimas; pero Bluddennuff ya no las tiene. Te concedo que en Fum-Fudge la grandeza de una *notabilidad* es proporcionada á la dimension de su trompa; pero, por Dios, hijo, sabe que no hay rivalidad posible para con una notabilidad que no tenga absolutamente ninguna.

XIII.

HANS PFAALL.

¿Qué me contais amigo! . . .

(SCHILLER.)

Rotterdam se halla actualmente en una situacion singular de efervescencia filosófica, y á la verdad, la causa justifica semejante situacion, porque son de tal naturaleza, tan nuevos y tan inopinados los fenómenos que acaba de contemplar, y se hallan en tan absoluta contradiccion con todas las opiniones recibidas, que indudablemente la Europa entera sufrirá un trastorno antes de mucho; y es más que probable suceda otro tanto con las ciencias físicas, mientras que la astronomía y hasta la razon se darán al traste.

Cierto dia de cierto mes (no recuerdo la fecha,) inmenso gentío se hallaba reunido, sin pue yo pueda decir el objeto, en la gran plaza de la Bolsa de Rotterdam. El tiempo por demás caluroso dara la estacion, quitaba todo lo que pudieran

tener de molestas algunas ligeras lloviznas que se desprendían por intervalos sobre la muchedumbre, desde las nubes que esparcidas entrecortaban el azul del cielo.

De repente, hacia la mitad del día, se notó entre la gente, ligera pero marcada agitación, á la cual sucedió una algarazara de diez mil pulmones: un minuto después diez mil rostros se volvieron hacia el cielo, diez mil pipas cayeron simultáneamente de otras tantas bocas, y un grito, comparable no más al rugido del Niágara, resonó elevándose furiosamente á través de la ciudad toda de Rotterdam y sus alrededores.

No tardó en descubrirse y ser patente el origen de semejante trastorno; véase desembocar en uno de los espacios azulados del firmamento, saliendo de una masa de nubes contorneada dura y vigorosamente, un sér extraño, heterogéneo, sólido en la apariencia, de tan extraordinaria configuración, organizado tan fantásticamente, que la muchedumbre, mirándolo desde abajo con la boca abierta, ni podía comprenderlo, ni cansarse de admirarlo.

¿Será un presagio? ¿Qué podrá ser? Nadie lo sabía, nadie podía adivinarlo, nadie, ni aun el mismo burgomaestre Mynheer Superbus Von Underduk, tenía ni conocía el más ligero indicio para descifrar tal misterio; de modo que á falta de mejor cosa que hacer, todos los habitantes de Rotterdam, como pudiera un solo hombre, colocaron de nuevo sus pipas en la boca, y fijando un

ojo en el fenómeno, tornaron á sus aspiraciones de humo; hicieron una pausa columpiándose y meciéndose de derecha á izquierda, dieron un significativo gruñido, después se mecieron de izquierda á derecha gruñeron de nuevo, hicieron otra pausa, y finalmente comenzaron la aspiración de nuevas bocanadas de humo.

Véase mientras tanto, bajar siempre hacia la pia ciudad de Rotterdam el objeto de tanta curiosidad. A pocos minutos la cosa pudo distinguirse con exactitud, y parecía ser, digo mal, *era* sin duda alguna una especie de globo; pero tal, que de fijo Rotterdam no había contemplado hasta entonces otro semejante. Porque ¿quién ha oído hablar siquiera de un globo construido con periódicos viejos y grasientos? En Holanda nadie, y allí en las barbas de la población entera, se estaba viendo la cosa en cuestión realizada, hecha (puedo apoyar mi afirmación en autoridades irrecusables) con la antedicha materia, de la cual no hay ejemplo se haya válido aereonáuta alguno para la construcción de su vehículo. Aquello era un insulto enorme, hecho al sentido común de los rotterdaneses.

Todavía más extraña y reprensible era la forma del fenómeno, que tenía la de un gigantesco gorro de loco puntiagudo vuelto del revés; símil que en nada perdía de su exactitud con la proximidad, porque analizándole de más cerca, la muchedumbre contempló una enorme bellota colgando de su punta, y al rededor del borde supe-

rior, ó como si dijéramos de la base del cono, una fila ú orla de instrumentuelos á manera de cencerillos de ganado, que repiqueteaban continuamente la música de Betti Martin.

Aun no era esto lo peor del caso y lo terrible del asunto: colgaba con cintas azules, meciéndose al extremo del fantástico aparato y á modo de barquilla, un sombrero colosal de castor gris americano, con alas superlativamente anchas, copa semi-esférica, cinta negra y hebilla de plata. Cosa estraña; más de un ciudadano de Rotterdam hubiese jurado conocer ya aquel sombrero, que la reunion entera miraba, por decirlo así, como se mira á un objeto con el que nuestra vista se halla familiarizada; mientras la señora Grettel Pfaall prorumpia al contemplarlo en una exclamacion de alegría y sorpresa, asegurando positivamente que aquel era el sombrero de su mismo marido. Conviene sepan nuestros lectores una circunstancia muy importante, á saber, que Pfaall, con otros tres compañeros, desapareció de Rotterdam haria cinco años, de una manera súbita é inesplicable, sin que hasta el momento en que comienza este relato, fuera dable explicar satisfactoriamente aquella desaparicion. En cierto parage muy retirado al Este de la ciudad, se habian descubierto recientemente huesos humanos, mezclados con un monton de escombros estraños, todo lo cual dió lugar á la hipótesis hecha por várias personas, de que en aquel sitio debió perpetrarse algun horrible ase-

sinato, siendo Han Pfaall y sus compañeros probablemente las víctimas. Pero volvamos de nuevo á nuestra historia.

El globo (que en verdad no era otra cosa), bajó hasta encontrarse á cien piés del suelo, permitiendo á la muchedumbre contemplar al individuo que lo ocupaba, que por cierto era un personaje bastante raro. Su estatura no escederia de dos piés, pero sin embargo de tal exiguidad, pudiera sobrado bien haber perdido el equilibrio cayendo desde su barquilla, sin la intervencion de una especie de pasamano ó balastrada puesta en el borde circular, que llegándole á la altura del pecho, estaba unida y sujeta á las cuerdas del globo. El hombrecillo tenia un cuerpo tan voluminoso, que sobrepujaba en estrañeza de proporciones á la más atrevida caricatura, dando al conjunto de su persona una esfericidad, por no decir rotundidez, singularmente absurda. Naturalmente era imposible verle los piés, pero las manos eran monstruosamente gruesas; los cabellos entrecanos, atados en la nuca á manera de coleta; la nariz, verdadero prodigio en longitud, corva y amoratada; los ojos cargados, vivos y penetrantes; la barba y las mejillas, no obstante las arrugas de que se hallaban surcadas por la vejez, eran anchas y carnosas, pero en los lados de la cabeza no habia señal siquiera de orejas. Su traje consistia en un paletot ó saco de paño azul celeste, calzon ajustado por la rodilla con hevillas de plata, un cha-

leco de tela amarilla muy brillante, una gorra de tafetan blanco picarescamente inclinada á un lado de la cabeza, y finalmente, como complemento de tal equipaje, un pañuelo color de grana puesto al cuello, formando un lazo superlativo, cuyas puntas extraordinariamente largas caian pretenciosamente sobre el pecho.

Situado, como ya dejo dicho, á cien piés del suelo, el viejecillo mostró súbitamente ser presa de una agitacion nerviosa y dió señales de no tener gran deseo de acercarse más á la *tierra firme*. Arrojó cierta cantidad de arena de un saco en que la llevaba y que levantó con gran trabajo, logrando con esta operacion permanecer estacionario un corto espacio de tiempo, que aprovechó en sacar dal bolsillo de su paletot, con rapidez y agitacion, una gran cartera de taflete, examinándola con recelosa sorpresa, evidentemente admirado de su peso. Abrióla al fin, sacó de ella una enorme carta sellada con lacre rojo y cuidadosamente envuelta con un hilo del propio color, y la dejó caer exactamente á los piés del burgomaestre Superbus Von Underduk.

Su Escelencia se inclinó para recogerla, pero el aereonáuta, mostrando siempre la misma inquietud, y no teniendo por lo visto otros negocios que le detuviesen en Rotterdam, comenzó precipitadamente á arreglar sus preparativos de marcha, arrojando uno tras otro hasta media docena de sacos del lastre que llevaba, con el intento de poder así elevarse nuevamente; mas co-

mo no quiso tomarse la molestia siquiera de vaciarlos, fueron todos á dar sobre las costillas del mal aventurado burgomaestre, que hubo de verse aporreado y puesto, bien contra su voluntad, seis veces seguidas en cuclillas á los ojos de la ciudad entera de Rotterdam.

No se crea por esto que el gran Underduk dejase impune semejante impertinencia de parte del vejete, sino que al contrario, castigó el ultraje de los seis porrazos, con otras tantas bocanadas de humo, que con furia estrajo de su adorada pipa, sujeta siempre entre los dientes con todas sus fuerzas, tal cuál se propone mantenerla (si Dios no se lo impide), hasta el dia mismo de su muerte.

El globo mientras tanto subia como una alondra, acabando por desaparecer tranquilamente detras de una nube semejante á la otra de que surgió de modo tan singular, perdiéndose completamente de vista á los espantados ojos de los honrados vecinos de Rotterdam.

La atencion general se fijó desde este momento sobre la carta, cuya tramision, unida á las consecuencias que la siguieron, estuvo á pique de ser fatal á la persona y á la dignidad de su Escelencia Von Underduk. Entretanto nuestro funcionario cuidó, mientras duraban sus movimientos giratorios, de poner á buen recaudo y en seguridad la parte más importante del asunto, es decir la carta, que á juzgar por el sobre estaba en manos de su verdadero dueño, en razon

á que venia dirigida en primer lugar á su persona y además al profesor Rudabub, designados ambos por sus respectivas dignidades de presidente y vice-presidente del colegio astronómico de Rotterdam. Abierta inmediatamente por estos señores, hallaron la siguiente extraordinaria comunicacion, bien grave á fé mia:

A Sus Escelencias Von Underduk y Rudabub, presidente y vice-presidente del colegio nacional astronómico de la ciudad de Rotterdam.

Tal vez Sus Escelencias no se acordarán siquiera de un humilde artesano, cuya profesion era componer fuelles, llamado Hans Pfaall, y que desapareció de Rotterdam de la noche á la mañana con otras tres personas más, de una manera que imagino difícil haya nadie podido todavía esplicar; pero este mismo Hans Pfaall es hoy, quien con perdon de Sus Escelencias les dirige la presente comunicacion. Es un hecho bien notorio entre la mayor parte de mis conciudadanos, que por espacio de cuarenta años habité la casita de ladrillo que se halla á la entrada de la callejuela de *Sauer kraut* (1) y allí moraba aun en la época de mi desaparicion. Mis antepasados vivieron esta misma casa desde tiempo inmemorial, y como yo, tuvieron siempre la misma res-

(á) Berzas ágrías.

petable y lucrativa profesion de componer y remendar fuelles; profesion, que en verdad, hasta estos últimos años, en que todo lo ha invadido la política levantando á nuestra generacion de cascós, era la industria más productiva que podia ejercer en Rotterdam un ciudadano honrado, tal cual siempre lo he sido yo. Estaba acreditado, me sobraba parroquia, y no me faltaban dinero ni buenos deseos; mas como ya dejo indicado, no tardé en sufrir los efectos de la libertad, de las peroratas interminables, del radicalismo y otras drogas semejantes: porque á algunos que hasta aquella época habian sido los mejores parroquianos del mundo, les faltaba el tiempo necesario para pensar en mí, no teniendo suficiente para estudiar la historia de las revoluciones, y vigilar afanosos los progresos de la inteligencia y el espíritu del siglo.

Encendian la lumbre sin más fuelle que los periódicos, y á la par que crecia la debilidad del gobierno, adquiria yo la conviccion de que el cuero y el hierro aumentaban en tenacidad y resistencia de modo tal, que acabó por no encontrarse en todo Rotterdam un solo fuelle que hubiese menester compostura, ni que exigiese las caricias del martillo. Semejante situacion era insostenible; no tardé mucho tiempo en verme más pobre que una rata, y como por añadidura tenia mujer é hijos que mantener, mis obligaciones llegaron á hacérseme insoportables, de manera que concluí por ocupar todo mi tiem-

po en reflexionar sobre el mejor medio de suicidarme.

Entretanto mis importunos acreedores apenas me dejaban libre un solo momento de meditacion, y mi casa se hallaba literal y materialmente sitiada por ellos desde la mañana hasta la noche. Tres especialmente me incomodaban de un modo espantoso, haciendo la centinela continuamente en mi puerta y amenazándome siempre con los tribunales. Propúseme tomar venganza de aquellos tres maldecidos, si alguna vez llegaba á tener la dicha de poderlos coger entre mis uñas; así que la dulce esperanza de realizar tal deseo, fué la causa que me impidió ejecutar inmediatamente el plan de suicidio, reducido á levantar-me la tapa de los sesos de un trabucazo. Mientras tanto pensé convendría más disimular la cólera, ser largo en promesas y no escaso en buenas palabras, para dar así tiempo á que la veleidosa fortuna ofreciera ocasion propicia al logro de mi venganza.

Un día que conseguí burlar la vigilancia de mis acreedores y que me hallaba más abatido que de costumbre estuve vagando mucho tiempo sin objeto ni fin alguno por las calles más lóbregas hasta darme un encontron con el puesto de un librero ambulante; dejéme caer sobre un sillón allí colocado para comodidad de los lectores, y sin darme razon de lo que hacía, con un humor endiablado, abrí el primer libro que encontré á la mano. Era un reducido folleto de as-

tronomía especulativa, escrito no sé si por el profesor Encke de Berin, ó por un francés cuyo nombre tenía con el de este mucha semejanza. Aunque mis conocimientos en tal materia no pasaban de ser muy ligeros, quedé tan absorto en la lectura de la obra, que la leí dos veces desde el principio hasta el fin, antes de poder darme cuenta de lo que me rodeaba.

Estaba ya anocheciendo y hube de volver á casa, pero la lectura del folleto (que coincidía con un descubrimiento pneumático que acababa de trasmitirme un primo mio desde Nantes como un secreto importantísimo), produjo en mi imaginacion una impresion indeleble; de manera que vagando por las calles, envueltas en las sombras del crepúsculo, repasaba en la memoria los razonamientos estraños y poco inteligibles del escritor, con especialidad algunos trozos que me chocaron estraordinariamente. Cuanto más reflexionaba sobre ellos, más crecía el interés que me escitaban, y aunque mis conocimientos generales eran pocos, como he dicho, y en lo que tuviera relacion con la filosofía natural, mucha mi ignorancia, lejos de desconfiar de mi aptitud para comprender lo leído, ó de mirar con recelo las nociones vagas y confusas que pudo hacer surgir la lectura en mi imaginacion; todo se convertía únicamente en aguijón más y más fuerte del deseo, siendo yo hartó vanidoso ó tal vez sensato, para llegar hasta la sospecha de si ciertas ideas difíciles de digerir, que

á veces producen las cabezas más desarregladas, no contienen en su seno (cuando tan perfectamente lo muestran al parecer), toda la fuerza, realidad y demás propiedades inherentes al instinto y la intuición.

Llegué á mi casa tarde y me metí en la cama inmediatamente; pero demasiado preocupado para dormir, pasé la noche entera meditando; levantéme muy temprano y me dirigí al puesto del librero, y allí gasté el poco dinero que tenía comprando algunos tomos de mecánica y astronomía prácticas, que cual un tesoro llevé á mi aposento, en donde desde aquel punto me encerré consagrando á la lectura todo el tiempo de que podía disponer. Hice de este modo bastantes adelantos en el nuevo estudio, para poner por obra cierto proyecto, que el diablo ó mi ángel tutelar debieron inspirarme.

Esforzábame mientras tanto en captarme la voluntad de los acreedores que constituían mi tormento, lográndolo con vender la mayor parte de mis muebles para satisfacer la mitad de su crédito, prometiéndoles saldar la diferencia despues que realizara un proyecto que me bullía en la cabeza, y que necesitaba de su cooperación para llevarse á cabo. Merced á estos medios y á la circunstancia de que los tres eran muy ignorantes, conseguí sin gran dificultad que me ayudaran.

Arregladas de esta manera las cosas, me dediqué, auxiliado por mi mujer, tomando siem-

pre grandes precauciones y con el mayor sigilo, á vender todo cuanto tenía, y á reunir por medio de cortos préstamos, pedidos bajo diversos pretestos, una cantidad razonable en dinero contante, sin dárseme un ardite, y sin tomarme la pena (con rubor lo confieso), de si podría ó no devolverlo.

Gracias á este aumento en mis recursos, pude ir comprando muchas piezas de buena batisita, de á doce yardas cada una, bramante, una porcion de barniz de cautchouc, una cesta de mimbres grande y honda, hecha á propósito, y finalmente otros vários enseres y artículos necesarios para la construccion de un globo de dimensiones extraordinarias. Encargué el cosido á mi mujer, así como la precipitacion en la obra, dándola cuantas instrucciones necesitó para llevarla á cabo.

Con el bramante hice al mismo tiempo una red bastante grande para cubrir un aro que sujeté con cuerdas, y reuní gran número de instrumentos y materias útiles para hacer esperiencias en las regiones elevadas de la atmósfera. De noche y con cautela llevé á un lugar apartado y oculto, al este de Rotterdam, cinco barricas con aros de hierro, de cabida de unos cincuenta gallones, y otra mayor que las anteriores; seis tubos de hoja de lata de tres pulgadas de diámetro y diez piés de largo, dispuestos *ad hoc*; cantidad suficiente de *cierta sustancia metálica ó semimetálica*, cuyo nombre me callo, y

una docena de castañas ó vasijas, llenas de cierto ácido muy comun. El gas resultante de esta combinacion es desconocido y no fabricado hasta hoy más que por mí, ó cuando menos soy el único que lo haya aplicado á semejante objeto. Cuanto puedo decir en este lugar es que *forma una de las partes constitutivas del azoe*, mirado hace tanto tiempo como irreductible, siendo su densidad treinta y siete veces y cuatro décimas menor que la del hidrógeno. Carece de sabor, mas no de olor, arde cuanto está puro, produce una llama verdosa, y ataca rápidamente la vida animal. Ninguna dificultad tendría en dar mi secreto á conocer, mas pertenece de derecho, como ya dejo indicado, á un vecino de Nantes, que me lo ha trasmitido con ciertas condiciones.

La misma persona, sin idea alguna de mi proyecto, me ha enseñado un procedimiento para construir los globos, con un tegido animal, que imposibilita totalmente las fugas de gas; pero como este tegido era mucho más caro para mí, hube de contentarme con batista revestida de barniz de cautchouc que creí y hallé ser igualmente buena. Menciono esto, por parecerme probable que el sugeto en cuestion intentará un dia, que no está lejos, una ascension, valiéndose del nuevo gas y de la materia citada, y en manera alguna quiero arrebatarle el honor de tan original invento.

Secretamente abrí un hoyuelo en cada uno de

los sitios que habian de ocupar las barricas pequeñas, de modo que estos hoyos se hallasen colocados á distancias iguales y sobre una circunferencia de veinticinco piés de diámetro; y en el centro que debía estar la barrica mayor hice un hoyo de más profundidad, colocando despues en los primeros, sendas cajas de hoja de lata, que contenian unas cincuenta libras de pólvora, y en el del centro un barril con ciento cincuenta libras de igual materia esplosiva. Puse en comunicacion con regueros de pólvora cubiertos el barril y las cinco cajas; metí en una de estas la punta de una mecha de cuatro piés de largo, rellené el hoyo, planté sobre él la barrica, dejando saliese únicamente por bajo de la misma una pulgada escasa de la otra punta de la mecha, con lo que era sumamente difícil apercibirla; y finalmente, rellenos los hoyos restantes, coloqué encima las demás barricas.

Tambien llevé á mi depósito general ocultándolo allí, á más de los objetos referidos, uno de los aparatos perfeccionados de Grimm para la condensacion del aire atmosférico. Este aparato necesitaba modificaciones singulares, para ser aplicable al uso que me proponía hacer de él; pero gracias á la incesante perseverancia y al trabajo tenaz que empleé, conseguí resultados satisfactorios, tanto en este como en los demás preparativos. No tardé en ver mi globo concluido; su volúmen pasaba de cuarenta mil piés cúbicos, pudiendo sin dificultad levantar,

segun calculé, no solo mi persona y todos los efectos que pensaba llevar, sino que bien manejado y dirigido, podría levantar al propio tiempo ciento setenta y cinco libras de lastre. Con las tres capas ó manos que le dí de barniz, la batista sustitufá sin mucha diferencia á la seda, siéndola casi igual en fuerza y muy superior en baratura.

Arreglado ya todo, exigí á mi muger jurara mantendría un secreto absoluto sobre mis acciones desde el dia de mi primera visita al libre-ro, prometiéndola yo á mi vez en cambio, volver inmediatamente que las circunstancias me lo permitieran; despedime de ella y la entregué el poco dinero que me quedaba. A decir verdad no me inquietaba dejar sola á mi muger, que era lo que comunmente se llama en el mundo una muger escepcional y notable, harto capaz de manejarse sin auxilio mio; y luego tambien, si he de decirlo todo, tengo la conviccion de que siempre me ha mirado como á un infeliz haragan á propósito únicamente para hacer castillos en el aire, de manera que debió congratularse de mi marcha y de su libertad. Era ya de noche cuando me despedí de ella, y en compañía de los tres acreedores, que tanto me habian hecho rabiar, á guisa de ayudantes de campo, llevamos el globo, la barquilla y demás accesorios, por un camino estraviado, al lugar en que ya estaban los útiles restantes, y que hallamos intactos, y de modo que inmediatamente puse

con mis compañeros manos á la obra.

Estábamos á primero de Abril, la noche era muy oscura, no se percibia una estrella y la espesa llovizna que caía á ratos nos molestaba mucho. Hallábame inquieto por el globo, que á despecho del barniz que lo cubría, comenzaba á pesar con la humedad, mientras tambien temía que la pólvora se averiase. Hice por lo mismo trabajar con ahinco á mis tres nécios, rodear de hielo la barrica central y remover el ácido en las demás. Entretanto no cesaban de fastidiarme á preguntas, encaminadas todas á averiguar lo que trataba yo de hacer con aquel aparato, manifestando bien á las claras su disgusto hácia el penoso trabajo que les imponía. Decíanme que no les era dable comprender lo que pudiera resultar de bueno con calarse hasta los huesos de aquel modo, únicamente] para ser cómplices con tan abominable hechicería. Principié pues, á recelar un tanto, y puse todo mi conato en adelantar la obra, porque ya era indudable que aquellos idiotas se imaginaban que tenía pacto con el diablo, y cuanto ejecutaba les ponía más intranquilos. Tuve un momento sérios temores de que me dejaran plantado, y procuré calmarlos ofreciendo pagarles hasta el último maravedí, tan luego como concluyésemos nuestro trabajo. Como debe suponerse, interpretaron á su gusto mis promesas, y creyeron sin duda que de un modo ó de otro, puesto que iba á hacerme dueño de una inmensa canti-

dad de dinero contante, y les pagaba la deuda por completo y con más algun piquillo por razon de su ayuda, les importaba poco el peligro que pudieran correr sus almas ni mis huesos.

Al cabo de cuatro horas y media me pareció que el globo se hallaba ya bastante hinchado; colgué la barquilla, coloqué todo mi equipaje, un telescopio, un barómetro con ciertas modificaciones importantes, un termómetro, un electrómetro, compás, brújula, un relój con indicador de segundos, una campana, una bocina, etc., etc., y asimismo una esfera de cristal en que habia hecho el vacío, herméticamente cerrada, el aparato condensador, cal viva, una barra de lacre, agua en abundancia, víveres no escasos, y entre ellos el *pemmican*, (1) que tanta materia nutritiva contiene en un volúmen muy reducido, y finalmente puse en mi barquilla un par de pichones y una gata.

Próximo el amanecer, creí llegado el momento de verificar la partida, dejé caer al suelo el cigarro encendido, y al bajarme para recojerlo, puse cautelosamente fuego á la mecha cuya punta, como ya dije, sobresalía un poco por debajo de una de las barricas menores. Hecha esta maniobra, de que ni por pienso pudieron apercibirse mis tres verdugos, salté á la barquilla,

(1) PEMMA del latin, *vianda cocida*, y MICON del griego, *un poco*.

corté la cuerda única que la sugetaba á la tierra, y lleno de gozo observé que me elevaba con rapidez inconcebible, soportando el globo sus ciento setenta y cinco libras de lastre de plomo, tan perfectamente, que tuve la persuasion de que hubiese aguantado doble peso. Cuando dejé la tierra, señalaba el barómetro treinta pulgadas, y el termómetro centígrado diez y nueve grados.

Habría subido ya como unas cincuenta yardas, cuando una tromba de fuego, piedras, madera y metales inflamados, revuelto todo con miembros humanos destrozados, me alcanzó con un rugido espantoso, dejándome tan sobrecojido, que me arrojé temblando de miedo en el fondo de la barquilla. Comprendí entonces cuan espantosamente habia cargado la mina y que aun me restaba sufrir las principales consecuencias de la sacudida. Con efecto, no habia trascurrido un segundo, cuando toda la sangre se agolpó en mis sienes, y súbita inmediata é inopinada, una conmocion, que jamás se borraré de mi memoria, estalló en medio de la oscuridad, como si se rasgase en dos pedazos el firmamento mismo. Más tarde y cuando ya pude reflexionar, no dejé de explicarme la causa de la estremada violencia de la explosion, que no era otra sino la de que yo me hallaba situado en la vertical que pasaba por la mina, y de consiguiente en la línea en que su accion debía de ser más poderosa. Como es de suponer, en tal momento

no pensé más que en salvarme. El globo se aplastó primero, despues se estiró con furia, luego comenzó á dar vueltas con una rapidez vertiginosa, y finalmente tambaleándose y revolviéndose, como un hombre borracho, me arrojó por encima del borde de la barquilla, dejándome á una altura espantosa, enganchado y cabeza abajo, de la punta de una cuerda muy delgada de tres piés de larga, casualmente pendiente al través de una hendidura del fondo de la cesta, y que providencialmente hubo de enredárseme al pié izquierdo cuando caí. Es imposible, de absoluta imposibilidad, formar una idea exacta del horror de mi situacion: abrí convulsivamente la boca para respirar, y un calofrío, semejante al producido por la calentura, recorrió mis nervios y músculos y todo mi sér; creí saltaban mis ojos de sus órbitas; un mareo espantoso me dominó y me desmayé perdiendo completamente el conocimiento.

No podré fijar el tiempo que en tal estado permanecí; pero debió de trascurrir mucho, porque cuando recobré en parte el uso de los sentidos, ví que amanecía ya; el globo se hallaba á una altura prodigiosa y sobre la inmensidad del Occéano, no percibiéndose en todo aquel vastísimo horizonte señal alguna de tierra. Al volver en mí no espermenté sensaciones tan dolorosas como era de creer debia sufrir, y á la verdad podia con harta exactitud calificarse de locura la contemplacion plácida con que en un principio me puse

á analizar mi situacion. Llevé las manos una tras otra delante de los ojos, y tratando admirado de dar con la causa de la hinchazon de las venas y el horrible ennegrecimiento de las uñas: despues examiné cuidadosamente la cabeza, sacudiéndola repetidas veces y palpándola con minuciosa atencion, hasta que por fin me persuadí de que felizmente no tenia el tamaño de globo, tal cual horrorizado llegué á imaginar: luego, con la costumbre de quien conoce perfectamente el lugar ocupado por sus bolsillos, palpé tambien los del pantalon y reparé habia perdido mi libro de apuntes y mi palillero; mas no pudiendo lograr darme razon de esta desaparicion, sentí un disgusto inesplicable. Parecióme entonces que tenia un dolor muy vivo en el empeine del pié izquierdo, y aunque confusa y vagamente comenzó á pintarse en mi entendimiento la conciencia de mi situacion. Lo raro es que no esperimente admiracion ni terror; y si alguna emocion pasó por mí, fué la de una especie de satisfaccion ó de complacencia, pensando en la destreza que tendria que desplegar para salir de situacion tan estraña; porque ni por un solo instante me asaltó la idea de la muerte. Permanecí algunos minutos sumido en profunda meditacion, y hasta recuerdo perfectamente, que más de una vez apreté los lábios, coloqué el índice á un lado de la nariz, y hasta gesticulé de la misma manera que suele hacerlo una persona cómodamente arrellanada en un sillón cuando medita

sobre asuntos complicados é importantes.

Así que á juicio mio hubs reunido lo necesario mis ideas, llevé con la más perfecta deliberacion las manos á la espalda y me quité una hevilla de hierro grande que tenia en la cintura del pantalon. La hevilla era de tres puas, que un poco oxidadas ya, giraban con dificultad sobre su eje; pero á fuerza de paciencia logré hacer formasen un ángulo recto con el cuerpo de la hevilla, observando con alegría que se mantenian con firmeza fijas en dicha posicion. Con esta especie de instrumento entre los dientes me dediqué á deshacer el nudo de la corbata, maniobra que ejecuté descansando á ratos, pero que verifiqué al cabo. En una punta de la corbata sugeté la hevilla, y para mayor seguridad me até la otra á la muñeca. Desplegando entónces una prodigiosa fuerza muscular, levanté el cuerpo y conseguí al primer golpe arrojar la hevilla engançándola en el reborde circular de mimbrés. Mi cuerpo quedó formado con la pared exterior de la barquilla un ángulo de cuarenta y cinco grados; más no se entienda por esto que semejante inclinacion fuese con respecto á la vertical, sino que más bien al contrario, me encontraba yo en un plano casi paralelo al horizontal, pues que la nueva posicion que tomé, separó de la suya el fondo de la barquilla, haciendo mayor el riesgo en que me hallaba.

Suponiendo que al principio hubiese yo caído de la barquilla quedando vuelta la cara al globo,

en vez de volverla como la tenia al lado opuesto, ó bien que la cuerda en que quedé engançado colgara por casualidad del borde superior en lugar de atravesar una hendidura del fondo, fácilmente se comprenderá que en ambas hipótesis hubiérame sido totalmente imposible realizar semejante milagro, perdiendo por completo la posteridad estas revelaciones. Muchos motivos tenia para bendecir á la fortuna; pero quedé tan estupefacto y tan incapaz de obrar, que me mantuve colgando cerca de un cuarto de hora en tan singular posicion, abismado en una estraña calma y una beatitud idiota, sin intentar un esfuerzo nuevo, ni aun el más ligero: pero semejante estado de mi sér se dispó pronto y dió lugar á un sentimiento de horror, espanto y absoluta desesperacion. Lo cierto fué que la sangre acumulada por tanto espacio en los vasos de la cabeza y garganta, causándome una especie de saludable delirio, semejante en su accion á la energía, empezó á refluir y circular tomando su nivel, de manera que con el aumento de lucidez, crecía en mí la percepcion del riesgo y me quitaba el valor y la sangre fria necesarios para arrostrarlos. Felizmente no duró mucho este decaimiento; la energia de la desesperacion volvió de nuevo, y dando gritos y haciendo esfuerzos frenéticos, me arrojé convulsivamente con incansable insistencia, hasta que produciéndose un sacudimiento general, pude por fin agarrrarme al anhelado borde con las manos más

apretadas que un tornillo, y retorciendo el cuerpo por encima, caí de cabeza y jadeando en el fondo de la barquilla.

Hasta que hubo transcurrido cierto tiempo, no fui bastante dueño de mí mismo para ocuparme del globo, pero así que pude hacerlo, lo examiné atentamente y observé con la mayor alegría que ningun daño había sufrido, hallando asimismo intactos mis instrumentos todos y sin menoscabo por dicha el lastre, ni las provisiones; aunque bien es verdad, que todo lo había yo sujetado con firmeza en su lugar y era difícilísimo trastorno alguno. Miré el reloj y eran las seis: continuaba ascendiendo rápidamente y según la observación de mi barómetro estaba á tres millas y tres cuartos de altura. Exactamente debajo del globo, percibí en el Océano un objeto negro y pequeño, y un tanto alargado, semejante en dimensiones á una ficha de dominó y parecido más que á otra cosa á un juguete: le dirigí el telescopio y ví con claridad era un navio inglés de noventa y cuatro cañones balanceándose pesadamente en el mar, orzando y con la proa al este-sud-oeste. Escepto este buque no ví absolutamente objeto alguno sino el mar, el cielo, y el sol que hacia tiempo ya se hallaba en el horizonte.

Es llegado el caso de manifestar á Vucencias el objeto de mi viage. Supongo no habrán Vucencias echado en olvido que mi deplorable situación en Rotterdam acabó porque me deci-

diese al suicidio, y sin embargo no sentía disgusto verdadero de la vida misma, sino que estaba fatigado y cansado hasta más no poder de las miserias accidentales de mi posición. Con el ánimo tan atribulado, ansiando vivir todavía y sin embargo aburrido de la vida, encontré un recurso en mi imaginación, al leer en casa del librero aquel folleto, apoyado con el oportuno descubrimiento hecho en Nantes por mi primo. Tomé un partido definitivo; resolví abandonar la tierra, pero no la existencia; salir del mundo sin dejar la vida; y para acabar de una vez con enigmas y rodeos, propúseme sin reparar en nada, ver de encontrar, á ser dable, caminos y medios para llegar *hasta la luna*.

Para que ahora no se me tenga por más loco que lo que soy, espondré minuciosamente y como mejor se me alcance, las consideraciones que me indujeron á suponer, que semejante empresa aunque erizada de dificultades y llena de peligros, no era totalmente imposible para un espíritu emprendedor.

Lo primero que necesitaba considerar era la distancia material de la luna á la tierra. La distancia media ó aproximada entre los centros del planeta y su satélite, es de cincuenta y nueve veces más una fracción, el radio terrestre en el ecuador, ó lo que es lo mismo, unas 237.000 millas. Aunque he dicho distancia media ó aproximada, se comprenderá fácilmente, que siendo la órbita lunar una elipse, cuya escentricidad no

baja de 0.05484 de su semi-eje mayor, y hallándose la tierra en uno de los focos de esta elipse; logrando yo de un modo cualquiera encontrar á la luna en el perigéo, se disminuía reparablemente la distancia evaluada antes, y por tanto mi viaje. Mas dejando aparte tal hipótesis, era lo cierto, que de las 237.000 millas, debía restar los rádios de la tierra y de la luna, de 4,000 el primero y de 1.080 el segundo, por manera que quedaba reducida á 231.920 millas la estension aproximada de mi camino, cuyo espacio no era á mi parecer tan extraordinariamente considerable. Viajamos sobre la tierra con una velocidad de sesenta millas por hora, y es de suponer sea con el tiempo mayor aun la que se logre alcanzar; pero contentándome con la primera, deberian bastarme 161 dias para llegar á la superficie lunar. Gran número de circunstancias me inducian ademas á creer que la rapidez, con que se verificaria mi viaje, seria mucho mayor que la de 60 millas por hora; mas como estas consideraciones me produjeron una impresion profundísima, necesito esplicarlas estensamente y esto lo haré más adelante.

La segunda cuestion, que necesitaba examinar, tenia una importancia muy diferente. Segun las indicaciones barométricas, sabemos que elevándose por encima de la superficie terrestre 1.000 piés, déjase debajo, casi una treintava parte de la masa atmosférica; elevándose á 10,600 piés, dejamos una tercera parte; y á los 18,000

que es próximamente la altura del Cotopaxi, quedásenos por debajo la mitad de la masa fluida ó de la parte ponderable del aire que rodea nuestro globo. Hállase calculado asimismo, que á una altura que no esceda de la centésima parte del diámetro terrestre, ó lo que es lo mismo, de unas 80 millas, la rarefaccion debe ser tal, que la vida animal no pueda sostenerse; y que ademas por delicados y sútiles que fueren los medios empleados para conocer la presencia de la atmósfera, serian inútiles, vanos é insuficientes. No dejé sin embargo de tener en cuenta, que estos últimos cálculos se hallaban apoyados únicamente en nuestros conocimientos experimentales de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que rigen á su dilatacion y compresion, cuando tales esperiencias tienen lugar no más que (comparativamente hablando), en la proximidad ó inmediacion de la masa terrestre. Considérase como un hecho cierto, que á una distancia dada pero inaccesible de la superficie, la vida animal es y debe ser esencialmente incapaz de modificacion; pero tambien es verdad, que todo raciocinio de esta especie, hecho con datos semejantes, no puede evidentemente ser más que una pura deduccion por analogía. Veinte y cinco mil piés, puede decirse, es la altura máxima á que ha llegado el hombre, pues no pasó de esta la ascension aérea de M. M. Gay Lussac y Biot altura harto escasa, comparada con las 80 millas en cuestion, de suerte que me pareció queda-

ba lugar á la duda y vasto campo á las conjeturas.

Suponiendo verificada una ascension á una altura cualquiera dada, es el hecho, que la cantidad de aire ponderable que se atraviesa durante todo el periodo ulterior de la ascension, no se encuentra en proporcion con la altura adicional adquirida, segun ha podido verse por lo que ante dijimos, sino que tiene con ella una razon constantemente decreciente. Será por tanto evidente, que si nos elevamos á la mayor altura posible, no podamos literalmente llegar á un límite ó término, mas allá del cual cese absolutamente de existir la atmósfera. Mi conclusion fué que *debía existir*, por más que *podría* á la verdad, tener un estado de rarefaccion infinito.

Bien sé que por otra parte no escasean los argumentos para probar que la atmósfera tiene un límite real y determinado, pasado el cual no hay aire respirable; pero existe una circunstancia, que los que así opinan no han tenido en cuenta, y que si bien no es una concluyente refutacion de su doctrina, es asunto sobrado digno de una investigacion concienzuda y grave. Comparando los intervalos de tiempo entre los pasos sucesivos del cometa de Encke por su perihelio, y tomando en cuenta todas las perturbaciones producidas por la atraccion planetaria; vemos que los periodos disminuyen gradualmente, ó lo que es lo mismo, el eje mayor de la

elipse que recorre el cometa, va acortándose lentamente, pero de un modo regular. Esto mismo, que vemos por medio de la observacion, es lo que debe tener lugar precisamente, si suponemos que el cometa experimenta la resistencia que le opondria *un medio ethéreo escesivamente raro* que invadiese las regiones por las cuales pasa su órbita; porque indudablemente este medio debe, retardando la velocidad del cometa, aumentar su fuerza centrípeta y disminuir la centrífuga; que viene á ser en otros términos lo mismo que decir, que haciéndose cada vez más poderosa la fuerza de atraccion solar, el cometa se acercará más y más al sol. Lo cierto es que no hay otro modo de esplicar satisfactoriamente esta variacion.

Queda otro hecho importante que hacer notar y es, que el diámetro verdadero de la parte nebulosa del mismo cometa, se ha observado disminuye con rapidez á medida que se aproxima al sol; y aumenta con la misma prontitud, á medida que se aleja caminando hácia su afelio. ¿No podría yo razonablemente suponer, como Mr. Vals, que esta condensacion ó reduccion de volúmen, la producía la compresion ejercida por el medio ethéreo de que acabamos de hablar, y cuya densidad está en razon inversa de la distancia al sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular, conocido con el nombre de luz zodiacal, no deja tampoco de merecer la atencion hasta cierto punto. Esta luz tan perceptible entre

los trópicos y que no es dable confundir con la de un meteoro cualquiera, elevase con oblicuidad respecto al horizonte y sigue generalmente la línea del ecuador del sol; juzgué por tanto, que debía proceder evidentemente de una atmósfera de poca densidad, que se extendía desde el sol hasta más allá de la órbita de Venus cuando menos, y según mi juicio indefinidamente más lejos; porque no podía suponer que la curva que sigue el cometa en su marcha, fuera precisamente el límite de tal atmósfera, ni que tampoco se hallase esta reducida á ocupar únicamente la intermediación del sol. Es más sencilla la suposición contraria, de que envuelve y llena la region entera de nuestro sistema planetario, condensándose en derredor de los planetas, y constituyendo lo que nosotros llamamos atmósfera, modificada tal vez en algunos por circunstancias puramente geológicas, ó alterada en sus proporciones ó en su naturaleza constitutiva, por las materias volatilizadas que pueden emanar de los globos respectivos.

Mirando así la cuestion, ya no tenia porqué titubear. Suponiendo que en el camino encontrase una atmósfera *esencialmente* semejante á la que envuelve á la tierra, reflexioné que á favor del ingeniosísimo aparato de Mr. Grim, podría sin dificultad condensarla en cantidad suficiente á las necesidades de la respiracion, quedando allanado así el principal obstáculo de un viaje á la luna. Gasté por tanto algun dinero

y no poco trabajo en disponer y adaptar el aparato al objeto propuesto, y tenia confianza plena en sus resultados; con tal de que mi viaje no me costara mucho tiempo, circunstancia que me trae de nuevo á la cuestion de velocidad.

Todo el mundo sabe que los globos, en el primer período de su ascension, se elevan con una rapidez comparativamente moderada. La fuerza ascensional procede únicamente de la diferencia de peso entre el aire y el gás del globo; así, á primera vista no parece probable ni verosímil, que el globo al ganar en elevacion y ocupar sucesivamente capas atmosféricas de menor densidad, pueda adquirir más viveza y acelerar su velocidad primitiva. Por otra parte, no recuerdo que en ninguna relacion de anteriores esperiencias, esté consignado haya habido disminucion aparente en velocidad absoluta de la ascension, por más que esto pudiera suceder en razon á fugas del gás á través del globo mal confeccionado, ordinariamente cubierto de barniz sin las condiciones necesarias, ó por cualquiera otras causas. Parecióme que el efecto de estas pérdidas, podía no más contrabalancear la aceleracion que debería adquirir el globo á medida que se alejase del centro de gravitacion. Deduje, pues, que con tal de que en la travesía hallase el *medio* que imaginaba, y su esencia fuera la misma que la esencia de lo que nosotros llamamos aire atmosférico, poco cuidado me daba encontrarlo en tal ó cual grado de rare-

faccion, por lo que se refiere á mi fuerza ascensional; pues no solo el gás del globo se encontraría sometido á la misma rarefaccion (en cuyo caso bastaba dar salida á una cantidad proporcional de gás bastante para evitar una explosion), sino que por la naturaleza misma del gás, siempre habría de ser específicamente más ligero que cualquiera compuesto de azoe puro y oxígeno. Tenia indudablemente una probabilidad y muy grande, *de que en ningun período de mi ascension llegase á un punto, en el que la suma de los pesos reunidos de mi inmenso globo, del gás inconcebiblemente raro que encerraba, de la barquilla y su contenido, pudiesen igualar el peso de la masa de atmósfera ambiente desalojada*; concibiéndose fácilmente que esto, solo podía detener mi fuga ascendente; quedándome todavia el arbitrio, si llegaba al punto en cuestion, de poder arrojar el lastre y otros objetos pesados que llevaba, y que juntos formarian un total de cerca de 300 libras.

Debiendo la fuerza centripeta disminuir siempre en razon del cuadrado de las distancias, llegaría con una velocidad prodigiosamente acelerada á remotas regiones, donde la fuerza de atraccion lunar sustituiría á la terrestre.

Quedábame otra dificultad, que no dejaba de inquietarme. Se ha observado que en las ascensiones hechas hasta alturas considerables, ademas de la dificultad en la respiracion, se experimenta en la cabeza y en todo el cuerpo un in-

menso malestar, acompañado las más veces de hemorragia en la nariz, y otros síntomas bastante alarmantes; creciendo esto y haciéndose menos soportable, á medida que se aumenta en altura. (1) Tal consideracion no dejaba de ser un tanto pavorosa, porque ¿no sería muy probable que aquellos síntomas creciesen en intensidad, hasta terminar con la muerte misma? Despues de un maduro exámen me pareció que no debía suceder así. Solo cabe atribuir tal fenómeno á la desaparicion progresiva de la presion atmosférica, á la cual está la superficie de nuestro cuerpo acostumbrada, y á la distension inevitable de vasos sanguíneos superficiales, pero de modo alguno es de creer una desorganizacion positiva del sistema animal, como la dificultad en respirar, porque la densidad atmosférica sea químicamente insuficiente para la renovacion regular de la sangre en un ventrículo del corazon. Escepto solo en el caso de que faltara esta renovacion, no podía yo hallar causa ni razon bastante, para que la vida dejara de conservarse en el vacío; porque la expansion y compresion del pecho, que se llama ordinariamente respiracion, es una accion puramente muscular, siendo por tanto la causa

(1) Hecha la primera publicacion de Hans Pfaall, he sabido que Mr. Green célebre aereonauta del globo *La Nassau*, y otros no menos célebres, se halla en contradiccion por lo que hace á este hecho, con las aseveraciones de Mr. de Humboldt, y más bien por el contrario, dicen existe una incomodidad siempre *decreciente*, lo cual está acorde en un todo con la teoria presentada en este lugar.—E. A. P.

y no el efecto de la respiracion. En una palabra, comprendí que el cuerpo, acostumbrándose á la falta de presion atmosférica, tendria una disminucion gradual en las sensaciones dolorosas; y para soportarlas el tiempo que pudieran durar, confiaba yo en mi vigorosa constitucion.

Dejo ya espuestas algunas consideraciones, aunque no todas por cierto, de las que me indujeron á formar un proyecto de viaje á la luna, y ahora voy, con permiso de Vuecencias, á manifestarles el resultado de una tentativa, cuya concepcion parece tan audaz y que seguramente no tiene igual en los anales de la humanidad.

Llegado á la altura que dije ya de tres millas y tres cuartos, arrojé fuera de la barquilla un puñado de plumas, y ví que el ascenso continuaba con suficiente rapidez, no siendo necesario arrojar lastre. Quedé muy satisfecho de que así sucediese, porque deseaba conservar todo el que me fuese posible, por la sencilla razon de que no tenía dato alguno cierto respecto á la atraccion y á la densidad atmosférica de la luna. Ninguna molestia física sentía, respiraba con perfecta libertad, y ningun dolor experimentaba en la cabeza. La gata, tendida solemnemente encima de la levita que me había quitado, miraba á los pichones con cierto aire de indiferencia, y estos últimos, que até por una pata para que no pudiesen volar, se entretenian en picotear

los granos de arroz que para ellos eché en el fondo de la barquilla.

A las seis y veinte minutos me daba el barómetro una elevacion de 26.400 piés, ó cinco millas, con diferencia de una fraccion; la perspectiva carecía al parecer de límites, y sin embargo es bien fácil, con el auxilio de la trigonometría esférica, calcular la estension de la superficie terrestre que abarcaba mi vista. La superficie convexa de un segmento esférico, es á la superficie total de la esfera, como el seno verso del segmento es al diámetro de la esfera. En el caso actual, el seno verso, es decir, el espesor del segmento situado por bajo de mi globo, puede tomarse con muy escasa diferencia por igual á la elevacion que yo tenía, ó que tenía sobre la superficie terrestre el punto de vista. La relacion entre cinco millas y ocho mil millas (1), será la misma existente entre la superficie abarcada por mi vista y la total; de manera que yo debía percibir la mil seiscientos avas parte de la superficie total de la tierra.

A pesar de que con el telescopio observé que la mar se hallaba agitada de un modo violento, á la simple vista parecía tersa como un espejo, y no se veía al navío que sin duda se hallaba separado al este. Comencé entonces á sentir por intervalos, y singularmente en los oidos, un dolor fuerte de cabeza, pero no por eso dejaba de

(1) Estension del diámetro de la tierra.

respirar casi con perfecta libertad; en cuanto á la gata y los pichones no daban muestras de sufrir incomodidad ni molestia alguna.

A las siete menos veinte minutos el globo entró en la region ocupada por una nube grande y espesa, circunstancia que me fastidió mucho, dañando algun tanto el aparato condensador y dejándome calado hasta los huesos. Hallé extraordinario semejante encuentro, porque nunca creí que una nube de tal naturaleza pudiera sostenerse á tanta elevacion. Consideré acertado arrojar dos pedazos de lastre de cinco libras cada uno, quedándome así con ciento sesenta y cinco libras todavía; y gracias á esta operacion atravesé rápidamente el obstáculo, observando inmediatamente que había ganado en velocidad de una manera prodigiosa. Pocos segundos despues de salir de la nube, un deslumbrador relámpago la cruzó de uno á otro extremo incendiándola totalmente, dándola todo el aspecto de una masa de carbon encendido. Hay que acordarse de que esto tenía lugar en medio del dia, y nada contemplo capaz de dar una idea de la sublimidad que presentaría semejante fenómeno en medio de las tinieblas de la noche, retratando al vivo, por decirlo así, el infierno mismo; pues que como yo lo ví, bastó el espectáculo para erizarme los cabellos. En tanto que sondaba con la vista los abismos, dejaba á la imaginacion engolfarse y correr hácia espacios cubiertos de inmensísimas bóvedas, cavernas y profundas si-

mas, siniestras y enrojecidas por un fuego espantoso y sin fin. Acababa de escapar de una buena; porque si el globo permanece un minuto más en la nube, es decir, si la incomodidad que sentí no engendra mi resolucion de arrojar lastre, mi destruccion hubiese sido probablemente la consecuencia inmediata; y aunque peligros semejantes apenas se tienen en cuenta ordinariamente son sin embargo los mayores que pueden correrse en un globo. La altura á que el mio llegó entretanto, era ya suficiente para quitarme cualquier temor de que el hecho se repitiese.

Seguía subiendo con mucha rapidez, y el barómetro me indicaba estar á una altura de nueve millas y media. Empecé á tener mucha dificultad para respirar; la cabeza me hacia sufrir tambien mucho, y como sintiese hacia un rato humedad en las megillas, descubrí que era sangre que me salía de los tímpanos por las orejas: los ojos tambien me producian no poca inquietud, pues al pasar por ellos la mano sentí que los tenía muy abultados y como propendiendo á salir de sus órbitas, presentándoseme todos los objetos contenidos en la barquilla y el globo mismo, bajo formas monstruosas y falsas. Estos síntomas escedian á los que yo esperaba, y me alarmaron algo. En tal situacion cometí sin reflexion la imprudencia de arrojar fuera de la barquilla tres pedazos de lastre de cinco libras cada uno, y esto aceleró tanto la velocidad de as-

cension, que con una rapidez escesiva, llegué sin la necesaria graduacion á una capa atmosférica tan rarefacta, que faltó poco para que mi expedicion y mi persona tuvieran un desastroso fin. Acometido por un espasmo que me duró más de cinco minutos, y aun despues que cesó en parte, me encontré con que no podia respirar sino con intervalos muy largos y de una manera convulsiva, sangrando todo este tiempo copiosamente por narices, orejas y hasta ligeramente por los ojos. Los pichones al parecer sufrían una angustia violenta y pugnaban por escaparse, en tanto que la gata mayaba lastimeramente, dando traspies de una á otra parte de la barquilla, como pudiera hacerlo un animal que hubiese tomado un veneno.

Entonces ví demasiado tarde lo enorme de la imprudencia que cometí arrojando el lastre; y por demas aturdido aguardaba únicamente la muerte, y la muerte en unos cuantos minutos; pues el sufrimiento físico que experimentaba, contribuía asimismo á aumentar mi incapacidad de tentar un esfuerzo cualquiera que me salvase la vida. Apenas me quedaba ya la facultad de reflexionar, y la violencia del dolor de cabeza parecía acrecentarse por instantes; comprendí entonces que iba á perder todos los sentidos y tenía ya cogida una de las cuerdas de la válvula, cuando recordé la pasada que acababa de hacer á mis tres acreedores, y el temor de las consecuencias que esto pudiera acar-

rearne volviendo, me espantó y detuvo por el pronto echado en el fondo de la barquilla hice un esfuerzo para reunir mis ideas, y despues que lo conseguí algun tanto, quise ensayar hacerme una sangría.

Como carecia de lanceta, tuve que valerme para esta operacion de un corta-plumas, con el cual llegué como pude á abrirme una vena del brazo izquierdo. No bien comenzó á correr la sangre, esperiménté alivio y cuando ya salió la que cabría en media jofaina de regular tamaño, casi habian desaparecido los síntomas que más me alarmaron. Sin embargo, no creí prudente por el momento intentar ponerme en pié, sino que vendado el brazo lo mejor que pude permanecí sin moverme cerca de un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo me levanté sintiéndome más libre y despejado de toda clase de molestia, que lo había estado en los cinco cuartos de hora precedentes. Sin embargo, disminuyó muy poco la dificultad que tenía para respirar y calculé que pronto tendría necesidad de usar del condensador. A este tiempo miré á la gata que se había vuelto á instalar cómodamente sobre mi levita y con sorpresa ví que mientras mi indisposicion había creído conveniente dar á luz una camada de cinco gatillos. Aunque de ninguna manera podia yo preveer este aumento de viajeros, me alegré del suceso, porque me ofrecía una ocasion de cerciorarme de una conjetura que más que todas influyó en mi ánimo pá-

ra decidirme á intentar la ascension.

Pensaba yo que la *costumbre* de la presion atmosférica en la superficie terrestre, entraba por mucho como causa de los sufrimientos que experimenta la vida animal á cierta distancia por cima de dicha superficie; de modo, que si los gatillos llegaban á sufrir malestar *en grado igual que su madre*, debería contemplar errónea mi teoría y si se verificaba lo contrario, sería un apoyo escelente para confirmarla.

A las ocho llegué á una altura de diez y siete millas, así que tuve la evidencia de que no solo crecía la velocidad ascensional, sino que semejante crecimiento hubiera sido apreciable aunque ligeramente hasta en el caso de no haber arrojado lastre como lo hice. Los dolores de cabeza y de oídos me asaltaban por intervalos con violencia, y á ratos tambien seguia arrojando sangre por las narices, sin embargo de que en definitiva sufría mucho menos de lo que pensaba haber sufrido. Con todo, la respiracion se me hacía más dificultosa por minutos y cada inhalacion iba acompañada de un movimiento espasmódico del pecho fatigosísimo. Entonces estendí el aparato condensador á fin de ponerlo á funcionar inmediatamente.

El aspecto de la tierra en este período de mi ascension era magnífico en verdad: hasta donde alcanzaba mi vista por el oeste, norte y sur, se estendía una sábana ilimitada de mar al parecer inmóvil, que de segundo en segundo toma-

ba una tinta azul más y más fuerte. A una gran distancia al este, percibíanse las islas británicas, las costas occidentales de Francia y España y una corta estension de la parte septentrional del continente africano. No era dable percibir rastro ni indicio de las construcciones y las ciudades más soberbias y orgullosas de la humanidad, que aparecian borradas por completo de la haz de la tierra.

Una de las cosas que me admiraron más particularmente entre las que tenía debajo, fué la aparente concavidad de la superficie del globo, pues neciamente creí que su convexidad real sería más apreciable y se mostraría más distintamente á proporcion que me elevara; pero me bastaron algunos momentos de reflexion para explicarme aquella contradiccion. La parte de la vertical que pasaba por mí, comprendida entre el globo y la tierra, ó la altura de aquel sobre esta, formaba el cateto ó lado menor de un triángulo rectángulo, del cual el otro cateto era la horizontal, siendo la hipotenusa mi visual al limite del horizonte; y como la elevacion mia era una cantidad despreciable ó muy corta, comparada con la estension abarcada por mi vista, ó en otros términos, como la base y la hipotenusa del triángulo supuesto, eran tan estensas comparadas con la altura, se podrian mirar ó considerar como paralelas. Por tal motivo, el horizonte del aereonauta aparece siempre como de nivel con su barquilla, y como el punto de la

tierra situado inmediatamente debajo del globo lo vé y se halla á una distancia muy grande, aparentemente lo encuentra el observador como si tambien se hallara á una inmensa distancia por debajo del horizonte. Resultado de esto es la impresion de concavidad, que no cesará hasta tanto que la altura se halle respecto á la estension de la perspectiva, en una relacion tal que el paralelismo aparente entre la base y la hipotenusa desaparezca.

Pareciéndome que los pichones sufrían horriblemente, traté de ponerlos en libertad, y con este fin desaté uno, que era un soberbio palomo manchado de melocoton y lo coloqué en el borde de la barquilla. Mostróse allí desazonado y muy inquieto, aleteaba mirando azorado alrededor, y daba arrullos muy violentamente acentuados, sin determinarse á volar fuera de la barquilla. Al cabo lo cojí y arrojé á seis ó siete yardas del globo, pero en vez de descender como yo pensaba, se esforzó cuanto pudo para volver, arrojando al mismo tiempo agudos y penetrantes chillidos, consiguiendo al fin recobrar su primitiva posicion en el borde de la cesta; más no bien logró hacerlo, inclinó la cabeza sobre el pecho y cayó muerto en el fondo de la barquilla. No fué tan triste la suerte del otro, porque para estorbarle siguiese el ejemplo de su compañero volviendo al globo, lo precipité hácia la tierra con toda mi fuerza, y observé con placer continuaba bajando velocísimamente, empleando para ello las

alas de un modo completamente natural. En muy poco tiempo lo perdí de vista y no dudo haya llegado á puerto seguro. La gata que parecía repuesta casi totalmente de su crisis, celebraba un festin con el pichon difunto, quedándose despues de terminarlo, dormida y con muestras de completo contentamiento y satisfaccion: en cuanto á los gatillos, con perfecta vitalidad, no manifestaban el indicio más leve de molestia.

A las ocho y cuarto, no siéndome posible ya respirar sin un dolor intolerable, principié á colocar alrededor de la barquilla el aparato anejo al condensador; aparato que necesita algunas esplicaciones. Espero que Vucencias no hayan olvidado el objeto que me propuse y que era en primer lugar encerrar completamente la barquilla con mi persona, cortando así toda comunicacion con la atmósfera estremadamente rara, en cuyo seno estaba, para introducir luego dentro, merced al condensador, una cantidad de aire, propio para ser respirable.

Con este objeto llevaba ya arreglado un saco muy grande de caoutchouc, flexible, fuerte y completamente impermeable. La barquilla entera quedaba hasta cierto punto colocada en el saco, cuyas dimensiones calculé á este propósito, porque pasando por debajo del fondo de la canasta, estendíase por los bordes, y subía esteriormente apoyándose en las cuerdas hasta el aro ó cerco en que se hallaba sujeta la red. Estendido ya el saco, y cerradas herméticamente las uniones

laterales, restábame sujetar la parte superior ó boca, pasando la tela de caoutchouc por encima del aro, ó en otros términos, entre el aro y la red; pero si separaba la red del aro para verificar la operacion, ¿cómo se podría sostener la barquilla? La red no se hallaba sujeta al aro de una manera fija y permanente, sino que la union tenía lugar por medio de una série de bridas móviles ó nudos corredizos, y estos los iba yo deshaciendo y anudando alternativamente, sin dejar nunca muchos sueltos á la vez, para que la barquilla pudiera estar en suspension con los demás. De este modo hice pasar cuanto pude de la parte superior del saco, volví á sujetar las bridas (no al aro, porque lo estorbaba absolutamente la funda de caoutchouc,) sino á una série de botones gruesos, cosidos en la funda, tres piés por bajo de la boca del saco y en los intervalos correspondientes á los que tenían las bridas. Hecho esto, separé del aro otras bridas, introduje una porcion nueva de la funda, y las bridas separadas las sujeté á sus respectivos botones, de suerte que con este procedimiento, pude hacer pasar toda la parte superior del saco entre la red y el aro.

Cuando todo el peso de la barquilla y su contenido estuviesen sustentados únicamente por la fuerza de los botones, es indudable que el aro debía caer en la barquilla; y aunque á primera vista este sistema pareciese no presentaba garantías bastantes de resistencia, las tenía más

que suficientes, en razon á que además de ser muy fuertes los botones, se hallaban tan cerca uno de otro, que cada cual solo sustentaba realmente una parte muy ligera y pequeña del peso total; de manera que aun teniendo la barquilla y su contenido un peso triplo, ningun temor me habria asaltado. Despues de la operacion referida levanté el aro y lo coloqué dentro de la funda de caoutchouc en tres varas ó jalones ligeros que ya tenía preparado para este fin. Esto tenía por objeto mantener el saco bien estirado por la parte superior y lograr que la inferior de la red tomara la posicion apetecida. Solo me restaba anudar la boca del saco, y esto lo conseguí juntando los pliegues del caoutchouc, que retorcí apretándolos con una especie de torniquete de mano.

En los costados de la funda, estendida de este modo alrededor de la barquilla, había colocado tres aberturas con cristales redondos muy gruesos y claros, á través de los que podía ver fácilmente en derredor mio y en todas las direcciones horizontales. En el fondo del saco había practicado una abertura semejante, que correspondía á otra hecha en el piso de la misma barquilla, dejándome dirigir así la vista por debajo en la direccion de la vertical. No me fué posible acomodar una invencion del propio género en la parte superior, á causa del medio particular que me ví precisado á emplear para cerrar la boca del saco llena de pliegues, de modo que hube de

renunciar á ver los objetos en mi cenit. No dí á esto gran importancia, porque aun suponiendo que hubiese podido colocar una ventana en la parte superior, de nada me hubiera servido, en razon á que el globo me hubiera impedido estender la vista por ella.

Un pié, poco más ó menos, por debajo de una de las ventanas laterales, habia una abertura circular de tres pulgadas de diámetro, con un reborde de cobre construido de manera, que pudiera interiormente adaptársele la hélice de un tornillo. En este reborde se á tornillaba el tubo del condensador, que naturalmente se hallaba dentro de la camara de caoutchouc. Hecho el vacío en el cuerpo de la máquina, el tubo aspiraba ó atraia una masa de la atmósfera rarefacta ambiente, y la derramaba condensada y mezclada al aire ligero contenido en la cámara. Repetida muchas veces esta operacion, llenábase la cámara de una atmósfera propia para ser respirable; pero siendo el espacio tan estrecho, esta atmósfera debia de viciarse al poco tiempo por el contacto repetido con los pulmones, perjudicando la vitalidad; por lo tanto, érame necesario entonces darla salida por una válvula pequeña colocada en el suelo de la barquilla, y por la cual se precipitaba con rapidez el aire denso en la atmósfera ambiente mucho más rara. A fin de evitar que en un momento dado tuviese lugar en la cámara un vacío completo, nunca debia verificarse la ya esplicada purificacion de una sola

vez, sino gradualmente; de manera que permaneciéndola válvula abierta unos cuantos segundos, se cerraba inmediatamente, hasta tanto que uno ó dos golpes de la bomba del condensador, engendrasen la cantidad de aire que habia de reemplazar al que acababa de ser desalojado. Con mi aficion á hacer esperiencias, colgué la gata y sus hijuelos en una cesta pequeña por la parte exterior de la barquilla, atando la cesta á un boton inmediato al fondo y próximo á la válvula, por la cual podia cuando era necesario darles alimento.

Verifiqué esta maniobra antes de cerrar la abertura de la cámara, no sin cierta dificultad porque hube menester para alcanzar á la parte de debajo de la barquilla, valerme de una de las varas ó jalones de que antes hablé y que tenía un gancho á la punta. No bien penetró en la cámara el aire condensado, dejaron de ser útiles el aro y las varas, porque la expansion de la atmósfera introducida, estiró grandemente el caoutchouc.

Cuando terminé estos arreglos y acabé de llenar la cámara de aire condensado, eran las nueve menos diez minutos. Mientras hice todas estas operaciones padecí horriblemente con la dificultad de respirar, arrepintiéndome con amargura del descuido, ó por mejor decir, de la increíble imprudencia que habia cometido dejando para tan tarde asunto tan primordial é importante.

Así que concluí, comencé á disfrutar de las ventajas de mi invencion, porque me hallé con que respiraba con libertad y desembarazo completo, como no podía menos de suceder. Sorprendióme tambien agradablemente verme casi exento de los agudos dolores que me aquejaban hasta entonces, pues únicamente me quedó un leve dolor de cabeza, con una sensacion de plenitud ó distension en las muñecas, tobillos y garganta. En vista de esto, era ya indudable que la mayor parte del malestar originado por la carencia de presion atmosférica se habia disipado, y que casi todos los dolores que experimenté en las dos horas precedentes, eran efecto no más que de la dificultad en respirar.

A las nueve menos veinte (es decir, poco antes de cerrar la abertura de la cámara), el mercurio habia llegado al límite extremo, cayendo todo en la cubeta del barómetro, que ya he dicho tenía grandes dimensiones. Esto mostraba que mi altura era de 132.000 piés ó de 25 millas, y por consiguiente la parte de superficie terrestre que podía abarcar con la vista, no bajaba de un *trescientos veinteavo* de la total. A las nueve perdí nuevamente de vista la tierra por el este, pero antes observé que el globo derivaba ó se apartaba con velocidad hácia el nor-nor-oeste; seguía siempre pareciéndome cóncavo el Occéano, y solo me robaban su vista algunas masas de nubes interpuestas á trechos.

A las nueve y media volví á hacer la espe-

riencia de las plumas y arrojé un puñado por la válvula. No oscilaron tambaleándose como yo esperaba, sino que cayeron verticalmente, reunidas como una bala y con tal velocidad, que las perdí de vista en muy pocos segundos. Por de pronto no supe á qué atribuir semejante fenómeno, pues hallaba muy difícil que mi velocidad de ascension se hubiera acelerado de modo tan prodigioso y repentino; pero no tardé en reflexionar, que en una atmósfera tan dilatada y ligera como la que me rodeaba, las plumas no podian sostenerse y bajaban realmente con gran rapidez, tal cual á mí me pareció lo hacian; por manera que la causa de mi sorpresa, la produjo únicamente ver sumadas las velocidades de su caída y mi ascenso.

A las diez no tenía ya cosa alguna de importancia que hacer, ni que reclamase mi inmediata atencion, por manera que podía muy bien decir que mi negocio caminaba viento en popa: además estaba persuadido de que el globo ganaba en altura con velocidad siempre creciente, sin embargo de que carecía de medios para apreciarlo ó medirlo. Nada me incomodaba ni molestaba gozando de un bienestar que no habia experimentado desde que salí de Rotterdam; empleaba el tiempo en arreglar y verificar los instrumentos, y otros ratos en renovar la atmósfera de la cámara, cuya última operacion determiné ocuparme de ella con intervalos iguales de cuarenta minutos, más bien por garantir completamente

mi salud, que por tener una absoluta precision de hacerlo. Mientras esto tenía lugar, me entregaba involuntariamente á diversas conjeturas y proyectos, corriendo mi imaginacion por las estrañas y quiméricas regiones dela luna. Completamente libre el pensamiento de toda traba, vagaba á su albedrío entre las maravillas multiformes de un planeta tenebroso y variable; ya contemplaba venerables y seculares bosques, rocallosos precipicios y atronadoras cascadas, derumbándose en abismos sin fondo; ya me encontraba súbito en tranquila soledad bañada por un sol ardiente, sin que soplara la ráfaga de aire más leve, distinguiéndose hasta donde la vista alcanzaba, inmensos prados cubiertos de amapolas y esbeltas flores semejantes á la azucena, envuelto todo en el silencio y la inmovilidad; y luego tras mucho andar y andar, llegaba á una region completamente ocupada por una laguna tenebrosa y vaga, envuelta por todas partes de nubes. Estas imágenes no eran las únicas que tomaban posesion de mi cerebro; porque en otras ocasiones, los pensamientos que me dominaban eran de una naturaleza tan espantosa y aterradora, que llegaban hasta conmover las últimas fibras de mi espíritu, con la sola hipótesis de su realizacion.

A pesar de todo, no dejaba yo mucho tiempo á la imaginacion abandonada á tales desvaríos, porque comprendía demasiado, que los peligros verdaderos y materiales del viaje eran

sobrado grandes para absorver por completo toda mi atencion.

A las cinco de la tarde, mientras renovaba la atmósfera, estuve observando por la válvula á la gata y sus hijuelos. Parecióme que la madre sufría mucho, y sin titubear creí debía atribuirlo particularmente á la dificultad de respirar; pero en cuanto á los gatillos, produjo un resultado bien sorprendente mi experimento. Como es natural, esperaba yo que manifestaran alguna sensacion de disgusto ó de malestar aun cuando fuera en menor grado que la madre, y esto hubiese confirmado suficientemente mi teoría respecto á la presion atmosférica; pero por más que los observé detenida y escrupulosamente, no percibí el síntoma más leve de alteracion en su salud, ni la menor señal de malestar. Hecho tan estraño era inesplicable, á menos de ampliar mi teoría, suponiendo que la atmósfera ambiente en extremo rara, podía (contra lo que yo pensé desde un principio) no ser químicamente insuficiente ó impropia para la vitalidad; de manera que una persona nacida en aquel medio tan raro, no sentiría molestia al respirarle, mientras que llevada á respirar en capas atmosféricas más cercanas á la tierra y por consiguiente más densas, parecia verosímil sufriese dolores análogos á los experimentados por mí en aquel día. Poco despues tuvo lugar un desgraciado incidente, cuyo recuerdo siempre me producirá disgusto, y que consistió en perder mi

gata y sus gatillos, dejándome en la imposibilidad de profundizar como deseaba esta cuestion por medio de esperiencias más repetidas. Al pasar la mano por el hueco de la válvula con una taza llena de agua para la gata, enredóseme la manga de la camisa en la hevilla que sujetaba la cesta y repentinamente se soltó, desapareciendo de mi vista de una manera tan abrupta é instantánea, que era imposible escamoteo más completo, aun suponiendo se hubieran evaporado en el aire la cesta y su contenido. Indudablemente no medió un décimo de segundo, entre soltarse y desaparecer la cesta, gata y gatillos. Quedéme deseándoles un viaje feliz, pero naturalmente pensé que ni la madre ni los hijos podrian sobrevivir para contar su Odisea.

A las seis observé que mucha parte de la superficie visible de la tierra hácia el este, se hallaba sumergida en una sombra oscura que avanzaba sin cesar con gran rapidez, quedando la superficie total envuelta en las tinieblas de la noche, á las siete menos cinco minutos. Algunos segundos despues dejaron de herir al globo los rayos del sol poniente, y esta circunstancia que ya esperaba yo, no dejó sin embargo de producirme un gran placer. Sin duda alguna por la mañana podria contemplar al cuerpo luminoso cuando se alzara, muchas horas antes de que pudieran hacerlo los ciudadanos de Rotterdam, á pesar de que se encontraban más al este; de modo que de dia en dia y á medida que creciera

mi altura, gozaria de mayores períodos de tiempo de la luz solar. Entonces determiné redactar un diario de mi viaje, contando los dias de veinte y cuatro horas consecutivas, y sin tener en cuenta los intervalos de oscuridad.

A las diez empecé á sentirme con sueño y traté de acostarme para pasar la noche durmiendo; pero me ocurrió una dificultad, en que no habia pensado, á pesar de lo palmaria, hasta aquel momento. Si me dormía cual pensé hacerlo, ¿cómo renovar el aire de la cámara? Respirar su atmósfera más de una hora era completamente imposible, y hacerlo hora y cuarto, tendria indudablemente deplorables consecuencias. Grave inquietud me causó esta cruel alternativa, y no parece creible, que despues de los muchos peligros ya superados, me arredrara yo tanto, que desesperase de realizar mi intento, y pensara sériamente en resignarme á la necesidad de descender.

Semejante perplejidad no fué sin embargo más que momentánea. Reflexioné que el hombre es el mayor esclavo de la costumbre, y que así considera como esencialmente importantes para su existencia, mil cosas á las cuales se ha habituado y que no tienen tal importancia, sino porque la rutina las ha convertido en necesidades. Es cierto que sin dormir no podria yo estarme, pero con facilidad y sin inconveniente podria acostumbrarme á despertar de hora en hora. Bastaban cinco minutos para renovar

completamente la atmósfera, así que la única dificultad que tenía que vencer, consistía en inventar un procedimiento para despertarme en el momento requerido, y debo confesar, que me produjo no escasa desazon la solución de este problema.

Habia yo oído el cuento del estudiante, que para no dormirse mientras quería trabajar, tenía en una mano una bola de cobre que al dormirse se le escapaba de las manos y caía sobre una joya del mismo metal, produciendo un estrépito capaz de despertarle; pero mi situación era muy distinta de la suya, pues no trataba de estarme en vela, sino de despertarme con intervalos regulares. Imaginé pues el espediente que voy á decir, y cuyo descubrimiento, á pesar de ser tan sencillo, produjo en mi ánimo una impresión absoluta y exactamente comparable á la que debieron producir en sus autores, la del telescopio, de la máquina de vapor y de la imprenta misma.

Debe tenerse presente que el globo, á la altura en que estaba, continuaba subiendo con perfecta regularidad, y la barquilla por consiguiente al seguirle, no experimentaba la más ligera oscilación. Esta circunstancia favorecía en extremo el plan que adopté. Tenía embarcada la provisión de agua en barriles de cinco gallo-nes cada uno, que se encontraban sujetas sólidamente á las paredes de la barquilla: desaté uno de ellos, y tomando dos cuerdas, las aseguré al

reborde de la canasta, de modo que cruzando la barquilla paralelamente y á un pié de distancia una de otra, formasen una especie de estante, sobre el cual coloqué el barril y lo sujeté, de forma que su eje quedara en una posición horizontal.

A cosa de unas ocho pulgadas por bajo de estas cuerdas y á cuatro piés por encima del fondo de la barquilla, dispuse otro estante, que hice con una tabla delgada, única de su especie que estuviera en mi poder; y sobre este último estante y exactamente debajo de uno de los bordes del barril, coloqué un cántaro pequeño de barro.

Hice un agujero en el fondo del barril, por cima del cántaro y coloqué en él un tarugo de madera de forma cónica, que apretándolo más ó menos, y al cabo de algunos tanteos, quedó de tal suerte, que solo permitía la salida por el agujero de una cantidad de agua tal, que el cántaro se llenaba hasta rebosar en un espacio de tiempo de sesenta minutos. Conseguí esto último sin gran trabajo, haciendo observaciones repetidas de la parte de cántaro que se llenaba de agua en un tiempo dado. Después de lo dicho, no es ya difícil comprender lo demás, ni adivinarlo.

Tenia colocada la cama en el fondo de la barquilla, de modo que estando acostado quedaba sobre mi cabeza la boca del cántaro. Indudablemente al cabo de una hora, completamente lleno el cántaro, rebosaría el agua, cayendo sobre

mi rostro desde una altura de cerca de cuatro piés y despertándome instantáneamente, por profundo que fuese el sueño en que me hallara sumido.

Serian lo menos las once cuando concluí estos preparativos y sin perder un momento me acosté, con entera confianza en la eficacia de mi invencion. No fué mi esperanza vana, y de sesenta en sesenta minutos me despertaba puntualmente el nuevo y fidelísimo cronómetro; me levantaba; vaciaba el contenido del cántaro en el barril; hacia funcionar el condensador y volvía enseguida á acostarme. Menos cansancio me produjeron estas interrupciones regulares de sueño que lo que esperaba yo, y cuando me levanté de la cama definitivamente, eran ya las siete y el sol se hallaba algunos grados por encima de mi horizonte.

3 de Abril.—El globo llegó á una altura inmensa, y la convexidad de la tierra se presentó de un modo muy marcado. Ví debajo en el Occéano una multitud de puntos negros que indudablemente debian ser islas; por encima parecióme que tenia el cielo un negro azabache, y las estrellas centelleaban perfectamente visibles, fenómeno que observé desde el dia primero de mi ascension. Muy léjos y hácia el Norte, percibí en el contorno del horizonte una faja ó línea delgada, blanca y muy brillante; que desde luego imaginé habia de ser el límite Sur de los hielos, en los mares del polo Norte. Sobrescitóse mi cu-

riosidad con la esperanza de que ganando en latitud hácia el Norte, llegaria tal vez á colocarme sobre el polo mismo, y deploraba que la grande altura á que se encontraba el globo no me dejara examinarlo tan bien como hubiera yo querido: sin embargo de que aun así, siempre hallaria observaciones notables que hacer.

Nada extraordinario me ocurrió en este dia; el aparato funcionaba con la mayor regularidad, y el globo continuaba siempre subiendo, sin vacilacion alguna aparente. El frio era intenso y tuve que arroparme bien con un paletot: cuando la tierra quedó envuelta en sombra, me metí en la cama, por más que la luz debia para mí continuar todavía por muchas horas: el reloj hidráulico cumplió fielmente su cometido, y salvo las interrupciones periódicas, dormí muy bien hasta la mañana siguiente.

4 de Abril.—Me he levantado con buena salud y mejor humor, y he admirado mucho lo singular del cambio que observo en el color del mar que ya no es como antes azul oscuro, sino blanco plumizo tan brillante, que hiere la vista y me deslumbrá. La convexidad del Occéano es tan evidente y manifiesta, que toda la masa de agua cercana al contorno de la tierra, aparece como precipitándose en los abismos del horizonte, causándome tal ilusion, que involuntariamente he suspendido mi atencion para escuchar los ecos que la inmensa catarata debiera producir.

No he visto las islas, tal vez por que han pasado al otro lado de mi horizonte por el sud-este, ó tal vez porque mi grande elevacion las pone ya fuera del alcance de la vista, aunque más bien creo lo último. El frio ha cedido mucho. Nada me ha ocurrido importante, y como tuve la prevision de traer bastantes libros conmigo, he pasado el dia entero leyendo.

5 de Abril.—He contemplado el singular fenómeno de ver salir el sol, mientras que toda la parte visible de la tierra se hallaba envuelta en las tinieblas de la noche. Poco más tarde comenzó la luz á bañar todos los objetos y volví á ver la línea de hielos en el Norte, con la diferencia de que se me presentó con más claridad y teniendo un tinte más oscuro que las aguas del Occéano. Indudablemente me acerco con mucha rapidez. Creo distinguir aun una faja de tierra hácia el Este y otra hácia el Oeste, pero no me es posible asegurarlo. Dulce temperatura. Nada notable me ha sucedido en todo el dia, y aunque es temprano voy á meterme en la cama.

6 de Abril.—Sorprendido he quedado al ver la faja de hielos, á una distancia no muy grande, sin que todo el horizonte por el Norte sea otra cosa que un vastísimo espacio helado. A no dudar, continuando el globo en la direccion que lleva, pronto debe llegar á colocarse sobre el Occéano boreal y se acrecienta mi esperanza de ver el polo. Todo el dia seguí acercándome á los hielos.

Al anochecer he visto de un modo casi repentino y muy sensible crecer la estension del horizonte, lo cual no puede ser efecto de otra cosa, sino de que como la forma de nuestro planeta, es una esfera aplastada por los polos, mi globo se acercaba cada vez más al cenit del achatamiento que ocupa el círculo ártico en su mayor parte. Más tarde, y ya envuelto en las tinieblas de la noche, me acosté con gran ansiedad, temiendo pasar por encima del polo, objeto que tanto escita la curiosidad, sin poder observarle bien.

7 de Abril.—Me levanté temprano, y con gran satisfaccion ví lo que sin titubear consideré que era el mismo polo norte. Allí estaba indudablemente bajo mis piés; pero por desgracia la elevacion del globo era tanta, que no podia distinguir cosa alguna con exactitud. Haciendo un cálculo deducido de la progresion seguida por las cifras que representaban las alturas ocupadas por el globo en diferentes tiempos tomados desde el 2 de Abril á las seis de la mañana, hasta las nueve menos veinte minutos de la misma, (momento de caída del mercurio en la cubeta del barómetro); haciendo, digo, este cálculo, era consiguiente que el globo tenia en aquel instante (cuatro de la mañana del 7 de Abril,) una altura de 7.254 millas lo menos sobre el nivel del mar. Tal vez parezca enorme semejante elevacion, pero la estima en que se funda, debe más bien dar probablemente un resultado inferior con

mucho á la verdad. De todos modos se mostraba á mis ojos indudablemente la totalidad del diámetro máximo terrestre: veía el hemisferio Norte como representado en un mapa y en proyeccion ortográfica, y el círculo máximo ecuatorial casi coincidía con el que formaba mi horizonte. Es bien claro que Vuecencias concebirán sin dificultad, que unas regiones no exploradas hasta hoy, y que se hallan dentro del círculo polar ártico, por más que las tuviese á mis plantas, y por consecuencia visibles sin escorzo alguno, érame imposible examinarlas detalladamente por lo disminuidas que se hallaban en tamaño y por lo excesivamente lejano que se encontraba el punto de observacion.

A pesar de esto, lo que á mis ojos se presentaba era de naturaleza bien singular é interesante. Al norte de la orla inmensa que ya dije antes y que puede definirse, salvo ligeras restricciones, llamándola límite de las exploraciones humanas en aquellas regiones, se estiende sin interrupcion, ó casi sin interrupcion, una sábana de hielo. A la inmediacion de su contorno ó frontera, a superficie de este mar pierde sensiblemente su curvatura; más lejos, llega á deprimirse hasta parecer plana, y finalmente degenera en cóncava, terminando en el mismo polo, en una cavidad circular, de bordes muy marcados, cuyo diámetro aparente tenia desde el globo unos 65 segundos. El color de este espacio era variablemente oscuro, siempre en mayor grado que nin-

gun punto del hemisferio visible, convirtiéndose algunas veces en negro completo. Nada más era posible percibir que lo que ya he mencionado. A las doce del dia se hallaba muy reducida la circunferencia del hueco central, y á las siete de la tarde la perdí completamente de vista; el globo caminaba hácia el límite oeste de los hielos y marchaba velozmente, dirigiéndose hácia el ecuador.

8 de Abril.—Observé una disminucion sensible en el diámetro aparente de la tierra y una alteracion real en su color y aspecto general. Toda la superficie visible, tenia en diferentes grados un tinte amarillo claro, que en algunos sitios brillaba de tal manera que ofendia los ojos. La vista no podia sin gran trabajo, por la densidad de la atmósfera, descubrir el planeta si no de tiempo en tiempo y á través de las masas de nubes que ocultaban las inmediaciones de la superficie. En las cuarenta y ocho últimas horas robábanme la vista más ó menos estos obstáculos; pero luego la elevacion excesiva, aproximaba y confundia aquellas masas flotantes de vapor, haciendo el estorbo más y más sensible á medida que crecia la altura. No obstante, podia distinguir con facilidad que el globo se hallaba sobre el grupo de los estensos lagos del Norte-América, y que corria directamente hácia el Sur, aproximándome á los trópicos cada vez más.

Mucho celebré esta circunstancia, que pude

mirar como un augurio feliz del buen éxito de mi empresa. Realmente estaba inquieto por la direccion que hasta entonces habia llevado, pues era evidente que siguiéndola mucho tiempo, jamás habría podido llegar á la luna, cuya órbita solo forma un ángulo de 5 grados, 8 minutos, 48 segundos con la elíptica. Por más raro que parezca, debo decir, que solo en aquel momento ya tardó, principié á comprender el error inmenso en que incurrí con no verificar mi ascension, partiendo de un punto de la tierra colocado en el plano de la órbita lunar.

9 de Abril.—Ha disminuido muy notablemente el diámetro de la tierra y la superficie vá tomando por horas un tinte amarillo más y más pronunciado. El globo, sin cesar de correr directamente al Sur, ha llegado á las nueve del dia astronómico (1) á colocarse sobre la costa norte del golfo de Méjico.

10 de Abril. Serian las cinco de la mañana, cuando me ha despertado repentinamente un gran ruido, un terrible crugido, cuya causa no he podido adivinar. Duró poco, pero estoy cierto sin embargo, de que no tenia semejanza alguna con ningun ruido terrestre, cuya sensacion recordase. Escuso decir lo mucho que me alarmó, porque mi primera suposicion fué la de que el globo se habia desgarrado: examiné con suma atencion todo el aparato, y sin embargo, no pude

encontrar ninguna averfa. Pasé casi todo el dia meditando sobre tan extraordinario acontecimiento, sin poder dar con una esplicacion satisfactoria, y me acosté muy disgustado con gran agitacion y no poca ansiedad.

11 de Abril.—He hallado decrecimiento sensible en el diámetro aparente de la tierra; en el de la luna (á la que faltan pocos dias para llegar al plenilunio) encontré un aumento considerable, circunstancia que por primera vez observé. Con mucho trabajo y tiempo hice la operacion de condensar aire atmosférico suficiente para sostener la vida.

12 de Abril.—La direccion en que marchaba el globo, ha cambiado de un modo notable y á pesar de que así suponía sucediese, me ha causado mucho placer. Sin apartarse de su direccion primitiva, llegó hasta el paralelo veinte de latitud sur, cambió súbitamente el rumbo al Este, formando un ángulo agudo con el rumbo anterior y se ha mantenido todo el dia, con corta diferencia, por no decir completamente, dentro del plano mismo de la órbita lunar. Debo advertir una circunstancia muy reparable, que produjo el referido cambio de direccion, pues originó una oscilacion muy marcada en la barquilla, que duró muchas horas de un modo más ó menos violento.

13 de Abril.—He tenido un susto nuevo al sentir otra vez el ruido formidable que tanto me aterró el dia 10, pero por más que he discurs-

(1) Nueve de la noche.

rído y meditado, no he podido hallar una razón que me satisfaga respecto á la causa. Gran decrecimiento en el diámetro aparente de la tierra que solo medía desde el globo un ángulo de poco más de 25 grados: no he podido ver la luna que se halla casi en mi cenit; sigo caminando dentro del plano de su órbita y avanzo muy poco hácia el Este.

14 de Abril.—Disminucion escesivamente rápida del diámetro terrestre. No he dejado de pensar todo el día en que la ruta del globo era la del perigeo por la línea misma de los ápsides, —ó en otros términos diré,—que se me figura lleva el camino que de la tierra conduce más directamente á la luna, cuando esta ocupa en su órbita el punto de la elipse más cercano á la tierra. La luna sigue á mis ojos oculta, porque se halla sobre mi globo enteramente. Me cuesta gran trabajo y mucho tiempo la operacion indispensable de condensar el aire de la atmósfera.

15 de Abril.—Ya no me es posible distinguir siquiera sobre el planeta los contornos de continentes y mares: sobre las doce del día he sentido por tercera vez el mismo ruido espantoso que tanto me sorprendió; ha durado algunos instantes y ha sido mucho más fuerte. Despues de algun tiempo, estupefacto y aterrorizado, esperando lleno de anhelo y ansiedad mi destruccion de un modo espantoso y desconocido, ha oscilado la barquilla con extraordinaria violencia, y una masa de materia que me faltó tiempo

para distinguir, pasó por un lado del globo, gigantesca, inflamada, atronadora y rugiente como la voz de mil truenos juntos. Cuando me repuse del terror y admiracion, reflexioné naturalmente que debía ser algun enorme fragmento volcánico, vomitado por la luna, á la cual con tanta rapidez me iba acercando y probablemente un trozo de las mismas sustancias singulares, que en algunas ocasiones se encuentran en la tierra, llamadas aerólitos, á falta de apelativo más exacto.

16 de Abril.—Mirando hoy alternativamente por las ventanas laterales y hácia la parte superior del modo único que podía hacerlo, percibí con gran satisfaccion y alegría, una pequeñísima porcion del disco lunar, que rebasaba por decirlo así, fuera ó alrededor de la estensa circunferencia del contorno del globo. Esto me conmovió extraordinariamente, porque desvanecía cuantas dudas pudiera tener de alcanzar el término de viaje tan peligroso.

Acrecentado hasta hacerse casi continuo el trabajo necesario para condensar el aire, apenas me daba tréguas; no podía ya entregarme al sueño; sentíame verdaderamente enfermo y estaba trémulo de desfallecimiento, resistiéndose la naturaleza humana á soportar por más espacio un padecimiento de semejante intensidad. En el cortísimo período que yo tenía ya de tinieblas, cruzó muy inmediata al globo otra piedra meteórica, produciéndome una inquietud bastante seria lo frecuente de tales fenómenos.

17 de Abril.—La mañana de este día ha hecho época en mi viaje. Recuérdese que el día 13 subí la tierra para mí un ángulo de 25 grados; que disminuyó mucho este ángulo el día 14; que el 15 observé una disminución más rápida todavía, y que el 16 antes de acostarme, calculé que dicho ángulo no pasaba de 7 grados y 15 minutos. No es posible formar idea de lo estupefacto que yo quedaría, cuando al despertar en la mañana de este día 17, después de un sueño corto y agitado, vi que la superficie planetaria que tenía debajo, había *aumentado* súbita y espantosamente de volumen, subtendiendo su diámetro aparente un ángulo que no bajaba de 39 grados. Quedéme aterrado, y no es dable hallar palabras que indiquen siquiera el horrible é inmenso estupor de que fui presa: temblaron faltándome las rodillas, castañeteáronme los dientes, y se me herizó el cabello. ¡Se ha reventado el globo!..... Esta fué la primera idea que me acudió á las mientes; se ha roto indudablemente y me precipito con la velocidad mayor y con la impetuosidad más furiosa que es posible imaginar. Si he de juzgar por el espacio inmenso que he recorrido ya tan rápidamente, debo llegar á la superficie de la tierra antes de diez minutos. ¡Dentro de diez minutos estaré aniquilado, deshecho!.....

Al cabo la reflexion vino en mi ayuda; hice una pausa, medité y comencé á dudar. Era imposible descenso tan violento y rápido, y además, aunque evidentemente me acercaba á la super-

ficie que tenía debajo, mi velocidad real, no era ni con mucho la espantosa que en el primer momento imaginé.

Estas consideraciones sirvieron de eficaz calmante á la perturbacion de mis ideas, y al cabo pude mirar el fenómeno bajo su verdadero punto de vista. Si el espanto no me hubiera embargado los sentidos, trastornando sus apreciaciones, no era posible hubiese dejado de reparar la inmensa diferencia que habia entre el aspecto de la superficie que se hallaba á mis piés y el de mi planeta natal. Este se encontraba encima de mi cabeza completamente oculto por el globo, mientras que la luna,—la luna misma en todo su esplendor,—se mostraba bajo mis plantas.

La sorpresa y estupor que produjo en mi espíritu tan extraordinario cambio de situacion, era en resumidas cuentas, lo más pasmoso y menos esplicable de la aventura; porque semejante *trastorno*, sobre ser tan natural como inevitable, con mucha antelacion lo tenía previsto tal cual no podía menos de preveer una circunstancia sencilla, consecuencia inmediata de llegar al punto del camino, en que la atraccion planetaria fuese sustituida por la del satélite; ó hablando con más exactitud, cuando la gravitacion del globo, fuese mayor hácia la luna que hácia la tierra.

Tambien es verdad que me despertaba de un profundo sueño, y todos mis sentidos se encontraban embotados, cuando súbitamente se me

presentó un fenómeno tan sorprendente, que aunque lo aguardaba, no era en aquel momento. La vuelta debió verificarse de un modo sumamente lento y graduado, de suerte que es muy probable que aun cuando me hubiera despertado mientras se operaba, no hubiera podido darme razon del trastorno, ni percibido síntoma alguno *interior* de inversion,—quiero decir, de molestia, ó incomodidad, ó desconcierto en mí mismo ó en el aparato.

Se comprenderá fácilmente, que tan pronto como fui dueño de mi persona y hube sacudido el terror que se habia apoderado de mi sér, dirigí única y esclusivamente la atencion á contemplar el aspecto general de la luna. Estendíase á mis piés como un mapa, y aunque comprendia la considerable distancia á que se encontraba, dibujábanse todas las desigualdades de su superficie con tal claridad y determinacion que no sabia á qué atribuir tal fenómeno. La carencia absoluta de océano, mar, lago y toda especie de rio, fué lo que más extraordinario encontré en sus condiciones geológicas á primera vista.

Sin embargo, causábame estrañeza ver extensas regiones planas y con un carácter determinado de aluvion, por más que casi todo el hemisferio visible estaba cubierto de innumerables montañas volcánicas en forma de conos, de aspecto tal, que parecian más bien que formadas por la naturaleza cortadas artificialmente. La de mayor elevacion no escedía de tres millas y

tres cuartos, más una carta de las regiones volcánicas de *Campi Phlegraei*, dará idea mucho mejor á Vucencias de la superficie en general, que todas las esplicaciones que trate yo de hacer. Las más de estas montañas se hallaban evidentemente en estado de erupcion, dándome una idea terrible de su furia y poder, con la multitud de piedras impropriamente llamadas meteóricas, que partiendo de sus cráteres, pasaban cerca de mi globo con una frecuencia más y más espantosa.

17 de Abril. Hoy he hallado un aumento considerable en el volúmen aparente de la luna y la velocidad conque descendía, manifestamente acelerada, me llenó de cuidado. Recuérdese que al principio y cuando comencé á querer aplicar mis sueños á la posibilidad de un viaje á la luna, entró por mucho en mi cálculo, la hipótesis de la existencia de una atmósfera ambiente, cuya densidad deberia ser proporcionada al volúmen del planeta; hipótesis contraria por cierto, no solo á la teoría admitida, sino opuesta tambien á la preocupacion universal de la inexistencia de atmósfera en la luna. Además de las ideas que ya he dejado consignadas con respecto al cometa de Encke y á la luz zodiacal, corroboraban mi opinion ciertas observaciones de M. Shroeter de Linienthal. Este, teniendo la luna dos dias y medio de edad, por la noche, poco despues de puesto el sol y antes que la parte oscura fuese visible, principió á

observar el satélite hasta que la parte oscura se hizo visible.

Primero vió que los dos cuernos parecían como si se afilaran en una especie de prolongacion muy aguda, cuya estremidad iluminaban tenuemente los rayos solares, en tanto que todas las partes restantes del hemisferio oscuro eran invisibles absolutamente; aclarándose en fin, al poco tiempo despues, toda la orilla ó contorno sombrío. Supuse que esta prolongacion de los cuernos hasta más de la semicircunferencia, era producida por la refraccion de los rayos solares en la atmósfera de la luna. Calculé tambien que la altura de esta atmósfera (que podia refractar bastante luz en el hemisferio oscuro, para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la tierra cuando la luna dista unos 32 grados de su conjuncion), debía ser de 1.856 piés; de resultas de lo cual deduje que la mayor altura capaz de refractar el rayo solar era de 5.376 piés. Asimismo confirmaba mis ideas sobre este asunto, un párrafo del tomo ochenta y dos de las *Transacciones Filosóficas*, en que dice, que al verificarse una ocultacion de los satélites de Júpiter, desaparece el tercero, despues de haber quedado indistinto durante uno ó dos segundos, y el cuarto se muestra con mucha indeterminacion al acercarse al limbo. (1)

(1) Helvelius dice, que ha observado, en ocasiones, cuando el cielo estaba perfectamente límpido y hasta las estre-

En lo que fundaba yo la esperanza de descender sano y salvo, era en la resistencia ó más bien en el apoyo que me ofreciera una atmósfera en cierto estado de densidad hipotética. Finalmente, siendo absurda la conjetura que hice, el desenlace mejor que mi aventura podria tener, era hacerme añicos contra la escabrosa superficie del satélite; así que resumiendo diré me sobraban razones para tener miedo, la distancia á que me encontraba de la luna, era comparativamente insignificante, y el trabajo que tenia que emplear con el condensador no me parecia disminuir, por manera que no encontraba indicio alguno de que la densidad atmosférica fuese mayor.

19 de Abril.—Esta mañana, con mucha alegría, hácia las nueve, viéndome espantosamente cercano á la superficie lunar y sobrecitados mis

las de sesta y sétima magnitud brillaban distintamente, que, con la misma altura de luna, igual elongacion de la tierra é idéntico escelente telescopio, la luna y sus manchas no se mostraban siempre igualmente luminosas. Bajo este supuesto, es evidente que la causa del fenómeno no se halla en nuestra atmósfera, ni en el telescopio, ni en la luna, ni en el ojo del observador; sino que debe proceder de otra cosa (¿atmósfera?) existente en rededor de la luna.

Casini ha observado muchas veces que Saturno, Júpiter y las estrellas fijas, en el momento que su ocultacion por la luna tiene lugar, pierden su forma circular tomándola ovalada; mientras que en otras ocultaciones no ha percibido cambio alguno de forma. Pudiera por lo tanto inferirse, que en algunos casos, si bien no en todos, la luna se halla envuelta por una materia densa, en que son refractados los rayos de las estrellas. E. P.

temores hasta el grado más inminente, el piston del condensador ha mostrado de un modo evidente una alteracion en la atmósfera. A las diez no pude dudar ya del considerable aumento que tenía de densidad. A las once, no era menester emplear sino muy escaso trabajo con el aparato y á las doce me determiné con cierto recelo á destornillar la manga. Viendo que ningun inconveniente me producía, abrí sin titubear la cámara de caoutchouc y desenfundé la barquilla. Segun debí haber previsto, la consecuencia inmediata de esperiencia tan precipitada y llena de peligros, fué una violenta jaqueca acompañada de espasmos; más como semejantes inconvenientes y vários otros tambien en la respiracion, no eran de suficiente magnitud para poner en riesgo la vida, me resigné á sufrirlos con tanta más paciencia, cuanto que todo contribuía á que creyese durarían muy poco, y desaparecerían progresivamente y de minuto en minuto, segun me fuera acercando á capas más y más densas de la atmósfera lunar.

Entretanto mi descenso se verificaba con una extraordinaria impetuosidad y no tardé en cerciorarme con espanto, de que si bien no me habria probablemente equivocado al contar con una atmósfera, cuya densidad fuese proporcional al volúmen del satélite; habia sí cometido el error de contar, con que semejante densidad pudiese ni aun en la superficie, ser bastante á soportar el peso enorme, contenido en la barquilla del

globo. Esto *debió verificarse* de igual manera que en la superficie terrestre, suponiendo que en el planeta y su satélite la gravedad ó peso real de los cuerpos, se hallase en razon de la densidad atmosférica; pero *no se verificó* segun mi caída precipitada lo demostraba con sobrada evidencia. ¿Por qué? Es imposible explicarlo de otro modo que por medio de aquellas perturbaciones geológicas cuya teoría establecí anteriormente en este relato.

Ya casi llegaba el satélite de la tierra, y seguía cayendo con terrible impetuosidad: sin perder un instante, arrojé fuera de la barquilla todo el lastre, despues los barriles de agua, el aparato condensador, el saco de caoutchouc y finalmente dejé vacía la barquilla. De nada sirvió esto y seguía descendiendo con horrible velocidad, no distando ya más de media milla de la superficie. Como último remedio tiré el paletot, el sombrero, las botas, y desaté del globo la barquilla misma, que no dejaba de pesar bastante, cogiéndome entónces con las manos de la red.

Apenas había tenido tiempo de reparar que todo el pais hasta donde alcanzaba la vista, estaba sembrado de casas lilliputienses, cuando vine á caer en el centro mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y en medio de un gentío grande de miserable plebé, sin que ni uno solo de aquellos individuos pronunciase una sílaba, ni se tomara la menor molestia por ayudarme.

Hallábanse todos con los brazos puestos en jarras, como un rebaño de idiotas, gesticulando de un modo ridículo, y mirando de reojo mi globo y persona.

Volvíles las espaldas con soberano desprecio, y levantando los ojos hácia la tierra que acababa de abandonar y de la que me desterraba tal vez para siempre, ví tenía la forma de un ancho y sombrío escudo de cobre de unos dos grados de diámetro, fijo é inmóvil en el cielo, y guarnecido por un lado con una resplandeciente y dorada media-luna, ó si se quiere mejor *media-tierra*. No era posible distinguir rastro, ni indicio de mares, ni continentes; hallándose toda la superficie visible, salpicada de manchas variables, y cruzada por las zonas tropicales y ecuatorial, como con otras tantas fajas.

Por tanto, tras una série dilatada de angustias, peligros inauditos, y apuros sin cuento, diez y nueve dias despues de salir de Rotterdam, hallábame al fin en el término del viaje más extraordinario, y de mayor importancia, que se ha llevado á cabo, emprendido, ni imaginado siquiera, por ningun ciudadano de ese planeta.

Réstame contar mis aventuras, porque no dudo que Vuecencias comprenderán sin dificultad que despues de una permanencia de cinco años en un planeta tan interesante ya por sí mismo, duplicase este interés, por el lazo íntimo conque co-

mo satélite suyo se halla enlazado al mundo que el hombre habita; así que me propongo mantener con el Colegio Nacional Astronómico una correspondencia secreta sobre el viaje que tan felizmente he hecho, de mayor importancia que no la que puede darse á sencillos detalles, por sorprendentes que parezcan.

La verdadera cuestion es la siguiente: aquí hay muchas cosas que contar, y tendría un verdadero placer en referíros las; hay mucho que decir sobre el clima de este planeta; sobre las alternativas sorprendentes de frio y calor; sobre esta claridad solar que dura quince dias, implacable y abrasadora; y esta temperatura glacial, más que polar, que dura otros quince; sobre una traslacion constante de humedad que se verifica por destilacion, como en el vacío, desde el punto del planeta más cercano al sol, hasta el más distante; sobre la raza misma de los habitantes, sobre sus costumbres, trajes, instituciones políticas y leyes, sobre su organismo particular, su fealdad, su falta de orejas, apéndices inútiles en una atmósfera tan extraordinariamente modificada; sobre su ignorancia por consiguiente del uso y propiedades de la palabra; sobre el medio singular de transmitir las ideas que sustituye al lenguaje; sobre la relacion incomprendible que liga á cada ciudadano de la luna, con cada uno de los del globo terrestre, relacion análoga y dependiente de la que rige también á los movimientos del planeta y su satélite, y

por medio de la cual, el sino y la existencia de los habitantes de uno de estos planetas, está enlazado al sino y existencia de los habitantes del otro; añadiéndose á todo, lo que tendré que referir á Vucencias sobre los tenebrosos y horribles misterios existentes en las regiones del otro hemisferio lunar, que gracias á la concordancia casi milagrosa de la rotacion del satélite sobre su eje, con la revolucion sideral del mismo alrededor de la tierra, estas regiones no se han vuelto jamás hácia nosotros, y Dios mediante no se mostrarán nunca á la curiosidad de los telescopios humanos.

Esto quiero contaros, y además otras muchas cosas; pero en cambio os exijo un premio ó recompensa.

Quiero poder reunirme con mi familia y volver á mi casa y en consideracion á la luz que puedo proporcionar, si me acomoda, respecto á muchos ramos importantes de las ciencias físicas y metafísicas, han de pagarse mis comunicaciones futuras, con el apoyo que ese respetable cuerpo, que tan dignamente presiden Vucencias, prestará á mi solicitud, de que se me perdone el crimen que cometí matando á mis acreedores al salir de Rotterdam. He aquí el objeto de esta carta, cuyo portador es un habitante de la luna, que se ha prestado á ser mi mensajero y lleva cuantas instrucciones mías ha menester.

Aguardará cuanto dispongan Vucencias, y

me traerá el perdon impetrado, si fuere dable obtenerlo.

Tengo el honor de ofrecermé á Vucencias como su más humilde servidor:

HANS PFAALL.

Terminada la lectura de tan estraño documento, el profesor Rudabub, en el colmo de la sorpresa, hay quien afirma dejó caer al suelo la pipa; y Mynheer Superbus Von Underduk, se quitó, limpió y guardó los anteojos en el bolsillo, y olvidándose de sí mismo y de su dignidad, llegó hasta hacer tres piruetas sobre el talon izquierdo, víctima de la quinta esencia del pasmo y de la admiracion.

Se obtendría el indulto; esto no podía ofrecer la más ligera duda; al menos el buen profesor Rudabub así lo juró y perjuró con un verdadero juramento, siendo idéntico el parecer del ilustre Von Underduk, que cogiendo del brazo á su colega, anduvo sin desplegar los lábios la mayor parte del camino que mediaba hasta su casa en que quisieron comenzar ya á tomar aquellas medidas de mayor urgencia. Sin embargo, llegados á la puerta ocurriósele al profesor que puesto que el mensajero había considerado oportuno marcharse (aterrado indudablemente al ver las fisonomías salvajes de los vecinos de Rotterdam), sería de escasísima utilidad el perdon, porque solo un habitante de la luna era

capaz de emprender tan largo viaje.

Ante tan juiciosa observacion, cedió el burgomaestre y el asunto no tuvo otras consecuencias, más no sucedió otro tanto con las conjeturas y rumores. Publicada la carta, produjo mil chanzonetas y otros tantos pareceres. Los unos, los más prudentes y cáutos, ridiculizaron el hecho hasta presentarlo como una verdadera *grilla*. En mi sentir ciertas gentes llaman *grilla* á todo aquello que es superior á su inteligencia, y no comprendo, á decir verdad, qué fundamento tuvieron en este caso para hablar así. Estamparemos sus asertos:

Primo.—Que ciertos burlones de Rotterdam profesaban cierta antipatía especial hácia ciertos burgomaestres y ciertos astrónomos.

Secundo.—Que un enanillo estrambótico, de oficio fullero, con las orejas cortadas al rape en pago de alguna de sus fechorías sin duda, habia desaparecido de Bruges, que está cerca de Rotterdam, pocos dias antes del suceso.

Tertio.—Que las gacetas pegadas alrededor del globo eran gacetas de Holanda y por consiguiente no era posible procedieran de la luna.

Cuarto.—Que el mismo Hans Pfaall, borrachon y bellaco, con los tres haraganes á quien aquel llama acreedores suyos, se les ha visto juntos, dos ó tres dias antes, en una taberna de los arrabales, y en el momento mismo en que volvian con algun dinero de un viaje á América.

Último.—Que con harta justicia es muy comun opinion que el Colegio de los Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, así como todos los colegios astronómicos restantes, de las demas partes del universo (sin hablar de los colegios de los astrónomos en general), no es, por no decir otra cosa, ni mejor, ni más instruido, ni más listo, que lo precisamente necesario.

INDICE.

	<u>Páginas</u>
Noticia sobre Edgar Poe y sus obras.	5
I.	
El gato negro.	23
II.	
El demonio de la perversidad.	41
III.	
El hombre de la multitud.	52
IV.	
El corazon revelador.	72
V.	
El escarabajo de oro.	81
VI.	
El barril de amontillado.	144
VII.	
Enterrado vivo.	154

VIII.	
Una béstia en cuatro.	176
IX.	
William Wilson.	188
X.	
Debate con una mómia.	224
XI.	
El retrato oval.	252
XII.	
Notabilidades.	258
XIII.	
Hans Pfaall.	267